

83

DAD AU

CIÓN GL

8

6

RODA

ORADOBKS

ROMANOS

PA6083

R6

NO. 1

45418

010096



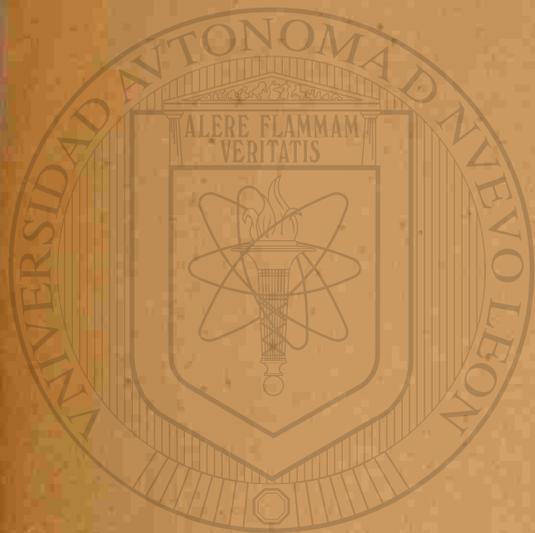
1080021825

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Filogonic de J. Angel Avila.



LOS ORADORES ROMANOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

2.00

LOS
ORADORES ROMANOS.

LECCIONES

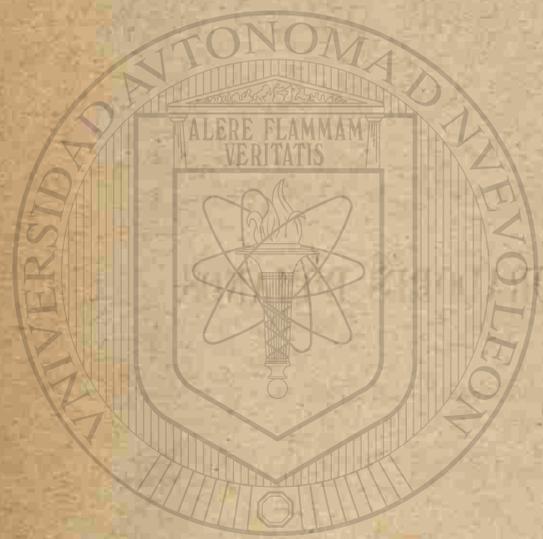
EXPLICADAS EN EL ATENEO CIENTÍFICO Y LITERARIO
DE MADRID, EN EL CURSO DE 1873-74,

POR

ARCADIO RODA.

CON UN PRÓLOGO DEL EXCMO. SR.

D. A. CÁNOVAS DEL CASTILLO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD
Biblioteca Vicerrectoral

MADRID. *Capilla Alfonsina*
LIBRERÍA DE V. SUAREZ *Biblioteca Universitar*
Jacometrezo, núm. 72.

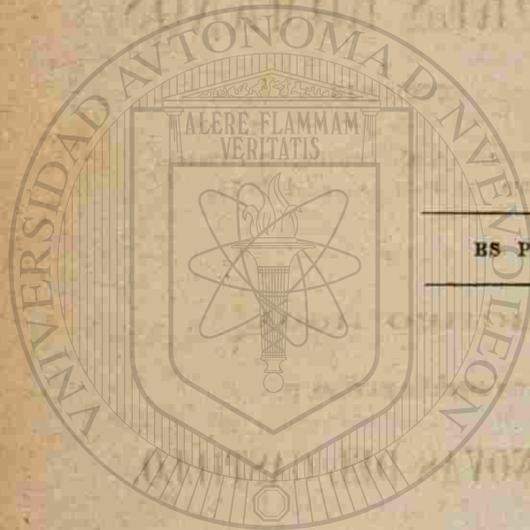
1883.

46418

PA6083

RC

20.1



BS PROPIEDAD.



FONDO Madrid: Establecimiento tipográfico de M. Minuesa, Juanelo, 19.
ALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

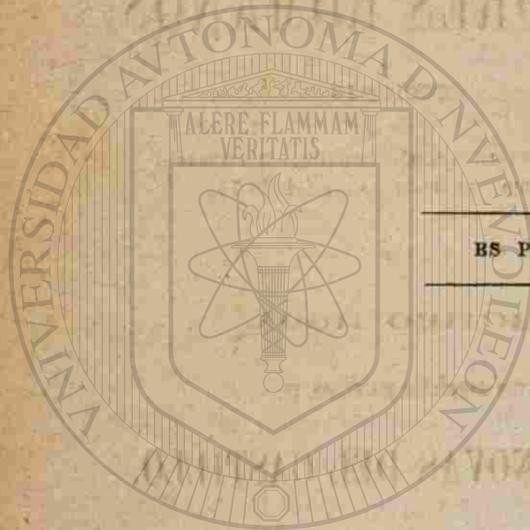
Escribí ocho años há la introducción á un libro intitulado *Los Oradores griegos*, obra del propio autor, que dá á luz éste, donde trata de los del Lacio, completando así la publicación de las lecciones que, sobre la elocuencia antigua, pronunció de 1872 á 73 y de 1873 á 74, en el Ateneo de Madrid. Si dijera el tiempo que, por causa mia, está impreso, y, sin salir á la venta, el presente volumen, causaria maravilla la paciencia del autor, que realmente pica en heróica; pero aunque sea causante del mal, no me reconozco del todo culpable. Nadie que me conoce estima por el mayor de mis defectos la pereza; y digo en conciencia, que la culpa es solo del atropellado modo de vivir que acá

010046

PA6083

RC

20.1



BS PROPIEDAD.



FONDO Madrid: Establecimiento tipográfico de M. Minuesa, Juanelo, 19.
ALVERDE Y TELLEZ

PRÓLOGO.

Escribí ocho años há la introducción á un libro intitulado *Los Oradores griegos*, obra del propio autor, que dá á luz éste, donde trata de los del Lacio, completando así la publicación de las lecciones que, sobre la elocuencia antigua, pronunció de 1872 á 73 y de 1873 á 74, en el Ateneo de Madrid. Si dijera el tiempo que, por causa mia, está impreso, y, sin salir á la venta, el presente volumen, causaria maravilla la paciencia del autor, que realmente pica en heróica; pero aunque sea causante del mal, no me reconozco del todo culpable. Nadie que me conoce estima por el mayor de mis defectos la pereza; y digo en conciencia, que la culpa es solo del atropellado modo de vivir que acá

010046

en Madrid llevamos todos, y muy particularmente los que, por nuestros pecados, tal vez, nos mezclamos en las cosas políticas. Cualquiera dispone de nuestro tiempo, y de lo que hemos de hacer, ó dejar de hacer, menos nosotros mismos.

Por eso, que no por falta de voluntad en mí, es por lo que al público le ha sido imposible aprovechar antes estas lecciones, no menos útiles que las primeras. Difícil era, por supuesto, escojer mejor asunto que el de unas y otras para tratado en el Ateneo, que es donde se empiezan á despertar y poner de manifiesto las aptitudes y aficiones del mayor número de aquellos que se dedican más tarde á la vida pública. Porque la oratoria, ya se sabe, prevalece hoy con mucho entre las artes y ciencias que cultiva el hombre político, no en España sólo, sino en casi todas las naciones cultas, dado que en Europa no hay más que dos que todavía carezcan de tribuna. El foro además, y aun la cátedra, solicitan ya también auxilios de la oratoria, para alcanzar mejor sus respectivos fines. ¿Cómo no habian de merecer, por tanto, estas lecciones la atención de los sócios del Ateneo? ¿Cómo no se ha de haber echado de menos la publica-

ción de un trabajo que, terminado y conocido desde 1874, no logra ver la luz sino ahora?

No es mucho lo que en el presente volumen tengo que añadir, á lo que en el prólogo del primero dije, tocante al desempeño general de la materia. Igualmente que en el de los oradores griegos, dá en éste á conocer el autor el estado de las cosas públicas, al tiempo que se pronunciaban los discursos y arengas que por modelos designa á sus lectores. Dentro de los reducidos límites de sus lienzos, ni en uno ni en otro cabia tratar con más amplitud los complicados asuntos de tales cuadros. La exactitud de los detalles, la fisonomía y carácter de las personas, la luz que las alumbraba, al presentarse en escena, nada dejan que desear al más descontentadizo crítico, descubriéndose á la legua que ha bebido el autor en las mejores fuentes. Ni como historiador, ni como biógrafo, tocábale ciertamente investigar y hallar verdades nuevas, ó ser grandemente original. Bastábale saber y exponer bien cuanto en cada punto especial los maestros enseñan.

La doctrina de este libro es luego lo que debe ser, segura y clara, y vá á mayor abunda-

miento acompañada de breves, oportunas, discretísimas notas, con que se hace el estudio más provechoso y fácil. Por otra parte, tiene el autor estilo llano y sóbrio, y con todo eso elegante, que ofrece siempre apacible entretenimiento y recreo, al propio tiempo que abrevia el camino á los que quieren ponerse pronto al cabo de las cosas de la oratoria, contentándose con saber compendiosamente cómo y de qué modo entendían la elocuencia, en general, los antiguos. Y en nuestro país pienso yo que tales noticias y enseñanzas deben ser muy apreciadas, pues que el gusto de la elocuencia es grande si hemos de medirlo por la atención con que se siguen los debates, no ya solo de parte de hombres de toda condición, sino aún de parte de las más cultas de las mujeres, figurando en no corto número las que con tal de asistir á ciertas sesiones de los Cuerpos Colegisladores se exponen á un calor sofocante, al fastidio de las largas horas de espera, á los chascos frecuentes de no ser precisamente los oradores que desean los que les toca oír, á incomodidades en suma que, dicho sea en honor suyo, soportan allí con tanta paciencia como po-

drian tratándose de brillantes saraos. Ni son el Senado y el Congreso los únicos teatros en que esa noble afición se manifiesta y campea entre los españoles de uno y otro sexo, que ella dá de sí iguales muestras en los salones estrechísimos de nuestras Academias, ó en el Paraninfo de la Universidad, y no añado que en las Iglesias, por ser obligación y no divertimento para las cristianas buenas y los buenos cristianos, el acudir á escuchar la palabra de Dios. De esperar es, pues, que personas á quienes la elocuencia recrea tanto, hojeen algunas veces esta obra, para juzgar con más conocimiento del arte en sí y de sus condiciones propias, y para hacer comparaciones inteligentes entre nuestros modernos oradores y los antiguos.

¡Hay, por ejemplo, quien desea saber cómo se formaban y educaban estos últimos? Pues esparcido por los dos volúmenes de la obra y muy singularmente por este que traigo entre manos, encontrará de seguro, cuanto á tal propósito conviene. Ciceron, Quintiliano y todos los preceptistas clásicos le son al autor familiares; y procura además justificar su ex-

posicion doctrinal con citas de los mejores modelos, cosa que me parece digna de alabar en gran manera. «No lea V. de las retóricas sino los ejemplos,» me dijo á mí un dia el gran Quintana, cuando, pasados los primeros estudios, pero muy jóven aún, sometia yo cada domingo á su juicio y correccion mis tosquísimos ensayos en prosa ó verso. Leccion fué aquella, que entre las muchas que recibí del patriarca venerable, guardo con especial aprecio en la memoria, porque la disposicion natural, para esta ó aquella de las artes, y la continúa contemplacion de los grandes modelos, á no dudar son las alas, con que al fin y al cabo se eleva el artista á las alturas supremas. No quiere esto, sin embargo, decir, ni tanto pretendia de cierto Quintana, que antes de emprender el vuelo oratorio, no sea forzoso preparar y robustecer las peculiares alas del espíritu con las reglas, los preceptos, el caudal de documentos prácticos, técnicos, por la universal experiencia atesorados. Que no de otro modo el que haya de rivalizar con el vuelo mismo de las águilas más tarde, alcanzará préviamente aquel desarrollo de órganos y facultades, que necesita

para su propio servicio, y para cumplir sus excelsos fines.

¡Ah! no: nadie, por ingenio que posea, se puede sustraer del todo al conocimiento, al ensayo, al ejercicio material del arte que profesa, bien que en esta indispensable preparacion corran y adelanten mucho más unos que otros. Y el orador, que en tanto que orador es artista, no ha de infringir una ley, por natural y humana, universal. Oigan, pues, los que se dediquen ahora á hablar en público, cómo por boca de otro resumió Ciceron los preceptos mismos de oratoria, que nuestro autor disemina en las diversas partes de su trabajo.

«No he de negar,» le hace decir, entre amigos, allá en el Túscolo á Lucio Craso, célebre orador latino, «que en un principio como conviene á todo hombre de buena familia y liberalmente educado, aprendí estos preceptos triviales y comunes: primero, que el oficio del orador es decir de una manera acomodada á la persuasion; segundo, que todo discurso es ó de cuestion ilimitada, sin designacion de tiempo ni personas, ó de cuestion limitada á ciertas personas y tiempos. Y que como toda el arte oratoria está

dividida en cinco partes, lo primero que ha de hacer el orador es inventar lo que ha de decir; lo segundo, ordenar lo inventado, y pesarlo y componerlo; lo tercero, vestir y adornar el discurso; lo cuarto, guardarlo en la memoria; lo quinto, recitarlo con dignidad y gracia. También aprendí que en el exordio se debe conciliar el ánimo de los oyentes, y luego hacer la exposición, establecer la controversia, confirmar nuestro parecer, refutar el del contrario; y en el epílogo, amplificar y poner de bulto todo lo que nos favorece, y debilitar y menoscabar lo que favorezca á nuestros adversarios. Aprendí también todo lo que enseñan sobre el ornato del discurso: primero, que se hable con pureza de latinidad; segundo, clara y tersamente; tercero, con elegancia; cuarto, con decoro y según la dignidad del argumento. Supe los defectos de cada cosa, y ví que querían dar reglas hasta á las cualidades que más dependen de la naturaleza. Sobre la acción y la memoria recibí pocos preceptos, pero luego los fecundé con el ejercicio.» A esto se reducía, con efecto, casi toda la doctrina de los puros retóricos. Y es evidente que Ciceron no muestra hasta aquí mayor respeto que Quin-

tana á las puras reglas, y á la mera retórica, pues que se deleita, como habrá notado el lector, en herir constantemente á los antiguos preceptores latinos ó helénicos con las aceradas puntas de su ironía.

Donde Ciceron dá ya sinceros consejos, y establece verdaderos preceptos, aunque siempre á nombre de Craso, es en esto que sigue:—«A muchos les pierde», escribe, «el haber oído decir que hablando se aprende á hablar, cuando la verdad es que hablando mal es muy fácil conseguir el hablar pésimamente. Y aunque en tales ejercicios es útil muchas veces hablar áun de repente, todavía es más útil tomarse tiempo para pensarlo, y hablar con discreción y esmero. Y lo principal de todo (aunque, á decir verdad, lo que ménos hacemos, porque huimos de todo gran trabajo) es escribir mucho; la pluma es el mejor y más excelente preceptor y maestro, y no sin razón, pues si el discurso meditado vence á la improvisación, cuánto más no la vencerá la asidua y diligente escritura. Porque todos los argumentos, todos los recursos oratorios, ya procedan del arte, ya del ingenio y prudencia, se nos presentan y ofrecen cuando afanosa-

mente los buscamos, y con toda la atención de nuestro espíritu los contemplamos; y todas las sentencias y palabras que son más brillantes en cada género, es necesario que una tras otra pasen por los puntos de la pluma. La misma colocación y armonía de las palabras no se perfecciona sino escribiendo con cierto número y cadencia, no ciertamente poético, sino oratorio. Esto es lo que arranca aplauso y admiración para los buenos oradores, y nadie lo conseguirá si no ha escrito mucho y por mucho tiempo, por más que se haya dedicado con todo afán al discurso improvisado. Y el que de escribir pasa á hablar, trae la ventaja de que sus discursos, aunque sean improvisados, parecerán escritos, y si trae algo escrito no presentará discordancia alguna con el resto de la oración..... En los diarios ejercicios que hacía yo cuando muchacho, solía imitar á aquel Cayo Carbon, enemigo mio, del cual me constaba que para fijar en la memoria algunos versos insignes ó algun notable discurso, repetía lo mismo que había leído, con otras palabras, las mejores que él podía encontrar. Pero después noté que eso tenía un inconveniente, y era que las palabras mejores

y más propias y elegantes las habían usado ya Ennio, si me ejercitaba en sus versos, ó Graco si me proponía por modelo sus discursos. El usar las mismas palabras á nada conducía, y emplear otras ménos propias era una dañosa costumbre. Después me ejercité, durante toda mi juventud, en traducir los mejores discursos de los oradores griegos. Esto tenía la ventaja de que, al poner en latín lo que antes había leído en griego, no sólo buscaba yo las palabras mejores entre las que usamos, sino que introducía, á modo de imitación, algunos vocablos nuevos entre nosotros, con tal que fuesen propios. En cuanto á la voz, al aliento, al gesto y ademán del cuerpo, no es tan necesario el arte como el trabajo... Se ha de ejercitar la memoria aprendiendo muchos escritos propios y ajenos... De este doméstico y umbrátil ejercicio ha de salir luego la elocuencia á la arena, al polvo, en medio de los clamores, al campamento y lucha forense. Allí hay que acostumbrarse á todo y hacer prueba de las fuerzas del ingenio, y sacar á luz toda esa doctrina largamente adquirida.» (1)

(1) Hago generalmente uso en estas citas de la traducción del Sr. Menéndez Pelayo de las obras de Cicerón, tomos 1.º y 2.º

La cita es muy extensa, aunque no cabe duda que lo merece por ser de quien es; y nadie dejará de leer este trozo didáctico, sin fruto. Hay en todo él buena doctrina retórica; pero harto se deja aquí entrever, como también habrá observado el lector, que Ciceron daba la preferencia misma que daba Quintana sobre los mejores preceptos, y las descarnadas reglas, á la contemplacion de los modelos.

Apenas necesito decir ahora, por mi parte, en qué me hallo conforme, que naturalmente es lo más, y en qué difiero algun tanto de las sabias observaciones precedentes. Ya expuse, por ejemplo, en el prólogo al tomo de los oradores griegos, cuanto juzgué necesario acerca de los discursos escritos, aprendidos de memoria y declamados, que es de los que trata Ciceron principalmente, y acerca de la improvisacion oratoria, más indispensable, más frecuente, más útil, sin duda, en nuestras Asambleas modernas, que su rival, aunque por fuerza ménos correcta, y bien ordenada, más pobre en adornos, y de ménos efecto á la lectura. Para mí no es cierto que siempre venza, como Ciceron pretende, el discurso meditado al improvisado, en verdade-

ros debates, como son los de las modernas Asambleas parlamentarias. Ni tampoco pienso que la composicion del discurso deba ser tan exacta, y medida, como la de un libro; antes estimo que la repeticion de los conceptos y la amplificacion en las frases, contribuyen mucho á producir el efecto que se desea, fijando las cosas profundamente en el ánimo del que escucha: cosa que la estricta prosa no alcanza en tanto grado jamás. No hay para qué decir dos veces, ni de dos diferentes maneras en un libro que se ha de leer á solas, y reposadamente, lo que se necesite que comprenda el lector, ya que éste puede repetir la lectura de cada página cuanto quiera. Pero en la rapidez con que corre la oracion hablada, entre los rümorez varios é inevitables, que el imperceptible movimiento y la respiracion misma de los oyentes bastaria para hacer sensibles, cuanto más la expresion de las encontradas emociones, que el debate suscita naturalmente, muchos conceptos, los más importantes quizá, quedarian oscuros ó inadvertidos, si no se les paseara una y otra vez por las orejas del auditorio. Ni es esta sola la diferencia esencial entre lo hablado y lo escrito, en mi concepto.

Pierden tambien claridad con ser muy largos, en la prosa escrita y luego leida, los periodos, porque ni los signos ortográficos, ni la puntuacion más esmerada, bastan para distribuir bien las frases; pero el orador que acentúa y puntúa las más veces con el gesto, con el movimiento de los brazos, del cuerpo mismo, y con las inflexiones de la voz, se encuentra en mucho más favorables condiciones para formar periodos extensísimos, y frecuentemente saca de su empleo grandes efectos. El exajerado esmero de la frase hablada quítale naturalidad, por otra parte, y hasta enfria, y acaba por fatigar á los que oyen, nunca acostumbrados á que así se hable entre hombres y hombres.

Por último: dije ya en mi prólogo precedente que el orador venía á ser á modo de un autor dramático, que componía y representaba su propia obra, y ahora añado, que este género de drama consiste no en monólogos, sino en verdaderos diálogos del orador con su público; diálogos en que sólo se oye la voz articulada del primero, pero en el cual es indispensable que tambien tome parte el otro, con sus mil voces interiores, las cuales de seguro contestan á quien

sabe preguntar, ya con aprobacion, ya con desaprobacion, ya con entusiasmo, ya con cólera. Y desgraciado de aquel de quien se pueda decir que habla solo, aunque por cualquiera otro motivo, que no sea el de enterarse de lo que dice, permanezca á su alrededor mucha gente. Tales diálogos se establecen y mantienen por medio de misteriosas, magnéticas corrientes, y la mayor cualidad del orador es quizá, la de tener finísima sensibilidad de órganos para percibir lo que, mientras habla, dicen como para sí, pero en secreta discusion con él sus oyentes.

Siendo hasta tal punto el discurso un género de poema dramático, claro es que no le bastan las gracias ó elegancias de la expresion para conmover, interesar, producir, por fin, el objeto apetecido, sino que todavía más que eso necesita exposicion adecuada y clara; accion fecunda, varia, creciente, viva; desenlace que deje honda impresion cuando no grande enseñanza en el auditorio. Todo, en resúmen, entre el arte oratorio y el dramático es semejante: hasta la condicion que años hace he expuesto yo, y distintas veces, de necesitar á toda costa el éxito uno y otro; y el éxito inmediato, sin serles dado apla-

zarlo para la posteridad, cual cabe en distinto género de obras intelectuales. Los autores y pensadores en general pueden, y deben si pueden, adelantarse á su siglo, sobreponerse á sus contemporáneos, producir obras que el público de su tiempo no merezca, para recreo y encanto de diferente edad, más ó menos remota; pero el que convoca á un teatro, ó al pié de una tribuna al público, lo primero que tiene que hacer es no tenerlo, ni reunirlo allí en vano. Lejos de eso, está en la obligacion de hablar en forma que él comprenda, y de explicarle las cosas por modo tal que lleguen fácilmente á su alcance; sin lo cual, comete una falta digna de cualquier acompañamiento de silbidos, por desaforados que sean. Esto poco que mi larga práctica me ha enseñado, se puede, si parece bien, añadir á las observaciones infinitamente más importantes de Ciceron, mas no contraponerlo á ellas, que en nada esencial le contradigo, y aún es cosa corta lo que de él me aparta; quedándole además á mis lectores el natural derecho de dar por no escrito aquello, en que realmente se separe mi juicio sobre puntos que estimen graves, del de tan incomparable orador.

Por otro lado, son los tiempos tan diferentes que tampoco seria muy extraño que, la oratoria de ahora, por fuerza tuviese que diferenciarse de la antigua en ciertas cosas. Ya, por ejemplo, no se suelen llevar los debates como en apelacion, del Senado al Foro, ó sea de los Cuerpos Colegisladores á la plaza pública, encaminando la oracion á convencer, y regir todo un pueblo, investido de los caracteres de juez ó legislador. Nadie habla ya á muchos miles de personas bajo techado, ó fuera de techado, sino estando seguro de que aquel concurso no va á deliberar, y resolver, sobre nada, sino á oírle y aplaudirle, como reunion más ó menos vasta de amigos. Cuando llegan las verdaderas circunstancias de que delibere y resuelva reunido todo un pueblo, la mayoría, ó siquiera gran parte de él, no hay ya ocasion de lucir, por lo comun, primores ciceronianos; que de cierto anda vecina, y mucho más adecuada, más eficaz, hasta más grande en sus expansiones peligrosas que la oratoria, la fuerza bruta. Algunos cantones suizos podrian ser excepcion de esta regla, si en aquella libre tierra se cultivara, que no se cultiva como arte, la elocuencia. La verdad es,

en tanto, que el poder real y efectivo de la palabra humana no pasa de ser por su naturaleza limitadísimo, y hartas veces contrista á los que más lo poseen ó lo emplean más, la triste figura que hace comparado con el que la fuerza alcanza fácilmente. Tales desafortunados sectarios, á quienes no costaría trabajo alguno someter por la vía de las armas, jamás se dan por vencidos de la oratoria, aunque ella los confunda con la evidencia. Pero no siempre se debaten por dicha entre los hombres cuestiones tales que no den espera y lugar á ser resueltas pacífica y parlamentariamente, lo cual deja aun hoy espacio á la elocuencia para lograr en más estrechos teatros sus modestas victorias.

De todos modos, es preciso reconocer, que lejos de tirar siempre á contener ó reprimir la violencia, evitando todo lo posible el que esta intervenga en los negocios humanos, se emplea sobradas veces la oratoria en precipitarla; y suele alcanzar entonces sus más grandes y notorios, aunque menos honrosos triunfos. Llevar entre los hombres la voz de los intereses, de los odios, de las pasiones desordenadas, en fin, fácil cosa es siempre, y no se necesita, en verdad, ni

el génio del verdadero orador, ni muy esquisito arte retórico para ejecutarlo. Por eso no acertó Cicerón mismo á conmover y persuadir á sus asesinos, y, cada día vemos, en cambio, que entre partidarios y amigos es ó parece elocuente cualquiera. Pero el arte oratorio que el Sr. Roda ha querido enseñar con sus lecciones, y que á ningun otro cede en importancia y belleza, nada tiene que ver con el misero talento empleado en el mal. Entre enemigos, y todavía más si están apasionados, y alardean de injustos; contra los intereses, las opiniones y los furoros de los amigos ó los contrarios, descubre y ostenta realmente la palabra hablada su propio, legítimo poder. Y para alcanzar tales fines es noble, nobilísimo, emplear, que no de otra suerte, los secretos y el prestigio del arte oratorio.

Mas no acabaría nunca si me dejase llevar de mi afición á estas cosas, y en vez de prólogo escribiría otro libro, empresa para la cual nunca tengo tiempo. Voy, pues, á concluir, y antes quiero volver á hablar algo del autor de esta obra, ya que en el primero de los dos volúmenes traté tanto de su persona. Mucho, en verdad, han cambiado las cosas, no menos para él que

para todos, desde aquella sazón. Los que me leyeron entonces, bien puede ser que recuerden aún las vehementes y dolorosas frases que me inspiró el propósito, ya evidente en el señor Roda, de dedicarse más tarde ó más temprano á la vida pública. Era ya yo harto viejo de experiencia, aunque en años no lo fuera todavía; y, por lo mismo que conocía bien el camino que el jóven, laborioso y entusiasta profesor emprendía, no quise tomar sobre mi conciencia el animarle á seguirlo, que, gracias á Dios, nunca he dado consejo de cuya bondad no estuviera cierto. Todavía, menos que en ningun otro tiempo, podia entonces interrumpir este ordinario proceder mio, porque, bien sabido es, que el espectáculo que España presentaba era para afligir hondamente cualquier ánimo no ofuscado por el choque sangriento de las doctrinas, los intereses y las pasiones, que contendían, sin reparar en el desquiciamiento general. Y eso que no era yo, por fortuna, de los que solo á la sazón, veían tinieblas, así como por lo presente, en lo venidero: de ello han dado despues los sucesos alguna prueba. Tampoco era de los descorazonados, ni de los ofuscados seguramente.

Pero, al estímulo de la indignacion, ni pudo ni acaso quiso resistir mi pluma, y hay, en aquel primer prólogo, ardientes frases que hoy tengo por justas aún; pero que no seria oportuno repetir. Lo más de lo que por aquel tiempo se apetecia, con doliente y vivo anhelo, no hay hoy que buscarlo, porque se posee ya, y basta, de aquí adelante, con no dejar que se pierda.

Mas de todas suertes, ni entonces ni despues me ha parecido á mí bastante buena la carrera política para aconsejarla á nadie, y no se la aconsejé, con efecto, al Sr. Roda. No sin razon temo que el recuerdo de aquel prólogo de 1874, que desde dicha fecha no he vuelto á leer, sino ahora, me aparte más de lo conveniente de mi propósito, y quiero á mi propio recordarme, que me debo ceñir á señalar, con brevedad suma, los pasos que ha andado el autor en la carrera que, al dar á luz su primer tomo, no habia comenzado todavía. Diputado durante las primeras y segundas Córtes convocadas despues de la restauracion de la Monarquía hereditaria y constitucional en España, los largos y concienzudos estudios sobre la oratoria antigua, que este volumen y su predecesor suponen, dieron bien

pronto de sí los sabrosos frutos que eran de esperar. Con eso y todo, debió nuestro autor medir muy pronto la distancia enorme, que en este mundo suele haber entre el entusiasmo de la imaginación, y la realidad fría. Quizá no encuentre ya hoy tan descaminadas las desconsoladoras advertencias que oyó al principiar su carrera, de los que la comenzaron antes que él, y que antes, por eso mismo, recogieron el mal fruto. Quizá lo que juzgó un día exagerado en la experiencia ajena, parézcale ya tibio, contemplado en la propia experiencia.

Y, sin embargo, le ha dado asistir la Providencia, no ya como simple testigo, sino como laborioso actor, á uno de los más consoladores espectáculos de nuestra historia, á la restauración incruenta, generosa, resplandeciente en esperanzas patrióticas, de la antigua Monarquía nacional. Durante ese gran período histórico, su palabra correcta, sonora, metódica, estética, ha resonado en debates altísimos, donde se ventilaban los intereses más caros de la patria. Bajo el Trono, que con su voz y sus votos ayudaba á reorganizar y consolidar, al lado de aquellos, con quienes le unía desinteresada y espontánea

comunion de principios, y sentimientos, delante de adversarios por la palabra potentísimos, hasta el punto de recordar á veces en la tribuna española, las grandes voces de Atenas y Roma, el Sr. Roda ha comenzado y realizado ya, buena parte de su vida política y en circunstancias, por lo favorables, desacostumbradas. Ni de ellas, ni de su personal éxito debe de estar descontento. Como él comenzó, pocos han comenzado hasta ahora. Correrá el tiempo, y á él, que no puede estar gravemente herido aún por los desengaños; á él, á quien todavía no ha podido alcanzarle la saciedad del éxito, que tanto cuesta conseguir; á él, que no ha llegado á la cima del monte, donde á todo otro placer suele sobreponerse el del descanso que reclaman los trabajos de la subida, y donde se lamenta casi siempre, el desengaño de las vistas logradas desde la altura, por ser de todos modos limitadísimas; á él, que no ha de comprender el cansancio de otros, hasta que experimente su propio é individual cansancio; á él, sin duda, se le ofrecerán todavía nuevas campañas que seguir, otras batallas en que pelear, ocasiones diferentes de ser vencido ó vencer, con ó sin gloria. Pero

el campeón está ya armado de todas armas, y si por lo pasado ha de juzgarse de lo futuro, quedará siempre como bueno en los trances que le depare la suerte. ¿Qué más se puede pedir ni querer? Por ventura, ¿depende lo demás de él, ni de persona alguna?

Quizá no esté todavía satisfecho del estado de nuestras cosas públicas, á pesar de ser tan superior al que tenían cuando dió su primer tomo á la estampa. Pero ¿qué remedio!: nadie nace en el siglo, nadie en la nación, nadie en las circunstancias que quisiera. Tanto como vencer vale despues de todo el demostrar que, dada la ocasion, se hubiera merecido la victoria. Si esta, en cambio, no se logra por los propios hechos, sino por fortuita alianza con las circunstancias, ¿qué ánimo, verdaderamente grande, se ha de lisongear con hojas de laurel artificiales? Todo es igual en la vida, y puede ser indiferente, menos la propia conciencia, ó el merecimiento propio. Adelante, pues, y sirvan estas atropelladas reflexiones de estímulo á los que, como Roda, tengan todavía que hacer por este mundo largo camino. Puede muy bien ser que pequen de inútiles para él y para todos; pero, ¿qué hom-

bre con canas no se venga algun tanto de los que no las tienen, sermoneándoles cuando le viene á mano, aunque no sea más que por descargar sobre espaldas ajenas, alguna parte del peso de la vida propia? Lo que en conclusion, digo yo, es que conviene vivir, luchar, dar cada cual á la familia, á la pátria, á la humanidad cuanto pueda, mas sin atender al premio. Que si todo mortal lograra aquí lo que merece, ¿para qué haria falta el concepto de otra vida mejor?

Marzo de 1883.

A. Cánovas del Castillo.



LOS ORADORES ROMANOS.

INTRODUCCION.

SEÑORES:

Lo que voy á tener la honra de deciros en estas conferencias, será una continuacion de lo que os dije, desde este mismo sitio, en las del pasado invierno (1). La última noche que ante vosotros comparecí, anuncié que por ahora me ocuparia de los oradores romanos; contrayendo, así, el compromiso de presentaros un cuadro histórico, más ó ménos incompleto, y más ó ménos imperfecto, de la elocuencia latina.

Voy, pues, á cumplir este compromiso, en cuanto me sea posible, hondamente convencido, ahora como entonces, de que, los estudios biográficos, cuyo carácter daré al que esta noche co-

menzamos, son la parte más amena de la historia; quizá la más fecunda en útiles enseñanzas; quizá también la más propia para levantar el ánimo de los hombres, y especialmente de los jóvenes, inspirándoles amor á la gloria y á la patria, y sin duda, por esto mismo, la que más conviene popularizar en los infelicísimos tiempos que atravesamos.

Pocas cosas hay, en efecto, más dramáticas que la vida de esos hombres que, por su mérito y su grandeza, han causado la admiración del mundo; que la historia de esos caracteres, que, si no el primero, ocupan el segundo rango en el orden de las celebridades. Nada hay á las veces tan interesante como sorprender, por decirlo así, las primeras palpitaciones y los primeros ensueños de su ambición; como verles desplegar las alas de su genio y remontarse, con vuelo rápido ó vuelo lento, pero seguro, á la region de las grandes inteligencias; y verles algunas veces contrariados en su brillante carrera, detenidos y mortificados por la tiranía de los pequeños ó de los grandes infortunios, ó por las picaduras de insectos que en sociedad atormentan al hombre que nace para ser insigne, como en las selvas otros insectos atormentan al leon. Nada hay tan interesante, repito, como presenciar esa lucha secreta, ese flujo y

reflujo continuos que los llevan de la esperanza al desaliento, y del desaliento á la esperanza; como asistir al espectáculo de sus triunfos y sus caidas; como penetrar el origen de sus más bellas inspiraciones, y de los desaciertos que hayan podido cometer, y de todas las alternativas favorables ó contrarias de su fortuna. Al estudiar los rumbos que siguieron, vemos las dificultades en que tropezaron, los escollos en que pudieron naufragar, y los mares libres por donde fué próspera su navegacion; y, de este modo, la biografía de un grande hombre es un ancho mapa, de que podemos valernos, para dirigir nuestro derrotero por los mares del mundo y de la ciencia, como el marino se vale de la carta hidrográfica para no estraviarse por las inmensas llanuras del oceano.

La antigüedad ofrece sobre esto, como sobre tantas otras cosas, lecciones dignas de meditarse. No citaré ahora, puesto que, ni sumariamente podria hacerlo, lo que á este propósito pensaban los hombres más recomendables de Grecia y Roma; ni tampoco lo que allí establecian las costumbres, y aún ordenaban las leyes, para recompensar el mérito y la virtud, y ofrecer, así, nobles estímulos á las nuevas generaciones. Limitaréme á recordaros que la memoria de los héroes y los sábios despierta la emulacion; porque el hombre es in-

clinado á creerse capaz de hacer lo que otro hombre ha hecho, y muestra la posibilidad de seguir las huellas que dejaron, rindiéndoles un tributo de imitacion (2). Idea que se fortalece más y más en la mente, cuando se contempla á estos hombres en su conjunto, y se ve que, todos los que figuran en un mismo orden de celebridad, forman, de ordinario, una cadena de maestros y discípulos, en que los discípulos aventajan algunas veces á los maestros, aunque otras ni siquiera sirvan para conservar las ciencias y las artes á la altura en que las encontraron.

Esto lo vimos el año último, en aquel boceto imperfectísimo de la *Historia de la elocuencia griega*, que tuve la honra de presentar en esta misma cátedra; esto podremos verlo, también, en la *Historia de la elocuencia romana*. El arte de la palabra fué elevado por Demóstenes á la mayor perfeccion posible, para decaer en seguida hasta aquella oratoria, rica sólo en calidades de forma, que valió á Demetrio Falereo más aplausos y más honores, que había recibido Demóstenes por su varonil inspiracion (3). Y, en Roma, la elocuencia fué creciendo hasta el completo desarrollo que alcanzó en los últimos días de la República, para morir, en seguida, despues de haber asistido á las exequias de la libertad.

Pero, entre los oradores griegos y romanos, hay una diferencia que voy á indicar ahora, además de algunas otras que corresponden á la diferencia de instituciones políticas de ambos países, y que indicaré despues. El arte de la palabra fué en Atenas una planta indigena, y en Roma una planta exótica, que se modificó algo con la variacion de tierra y de cultivo, y que pocas veces, y quizá ninguna, vivió tan robusta y bella bajo el sol de Italia, como había vivido bajo el sol de Grecia.

Y no menor tributo pagaron los romanos á la cultura griega, en todo, ó casi todo, lo que pertenece al dominio de las bellas artes y las bellas letras, y aún á la filosofía moral y las ciencias naturales, en el breve espacio que recorrieron. Los oradores, los poetas, los filósofos, los escultores, y hasta los actores dramáticos griegos, fueron maestros de los que en Roma cultivaban iguales artes y conocimientos (4). Lugar tendremos de ver esto confirmado, en cuanto se refiere á la elocuencia; pero, en las demás partes de la literatura, los romanos fueron también tributarios de los griegos, hasta el punto de que, en la poesía misma, donde todo parece fruto de la inspiracion, y donde acaso más que en ninguna otra rama de las letras se descubre el génio peculiar

de cada pueblo y de cada época, se encuentran obras inmortales que no son otra cosa que felices imitaciones. El más grande de los poetas de Roma ha traducido en cien pasajes á los poetas griegos, como ya lo indicaba Voltaire al asegurar que si Virgilio imitó á Homero, siempre podría decirse que el mejor poema de Homero es la *Eneida* de Virgilio: frase en que hizo, á un mismo tiempo, el elogio del cantor de Eneas, y del cantor de Aquiles (5).

No hablaré de la historia, porque ambos pueblos tienen monumentos imperecederos, y porque, á pesar de las influencias que el uno ha ejercido incuestionablemente sobre el otro, Tito-Livio, Salustio y Tácito, sin contar á Julio César, han igualado, cuando no superado, á los más famosos historiadores helénicos (6). Mas, en materia de filosofía, los romanos fueron siempre discípulos de los discípulos de Sócrates, Platon y Aristóteles, sin haber podido rivalizar con estos maestros, acaso porque su doctrina, ó por lo menos la del fundador de la Academia, sólo podía reemplazarse con otra doctrina bajada de los cielos; con la doctrina del Redentor del mundo.

Así pues, señores, la Grecia fué en los tiempos antiguos un manantial de sabiduría, un centro luminoso que extendió por todas partes sus

resplandores; y, respecto de la Roma artística, la Grecia fué un taller donde se elaboraban modelos de una perfeccion suma, cuyas formas fueron imitadas por los artistas romanos, imprimiéndoles aquel sello de majestad y grandeza, propio de la capital del mundo. Porque, es necesario convenir, en que todo es bello y original en Grecia, y en que todo es importado y grande en Roma; en que Roma tuvo siempre sus puertas abiertas á la civilizacion extranjera, admitiendo los conocimientos, las leyes y los dioses de Atenas, lo mismo que los placeres y los vicios del Asia; y en que semejante á una naturaleza robusta que desarrolla con más fuerza los gérmenes de enfermedad una vez adquiridos, así Roma, expuesta al contagio del Oriente, no tardó en conocer los mortales efectos de la corrupcion, y en sentir su poderoso organismo, quebrantado y casi muerto.

Pero, ¿qué extraño puede parecer que Roma fuese, por decirlo así, una colonia literaria y científica de Grecia, como Grecia fué una provincia sometida al poder político de Roma? ¿Qué extraño puede parecer que la que venció en los campos de batalla fuese vencida en los campos de la filosofía? Si la bella cautiva triunfó al fin de su señora, esto confirma la verdad de que el poder de la inteligencia es el único invencible que en el

mundo existe, y de que se erige soberano de los mismos que lo avasallan, sin que haya hierros ni calabozos bastantes para apagar su luz y contener su aliento. ¡Hermoso contraste era, sin duda, el que ofrecian aquellos dos pueblos; Los embajadores de Grecia se inclinaban ante el Senado, y los senadores de Roma ante la estatua de Platon. Aquellos orgullosos patricios se imponian las molestias y peligros de un viaje, entonces largo y difícil, por visitar el Liceo y la Academia, siendo los primeros en reconocer y admirar el divino génió de los fundadores de aquellas célebres escuelas.

Desde los tiempos en que el filósofo Carneades estuvo como embajador en Roma, una profunda revolucion filosófica y literaria comenizó á verificarse, á la cual en vano se quiso oponer, como un dique, Caton el antiguo; y el estudio de la lengua griega se extendió considerablemente, llegando á ser objeto de moda, por decirlo así, entre los jóvenes, y una costumbre y una necesidad entre los hombres de letras, que la cultivaban con tanta predileccion, como la lengua latina se ha cultivado, durante estos últimos siglos, en los pueblos modernos.

Tal fué, á grandes rasgos indicada, la influencia de Grecia sobre Roma. En cuanto á la que

Roma ha ejercido sobre nosotros, por todas partes nos ha dejado sus testimonios, y estoy por asegurarnos que, durante mucho tiempo, se dejará sentir aún. Nuestra raza es latina, y no perderá nunca su carácter, puesto que ha resistido victoriosa el contacto de otra raza dominadora, y más civilizada que ella. La riqueza de nuestra lengua, su majestad, su armonia, acreditan que es hija de la lengua del Lacio; el latin es tambien el idioma de nuestra religion, y ha formado y forma parte de nuestra enseñanza pública; durante siglos ha servido de lengua universal y de vehiculo de comunicacion entre las escuelas de Europa; nuestra literatura ha nacido al influjo de la antigua literatura, y se ha nutrido especialmente con la latina; nuestras leyes han conservado, hasta hace poco, no ya los oráculos de la justicia, sino tambien algunas reliquias de barbarie romana; y hasta en nuestros campos desiertos se descubren aún las huellas de los Pretores y los Procónsules; los vestigios de la dominacion del pueblo Rey, no borrados en siete siglos de enemistades y sangrientas luchas, por el acero ni por la planta de los musulmanes.

Si fuese necesario demostraros esto con ejemplos, os citaria, entre nuestros códigos antiguos, el de las Partidas, que es el más grande de todos;

os citaria á Garcilaso emulando á Horacio y verificando no menos dulcemente que Teócrito y Virgilio; á Mariana, á Melo, á Moncada y á Mendoza, imitando á los historiadores romanos de primer órden; á Saavedra Fajardo procurando escribir tan concisamente como Tácito; á Jovellanos rivalizando con Ciceron, por lo menos en algunas obras, aunque sin imitarle tanto como Fr. L. de Granada, y á casi todas nuestras glorias literarias, buscando en Roma y Grecia grandes modelos que imitar, sábia doctrina que aprender, alimento, en fin, para su inteligencia y para sus nobles aspiraciones de celebridad. Y esto mismo es lo que dice Martinez de la Rosa, refiriéndose á la poesía, cuando al trazar á los jóvenes la senda que deben seguir en el estudio de las bellas letras, exclama:

«De griegos y romanos,

Estudiad los modelos noche y dia,
Y no aparteis jamás de la memoria,
Que así alcanzaron tan sublime gloria,
Nuestros ilustres vates castellanos.»

Mas, cuando veo, señores, los grandes frutos que obtuvieron los romanos de su imitación á los griegos, no sólo en la poesía y la historia, sino tambien en la elocuencia; y los beneficios que nuestros más insignes escritores, en prosa y ver-

so, deben á las obras clásicas de la antigüedad, no puedo menos de persuadirme, ante ejemplos tan repetidos, de que los hombres que aspiren á brillar y vencer en las luchas de la palabra, deben estudiar, afanosamente, los grandes modelos de oratoria griega y latina. Es un absurdo creer que la influencia que los más ilustres vates de nuestra patria han recibido de los antiguos poetas, no habian de recibirla tambien nuestros políticos y abogados, si la buscasen, de aquellos famosísimos oradores.

No, no es un privilegio exclusivo de Homero y Pindaro, de Horacio y Virgilio, de Sófocles, Aristófanes, Terencio, y tantos otros como han cultivado con inmortal éxito la poesía lírica, épica ó dramática, el haber dejado en sus obras un fuego oculto que tempia y desarrolla el genio del que asiduamente las estudia. Tambien Demóstenes y Ciceron han dejado en sus magníficas arengas, que sólo por la forma son ya monumentos literarios, algo que no se vé, pero que de veras se siente, cuando no se tiene la cabeza estéril ni el corazón vacío. No sólo vemos allí artistas de las palabras que nos deleitan y admiran con los primores de su estilo, con las gracias de su imaginación, con la soñidez y abundancia de sus conceptos; vemos abogados que

defienden la inocencia oprimida; vemos fiscales y tribunos que persiguen el crimen en las personas de los Verres y Catilinas, y que se oponen á los designios ambiciosos de los Filipos y Alejandro: vemos, en fin, grandes ciudadanos, políticos incorruptibles que marchan con la vista fija en la posteridad, sensibles al aplauso de los presentes, pero ansiando más aún merecer las alabanzas de los venideros.

Y bien, señores, unas obras oratorias como las de Demóstenes y Ciceron en que se habla por la justicia, por la honra nacional, y por la integridad del territorio, y que respiran por todas partes amor patrio y desinterés ¿no merecerán leerse en todos los tiempos y países? ¿No merecerán estudiarse preferentemente en nuestra patria, y en la época que atravesamos? ¿Están nuestros contemporáneos tan ricos de virtudes cívicas y de talentos que puedan oscurecer, con su brillo, como el sol oscurece las estrellas; á los que á través de veinte siglos nos envían aún las luces de su gloria? ¿Deberemos seguir el ejemplo de unos artifices temerarios para coger el buril, impotentes para todo cuanto no sea mutilar ó destruir la obra que se confía á sus manos, y sólo fecundos en hacer promesas y pagarlas con desengaños? ¿Habremos de abandonarnos, como náufragos fa-

tigados á merced de la impura corriente que nos envuelve y arrastra? No, señores, no. La razón lo reprueba, y la conciencia lo rechaza. Sepamos comparar y elegir, y tengamos el valor de emprender las sendas más útiles y honrosas, aunque sean más difíciles; sin rendir ningún tributo á la pereza, á la cobardía, á la lisonja, ni siquiera al desaliento, que, si no es vicio, es flaqueza más propia de almas esclavas ó pusilánimes, que de hombres honrados y fuertes, que quieren mostrarse dignos de mejor destino.

Por grandes y numerosas que sean hoy las desgracias de nuestra patria; por mucho que hayan degenerado los caracteres, y se hayan envilecido, generalmente hablando, los móviles y las miras de los hombres públicos, no conviene olvidar, señores, que la esperanza es lo último que se pierde; que no hay plaga ninguna que se eternice; que pasará esta época de infames traiciones y apostasias, y vendrá otra menos calamitosa y menos afrentosa para la patria; y que, en el caso mismo de ser irremediables tantos males, debería protestarse contra ellos y cumplir el deber de la resistencia, exclamando, en todo caso, como el más grande orador de Inglaterra: «Si hay que sucumbir, sucumbamos como hombres.»

Perdonadme esta digresion, y sigamos hablan-

do de la elocuencia. Sin duda que la elocuencia ha representado, y está representando, un importante papel en los países modernos que se rigen por instituciones representativas; empero, menester es confesar que entre nosotros no ha sido, hasta ahora, ni acaso sea nunca, árbitra de los negocios públicos, y aún de la suerte de los pueblos, como lo fué en las repúblicas de la antigüedad, y especialmente en Atenas. Depende esto, más que de otras causas, de las diferencias que existen entre la constitucion política de aquellos Estados, y la constitucion política de los Estados modernos. Si aquí se discutiesen los asuntos públicos ante una asamblea popular compuesta de muchos millares de individuos, por entero irresponsables de sus acuerdos, y cuyas impresiones hubiesen de convertirse en leyes, en tratados de comercio ó alianza, ó declaraciones de guerra, veríais cómo la palabra era el mayor y más seguro medio de poder, y el mejor instrumento de gobierno. Sólo pensando así se comprende que Pericles, simple ciudadano, fuese árbitro de Atenas por espacio de más de treinta años, sin otro recurso que el ascendiente de su genio y su palabra, y que, no pocas veces, su elocuencia triunfase de la alta razon de su antagonista Tucídides. Sólo pensando así se comprende y se explica

también, que, después de la muerte de aquel grande hombre, su patria fuese gobernada por el demagogo Cleon, personaje tan escaso de talentos y nobles prendas de carácter, como dueño, en grado altísimo, de una elocuencia arrebatada y tribunicia. Podriase añadir á estos ejemplos el de Demóstenes, que se afligia al verse, en los principios de su carrera oratoria, arrojado entre silbidos de la tribuna, porque no sabia producir fuertes emociones; mientras que hombres, casi por completo ignorantes en la ciencia de gobernar, eran escuchados con aplauso, y algunas veces arrastraban á las muchedumbres á realizar actos de verdadera demencia.

En Roma, la elocuencia política ejercitada en el foro, tuvo igual carácter, y fué en ocasiones no menos poderosa y decisiva que habia sido en Atenas. Los Gracos ofrecen de esto un ejemplo notable, entre otros muchos, anteriores y posteriores á su época, que se podrian citar. Ellos estaban rodeados de un pueblo, más numeroso, y menos culto, que el que solia rodear á Pericles y Demóstenes; pero cuya voluntad, manifestada en los plebiscitos, tenia fuerza de ley. La razon por sí misma, y la verdad, sin más atractivos que los suyos propios, no eran los mejores medios de persuadir á unas gentes en las cuales no dominaba la in-

teligencia y que solian estar poseidas de violentas pasiones, y muy particularmente, de un ódio heredado que llegó á perpetuarse entre plebeyos y patricios.

Cuando estudiando la historia de Roma, incompleta y todo como ha llegado hasta nosotros, veo los triunfos logrados allí con la palabra, me inclino á creer que en ningun tiempo ni país, se han obtenido, por idéntico medio, otros mayores, ni siquiera iguales; y afirmo que si aquella república hubiese sido una democracia pura, mil desaciertos se habrían cometido, con particularidad en los asuntos internacionales, bajo las impresiones producidas por los oradores políticos. Mas, por fortuna, la soberanía del pueblo estaba allí moderada por el Senado que, entre otras funciones, ejerció más ó menos amplia y directamente, según los tiempos, las de concertar las alianzas, é influir en las guerras y las paces; (8) y en aquella asamblea fué donde la elocuencia tomó un carácter marcadamente deliberativo, como sucede ó debiera suceder en los modernos parlamentos. Oyéronse, sí, á las veces en el Senado de Roma, discursos algo declamatorios como la primera y la cuarta catilinarias de Ciceron; pero la elocuencia de aquellos graves personajes, hombres ilustrados por lo comun, y algunos eminentes

tes en letras y ciencias, más debió dirigirse á la razon, que á los afectos del auditorio.

Por lo demás, los oradores romanos que florecieron, despues que la cultura del mundo antiguo llegó al Lacio, lo aprendieron todo de los griegos; y algunos se afanaron tanto como los griegos mismos, en elevar el arte de la palabra á su mayor grado de perfeccion. Si estos afanes no se vieron nunca tan bien recompensados en la ciudad de Júpiter Capitolino, como en la ciudad de Minerva; si jamás hubo en Roma un orador de estilo tan armonioso como el de Isócrates, ni tan florido como el de Hipérides, ni tan dulce y sencillo como el de Lisias, ni de tantos y tan subidos méritos como Demóstenes, esto consistió principalmente, sin duda alguna, en que los griegos profesaban, mas aún que los romanos, el culto de las bellas artes; y en que este culto lo extendian á la oratoria, no menos que á la escultura, á la arquitectura, y á la música y la pintura mismas.

Quizá otras causas, que yo calificaré de subalternas, contribuyeron tambien á producir estas ventajas de forma que, en mi concepto, ofrece la elocuencia griega sobre la romana. Deberíase averiguar si la lengua de Homero era ó no más propia aún que la de Virgilio para la poesía y la

elocuencia. Abrigo la sospecha de que sí; mas no me atrevo á aventurar una afirmacion categórica, porque, para hacerlo con seguridad de acierto, se necesitan vastos conocimientos filológicos de que carezco, y á los cuales no he tenido, ni tengo, ni espero tener en la vida, afición alguna. En cambio, creo poder aseguraros que el oído delicadísimo de los Atenenses, obligó allí á los oradores á procurar la armonía del lenguaje, como una calidad esencial del discurso. En Atenas, donde la música, el canto y la danza constituían una parte principalísima de las diversiones nacionales; donde estos ejercicios se mezclaban á las festividades religiosas no menos que á las civiles, y donde lo mismo unas que otras eran frecuentes y estaban costeadas y dirigidas por funcionarios públicos, no debe extrañarse que los oradores procurasen la armonía de los períodos, y la expresión y gracia de los ademanes y del gesto, hasta el punto de convertirse en verdaderos poetas y actores dramáticos.

Se ha dicho que las filípicas de Demóstenes son trozos de poesía, y que algunas veces, al improvisar, brotaban, sin él conocerlo, de sus labios frases que eran versos griegos cabalmente medidos; y se cita un caso en que utilizó el oído músico de los Atenenses, para asegurar

uno de los mayores efectos á que aspirarse puede en la oratoria. En el famoso proceso *Por la Corona*; deseaba arrancar á los oyentes una condenación que prejuzgase el fallo contra Esquines. ¿Sabeis cómo lo consiguió? No negaré que por medio de su elocuencia; pero dando á su elocuencia la garantía del éxito, en un ardid tan ingenioso como sencillo, que al propio tiempo que el arte refinadísimo del orador, prueba el oído esquisito de aquel pueblo. Todo se redujo á pronunciar mal una palabra, bien seguro de que si los oyentes no estaban aún fascinados por su elocuencia, sólo por rectificar dicha palabra, la habian de repetir todos unánimes. Así fué en efecto. La pregunta que hizo, despues de abrumar á su antagonista con terribles apóstrofes, ordenados en admirable gradación, fué la siguiente: «¿Es Esquines el amigo de Alejandro, ó es su *mercenario*?» La terminación de esta última palabra sustituida con un sonido desagradable, facilitó que el auditorio en masa, ora fuese por rectificar, como en parecido caso solemos todos hacerlo mentalmente, ora fuese por contestar al orador, se apresurase á repetir como un eco: «¡*Mercenario!*» Volvióse entonces Demóstenes con aire victorioso hácia su enemigo y le dijo: «*Ahi tienes la respuesta.*»

Más, aparte de estas pequeñas ventajas de forma que, en general, ofrece la oratoria griega sobre la romana, preciso es reconocer que los grandes oradores latinos emularon á los grandes oradores griegos; y quizá les habrían superado, si, con la muerte de la libertad, no hubiese la tribuna enmudecido en Roma, precisamente cuando la lengua de Horacio, de Tito Livio y Salustio, alcanzaba su más alto grado de esplendor y abundancia. Lo que jamás habrían conseguido los oradores latinos, es la gloria de llegar, sin maestros, á donde los griegos llegaron. Pudo Ciceron, como él mismo lo confiesa, y pudieron también Antonio y Crasso, que tan amantes eran de los buenos modelos, elegir como tal á Demóstenes ó cualesquiera otros de sus insignes compatriotas; pero ni Pericles ni Demóstenes debieron aquella indisputable superioridad que á entrambos se les reconociera en sus respectivas épocas, y reconoce aún, á otra causa que á su propio genio, bastante poderoso y fecundo para producir obras arquetipas, no engendradas por la imitación, y por extremo dignas de ser perpétuamente imitadas (9).

Tampoco pasaré en silencio, que, la elocuencia romana, tiene de comun con la moderna elocuencia de nuestros parlamentos, un carácter de que carece la griega, casi por completo, ó en que

abunda mucho ménos que la latina. Me refiero á la espontaneidad. Sería locura pensar que las arengas pronunciadas en la asamblea pública de Atenas, iban siempre de antemano preparadas, y confiadas á la memoria de los oradores: la índole de los debates no en todo caso permitía esto, y aquellos políticos tuvieron que pagar frecuentemente tributo á la improvisación. Seríalo, asimismo, suponer que en el foro romano no se oyeron nunca oraciones recitadas, y recitadas quizá por quien no las había escrito, ni habría tenido talento para escribirlas nunca. Obsérvase, sin embargo, que los oradores griegos introducían en sus discursos largos pasajes de otros discursos anteriormente pronunciados; y mientras que los romanos afectaban deber á la naturaleza, más bien que al arte, sus facultades oratorias y sus triunfos, ellos no ocultaban sus ejercicios y trabajos anticipados, ni se extrañaba nadie de que la juventud concurriese á las escuelas de elocuencia y filosofía, en Atenas tan numerosas y célebres, y que en Roma fueron más de una vez cerradas gubernativamente. Sin ocuparme, esta noche, de presentaros otras citas y consideraciones, que iré haciendo en las sucesivas conferencias, os indicaré, no obstante, el hecho ciertísimo de que, los oradores griegos, eran más aficionados á escribir

sus discursos que los oradores latinos; á lo cual debieron éstos el conocer, con gran provecho de las letras romanas, los mejores y más bellos frutos que, en esta rama del saber, produjo la cultura helénica.

Ménos afortunados los modernos, no poseen todas las riquezas literarias, debidas á los sublimes genios que ilustraron aquellas dos célebres repúblicas. Mas la parte de estas riquezas que ha traído el tiempo hasta nosotros, así como basta para llenarnos de admiracion hácia unos hombres que lo mismo sabian manejar la pluma que la espada, y lo mismo gobernar ejércitos que ciudades y reinos enteros, basta tambien para que los amantes de las letras tengan excelentes modelos, que sirvan de guia á sus talentos, y de estímulo á sus aficiones. Por lo que hace á la oratoria, har-to sé que el estudio de las obras antiguas, aunque no muy largo, es penoso en su principio; y sólo deben hacerlo, con extension, los pocos que aspiran á brillar, algun dia, en las lides de la palabra. Mas, para estos, ¿no sería más largo y penoso aún, cuando no fuese enteramente inútil, el estudiar la elocuencia en el importuno farrago de las reglas que han amontonado los preceptistas? ¿Quién no sabe que el camino de la imitacion es más corto y fácil que el de la aplicacion de los principios?

Y en los modelos de oratoria con que nos brinda la antigüedad clásica, ¿quién no encuentra la ventaja de un estilo admirable, peculiar de la palabra hablada, y aquella eleccion y armonía de medios que constituyen la verdadera elocuencia? ¿Deberemos aguardar de los preceptos y del ejercicio solos, grandes progresos en el arte de persuadir? Pero, ¿quién no vé que si el ejercicio de la palabra presta facilidad, tambien habitúa á los defectos, y por consiguiente los arraiga, lo mismo y quizá más hondamente que las perfecciones (10)?

Si pudiésemos, á lo menos, aprender en nuestros monumentos literarios las formas y el estilo propios de la oratoria deliberativa, ya no sería tan indispensable el estudio de los modelos antiguos; mas, estoy por decir que, éstos modelos, hablan mejor que nuestros clásicos el lenguaje político de nuestro tiempo. Consiste esto, principalmente, en que aquellas formas republicanas tienen más puntos de contacto con las modernas instituciones representativas, que el régimen absoluto de las épocas en que ha florecido la mayor parte de nuestros célebres escritores. La mitad de ellos han sido ascéticos ó moralistas, y todos los restantes no ofrecen otros vestigios de elocuencia hablada que las arengas atribuidas, en

las obras históricas, á los personajes cuyos hechos narran. Necesario es leerlos y releerlos, no sólo porque seria vergonzoso desconocer la patria literatura, sino tambien porque son los supremos jueces de la propiedad y pureza de nuestra lengua, así como de la sintaxis castellana, y porque es preciso ser buenos hablistas, antes de ser buenos oradores. Esto no impide que yo tenga la creencia de que, no se han descubierto aún, todas las riquezas de elocucion que nuestro idioma encierra.

Un escritor hay, sin embargo, entre los nuestros, que, si no el más grande, es el más elocuente de todos y más digno de ser elegido por modelo; el único, acaso, cuyo lenguaje no parecerá anticuado nunca; Jovellanos, en fin, que, por sus virtudes públicas y privadas, por la suma inmensa de sus conocimientos, y habiendo tenido un corazon algo más fogoso, como el de su amigo el Conde de Cabarrús, ó estimulado su génio con la agitacion febril de nuestras asambleas deliberantes, habria merecido llamarse, por su palabra hablada, como lo merece por su palabra escrita, el *Ciceron* de nuestra patria. Lo confieso, señores; si este hombre eminentísimo hubiese figurado en nuestro parlamento, y hubiese producido discursos políticos, correspondientes en mérito á

las oraciones académicas que nos ha dejado, no estaria yo ahora recomendando las obras de los antiguos, que él mismo se complacia en señalar como fuentes purísimas de doctrina y de belleza; sólo recomendaria las suyas, como capaces de suplirlas, para el objeto de que hablo, sin desventaja alguna. Pero, exceptuando ciertos pasajes de su *Memoria en defensa de la Junta Central*, su estilo, aunque siempre ajustado al asunto de que trata, carece de ese movimiento, de esa vida, de ese calor contagioso, propios de los debates parlamentarios, y que sólo tiene el discurso cuando las pasiones animan con su fuego los dictámenes de la razon.

Este *quid divinum* que atribuyo á los nobles afectos, lo veremos confirmado, con cien pruebas, lo mismo que otras verdades que, en materia de elocuencia no se practican, ni conocen bastante, en las investigaciones sobre los oradores latinos que van á ser objeto de estas conferencias. Empero, será preciso que, en la inmediata, nos detengamos algo todavía, para averiguar con datos seguros, ó conjeturas fundadas, cómo y cuándo nació en Roma la elocuencia, y otras particularidades relativas á los caracteres y desarrollo que tuvo, hasta perecer con Ciceron, como antes indiqué, asesinada en la persona de este grande

hombre por el primero de los Césares. Y, atribuyo á Octavio aquella muerte, porque, el que pudiendo salvar á tal hombre no quiso hacerlo, bien merece que le llamemos su verdugo. (11)

Cuando veo, señores, que en los dos pueblos más célebres y cultos del mundo antiguo, el arte de la palabra ha seguido las vicisitudes de la libertad; y cuando recuerdo que en ambos pueblos la elocuencia, despues de llegar al zenit de su carrera, ha lucido un instante para hundirse en seguida con la libertad, en el sepulcro de los hombres que á una y otra más bellas ofrendas les consagraran, me pregunto si el destino de la elocuencia cuando se presenta, como un astro en su apogeo, es anunciar dias ominosos para el mundo, es convertirse en precursora del despotismo. Pero esta duda se desvanece, por entero, al ver que los más grandes oradores han sido tambien grandes ciudadanos; lo cual me autoriza para decir que, si la libertad ha muerto en unos pueblos, y se ha visto en otros comprometida, ha sido á pesar de la elocuencia, y de ningún modo por su culpa. Ambas caminan sobre la tierra unidas, como dos hermanas, por vínculo inquebrantable; y en estos tiempos tan difíciles, tan tristes, tan calamitosos, en que el orden social y el orden moral de las naciones se hallan honda-

mente perturbados; en estos tiempos en que, al debatirse los más árdulos problemas de la filosofía y la política, se riñen grandes batallas intelectuales, la elocuencia auxiliando á la verdad puede facilitarle el triunfo; y, lo que no es menos interesante, puede anunciarlo por el mundo, de modo que obtenga los aplausos de los hombres.

Señores, suponed que cuanto he dicho en recomendacion de los oradores antiguos, no tiene fuerza alguna: siempre será cierto que á la palabra le está reservado un importante papel en el drama político de nuestra época, y que para conocer á fondo las artes y aun las ciencias, deben estudiarse desde su cuna, como los rios desde su origen. Pues bien, hagamos esto con la elocuencia: estudiemos su Historia.

He dicho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO PRIMERO.

(1) Se hace referencia á las lecciones sobre *Los Oradores griegos*, explicadas en el Ateneo en el curso de 1872-73, que se publicaron á mediadós de 1874, precedidas de un prólogo del Excmo. Sr. D. A. Cánovas del Castillo.

(2) En Atenas, todos los guerreros muertos en defensa de la patria, eran celebrados y recomendados á la veneracion de la posteridad, en una oracion fúnebre, pronunciada por el orador más elocuente y virtuoso de la República, á quien la ley confiaba tan honroso encargo. Sábese que Pericles ejerció con este objeto su elocuencia, y aún conservamos el panegírico pronunciado por Demóstenes en alabanza de los combatientes, contra Filipo, que perecieron en Queronea. No creemos que sea ocioso insistir, tan tenazmente, en recomendar el amor á la gloria: lo hemos calificado de fecundo, y bien podría decirse que es un sentimiento prodigioso. Los romanos le debieron, quizá, muchas de las mayores cosas que hizo la República, y sin duda alguna, la grandeza de sus más insignes varones. Ciceron dice, en su discurso en defensa del poeta Arquias, que él mismo, en los más graves trances de su vida pública, soñaba en la posteridad, y arreglaba su conducta por el ejemplo de los hombres grandes que le habían precedido. Valerio

Máximo cita también, (*L. VIII*, cap. 14,) el inmenso amor á la gloria que sentian Escipion, (el primer Africano), D. Bruto, Pompeyo, Sila, C. Fabio, y el mismo Fidiás: pudo citar otros muchos, como podriamos citarlos nosotros, anteriores y posteriores á aquella época. Es este un sentimiento que ocupa por completo el ánimo y se convierte en aguijon para unos, y freno para otros. Temistócles, Alejandro y César lo sintieron, y en general, todas las grandes figuras del linaje humano. Hace vivir, en cierto modo, con las generaciones venideras, ora recreándose en las alabanzas que de ellas se promete, ora aguardando de su justicia reparaciones y desagravios.

(3) Respecto á Demetrio Falereo, repetidos testimonios ofrecen Ciceron y Quintiliano, de que marcó una época de gran decadencia, en la oratoria política griega. «La delicada gasa con que se adorna, no conviene para andar entre el polvo del Foro. Tuvo mucho ingenio y facundia, aunque se sabe que fué el primero que hizo decaer la elocuencia de su patria.» (*Quint. X-I.*) «Después de la muerte de Demóstenes, la huella de su talento se fué borrando hasta desaparecer por completo. La elocuencia se hizo más débil y blanda. Entonces aparecieron Demochares y Demetrio Fareleo.» (Ciceron, *D. del O. II. 23.*) A Demetrio Falereo, se le elevaron en Atenas, 360 estatuas. Muy poco tiempo después, fueron puestas por tierra y destrozadas.» (*Plinio, XXXVI, 12-2.*)

(4) Desde los tiempos más antiguos, dice Mommsen, la Grecia ha influido, poderosamente en la cultura del Lacio (*Hist. Rom. L. I, cap. XV.*) El historiador alemán sigue aquí el parecer que Ciceron pone en boca de Escipion, en su obra *La República*. Mr. Berger creia que

los Romanos no eran capaces de concebir ni realizar lo bello, por sí mismos, y que necesitaban modelos para dirigir y sostener su marcha. (Eloc. lat. cap. XI.) Otro escritor francés se expresa más terminantemente aún, y en igual sentido, sobre este particular, asegurando que «los romanos fueron en todo los discípulos, los admiradores y los tiranos de los griegos;» y que, en todas épocas, sólo por éstos se cultivaron en Roma las bellas artes. Era necesario, dice, que los griegos les construyesen sus templos, sus pórticos, sus arcos de triunfo, y que adornasen con pinturas las paredes de sus palacios (*Thomas-Elogios, X.*) Respecto á la estatuaria, Plinio está en desacuerdo con los que la suponen importada de Atenas. Dice (*L. XXXIV-16-1*) que era un arte familiar á los latinos, desde sus primeros tiempos; mas como al enumerar los escultores célebres (19-1) sólo cita nombres griegos, nos hemos creído autorizados para considerar á los Romanos casi tan tributarios de la cultura helénica, en esta materia, como lo fueron en bellas letras y filosofía. Como pintores, sólo nombra á Fábio Pictor, que ejercitaba este arte el año 450 de Roma (301 antes de J. C.) y al poeta Pacovio, sobrino de Ennio (*L. XXXV-9-1.*) En cambio, hace mención de excelentes pinturas, que se conservaban en las paredes de algunos templos de Italia, más antiguas que Roma (*L. XXX-6-1.*) Sábese además, porque numerosos testimonios lo afirman, que si Roma se enriqueció de estatuas y cuadros de mérito, fué porque llegaron entre el botín de sus victorias. Por lo que hace á la declamación, ¿qué actores pudo haber, cuando nada había que declamar? Este arte, elevado más tarde á una perfección suma por el talento de Esopo y Roscio, contemporáneos y amigos de Ciceron, forzosamente tuvo que venir de Grecia, como las primeras obras dramáticas que en Roma se representaron.

(5) Macrobio cita unos 130 pasajes, más bien más, en los cuales Virgilio ha imitado ó traducido literalmente á Homero. También cita otros, en mucho menor número, donde se ve que, el autor de la Eneida, hizo lo mismo con otros poetas griegos. (*Saturnales, caps. del III al XIV.*) Aulo-Gelio dice que «las comedias de los antiguos poetas latinos son, en su mayor parte, imitaciones de las de Menandro y otros autores griegos.» (*L. II-cap. XXIII.*)

(6) No temo oponer, á Tucídides, Salustio, y á Herodoto, Tito-Livio, el cual no es menos admirable por la claridad, la gracia, la exactitud de la narración, que por la elocuencia de sus arengas, donde jamás dice cosa alguna que no esté en perfecta armonía con los sucesos y las personas. (*Quintiliano-L. X-I.*)

(7) «Caton el Censor, opinó siempre que se debía expulsar de Italia á todos los griegos. Su descendiente Caton de Utica, llevó un filósofo griego á Roma, cuando fué tribuno militar, y otro cuando regresó de su viaje á Chipre. Es notable que, de los dos Catones, el uno desterraba, y el otro introducía en Roma la lengua griega. ¡Qué revolución en las costumbres!» (*Plinio VII-31-4.*)

(8) En los siguientes términos, expresa Polybio las relaciones políticas que existían entre el pueblo, los Cónsules y el Senado romanos:

«Convengamos en que todo el pueblo tiene puesta su confianza en el Senado y, por temor de que con el tiempo necesite su amparo, no se atreve á resistir ni oponerse á sus órdenes...» «Los tres poderes están tan bien enlazados contra cualquier evento, que con dificultad se hallará república mejor establecida....» «Al instante que

uno de los poderes pretende ensoberbecerse y arrogarse más facultades que le competen, como ninguno es bastante, por sí mismo, y todos, según hemos dicho, pueden contrastar y oponerse á sus designios, tiene que humillar su altivez y soberbia.» (*Polybio, L. VI, cap. VI*). Hé aquí, ahora, un resumen de los principales datos que se encuentran en las obras del mismo Polybio, (*L. VI-cap. V*), y otras antiguas, relativos al Senado de Roma. Habiendo sido aquella asamblea un palenque de elocuencia, y la mayor institucion política de aquel pueblo, no estarán demás estas breves noticias.

El Senado verificaba sus reuniones en alguno de los templos consagrados con tal objeto. En casos de peligro, era preferido el templo de Júpiter Estator, como se vé en la primera catilinaria de Ciceron, donde éste hace valer hasta el recinto en que se halla, para intimidar á Catilina. Se verificaban tres sesiones mensuales, y las extraordinarias que los Cónsules creían convenientes. Las sesiones no comenzaban nunca antes de salir el sol, ni se prolongaban despues de ponerse. Se ignora el orden que presidia en las discusiones, y no se sabe que hubiese ningun reglamento interior, hasta la época de los emperadores; pero ciertamente se sabe que, en tiempo de César, el senador que estaba usando de la palabra, no podia ser obligado á dejarla, ó gozaba por lo menos una libertad muy considerable en el ejercicio de ella: Aulo-Gelio dá motivo á que así lo creamos, al citar una session célebre en que, Caton de Utica, estuvo once horas seguidas perorando, con objeto de que no se tomase en aquel dia un acuerdo que convenia mucho á Julio César.

Los reyes, en un principio, los cónsules despues, los dictadores, y áun otros magistrados, podian convocar el Senado. Sábese que era necesario cierto número de senadores presentes para tomar acuerdo, pero se ignora

qué número fuese éste, y si era variable según el asunto que se discutia. Un erudito historiador opina, despues de examinar muy despacio este punto, que la presencia de una tercera parte de los individuos de la asamblea, era probablemente necesaria para deliberar. Casi toda la parte administrativa del gobierno, pertenecia al Senado, y habia pocos asuntos políticos y civiles, en que no interviniese en determinados casos, y de una manera más ó menos directa. En las causas graves, el Senado autorizaba á los Cónsules para que actuasen, como puede verse en aquel proceso, á que hace referencia Ciceron, donde Servio Galba acreditó todo el poder de su elocuencia, despues que Cayo Lelio no pudo conseguir, con la suya, un fallo absolutorio. El Senado recibia los embajadores extranjeros, y de su seno salian los que se enviaban á otras naciones: en más de una ocasion fue juez de las diferencias que existian entre otros pueblos, y en este concepto puede decirse que ejerció, á veces, las funciones de Tribunal Supremo, de reinos y reyes.

(9) Muchas páginas hemos consagrado á Pericles en *Los Oradores griegos*. Su prodigioso talento oratorio está acreditado en multitud de lugares de las antiguas obras griegas ó latinas. Aunque no el capítulo á que pertenece, recordamos, perfectamente, esta pregunta que Ciceron hace en uno de sus diálogos: «¿No se conocen las maravillas de la elocuencia de Pericles?» Quintiliano dice que, «al describir á Pericles los poetas cómicos, autores nada sospechosos de parcialidad, comparaban su elocuencia á los truenos y los rayos» (*L. XII-10*). En otro lugar repite este mismo testimonio, refiriéndose á los historiadores helénicos (*L. XII-3*); y antes habia escrito que, según la antigua comedia, en los labios de Pericles moraba la diosa de la persuasion, (*L. X-1*). En Plutarco y Tucídides, se ven ámpliamente confirmados estos

testimonios, con la grande autoridad de la Historia.

Nadie negará que Pericles debió á su propio génio sus facultades oratorias, y no á la imitación. Solon y Pisistrato, no pueden considerarse como maestros de la palabra, y son los únicos oradores que florecieron antes que él. Mas, por lo que mira á Demóstenes, necesitamos hacer algunas otras aclaraciones. No queremos decir, de modo alguno, en el texto, que no estudiase á los oradores que le precedieron: queremos sólo consignar que no tuvo modelos que fuesen para él, lo que él, y Esquines, y su contemporáneo Hipérides, sin contar á otros, fueron para los oradores latinos. El mismo Pericles, á quien tanto Demóstenes se parecía como orador, (si hemos de guiarnos por conjeturas fundadas) nada, ó casi nada, dejó escrito, que pudiese servir de modelo á sus jóvenes compatriotas. Aprovechóse Demóstenes de las nobles ideas de Platon, literalmente copió algunas veces al viejo Isócrates, y, en sus primeros discursos, al maestro de retórica Iseo; mas sería una demencia calificarle de plagiarío, sólo porque hubiese sabido utilizar, con aplicacion á su original elocuencia, los conocimientos de su época, y las anteriores. A ningún autor estudió tan asiduamente como á Tucídides: compárense, sin embargo, las obras de ambos, y se verá que Demóstenes es un orador singularísimo, superior á todos, no parecido en su conjunto á ninguno de los que pudieron enseñarle, y digno, por esto, de que se le considere maestro de sí propio.

(10) «Buscan la movilidad de la lengua y la abundancia de las palabras. Han oido decir que hablando se aprende á hablar, y esto es lo que los engaña. También se dice, y no con menor razon, que hablando mal, se aprende á mal hablar.» (Ciceron. *D. del O. L. I-33*).

(11) Consagramos ahí, á la memoria de Ciceron, casi la misma frase que él emplea en sus *Filípicas*, cuando quiere probar que Antonio ha dado muerte á Servio Sulpicio: «Porque es indudable, dice, que equivale á matar á un hombre, el ser causa de su muerte.»



DISCURSO SEGUNDO.

La elocuencia en Roma desde la fundacion de la ciudad hasta Caton el Censor.

SEÑORES:

Despues de haber indicado, la última noche que nos reunimos, la influencia que ejerció Grecia sobre Roma, y la que ha ejercido, y viene ejerciendo aún la antigua Roma sobre nosotros, en todo lo que pertenece al dominio de las letras; y despues de haber hecho algunas consideraciones en recomendacion de los grandes modelos, que hoy se conservan, de la oratoria clásica, latina y griega, esta noche vamos á ocuparnos de la elocuencia romana, en el primero de los tres periodos en que divido su historia.

Este primer periodo comprende desde la fundacion del Senado, hasta Caton el antiguo; el segundo abraza desde Caton hasta la época de

Sila, en que florecieron Antonio y Crasso; y el tercero, que es el más fecundo y brillante de todos, comprenderá á Ciceron, Hortensio, Julio Cesar, y otros ilustres contemporáneos suyos, cuya celebridad seria mucho mayor, si la gloria que éstos tres, merecidamente alcanzaron, no hiciese palidecer toda otra gloria. Podriase aún añadir un período que abrazase los tiempos posteriores á la república; pero, me abstengo de hacerlo, porque no quedan obras de los oradores que entonces hubo, aunque sí algunas ligeras noticias conservadas por Tácito y otros; y porque no me gusta, ni creo que sea un trabajo de los más útiles, estudiar las épocas de decadencia de los grandes pueblos.

Desde luego que los principios de Roma están envueltos entre las sombras de la antigüedad, no obstante los muchos, y muy insignes historiadores, que aquella república produjo en su siglo de oro, y aún antes y despues; pudiendo asegurarse que los hechos están en ellos desfigurados, aunque algunas veces embellecidos, por narraciones de todo punto inverosímiles. La crítica moderna, trabajando aquellos materiales, ha producido, acaso, más luz sobre épocas de que distamos miles de años, que los autores que casi las tocaban con la mano. Pero no me fatigaré

vanamente en investigaciones, más curiosas que útiles, ni haré tampoco aquí una minuciosa exposicion de los motivos que, en el curso de este estudio, me induzcan á admitir, como cierto, tal ó cual hecho determinado, con preferencia á tal ó cual otro, que tambien tenga algun testimonio en su favor. Como el que vuelve de navegar por mares no bien explorados todavia, diré lo que me parezca más digno de relatarse, no sacrificando nunca, la verdad histórica, á ninguna ilusion ni objeto preconcebido.

Tambien os digo, con franqueza, que cuando recuerdo que, algunas veces, se necesita estar un dia entero trabajando para fijar una fecha, ó averiguar la etimologia de una palabra, el enojo y la impaciencia que produce, todo trabajo estéril, le hacen á uno abandonar, con desden, quizá injusto, esos pormenores de la erudicion, más propios de anticuarios que de critios y filósofos, para ocuparse sólo de lo que ofrece un interés incuestionable. Y, en verdad, ¿no tiene algo de pueril, ya que no de ridiculo, el preocuparse grandemente ante la duda, por ejemplo, de si Roma se fundó una semana antes ó despues? ¿Importa saber si sus murallas tenian una pulgada, más ó ménos, de anchura ó elevacion? ¿No parecen ocupaciones de gente ociosa, esas menudas

críticas con que algunos hombres pretenden (tan pobre idea tienen de la sabiduría) explicar los detalles de la historia antigua, como si tratasen de lo que han hecho, ó presenciado, de cerca, el día anterior? ¿Interesa á nadie averiguar, si aquel L. Junio Bruto, que fundó la República romana, era ascendiente (como algunos opinan y otros niegan) de aquel Marco Bruto, que, después de la muerte de César, hizo el prostrer esfuerzo por salvar la libertad espirante de su patria? Admiramos los grandes movimientos de su alma, estudiemos la firmeza de su carácter, reconozcamos los caminos de su elevación y su gloria, y dejemos, á un lado, las minuciosas que apenas satisfarian una pueril curiosidad.

Estas dificultades, en que tropieza quien aspira á escribir la historia de los primeros siglos de Roma, crecen mucho, y desalientan más aún, cuando se vé, á los autores antiguos entre sí, y también á los modernos, en desacuerdos que no carecen de importancia. Ciceron y Salustio, Tito Livio y Dionisio de Halicarnaso, no están siempre conformes en sus noticias y apreciaciones. Lo propio sucede con Niebuhr, Mommsen, Maquiavelo, Montesquien, Rollin, Michelet, y otros que, con más ó menos ciencia y más ó menos fortuna en sus investigaciones y su crítica, han trazado

y recompuesto, los anales de aquel pueblo; y á los cuales no cito nominalmente, porque sólo los conozco por referencia, y sin que esto sea decir que haya estudiado, á los que acabo de nombrar, todo lo que estudiarse pueden; ni ménos que tenga la ridícula pretension, de dirigir, contra ellos, ningun género de censura.

Plutarco, que también disiente algunas veces de sus coetáneos y antecesores, es, sin duda alguna, el escritor antiguo que más he de consultar, y á que más he de referirme, en mucha parte de la presente obra. Para lo que esencialmente se refiera á la elocuencia, Tito-Livio, en todo lo que pertenezca á los primeros tiempos, y Ciceron en todo lo que concierne á los últimos de la República, serán las fuentes á que yo más acuda. Algo curioso, y con frecuencia útil, han de suministrar-nos Aulo-Gelio principalmente, y en segundo término Macrobio, Valerio-Máximo, y el mismo Suetonio, al que tendré que recurrir, con particularidad, cuando os hable de Julio César. Tampoco debo olvidar á Tácito y Plinio el viejo, y ménos aún á Quintiliano que, en medio de sus doctísimos preceptos, siembra, de vez en cuando, noticias y juicios sobre los oradores, y demás hombres de letras, de su patria. Abstendréme ahora de decirlos por qué prefiero Tito Livio á Dionisio

de Halicarnaso: el que los conozca lo comprenderá, y, el que no los conozca, no estará autorizado para censurar mi preferencia. Sólo os diré que, debiendo ocuparme de la historia de la elocuencia latina, he elegido, entre ambos, al que sin merecer menos crédito, es más elocuente y magnífico; y siendo los personajes que hemos de ver en escena, unas veces plebeyos y otras patricios, pero siempre republicanos, he creído que debía conocerlos mejor, el que gozó de sus libertades y tuvo, con ellos, una patria comun. (1)

En cuanto á los modernos, puedo aseguráros que sus sábias reflexiones serán por mí detenida y respetuosamente consultadas, y que espero encontrar en ellas, mucha luz y alguna economía de trabajo.

Y tened en cuenta, señores, que si digo alguna economía de trabajo, y no mucha, es porque este estudio tiene muy diversa índole de los demás estudios que, sobre literatura romana, ha producido el espíritu ambicioso, y el génio investigador y tenaz de los historiadores y críticos modernos, sobre todo, de los alemanes, que son más laboriosos, aunque menos brillantes que los franceses. Sin duda que se han escrito obras especiales sobre la historia de la elocuencia romana. Dejando á un lado lo que contienen las grandes

revistas que se publican en Europa, yo conozco los títulos de dos de esas obras, y espero conocer algun día su contenido. Una es la *Historia de la elocuencia entre los pueblos antiguos*, escrita por Antonio Wisterman: debe ser una obra de erudición, y en este concepto muy estimable, cuando César Cantú la cita en su *Historia*; mas, infructuosamente la he buscado en las bibliotecas de Madrid, y en las librerías de Francia. La otra es la *Historia de la elocuencia latina, desde el origen de Roma hasta Ciceron*, publicada el año 1869, por un amigo de Mr. Berger, y formada con las notas que este sabio profesor dejó á su muerte, despues de haber explicado aquella asignatura, por espacio de quince años, en la facultad de Letras de Paris. Este libro encierra también mucha erudición, y, sobre todo, una erudición que debe inspirar confianza á los lectores. Yo, que habia hojeado ya los principales autores clásicos latinos, cuando llegó á mis manos, no he encontrado en él ninguna cita falsa, aunque si algunas que me eran desconocidas. Por lo demás, las dos terceras partes de la obra de Mr. Berger no tratan de la elocuencia, si bien tratan de cuestiones que con ella más ó menos directamente se relacionan; y como á juicio mio no pinta los caracteres con la viveza y la fuerza de colorido que

necesitan y merecen los grandes personajes de la antigüedad; como no recompone, no ilumina, no engrandece los retratos, ya borrosos ó mutilados por las injurias del tiempo, que presenta á la vista del lector; como no templa su obra al calor político que respiran las biografías de Plutarco, los diálogos y arengas de Ciceron, las inmortales páginas de Tito-Livio, y estoy por decir que hasta las ruinas mismas del Capitolio y del Foro, y todas las demás del gran pueblo, he creído oportuno cerrar el indicado libro de Mr. Berger para no consultarlo, de nuevo, hasta que yo haya recogido, ordenado y transmitido al papel, lo que esta noche, y las siguientes, os vaya manifestando. Entonces aumentaré mis datos á expensas de los suyos, si hay lugar á ello, y consignaré por medio de notas, los préstamos que le deba.

Por consiguiente, al comenzar este trabajo, no edifico siguiendo un plano ageno, ni sobre cimientos que otro estableciera; y aún me veo en la necesidad (que no deploro) de recoger los principales materiales en los depósitos á que han recurrido, hasta el presente, y á que siempre habrán de recurrir, todos los escritores de estos tiempos y los venideros, sobre cualquier género de antigüedades romanas.

Desconócese el estado de la elocuencia latina,

en los dos siglos y medio que trascurrieron desde la fundacion de la ciudad, hasta la expulsion de los reyes; y ni siquiera es apreciable, con cabal exactitud, el grado de cultura que alcanzaba entonces aquel pueblo, bajo Rómulo y sus más próximos sucesores. La infancia del imperio romano, sólo se vislumbra, confusamente, entre las sombras de la fábula, y las ficciones de la poesía. Hubo allí, sin embargo, desde un principio, una asamblea de cien individuos, (2) establecida por Rómulo, que despues se hizo mas numerosa, y que llegó á ser, con el trascurso de los siglos, el congreso mas augusto y poderoso de la tierra. Si recordamos que donde hay hombres reunidos hay diferencia de pareceres, y aún choque de intereses y deseos, podremos admitir, como cosa muy probable, que entre aquellos patricios surgirían debates, y que, en tales debates, cualquiera que fuere su índole y naturaleza, brillarian los primeros destellos de la elocuencia romana, siquiera fuesen irregulares y fugaces, como esas chispas que brotan del choque de los pedernales.

Si, mas bien que una asamblea deliberante, fué el Senado un cuerpo consultivo, podremos conjeturar que la palabra no sería muy ejercitada por los Senadores, y que, poco ó nada, pudo contribuir el arte de bien hablar, á la resolucion

de los asuntos políticos. Mas, si abandonamos la época de los reyes, rodeada de sombras, como ya he dicho, de todo punto impenetrables para nosotros, y nos fijamos en aquella otra época en que la República se fundó sobre las ruinas de la monarquía, veremos nacer la elocuencia con la libertad, su inseparable compañera; y veremos á la palabra influir en la suerte de aquel imperio, siendo unas veces la tea de las discordias políticas, y otras la garantía de la justicia, y un seguro instrumento de poder y dominación.

Lucio Junio Bruto, y Publio Valerio, sabían manejar la palabra, sin duda alguna, puesto que ejercieron con ella gran influencia en el ánimo de sus conciudadanos. Si las obras antiguas no lo acreditase de un modo concreto, podríamos deducirlo de las admirables cosas que hicieron en materias de política y gobierno, previo el asentimiento público, obtenido del pueblo congregado en el Foro. (3) Para hacer una honda revolución política sin auxilio de una fuerza organizada; una revolución que dió por resultado el destronamiento de un rey poderoso, el establecimiento de nuevas leyes y tribunales, y de una magistratura suprema electiva y anual; para iniciar todo esto, realizarlo, y asegurarlo después contra oposiciones más ó menos pérfidas y tena-

ces, y sin contar para ello más que con algunos discursos pronunciados ante la plebe ó ante el Senado, menester era que estos discursos tuviesen algo que persuadiese, que uniese las voluntades al designio del orador, que arrebatase al auditorio; menester era que tuviesen elocuencia. La tuvo, sin duda, Junio Bruto, cuando sublevó el pueblo de Colatia y el de Roma contra Tarquino; cuando, en el mismo sitio en que otras veces se promulgaban las órdenes del tirano, presentó el cuerpo de la infeliz Lucrecia, mártir de su virtud, y sacando el puñal de aquel pecho que había sido trono de castidad, y, poniendo por testigos á los dioses, «juró hacer guerra sin tregua á sangre y fuego,» á los tiranos de Roma. Entonces fué, según Tito-Livio, cuando brotó de sus lábios un torrente de elocuencia, y cuando arrastrada la multitud por el orador, pronunció la expulsión de los reyes, y estableció, sobre el cadáver de Lucrecia, los fundamentos de aquella república, mas tarde, dominadora del mundo. (4)

No me detendré á conjeturar hasta qué grado fué persuasivo J. Bruto, cuando pidió y consiguió, que fuese depuesto del consulado su compañero Colatino, y cuando sostuvo en el Senado un debate que se prolongó por espacio de algunos días, sobre si debían devolverse á Tarquino

sus bienes, y permitirle, accediendo á lo que habia solicitado, su vuelta á Roma como simple particular; y si os recuerdo que condenó á muerte á sus dos hijos por el delito de conspiracion, y que á su propia vista fueron despedazados por los lictores, sin que su amor de padre se manifestase en la mas leve señal; si os recuerdo, repito, este acto heróico y salvaje, es para que forméis una idea de su inflexible carácter, y del subido temple de su alma. (5)

A mi, señores, no me parece inverosímil que Junio Bruto fuese un hombre elocuentísimo; porque no dudo que conociera las ciencias y la cultura helénicas, y todo lo que, en su patria, podía entonces aprenderse. Dicen los historiadores que recibió en su juventud una educacion esmerada; Ciceron mismo asegura que, bajo aquellas apariencias de simpleza, ocultaba una profunda sabiduría; sabemos que poco antes del establecimiento de la República hizo un viaje á Grecia, lo que hace sospechar que conocía aquel idioma; y puede, además, observarse, que las instituciones políticas que dió á su patria, parecen copiadas de los Estados griegos, y no concebidas al acaso, y de improviso, en el momento mismo en que se plantearon; sinó fruto de un estudio anterior, y combinadas y aplicadas sábiamente á Roma. (6)

Proscribir el nombre de *rey* que se habia hecho odioso en la esfera política, conservándolo por respeto á las tradiciones en la esfera religiosa; y limitar el supremo poder para que no degenerase fácilmente en tiranía, fué la obra sencilla, pero admirable, de Junio Bruto. Dos Reyes, como en Lacedemonia, designados con el titulo de Cónsules; electivos y anuales, como los magistrados de Atenas, donde casi imperaba una democracia pura: á esto se redujo, lo más esencial de aquella revolucion; á esto, y á dar alguna mayor fuerza al pueblo, y robustecer el Senado con el aumento de la clase patricia. Más previsor aquel romano que muchos de los políticos modernos, y aun que escuelas enteras, que se creen á sí propias omniscientes, comprendió que el orden social no estaria asegurado, mientras no hubiese una institucion permanente, capaz de representar la patria y dirigir todos sus fuerzas, en los dias calamitosos en que los demás poderes é instituciones pudiesen, ó suspendiesen su accion, por alguna causa inevitable. Esta áncora social de la esperanza, fué, para Junio Bruto, la asamblea de los patricios. (7)

Pero, señores, el autor del movimiento que produjo tamaños frutos, no pudo acabar, ni contemplar mucho tiempo, su obra. Antes de que

terminase el año de su consulado murió, en una gran batalla, peleando cuerpo á cuerpo con un hijo de Tarquino. El otro cónsul, Publio Valerio, pronunció, ante el pueblo de Roma, la oración fúnebre de Junio, inaugurando, así, una loable costumbre que despues se estendió considerablemente, y en la cual se llegó hasta el abuso. (8)

Este P. Valerio, completó la obra del fundador de la República. Aseguró con sus sábias leyes los derechos, y promovió el bienestar del pueblo, aliviándole de impuestos que le arruinaban, y cuya derogacion le permitió aplicarse al ejercicio de las artes y las manufacturas.» (9) Así lo dice Plutarco, y añade que á esto debió Valerio el sobrenombre de *Publicola*, con que en la historia se le conoce. Tambien fué capitán insigne; pero yo le cito principalmente, porque se distinguió ejercitando mucho la palabra, y porque sabia manejarla.

Lo que fué como orador durante su vida política, bajo el régimen republicano, donde grandes deberes le obligaban, y una completa libertad le favorecía, puede calcularse por lo que fué bajo el tiránico dominio de Tarquino. Ya entónces alcanzó mucho crédito por el buen uso que hacia de sus riquezas, y, sobre todo, por su natural elocuencia que empleaba, con tanta rectitud como

energía, en el sostenimiento de la justicia. Legislador y guerrero, íntegro ciudadano, hombre de palabra y de consejo, y favorecido muchas veces por la fortuna, bien mereció el reconocimiento que le atestiguó la pátria, costeando sus funerales y llorando su muerte. A tales manifestaciones contribuyeron tambien las mujeres romanas, imponiéndose la obligacion voluntaria de llevar luto, un año entero, por la memoria de tan insigne hombre. (10).

Debe, asimismo, atribuirse alguna elocuencia á Marco Valerio, hermano del *Publicola*; porque se sabe que, sus discursos, contribuyeron mucho á restablecer la concordia entre los habitantes de Roma; á Menenio Agrippa, que era un patricio igualmente respetado de nobles y plebeyos, y que tuvo persuasion bastante para hacer que el pueblo volviese á sus hogares, cuando en actitud sediciosa, se retiró al Monte-Sacro, descontento del Senado; (11) á Appio Claudio, el que se opuso á la primera ley agraria, y el que habiendo sido acusado ante el pueblo, habló con la dureza habitual de su lenguaje y con un tono tan imperioso y despreciativo, que «una parte del pueblo temblaba tanto delante de Appio acusado, como otras veces temblara delante de Appio cónsul.» Esto hizo que no se atreviesen á condenarle,

y aplazasen la vista del proceso; igualmente temerosos de pronunciar una sentencia dura, que de confesarse vencidos por un noble, que era la personificación del patriciado. Murió antes de empeñar un nuevo combate; y, contra la voluntad de los tribunos, el pueblo consintió que se pronunciase la oración fúnebre de aquel patricio á quien admiraba despues de muerto, tanto como le habia temido y aborrecido en vida (12).

Ciceron dice que tampoco puede negarse algun talento oratorio á Lucio Valerio, el que secundado por Marco Horacio, sostuvo en el Senado una violenta discusion con Cláudio Appio el decemviro, y despues de vencerle allí, acabó por completo con aquella odiosa tiranía, é hizo restablecer, por medio de sus arengas y sus leyes, el consulado y las otras magistraturas suprimidas. (13) Mas, yo creo, á pesar del silencio absoluto que Ciceron guarda sobre Marco Manlio, que éste fué el mayor orador que Roma tuvo durante el largo período de que me ocupo; y si no hubiese florecido un siglo antes que Tiberio Coruncanio, y casi dos antes que Cornelio Cetego, quizá me atreveria á colocarlo á más altura que ellos, aunque, la elocuencia que se le atribuye, y la de estos, debieran tener caracteres peculiares muy distintos. (14)

Era Manlio un patricio ambicioso, inquieto, intrépido hasta la temeridad, y pródigo de sus bienes, cuando se le ofrecia librar de la esclavitud á algun plebeyo oprimido por sus acreedores. Dispuesto siempre á defender en justicia, con su palabra, á los ciudadanos pobres, impidiendo algunas veces, á viva fuerza, que fuesen objeto de arbitrariedades, y nada respetuoso para el Senado, cuyo crédito procuraba mermar con censuras más ó ménos justas, pero atrevidas siempre, Manlio se hizo un verdadero caudillo de las muchedumbres, como despues los Gracos, y llegó á inspirar sérios temores á los patricios. (15)

El historiador Q. Cláudio, cuyas obras se han perdido, como las más de los antiguos escritores romanos, lo pinta así en unas líneas conservadas por Aulo-Gelio: «Su belleza, sus altos hechos, su elocuencia, sus dignidades, su actividad, su valor, todo lo elevaba sobre sus conciudadanos; y era fácil comprender que reunia grandes recursos para acabar con la República. Salvó el Capitolio atacado por los Galos, como ya he referido, y peleando contra ellos se distinguió tanto sobre todos, bajo la dictadura de M. Furio, que la República esperimentó los buenos efectos de su intrépidez. A nadie cedia Manlio en fuerza corporal, en nobleza, y valor guerrero.»

Dícese que el principal móvil de la conducta de Mánlio, era su rivalidad con el gran Camilo á quien pretendia aventajar en influjo y renombre, por cualquier medio que fuese, como le aventajaba en elocuencia. Le era inferior Camilo en la palabra, puesto que no debe juzgársele como orador, por el admirable discurso que en sus labios pone Tito-Livio; y, aunque sus proezas y campañas militares fuesen gloriosísimas, Mánlio tenia tambien, en su abono, el haber sido cónsul, y muchos actos heroicos, entre los cuales sobresale la defensa, ya referida, que hizo del Capitolio, en una noche en que fué asaltado por los Galos. (16)

De aquellas vivas inquietudes que el tribuno inspiraba, y que los nobles llegaron á considerar como grandes peligros, el Senado tomó pretexto para confiar la dictadura á Cornelio Cosso, que, á su vez, lo halló tambien para encarcelar á Mánlio, acusándole de que calumniaba á aquella augusta asamblea. Elocuentemente se defendió el acusado, descubriendo que, si era aborrecido por los nobles, consistía en los beneficios que dispensaba al pueblo. Aunque no pronunciase, entonces, una defensa formal de su persona, como mas tarde lo hizo, tuvo tiempo de hacer oír á la plebe las siguientes palabras, dichas con desesperacion

cuando ya estaba entre los que habian de conducirle á la cárcel:

«¡Oh gran Júpiter, oh Juno, oh Minerva, oh vosotros Inmortales todos que habitais el Capitolio: ¿Permitireis que vuestro soldado, vuestro defensor sea victima de la saña de sus enemigos? ¿Permitireis que, este brazo que rechazó á los Galos de vuestro templo, sea cargado de cadenas?»

El deber de la obediencia al Dictador, hizo que nadie se opusiera abiertamente á la prision de Mánlio; mas una parte del pueblo vistió luto, y otra rodeaba dia y noche el edificio donde se le encerró, prodigándole muestras de simpatía, y en actitud tan amenazadora, que fué necesario ponerle en libertad. Mánlio salió de allí más irritado, que ántes lo estuviese, contra los patricios, y ya sólo pensó en rebelar al pueblo contra ellos, pronunciando para conseguirlo una arenga violentísima, de la cual podreis formar una idea aproximada, por un pasaje cuya lectura voy á permitirme. Hélo aqui:

«¿Hasta cuándo desconocereis vuestro poder? ¿No veis que ni los brutos desconocen su fuerza? Contad, siquiera, cuántos sois y cuántos son vuestros enemigos. Aunque fuesen tantos como vosotros, y peleáseis, uno contra uno, en esta lucha, yo creo que combatiriais con más ardor por vues-

tra libertad, que ellos por oprimiros. Amenazadles, de veras, con la guerra, y os pedirán la paz. ¿Cuándo hareis algo más que mirarme y esperar-lo todo de mí? A nadie faltaré en esta empresa; pero, es preciso que cuideis, de que á mí no me falte la fortuna. Yo, vuestro defensor, he sido atropellado por los patricios, y todos habeis visto impasibles, que se cargue de cadenas al que habia roto las de muchos de vosotros. ¿Qué debo esperar si me atacan, de nuevo, mis enemigos? ¿Deberé resignarme á sufrir la suerte de Cassio y Melio? Confiais en los Dioses; mas yo sé que los Dioses no bajarán del Cielo, ni es menester que bajen, para protegerme; porque basta que os inspiren decision, como á mí me han inspirado valor y patriotismo, para defenderos con la espada de vuestros enemigos exteriores, y con la palabra de vuestros orgullosos conciudadanos. ¿Cómo un pueblo que ha vencido cien naciones, nõ se atreve á luchar contra los patricios? ¿Dónde está el valor que manifestais contra los enemigos extranjeros? ¿Por qué los que son héroes en el campo de batalla, han de ser esclavos en el seno de su pátria? En esto obedecéis al hábito de la servidumbre, siendo así, que vuestra naturaleza, os hace dignos de la libertad. Pero no olvidéis que en todo tiempo, y cualesquiera que hayan sido vuestros jefes, todo

cuanto habeis reclamado lo habeis conseguido, unas veces por la fuerza, y otras con el favor de la fortuna; y ved que ha llegado ya la hora de conseguirlo todo. Acabemos de una vez con las dictaduras y los consulados, y que al fin pueda el pueblo levantar su cabeza, libre y victorioso.» (17)

Este lenguaje abiertamente rebelde fué fatal para Mánlio. Acusado de aspirar á la tiranía, se vió envuelto en un proceso, del que resultó su muerte, despues de haberle proporcionado una ocasion más para acreditar la influencia de su vigorosísima palabra. Comparecer sólo, sin acompañamiento de amigos ni parientes, ante unos jueces dispuestos á condenar al acusado, y cambiar estas disposiciones, ó dejarlas en suspenso, sin otro medio que la palabra, nadie negará que es un verdadero triunfo oratorio: pues este triunfo lo consiguió Mánlio. Encontró recursos en su voz, en su accion, y en el sitio mismo en que se encontraba, que era el campo de Marte, para hacer eficaces los esfuerzos de su ingenio. Hizo valer todas las recompensas militares que habia recibido mercedamente, todos los beneficios que habia dispensado al pueblo, y todos los actos heróicos con que habia servido á la pátria, que por él fueron pintados con un lenguaje digno del asunto.

Entonces desnudó su pecho cubierto de cicatrices; y, con acentos cada vez más penetrantes, y dirigiendo su vista y sus ademanes, ora á la muchedumbre, ora al Capitolio, que desde allí se veía coronando la próxima colina, invocó á los hombres y los Dioses, y consiguió que el pueblo demandase á gritos su perdon, y que aun los jueces conmovidos, no tuviesen valor para condenarle. (18)

Mánlio habria escapado con vida y honra de aquel proceso, si Camilo no hubiese dispuesto que se le juzgase, de nuevo, en un bosque, desde el cual no descubria, el orador, ningun objeto que inspirase su elocuencia, y la hiciera sentir al auditorio. Mas, el Senado, no satisfecho con la muerte de Manlio, prohibió el uso de su nombre á los individuos de su familia. ¡Tan grande fué, sin duda, el miedo que le inspiró! (19)

Despues de esta época en que Mánlio agitó á Roma, tuvieron lugar otras escenas políticas, en que no estuvo ociosa la palabra. Pero yo quiero citaros, más bien que algun combate tribunicio, aquella sesion célebre del Senado, en que Appio Claudio Cecus, ya abrumado por la vejez y los achaques, triunfó de la elocuencia de Cineas, que era discípulo de Demóstenes, y que fué á Roma como embajador de Pyrrro, á proponer la paz. La

palabra persuasiva del enviado griego, y una derrota sufrida, poco ántes, por los romanos, habian llenado la asamblea de inquietudes y perplejidad, y aún habian producido, en muchos senadores, disposiciones favorables á un convenio. Appio Claudio, ciego, además de viejo y achacoso, como ya he dicho, en aquel critico momento se hizo conducir al Senado, á donde no asistia desde mucho tiempo ántes, para terciar en tan grave deliberacion. Habló, y halló en su patriotismo acentos bastante enérgicos para reanimar el espíritu público, y hacer que la asamblea dictase una respuesta digna de Roma. La síntesis de esta arenga, que se conservaba, siglos despues, en tiempo de Ciceron, se reducía á esta frase que nos ha transmitido la historia: «Abandone Pyrrro la Italia, y entonces hablaremos de paz.» Desde aquella época, la política del Senado fué siempre no estipular, con ningun enemigo, hasta despues de vencerlo. El embajador de Pyrrro regresó, diciendo á su amo, que el Senado de Roma era una asamblea de reyes. Indudablemente, él veía por vez primera, cuánto puede el amor pátrio, y el sentimiento de la propia dignidad, en un pueblo libre, y no corrompido aún, por el roce con los esclavos del Asia. (20)

Para terminar, señores, esta breve reseña de

los hombres más notables por su elocuencia, que allí florecieron, en este periodo histórico de que me ocupo, os diré que entre ellos debe ocupar un puesto preferente Tiberio Coruncanio, que fué cónsul en el año 280 antes de J. C.; que fué también el primer Gran Pontífice plebeyo que hubo en Roma, y que introdujo la costumbre de responder, en público, á las consultas de derecho civil que se le hacian. (21) Dejo á un lado los demás que Ciceron cita suponiéndoles por conjetura algun talento oratorio, y nombraré sólo, á Marco Cornelio Cetego, de quien el poeta Ennio conservó noticias ciertas, y tan imparciales como honrosas, puesto que hablaba cual testigo, y cuando ya no existia el hombre cuya elocuencia elogiara. No desvirtuaré sus palabras comentándolas. «Cornelio Cetego, dice, fué un orador célebre por la dulzura de su lenguaje. Los contemporáneos de este grande hombre decian que era la flor de los romanos, y el ornamento de su siglo. Era el alma de la persuasion.» No es fácil encerrar mayor elogio en más breves términos. (22)

Cetego fué cónsul el año 204 antes de J. C., y propuso una ley prohibiendo á los abogados, que que recibiesen estipendio alguno por la defensa de sus clientes. Fabio Máximo, que tambien tenia en su época alguna fama de orador, apoyó

aquella ley, y contribuyó á que se aprobase. Aspiraban, sin duda, á que la noble profesion que hoy se llama abogacia, no se tornase allí, en un vil oficio mercenario. (23)

Tal es, señores, todo lo más digno de recordarse, como introduccion, á la historia de la elocuencia latina. Empero, aún añadiré algo, ántes de bajar de esta cátedra en la presente noche.

Nadie negará, despues de lo que dejo dicho, que en Roma se ejercitó mucho la palabra en los primeros siglos de la república, y que hubo allí dos escuelas prácticas de elocuencia politica. El Foro y el Senado. Tantas embajadas, tantos debates, y tan ardientes, sobre las leyes agrarias, sobre las otras reformas democráticas reclamadas por el pueblo, sobre los negocios interiores y exteriores de la república, hicieron del Senado una escuela de elocuencia deliberativa. Si esta escuela no produjo, hasta el segundo siglo ántes de Jesucristo, oradores insignes, dependió de varias causas, de las cuales voy á indicar las principales. La lengua latina no habia perdido aún su antigua rusticidad, y el carácter romano miraba las letras como vehiculos de corrupcion, y despreciaba las ocupaciones y la fama literarias, como indignas de un pueblo viril, prudente y guerrero. Consideróse la palabra como un medio po-

lítico y un don natural, y no como un arte que debiera estudiarse deliberada y prolijamente, y menos todavía, como un mérito capaz de competir con la gloria de las armas. Las sesiones del Senado eran secretas, los senadores hablaban por turno riguroso, comenzando los cónsules y siguiendo los personajes consulares; y aunque allí hubo, á las veces, deliberaciones borrascosas, por lo comun, reinaba unidad de intereses y de miras en los puntos fundamentales de los debates, y se discutía para buscar la verdad y la conveniencia pública, mas bien que para disputarse, como una presa, el poder, (como en alguna ocasion aconteciera), ó abatir á una minoría sediciosa, ó denunciar, al odio público, los abusos de una mayoría egoísta y omnipotente. Todo esto, sumado á las continuas guerras que la república sostuvo, con sus vecinos, en Italia, y en Sicilia, y despues en la Italia misma, con los cartagineses, explica el que, en el Senado, se usara mucho de la palabra durante siglos, sin acercarse nada, ó casi nada, á aquella elocuencia, no sólo viril, sino tambien rica y majestuosa, que despues alcanzaron los mas célebres oradores de Roma.

Otra liza, siempre abierta, (desde la creacion del tribunado en el año 494 ántes de J. C.) fué el Foro, donde se levantaba la tribuna de las aren-

gas. Allí se producian todas las quejas contra los patricios; allí se mantenian las acusaciones contra los cónsules salientes; allí se organizaban todas las invasiones del poder popular contra los privilegios de la nobleza. Por espacio de cuatro siglos y medio, estos asaltos, por decirlo así, se repitieron frecuentemente; y aunque no siempre con fácil éxito, siempre, al cabo y al fin, con resultado favorable. Los tribunos, más aún que los otros magistrados políticos de Roma, necesitaban del talento oratorio, porque de él tenían que servirse para influir en la plebe y sostener sus derechos, ó apoyar sus pretensiones, contra la aristocracia. Cada vez que se sometia alguna ley á la aprobacion del pueblo, los cónsules podian apoyarla y los tribunos atacarla; asistiendo á unos y otros, en todo caso análogo, el derecho de llamar en su ayuda, á aquel ó aquellos oradores, cuyo dictámen considerasen útil. El derecho de hablar al pueblo, vése, pues, que no era en Roma, como fué en Atenas, inherente á la condicion de ciudadano.

De todas aquellas luchas sostenidas en el Foro, resultó que los patricios emprendieron la retirada, aunque cediendo el terreno palmo á palmo, y que el pueblo consiguió que se franqueasen á los plebeyos las puertas de todas las magis-

traturas, y que el mérito pudiese aspirar, como el nacimiento, á todos los cargos y honores, lo mismo militares que religiosos y civiles. El derecho de matrimonio entre las dos clases, que acortó la distancia que las separaba, fué una de las mayores conquistas democráticas; y dió lugar á un debate empeñadísimo en que, el tribuno Canuleyo sostuvo en el Foro, y despues en el Senado, aquella ley que al fin prevaleció, gracias á la elocuencia con que fué apoyada, más quizá que á su propia justicia. No describiré ninguna discusión célebre, de las que hubo por entonces en el Foro; mas, á fin que comprendais cuán tumultuosas solian ser, recordaros que el auditorio era numerosísimo; que no tenia mas freno que su respeto al orden, y á los oradores que hablaban, (respeto fácil de olvidar); y que los tribunos, por la indole misma de los intereses que representaban y de aquella organizacion social, muy lejos de contener las pasiones populares, de ordinario procuraban despertarlas con las más violentas invectivas; y aún se veian obligados, sobre todo, cuando los cónsules y los patricios asistian en masa á los debates, para imponer con su presencia al pueblo, á recordar todos los ultrajes mútuos, y reverdecer todos los ódios para no sucumbir en la contienda. Más de una vez el

debate se convirtió en pugilato, viniendo á las manos, ambos partidos, ciegos de furor, hasta que la fuerza resolvió, lo que resolver no pudo la palabra. (24)

Baste lo dicho, para conocer los caractéres de la elocuencia tribunicia en Roma, en los doscientos cincuenta años que precedieron á Caton el Antiguo principalmente. Si se añade que para el cargo de tribuno no se elegia en un principio (como despues se hizo) á jóvenes de las principales familias, sino á los plebeyos que mas ódio manifestaban al patriciado, se comprenderá que los oradores del pueblo no se distinguieron entonces por la elegancia y la floridez del estilo, ni por ningun otro de esos méritos que la elocuencia toma de la retórica, cuando se dispone de una lengua rica y un talento cultivado.

Hé dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO SEGUNDO.

1) «Por regla común, Tito-Livio tiene sobre Dionisio la ventaja de apreciar mejor la probabilidad de los hechos, y de animarlos y pintarlos con más talento. Aunque se haya dicho lo contrario, es menos supersticioso y crédulo; y, esta superioridad de razón, podría deducirse, inmediatamente, de la de su estilo; porque, el estilo, propiamente dicho, la vida y colorido del discurso, que nunca deben confundirse con la simple dicción, es la medida más sensible y, al propio tiempo, la más justa, de todas las facultades intelectuales de los escritores. Tito-Livio figura como uno de los más sábios historiadores en el arte de escribir, y por consiguiente en el arte de pensar.» (*Daunon, Hist. Rom., Lec. III.*)

El P. Rapin, en sus reflexiones sobre la historia, dice que Tito-Livio es el más perfecto de los historiadores, á pesar de las censuras que en ocasiones merece; le atribuye una imaginación fecunda y brillante, un juicio recto, un estilo noble, y una admirable elocuencia.

La Harpe asegura que los historiadores romanos son superiores á los griegos, y prodiga grandes elogios á Tito-Livio. Marmontel admira igualmente su mérito literario, y, como la mayor parte de los que lo han juzgado, sólo le afea el hacerse eco de preocupaciones de que acaso él mismo no participaba, tanto, á lo ménos, como su época. Esta misma apreciación, más concluyente aún, sos-

tiene en su obra (*Livius vindicatus*) el escritor británico Juan Toland. Podríamos añadir aquí una larga serie de juicios, más ó ménos semejantes, emitidos sobre Tito-Livio, por los muchos escritores que se han ocupado de él; pero baste decir que los más notables de ellos, (el alemán Funch, Voltaire, el mismo Maquiavelo que es sin disputa su mejor comentador, el abate Mably, Crevier y otros), están de acuerdo en considerarle como el historiador á quien principalmente debe acudir para conocer la historia de Roma, en la parte que comprende los libros que hasta nosotros han llegado; y de acuerdo, también, en atribuir á su obra, literariamente considerada, una belleza que, si no supera, iguala á la que todo el mundo reconoce, en las obras históricas de Herodoto y Jenofonte. Mr. Rollin, en su *Curso de estudios*, emite observaciones concebidas en idéntico sentido.

En cuanto á Dionisio de Halicarnaso, hé aquí lo que dice un sábio profesor: «Si examina poco, todavía inventa ménos. La prueba de esto se halla en las arengas que, en calidad de retórico, introduce en su historia, siguiendo el uso establecido entonces, y el ejemplo de la mayor parte de los historiadores que le precedieron. Estas arengas son su único artificio, y se distinguen por su extremada prolijidad y por el poco interés que les comunica. Espresa, en ellas, muy pocas ideas, y no introducen, en la historia, ningún nuevo detalle. En una palabra, no tiene el talento de mentir, ni el arte de señalar, en los relatos de otro, lo que es exacto ó fabuloso, inverosímil ó cierto. Mas bien que obras originales, son sus historias compilaciones de otras obras, mucho tiempo antes escritas.» Más adelante añadè: «Dionisio no instruye ni interesa, cuando hace discurrir á sus personajes. Los convierte en declamadores, y los traslada de la escena política, al seno de una escuela, ó de una academia. Jamás les presta una grande idea, ni la espresion

nérgica de un gran sentimiento; porque, él mismo, no era hombre de Estado ni ciudadano.» (*Daunou, Historia Rom., Lec. III.*)

(2) «El Senado Romano fué creado por Rómulo, al fundar aquella ciudad, y antes del robo de las Sabinas. Componíase aquella asamblea, de cien individuos de los principales: los descendientes de éstos, fueron los patricios.» (*Tito-Livio, Lib. I, cap. 8.º*)

En cuanto á que se ignore el grado de cultura que los Romanos tuvieron bajo los reyes, creemos poder asegurarlo, no habiendo encontrado, sobre este particular, en las antiguas obras, nada concreto y suficiente para establecer lo contrario. Ciceron, que, aunque es muy antiguo para nosotros, distaba tambien mucho de los primeros tiempos de su patria, sólo dice: «En esta época, (bajo el rey Anco-Marcio, antepenúltimo de los de Roma) una civilizacion extranjera penetró en la ciudad. No fué un pequeño arroyo, fué un rio que introdujo á grandes olas, en nuestra patria, las luces y las artes de la Grecia.» (*Republica, II, 19.*) Pocas señales quedaron de esta inundacion de cultura, para que no se desconfie del testimonio de Ciceron. O hubo un paréntesis en este movimiento artístico y científico que se indica, ó no tuvo la importancia que las anteriores palabras le atribuyen. Refiriéndose, no á aquellos tiempos, sino á otros posteriores, y que pudieron ser, y de seguro fueron, más conocidos del historiador, Salustio dice que se desdénaban las letras, y que «los más valerosos y esforzados preferían el obrar al escribir, queriendo más que otros les alabasen por sus hechos, que referir los ajenos.» (*Conj. de Catilina.*)

(3) «¿Puede creerse que no tuviera elocuencia, aquel J. Bruto que supo destronar un monarca, rey poderoso

é hijo de un gran rey, librar la ciudad de la dominacion perpétua de un tirano, establecer magistrados anuales, leyes y tribunales de justicia, y lo demás que fué hecho entonces, y que no pudo hacerse, sin arrastrar á los Romanos con la fuerza de la persuasion?» (*Ciceron, Brutus, XIV.*) «A su voz, Roma entera se levanta, y rompe el yugo que la oprimia.» (*El mismo, Rep. II, 25.*)

(4) Todos los hechos que en ese párrafo se mencionan, los hallamos consignados en la biografía de J. Bruto que, á principios del pasado siglo, escribió el inglés Tomás Rowe; en la vida de Públicola, por Plutarco, y en la historia de Roma por Tito-Livio. Este dice (*Lib. I, 8.*) que brotó de labios de J. Bruto un torrente de elocuencia, y «arrastrada la multitud por el orador, pronuncia la destitucion y expulsion de los reyes.» Año de Roma 244, ó sea 508 antes de nuestra era.

(5) Al referir Plutarco (*vida de Publicola*) la ejecucion de los hijos de J. Bruto, dice que nadie tenia entereza para presenciar aquel sangriento espectáculo, y que sólo el padre de las víctimas tuvo la vista fija en él, sin mostrar en su rostro el más leve indicio de compasion; y despues añade que, tamaño acto, no puede ser ni alabado ni condenado en demasía; puesto que no se sabe si fué el exceso de la virtud lo que endureció su alma, ó su natural dureza lo que le hizo aparecer insensible. «Tales sentimientos no pertenecen á la naturaleza humana: en el un caso son propios de un Dios, y en el otro de una bestia salvaje. De todos modos, es más justo que la gloria de este hombre incline nuestro juicio á su favor, que dudar de su virtud, inspirados acaso por nuestra debilidad.»

(6) Ciceron escribe lo indicado en el texto, en el

Brutus XIV; y las demas noticias pertenecen á la ya citada obra de T. Rowe: «Bruto, dice, recibió una esmerada educacion, y fué instruido en todas las ciencias de los Romanos. Su talento le hizo adelantar mucho.... Para librarse de la crueldad de Tarquino, afectó aire y maneras de imbecilidad.... Los mejores historiadores que Roma, y el mundo entero han tenido, no han considerado ninguna accion de J. Bruto bastante pequeña para que no merezca ser referida.»

(7) De este modo resume Mommsen la situacion de los poderes políticos en Roma, inmediatamente despues de la abolicion de la monarquia: «Los cónsules fueron lo que los reyes habian sido: jueces administrativos, jueces y jefes del ejército. En los asuntos religiosos, los cónsules se encargaron de las augustas funciones del culto: ellos elevan oraciones, hacen los sacrificios por el pueblo y en su nombre consultan la voluntad de los dioses, conforme á los ritos sagrados. En casos de peligro, quedó sobreentendido que la autoridad real absoluta podria ser inmediatamente restablecida, sin prévia peticion dirigida al pueblo. Ante ella, y por espacio de algunos meses, caian las barreras que, el dualismo y las limitaciones de la magistratura suprema, habian impuesto al poder consular. De este modo fué ingeniosamente realizada, la idea de conservar en derecho el principio de la funcion real, limitándolo en la práctica, en el órden de los hechos: sistema admirable, marcado con el sello del genio de Roma, y que hace honor á los hombres de Estado desconocidos, por los cuales fué hecha la revolucion.» (*Mommsen, Hist. Rom., Lib. II, cap. I.*)

(8) Ciceron menciona los elogios fúnebres, que desde muy antiguo, se pronunciaban en Roma, asegurando (*Brutus, XVI*) que eran documentos de familia, sólo

destinados á perpetuar las glorias particulares, y que habian llenado la historia de hechos falsos. El acto de haber pronunciado P. Valerio el panegirico de J. Bruto, lo menciona Plutarco en la vida de Publicola.

(9) Despues de haber completado el Senado, P. Valerio estableció una ley, concediendo el derecho de apelacion ante el pueblo, contra los fallos de los tribunales; otra, imponiendo la pena de muerte á los que ejerciesen algun cargo público sin el consentimiento del pueblo; y otra descargando á los ciudadanos de toda clase de impuestos. Tambien estableció otra ley, permitiendo dar muerte, sin ninguna forma de justicia, á quien en Roma pretendiese hacerse rey; é hizo una ordenanza para la custodia y administracion del tesoro público. (*Plutarco, Vida de Publicola; y Tito-Livio, Lib. I, 8.*)

(10) Plutarco, *Vida de Publicola.*

(11) Ciceron consigna (*Brutus, XIV*) un testimonio de la elocuencia y la autoridad de M. Valerio, diciendo que con esa palabra restableció la armonia entre plebeyos y patricios, mereciendo los más grandes honores, y el sobrenombre de *Máximo* que ningun otro romano obtuviera antes. Tito-Livio dice, que no era cosa averiguada si, en la ocasion á que el texto se refiere, el Pueblo se habia retirado al Monte-Sacro, ó al monte Aventino; y al ocuparse del discurso de Agrippa, muy lejos de poner en sus lábios una larga y difusa arenga, como hace Dionisio de Halicarnaso, se reduce á atribuirle el apólogo de «el estómago y los demás órganos del cuerpo humano.»

(12) Tito-Livio, *Lib. II, cap. 61.*

(13) Ciceron, *Brutus*, XIV; y Tito-Livio, *Lib. 3. capitulos del 51 al 54*. Aquí es donde pinta la tiranía de Appio el decemviro, y la trágica escena en que Virginia fué muerta por su propio padre, á fin de librarla de la deshonra, á que deseaba aquel reducirla. La sangre de Virginia determinó una justa rebelion del Pueblo, y el poder decemviral, creado el año 453 antes de J. C., fué puesto por tierra, á los tres años, y restablecidos los cónsules, la soberanía del Pueblo y el tribunado, en virtud de la ley Horacia.

(14) No nos explicamos el silencio que Ciceron guarda sobre Manlio, en el tratado de *Los Oradores ilustres*. Este silencio no nos ha impedido ocuparnos de aquel tribuno, porque la pintura que de él hace Tito-Livio, y el testimonio, (*Aulo-Gelio, Lib. XVII, 2*) de otro más antiguo historiador de Roma, que en el texto reproducimos, algunas líneas más adelante, son harto expresivos y concretos, para que los hubiésemos desatendido. Nos ha alentado, por otra parte, el ejemplo del elegante y sabio Fenelon, el cual sigue á Tito-Livio, y dice que «es preciso convenir en que la elocuencia vigorosa y popular, era ya muy ejercitada en Roma, en tiempo de Manlio.» (*Fenelon, Carta á la Academia francesa.*)

(15) Tito-Livio, *Lib. VI, caps. del 11 al 20*,

(16) Plutarco (*vida de Camilo*) y Tito-Livio (lugar citado en la nota anterior) atestiguan la heroicidad de Manlio, así como su desprecio de todos los senadores, excepcion hecha de Camilo, que era el único á quien envidiaba. Manlio fué cónsul, el año 334 antes de J. C.

(17) Tito-Livio, *Lib. VI, cap. 16*. Las otras palabras

de Manlio, anteriormente citadas, son tambien de la obra de Tito-Livio, *Lib. VI, cap. 11*.

(18) De este modo pinta el grande historiador romano, la defensa que de sí propio hizo Manlio: «Despues de haber recordado sus hazañas, en un lenguaje que se elevaba á la altura del asunto, presentó su pecho desnudo y cubierto de cicatrices; y, en seguida, volviéndose hácia el Capitolio, suplicó á Júpiter y los demás dioses que no le abandonasen en su infortunio, y que inspirasen al pueblo romano los sentimientos que le habian inspirado á él, para que defendiese aquel templo y la patria.» (*Tito-Livio, Lib. VI, cap. 20.*) Presentó Manlio los despojos de 30 enemigos que habian perecido á sus manos; 40 recompensas recibidas de sus jefes, entre las cuales habia 2 coronas murales y 8 cívicas; muchos ciudadanos á quienes en la guerra habia librado de la muerte, y 400 cuyas deudas habia pagado, evitando que fuesen vendidos por los acreedores.

(19) Plutarco, *Vida de Camilo*.

(20) Respecto á la elocuencia de Appio, Ciceron (*Brutus, XIV*) dice, que no puede menos de creerse que sabia manejar la palabra, visto el efecto que con ella producía en el Senado. En otro lugar de la misma obra consigna que, el discurso pronunciado por el viejo senador, con motivo de la embajada de Pyrrro, se conservaba, aunque nadie lo leyese, en tiempo de César. Lo que tambien prueba que Appio Claudio fué considerado, áun en la época de los emperadores, como orador de los más antiguos, es esta frase: «Puede dudarse que Caton encontraria en su siglo quien admirase, más que á él, á Appio Cecus?» (*Tácito, D. del O., 18.*) La sesión del Senado, á que nos hemos referido, Plutarco la describe

admirablemente (*Vida de Pyrró*); y este mismo biógrafo, que no acostumbra atribuir á los personajes de sus obras discursos que no hayan pronunciado, conserva un resumen de la arenga de Appio, lleno de ideas y sentimientos vigorosos.

(21) Ciceron, *Brutus*, XIV. Los libros de los Pontífices, añade, atestiguan el talento de Tib. Coruncanio.

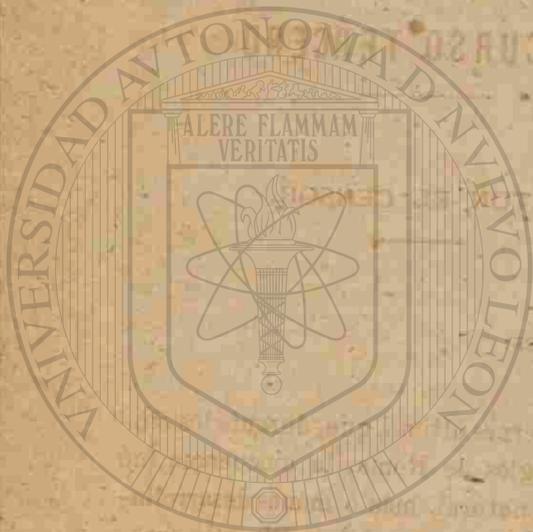
(22) Ciceron, lugar citado.

(23) Durante el consulado de Cetego, el tribuno M. Cincio propuso la ley, prohibiendo toda recompensa por defender pleitos y causas criminales. Q. Fabio Máximo, la apoyó vigorosamente. (*Ciceron. De la vejez*, IX.)

(24) La historia de los tres primeros siglos de la república, está llena de escenas de esa índole. Más tarde, cuando las riquezas del mundo affuyeron á Roma, y la corrupcion penetró en todas las capas sociales, se pusieron también en juego otros medios para ganar los sufragios, ora se tratase de aprobar leyes, ora de elegir para los altos cargos.

Reuníase el Pueblo, por tribus, para prepararse á sostener, en las grandes asambleas por centurias, los candidatos que queria elevar á las supremas magistraturas; ó bien para ponerse de acuerdo, respecto á la votación de alguna ley, ó á la sentencia de algun acusado por delitos políticos. Las asambleas por centurias ejercian todos los actos importantes del poder: nombraban los cónsules, los pretores, los censores y el *rex sacrorum*; declaraban la guerra, hacían las leyes, y eran el único tribunal que podia condenar á muerte por crímenes contra el Estado. Estas grandes reuniones se verificaban en el Campo de Marte, despues de haberse anunciado por

los cónsules, ó por el inter-rey, diez y siete dias antes, expresando el objeto de la convocatoria, á la cual sólo podían oponerse los tribunos. Cuando iba á verificarse la eleccion de los cónsules y de los otros funcionarios importantes, se ponían en juego todos los halagos y seducciones, y más aún, que ahora suelen emplearse en los colegios electorales, por los candidatos, ó sus amigos, para ganar el favor de los votantes. El pueblo se complacia, segun dicen los historiadores, en ver á los candidatos recorriendo la ciudad, y visitando, vestidos de blanco, las casas de los ciudadanos. Paseábanse por los sitios más concurridos, apretaban la mano á todo el mundo, y llamaban por sus nombres á cuantas personas veían, para cuyo efecto iban acompañados de un ayudante que les decia, en voz baja, cómo se llamaba cada cual. El dia de la eleccion, ó los dias próximos á ella, recorrían el Campo de Marte seguidos de sus amigos y parientes, y de una especie de corredores de votos, que compraban los sufragios por medio de promesas, ó de donativos en metálico. Estas costumbres corruptoras, que se han reproducido, y se reproducirán eternamente, en los países libres, no impedían que el mérito de los candidatos triunfase algunas veces de las intrigas y manejos políticos. Los Gracos, los Escipiones, Caton el antiguo y otros personajes célebres, fueron elevados á las principales magistraturas, sin el auxilio de ningun medio prohibido por las leyes, ó reprobado por las buenas costumbres. Todas éstas noticias están recogidas en la obra de Daunou, en la de Tito-Livio, en varios lugares de las biografías de Plutarco, y en las *Antigüedades romanas* de Alejandro Adam.



DISCURSO TERCERO.

CATON EL CENSOR.

SEÑORES:

Vimos, el viernes último, que, durante los cinco primeros siglos de Roma, la elocuencia fué allí un talento natural, más ó ménos desarrollado, con el ejercicio de la palabra. No sólo carecieron los romanos de escuelas de retórica, en todo aquel período, sino que tampoco tuvieron de ellas otras noticias que las pocas é inciertas que sus casuales relaciones con la Grecia, permitieran. Indiqué, también, en la última conferencia, los hombres que más se habían distinguido en la tribuna, ántes de que apareciese en ella Caton el Censor, insistiendo en que todos habían alcanzado más celebridad como políticos y guerreros, que

por sus triunfos como oradores; á lo cual debió contribuir, no poco, el que los antiguos romanos estimaban más la gloria de las armas que la de las letras, obligados, como realmente estaban, á asegurar y engrandecer su pátria, ántes que enriquecerla con los tesoros de la literatura y las bellas artes.

Acaso fui entónces demasiado breve al hablar de algunos hombres, y seguramente hice de todos un boceto descarnado y pálido; siendo así que ofrecian asunto para un cuadro interesante, ya que no magnífico, como otros que puede inspirar, á quien posea una inteligencia ménos árida que la mia, la contemplacion de la historia de Roma, y de sus más grandes varones. Mas, confieso (si estos desahogos son aquí permitidos), que recorrí todo aquel largo espacio como un viajero que, falto de fuerzas y dolorosamente influido por impresiones extrañas á su viaje, caminase con paso lento y perezoso, poco ménos que á la aventura, y teniendo, á cada instante, que orientar su marcha.

Por lo demás, la primer figura que atrae y fija las miradas de quien estudia los anales de la elocuencia latina, es la de Caton el Antiguo, ó el Censor, como otros le llaman, que va á ocuparnos esta noche.

Entre los personajes ilustres que produjo Roma, anteriores á Caton, se observa que ninguno tuvo aptitudes generales, en alto grado á lo ménos, y que todos, ó casi todos, debieron parte de su elevacion, á la nobleza de su origen ó á los favores de la caprichosa fortuna. No niego, á la mayor parte de ellos, una virtud cívica acrisolada que los hizo grandes ciudadanos; mas no hubo ninguno, de cuantos yo recuerdo, que marchase triunfante por los diversos caminos que conducen al templo de la fama. Si Cincinato, si Camilo, si el mismo Fabio Máximo no hubiesen sido célebres capitanes, no los conoceríamos como políticos, y ménos aún como oradores. Si Manlio y Ceteo no se hubiesen distinguido, el primero por su elocuencia y su ambicion, y el hecho heroico de haber rechazado á los galos del Capitolio; y el segundo por su elocuencia solamente, no sabríamos que existieron, á no ser que se buscasen sus nombres, en la larga cronologia de los cónsules romanos. Caton, en cambio, que se presentó en la escena del mundo sin fortuna, sin el prestigio de un apellido ilustre, sin los privilegios del patriciado, huérfano, en fin, de cuantos medios empleaban otros hombres para elevarse, supo adquirir todos los honores y altos puestos de su pátria, y, lo que es más admirable todavía,

supo merecerlos ante sus contemporáneos y ante la posteridad.

Cuando se le ve dotado de un ingenio vario y fecundo, dócil á todos los trabajos del espíritu, como ciertos metales á la forma del molde en que se vacian, hasta el punto de parecer nacido, expresamente, para cada una de las diversas ocupaciones á que se dedicaba: cuando se le ve en los campos de batalla, acreditándose, primero, como soldado intrépido, y, más tarde, como insigne caudillo; en el Foro, como hábil jurisconsulto; en el Senado, como profundo político; en todas partes donde hablaba, como elocuente orador; y en todos los trances de su vida pública, como resuelto campeón de la justicia y enemigo implacable del desorden y del vicio; y cuando se recuerda que sirvió á su patria por espacio de setenta años, sin sentirse jamás cansado ni ser nunca vencido en aquellas ardientes luchas que sostuvo contra la nobleza, y el espíritu mismo de la época en que vivió; cuando se mira, repito, todo esto en su conjunto, se siente uno inclinado á creer que la Providencia permite, de vez en cuando, que en un solo individuo se aglomeren y se fundan todas las prendas de la inteligencia y del corazón, para encargarle despues, como Bossuet diria, el cumplimiento de algun desigño inexcrutable.

Mas, cuando se conocen los afanes, los ejercicios, las improbas tareas, los tributos de perseverancia que se impuso Caton, para adquirir los diversos méritos que, más tarde, enaltecieron su nombre, reconoce uno que hay algo de cierto en las teorías de los modernos sofistas Helvecio y Condillac; y se recuerda con gusto aquella frase escrita, por Plinio el jóven, con referencia á su tío, en la cual dice: «A quien sabe lo mucho que trabajaba, no le sorprende que haya producido tantas y tan buenas obras; sino que no haya producido más y mejores aún»; y en seguida, sin dejar de creer en la Providencia... (en esa Providencia que no siempre acude cuando se llama, y que á las veces simula regocijarse con nuestras lágrimas y desgracias), se desecha la idea de un fatalismo estéril que lo atribuye todo á los talentos naturales, para reconocer que el estudio y la meditacion son la gimnasia de la inteligencia, y que la inteligencia es como una tierra más ó ménos férax, pero cuya virtud productiva se aumenta siempre con el cultivo y el trabajo. Esta gran verdad enemiga de la pereza, y que tantos ingenios podia librar de las garras del desaliento; esta verdad que la han practicado, casual ó deliberadamente, casi todos los hombres que no han debido su fama á los caprichos de la fortu-

na, se encuentra confirmada en Caton el Antiguo.

Sólo recibió Caton, de sus padres, un nombre honrado, pero plebeyo, y una pequeña propiedad rústica que fué el origen de la riqueza que después acumuló, gracias á su economía, nunca desmentida, y á sus conocimientos agrícolas (1). Su primera educación no pudo ser muy esmerada; porque, ni los recursos ni la residencia de su familia, lo permitian; mas, en cambio, asistió en su juventud á una escuela de heroísmo y de virtudes cívicas y guerreras, cuya enseñanza aprovechó. Escuela de heroísmo llamo á las primeras campañas que hizo, desde los diez y siete á los veintitres años de edad, cuando Anibal amenazaba á Roma, y Fabio Máximo acaudillaba una parte de las legiones latinas (2). ¿Quién duda, señores, que la vida militar junto aquellos grandes capitanes, y en aquella guerra de gigantes, los graves peligros en que se vió Roma, y los sangrientos desastres que experimentara, debieron templar fuertemente el ánimo de Caton, y contribuir á que se formase su carácter de hierro? (3) ¿Quién duda que las máximas de Platon, que oyó por vez primera en Tarento, cuando ésta ciudad fué tomada por los romanos, máximas en que el filósofo ateniense presenta la molicié y

los placeres como corrompedores y tiranos del espíritu, quién duda, repito, que debieron caer en su ánimo, cual semillas de las austeras virtudes á que ajustó, siempre, casi todos los actos de su vida pública y privada? Aunque sean otras muy distintas nuestras costumbres, es interesante y curioso verlo confundido entre sus esclavos, ocupado, como ellos, en el cultivo de la tierra, y al mismo tiempo, estudiando el derecho, y ejercitando su palabra, ante los tribunales de los pueblos vecinos, á donde acudia á prestar desinteresadamente este servicio. Habia comprendido, desde muy temprano, que la República era gobernada por los oradores, y no omitió medio alguno para adquirir una elocuencia victoriosa que fuese, algun dia, la palanca de sus designios.

La fama de su actividad y singulares costumbres, le valió la amistad y patrocinio de Lucio Valerio Flaco, personaje importante en aquella época, el cual le hizo trasladarse á Roma, conociendo, con ese golpe de vista que tienen los hombres superiores, que aquel jóven sólo necesitaba un ancho teatro para desempeñar un importante papel (4).

A esta época refiero yo los primeros estudios formales de Caton; porque si es cierto que las tareas del Foro y de la política, y aun el cuidado

de sus particulares negocios, debieron ocupar mucho su actividad; y si es fama que no conoció las letras griegas hasta ya muy entrado en años (5), también es incuestionable que nunca sentiría tanto el acicate de la juvenil emulación, y que su estilo, como sus costumbres, sólo pudieron formarse antes de su edad adulta. Entonces fué, sin duda alguna, cuando estudió á Lisias, Tucídides y Demóstenes, y sobre todo, á los dos últimos, de cuyas máximas, casi literalmente traducidas, estaban sembradas sus obras; y cuyas formas oratorias procuró imitar siempre, con tan feliz éxito, que en su tiempo mereció que se le llamase el Demóstenes romano, como más tarde mereció, por sus virtudes, que Plutarco lo comparase con Aristides.

Se conservan, de Caton, algunas frases célebres que manifiestan la fisonomía, por decirlo así, de su carácter, y el vigor de su lenguaje. Para que el pueblo desistiese de pedir una distribución de trigo que no debía concedérsele, empezó su discurso diciendo: «Como no tiene orejas vuestro vientre, no será cosa fácil el persuadirlo.»

Lamentándose del lujo que empezaba á introducirse en las comidas, exclamó: «Difícil cosa es evitar la ruina de un pueblo, donde un pesca-

do tiene, mayor precio, que un caballo de labranza.»

En otra ocasión decía á sus conciudadanos: «Sois un rebaño que todo lo hace ciegamente en colectividad, sin que ninguno sea capaz de hacer algo por sí propio. Hay hombres cuyos consejos obtendrían vuestro desprecio si os los diesen particularmente, y que, sin embargo, os gobiernan á su capricho cuando estais reunidos.»

Decía también que los necios enseñan más á los sabios que los sabios á los necios; porque los sabios huyen del mal ejemplo y los necios no siguen el bueno. Un pensamiento análogo se encuentra en el libro de los proverbios de Salomon.

Preguntado por qué no dispensaba obsequios ni consideraciones al rey Eumenes, que fué recibido por el Senado con toda clase de honores, contestó «que aquel príncipe sería tan bueno como se decía, pero que un rey es siempre un animal voraz; y que, entre los mejores reyes, no hubo jamás ninguno comparable á Epaminondas, Pericles, Temístocles, Manio Curio, ni Amilcar Barca.»

Un día que el Senado prolongaba mucho un debate sobre si unos desterrados griegos deberian, ó no, restituirse á su patria, acabó la discusión con esta sola frase: «Cualquiera diría que

esta asamblea no tiene ningun asunto grave de que ocuparse, al ver que habeis invertido un dia entero, deliberando sobre si unos cuantos viejos, próximos á la muerte, deben ser enterrados por nuestros sepultureros ó por los de su pais.»

Tambien decia que sólo recordaba tres cosas de que estuviese arrepentido: «Haber confiado un secreto á su mujer; haber ido por mar á donde podia haber ido por tierra; y haber pasado algun dia sin hacer nada.» Esto último revela su amor al trabajo, y la infatigable actividad de su cuerpo y de su espiritu. Pero más admira aún cuando aseguraba, sinceramente, que podia perdonar las faltas ajenas, pero que jamás se perdonaba las suyas (6).»

Esta severidad tenia limites, como lo prueba una frase suya, conservada por Horacio. Segun éste poeta, una vez que vió salir á un jóven de una casa de prostitucion, en lugar de reprenderle le dijo:

..... «Cuando repares
Que el incendio de amor arde en tus venas,
Es muy mejor bajar á estos lugares,
Que las mujeres corromper ajenas.» (7)

En más de una ocasion se hizo reo de inmodestia, diciendo para disculpa de otros: «No todos son Catones»; y segun Plutarco, en los elo-

gios de sus propios actos, no le detenia la circunstancia de ser suyos: los celebraba como si fuesen ajenos.

He querido referiros esos pensamientos que de él se conservan, no sólo porque los creo dignos de memoria, sino tambien para que forméis una idea de la franqueza, algo rústica, de su carácter; de la valentia con que manifestaba sus censuras, y de la forma incisiva, y algunas veces pintoresca, que daba á sus conceptos.

Conocido el carácter de Caton, no seria imposible conjeturar la índole de su elocuencia, áun cuando no supiésemos que su principal modelo fué Demóstenes. No tuvo su estilo la abundancia, la armonia y brillantez que más tarde alcanzó la elocuencia romana, en los tiempos de Crasso y Antonio, y en los mejores aún de Hortensio y Ciceron; pero tenia todas las demás calidades que hacen poderosa la palabra, y, en sus discursos, se revelaba un gran talento de invencion (8).

El que jamás ofendia en público ni en privado las leyes del decoro, ni siquiera las del pudor, debió emplear un lenguaje austero, como el de Demóstenes, cuando hablase contra el lujo y la incontinencia de los patricios. Supo, sin embargo, manejar la ironia y la sátira (9), en lo cual

aventajó al orador ateniense. Paréceme, asimismo, imposible, que habiendo hecho sus primeros ejercicios en los debates forenses, sin abandonar despues, nunca, la arena judicial, su ingenio no tuviese viveza para triunfar de las interrupciones é incidentes inesperados, y áun cierta sutileza para interpretar las leyes, y marcar las aplicaciones del derecho.

No quiere esto decir, en manera alguna, que siempre improvisara sus discursos; y sabemos que practicaba, como solian hacerlo muchos de los oradores griegos, la costumbre de escribir sus arengas, algunas veces, áun ántes de pronunciarlas (10). Un hombre tan activo, tan laborioso, tan perseverante como Caton, es creible que, siempre que tuviera tiempo para ello, siguiera este procedimiento, cuyas dificultades están recompensadas porque dá á las ideas fuerza y seguridad, sin quitar, al discurso, los sublimes arrebatos de la inspiracion. De otro modo, habria sido «uno de aquellos oradores cuyo talento brilla durante su vida, sin dejar despues de su muerte ningun monumento de su elocuencia.» (11) La suya le sobrevivió, y, en la época de Octavio, respiraba aún y resplandecía en sus obras.

Su palabra se prestó más á la acusacion que á la alabanza. Se citan muchos discursos suyos

en que atacó á sus contrarios de un modo violentísimo, y no se cita ninguno, que yo sepa, en que se expresase como panegirista; si bien algunas veces, como al defender á los Rodios, se mostró, además de justo, indulgente con los acusados. Los antiguos le representan en las luchas oratorias, semejante á un guerrero que no sabe permanecer á la defensiva, y que ataca, derrota y persigue á su enemigo, lo mismo cuando es provocado, que cuando él provoca á la pelea.

Nada dice, contra estos caracteres generales, el que supiese elogiar con nobleza, cuando habia motivo para ello. (12) En las reliquias, por decirlo así, que nos han quedado de algunos de sus discursos, no hay nada que atestigüe cómo él celebraba las acciones heroicas ó magnánimas; mas poseemos unas frases, de la historia que escribiera con el título de *Los origenes*, que presumo escuchareis con gusto, por lo cual voy á leerlas. Refiriéndose al romano Quinto Cecidio, que hizo prodigios de valor en Sicilia, durante la primera guerra púnica, dice así:

«Celébrase la accion del espartano Leonidas, que se condujo de igual modo en las Termópilas. La recompensa de su heroismo fué su gloria; y aquella gloria tan estimada por la Grecia, se vé consagrada en monumentos, en columnas, en es-

tátuas, en historias y panegíricos. Las hazañas de este tribuno de los soldados, han permanecido casi oscurecidas, no obstante que habia hecho por los romanos, lo que Leonidas por los griegos: ¡como él habia salvado la República!» (13)

Dudo mucho que Ciceron hubiese expresado más bellamente esta idea, y estoy seguro de que no habria acertado á expresarla con mayor fuerza y brevedad. ¿Qué título más estimable que el de salvador de la República? ¿Qué mayor elogio que la comparacion con un héroe, cuyo nombre ya habia pasado á la posteridad? El que hizo lo que Leonidas, merece tanto como Leonidas; y si es un simple tribuno de los soldados, merece más.

Ved ahora otro pasaje en que habla como acusador. No es ménos notable que el anterior, aunque sí de tan opuesta índole, que bien puede considerarse como el reverso de la medalla. Unos dos mil años hace que las palabras que voy á leer, resonaban en el foro romano. ¡Qué lejos estaria entonces el severo Caton, de pensar que á tamaña distancia de tiempo, habian de encontrar un eco en este templo de las letras y las ciencias! Pero el destino del talento y la virtud, ha sido y será, tener admiradores miéntras haya hombres civilizados. Acusando á Quinto Thermo, que habia cometido actos inhumanos, decia así:

«Alega que los decemviros no le proveyeron suficientemente de provisiones de boca, y que por eso los mandó azotar! ¡Los decemviros azotados por los Brutienses, ante un público numeroso! ¿Puede perdonarse una afrenta, una arbitrariedad, una tiranía semejante? Jamás ningun rey se atrevió á hacer cosa igual. ¿Y aprobareis vosotros, ciudadanos, que se trate así á hombres intachables y de noble origen? ¿De qué sirven, entónces, los derechos de la alianza? ¿Dónde está la fé de nuestros mayores? A inferir la injuria más vergonzosa, á castigar con golpes, con heridas, con acerbos dolores, con el ultraje y la infamia, á convertirme en verdugo, en la ciudad misma de tus victimas, y en presencia de sus conciudadanos y de otros innumerables testigos; hé aquí hasta dónde te ha llevado tu perversidad! Cuántos gemidos, cuántas lágrimas, cuánto duelo no acompañaron á aquel suplicio! Mas, si vemos que aun los esclavos guardan el recuerdo de las injurias que reciben ¿qué sentimientos no debe suponerse que, unos hombres distinguidos por su honor, y nobleza, experimentarían entónces, y abrigarán siempre, hácia vosotros?» (14)

No creo que pueda hablarse con más vigor; y aunque sólo corresponda á los sábios profesores de latinidad resolver sobre las bellezas del estilo,

parecíame que no falta á esas palabras sóbria elegancia, así como también hay en ellas, según claramente se vé, la variedad de tonos y de formas que necesita, el que á un mismo tiempo deplora la desgracia y condena á quien la ha producido. En ese breve pasaje se confirma que el orador habia elegido á Demóstenes por modelo, y que, no en vano, se habia propuesto imitarlo. (15) Como Demóstenes es conciso, pero no seco ni descarnado; como él emplea las enumeraciones graduales, sin incurrir en prolijidad; y como él se vale, con admirable tino, de los contrastes, ó antítesis de pensamiento, que es, acaso, la única figura de que Demóstenes abusa, por lo ménos, en alguna de sus arengas.

Voy á daros á conocer, para que juzgueis, por vosotros mismos, de la palabra de Caton, el más largo pasaje que se conserva de sus discursos deliberativos. Pertenece á la defensa que hizo de los Rodios, ante el Senado. En la guerra que los romanos habian sostenido contra Perseo, el pueblo de Rodas siguió una conducta sospechosa, pero no abiertamente declarada contra la República. Las acusaciones del rey Eumenes hallaron eco en Roma, y la opinion pública se iba formando contra los Rodios, hasta el punto de que su causa parecia á todos perdida, desesperando, ellos mismos,

de calmar el resentimiento del Senado. Entónces, Caton, que no veía con gusto aquellas expediciones al Oriente, de donde los romanos solo habian traído estériles riquezas, y vicios, usó de la palabra con su elocuencia acostumbrada, y logró persuadir á la Asamblea, la conveniencia de ser indulgentes con los que no habian cometido otra falta que mirar, por sus propios intereses, más que por los ajenos. Hé aquí los párrafos de su arenga, según los copió Aulo-Gélio de las colecciones:

«Harto sé que, la mayoría de los hombres, pierden la moderacion en la prosperidad, y que sueltan la rienda á su orgullo, cuando se ven acariciados por la fortuna. Por esto temo que, ensoberbecidos con el buen éxito de la guerra, esteriliceis vuestro triunfo con una resolucion de consecuencias peligrosas, y que, el regocijo que sentís, se destruya por su propio exceso. La adversidad doma los corazones, y alecciona á los hombres; miétras que la prosperidad los estraviá del buen camino, y los hace sordos á los consejos de la prudencia. Os recomiendo, pues, que recordeis esto, y encarecidamente os pido que aplaceis algunos dias esta deliberacion, hasta que, libres de las impresiones que nos dominan hoy, seamos dueños de nosotros mismos.»

Si, senadores, convengo en que los Rodios no deseaban que terminase la guerra con el triunfo de nuestras armas y la derrota de Perseo, y sé, también, que no eran los únicos que hacían votos contra Roma. Otros muchos pueblos y naciones participaban de sus sentimientos. Una parte de ellos, acaso no pensaba así, por el sólo deseo de complacerse en nuestro mal. Abrigaban, sin duda alguna, el temor de que, tan pronto como nouviésemos ningún enemigo poderoso, y fuésemos dueños de ejecutar nuestros caprichos por haberlo sometido todo á nuestro imperio, ellos no podrían librarse de la servidumbre. El amor á su libertad ha sido, en mi concepto, el móvil de su conducta. Mas, en medio de esto, nadie dirá que los Rodios hayan secundado abiertamente los esfuerzos de Perseo, lo cual os prueba que se han conducido en sus asuntos públicos, con ménos celo, por sus propios intereses, que nosotros desplegamos en nuestros asuntos privados. Aquí en Roma, cuando alguno ve atacada su fortuna particular, lucha con todas sus fuerzas por defenderla. Los Rodios, por el contrario, han abandonado lo que más les interesaba.....»

Las palabras que siguen, hacen comprender el género de consideraciones que expondría el orador, después de lo que he leído. Compréndese

claramente que recordaría á su auditorio las buenas relaciones mútuas que antes habían unido al pueblo de Rodas y al de Roma. Ved cómo sigue:

«¿Iremos, pues, á olvidar, en un solo momento, tantos recíprocos servicios, y á romper una amistad tan sólidamente cimentada? Cuando les acusamos de haber deseado hacer una cosa, ¿seremos nosotros los primeros en hacerla? El más encarnizado adversario de los Rodios, les acusa de haber querido ser nuestros enemigos. ¿Hay alguno, entre nosotros, que creyese merecer una pena, por haber deseado cometer una falta? Creo que ninguno; y en cuanto á mí, jamás reconocería semejante culpabilidad. ¿Dónde existe una ley tan cruel que castigue las intenciones? ¿Dónde existe una ley que diga: el que haya deseado hacer ésta cosa, ó la otra, pagará tal suma, y entregará la mitad de sus esclavos; el que haya deseado poseer más tierra de la permitida; el que haya deseado aumentar el número de sus rebaños, pagará ésta ó la otra multa? Todos nosotros deseamos mejorar nuestra fortuna, y á nadie se castiga porque abrigue tal deseo. Si no es justo conceder honores á los que nada loable han hecho, aunque hayan procurado hacerlo, ¿deberá castigarse á los Rodios, sólo porque alguien haya

dicho que desearon obrar injustamente?.... Añádese que los Rodios son orgullosos, y este es un cargo que yo no quisiera merecer, ni que mereciesen mis hijos. Mas, de todos modos, que sean ó que no sean orgullosos, ¿qué nos importa? ¿Deberemos indignarnos de que un pueblo extranjero sea menos circunspecto que nosotros?» (16)

¡Esto es hablar! Tito-Livio califica este discurso de elocuente, y lo celebra hasta el punto de no atreverse á extractarlo, segun él mismo confiesa. (17) Aulo-Gelio lo comenta discretisimamente, y concluye sus consideraciones, conviniendo en que el estilo podría tener más brillo y armonía, y negando que pueda aumentarse la fuerza y vigor de los argumentos. También dice que Caton había empleado, en esta arenga, todas las armas que pueden esgrimirse en los debates políticos, aunque sin desarrollar las ideas elegantemente, y con una gracia por igual sostenida. A este fallo de dos jueces tan autorizados, sería imperdonable que yo añadiese comentario alguno. Ni puedo disentir de ellos, ni aunque pudiera me atrevería á manifestarlo, sin el apoyo, al ménos, de una autoridad igualmente respetable.

Ciceron dice que, en las obras de Caton, se encontraban todas las flores y ornamentos del

estilo, y que supo valerse de los tropos y figuras de la retórica; pero el mismo Ciceron escribe otros pasajes, en obras suyas más importantes y posteriores, donde autoriza para que se desconfie algo de estos elogios. Por otra parte, no pueden considerarse imparciales, sin poner en desacuerdo la floridez de estilo que atribuye á Caton, con el desprecio que á éste le inspiraban Isócrates, y los refinamientos de la cultura helénica. (18) Añade, el mismo Ciceron, que exponía los hechos con sencillez, que presentaba las pruebas con método y claridad, y abundaba en ideas sólidas y expresiones brillantes. También asegura que sabía elogiar con nobleza, y que nadie vituperó con más implacable energía, lo cual hizo más estimadas sus alabanzas y más temidas sus censuras. (19) Pero esta rigidez la empleaba consigo mismo, como ya dije, ántes de hacerla sentir á los extraños; y acaso no hubo nunca un hombre que tanto recomendase la virtud con sus palabras, y tanto la persuadiese con su ejemplo. A esto debió, sin duda, gran parte de su prestigio; porque los hombres que desmienten sus máximas; con su conducta, son los mayores enemigos de su reputacion.

La severidad de su carácter se revelaba, también, en las duras reconvenções que dirigía á

los romanos; lo cual debieran recordar, los que dicen que si Demóstenes fué más severo con su auditorio, que Ciceron con el suyo, esto consistía en la diversa índole de los pueblos á quienes hablaron. Yo creo que en tanto la palabra del orador resuene como un eco de los gritos de la conciencia pública, y mejor aún de la conciencia de su auditorio, la verdad puede salir de sus lábios sin peligro alguno, y hasta ser recibida con aplauso. ¿Lo poneis en duda?

Figuraos una asamblea compuesta, en su mayor parte, de los hombres que más han contribuido á las actuales desgracias de nuestra patria; figuraos que, en medio de esa asamblea, se levanta un orador libre de compromisos, de conciencia recta y pura, de patrióticas aspiraciones, sediento de gloria y de justicia. ¿Creeis que si apostrofase duramente á los autores de tantas calamidades sería arrojado entre silbidos de la tribuna? No; los aplausos y la admiración más unánimes, serían la recompensa de su noble audacia. Él podría decirles impunemente: ¿Dónde está el cumplimiento de vuestras promesas? ¿Dónde está la honra que nos ofrecisteis? ¿Qué habeis hecho de tantos sacrificios, de tantos tesoros, de tanta sangre española? ¿Qué podeis presentar para justificaros?... ¡La ruina de la libertad, la ruina de la

Hacienda pública, casi la ruina de la pátria, casi la muerte de nuestras esperanzas! Y si estas verdades no penetrasen en su conciencia, si á ellas respondiesen, no con aplausos, sino con impudente gritería, entónces el orador que suponemos, podría hacerse eco de los acentos varoniles de Espronceda y decirles, con más razón que el poeta lo dijo:

«Callad; silencio, hipócritas parleros,
Turba de charlatanes eruditos,
Tan cortos en hazañas y rastreros,
Como en palabras vanas infinitos.»

Mas, dejemos estas digresiones que nos apartan de la contemplación tranquila de la antigüedad romana, y dirigen nuestra vista hácia espectáculos desagradables del presente: dejemos estas digresiones que acaso parezcan peligrosas, en estos tiempos deliciosos y de incomparable libertad, en que, en todo sitio que no sea el Ateneo, se persiguen las palabras como si fuesen malhechores, mientras los malhechores andan sueltos por campos y ciudades, únicos centinelas y guardianes de la propiedad (20).

Si despues de conocer las facultades oratorias de Caton, queremos verle y juzgarle en las grandes situaciones de su vida, preciso es que le sigamos, desde que llegó á Roma, protegido por

L. Valerio Flaco y Fabio Máximo, hasta la terminacion de sus dias.

Roma, señores, fué durante el gobierno de los Cónsules, una mar siempre agitada por dos corrientes opuestas; la una que partía del Senado, y la otra que arrancaba del Pueblo, para ir ambas á encontrarse en el Foro, y producir, con su choque, aquellas violentas tempestades, que, más de una vez, hicieron zozobrar la nave de la República. La plebe tenía defensores apasionados, como los tenía la nobleza, y pocas veces hubo un hombre intrépido y justo que se colocase entre los dos campos enemigos, para desafiar y contener las iras de ambos, y conseguir, con la moderacion de todos, el bien de la patria. Caton quiso realizar este designio, estimulando, á patricios y plebeyos, á que sólo fuesen émulos para sobrepasarse en el cumplimiento del deber, y disputarse los triunfos y las recompensas de la virtud (21). Quiso tambien realizar otro designio, aún más gigantesco, que fué el de restaurar las antiguas costumbres, y detener la corrupcion que entraba á torrentes por las puertas de Roma, con las riquezas del Asia, y las artes y la cultura de Grecia. Colocado entre dos siglos, entre dos civilizaciones distintas, pugnó por rechazar la que invadia, y por conservar y fortalecer aquel patri-

monio de costumbres y virtudes á que ántes habia debido Roma su salvacion, y que era el fundamento de las prosperidades que á la sazón gozaba. Si no se cumplieron sus deseos, y fué un dique roto, al fin, por el oleaje que le combatía, esto consistió en que sus remedios eran tópicos, y por consiguiente limitados; en que para influir sobre el espíritu de una época, son necesarios, sin duda alguna, grandes principios, un cuerpo completo de doctrina, una creencia fecunda capaz de introducirse, tarde ó temprano, en todos los corazones, y penetrarlos, como el calor penetra los cuerpos; y de formar la conciencia de todo un pueblo, para que sea posible imprimirle movimientos intelectuales y morales simultáneos, y convergentes hácia un mismo y civilizador objeto.

Esta obra era demasiado grande para Caton; para realizarla se necesita, quizá, una naturaleza algo más que humana, y sólo para considerarla posible, es necesario haber estudiado al hombre en el individuo, en las generaciones, y en las edades del mundo. Las grandes reformas, en cualquier sentido que se dirijan, son obras propias de titanes, y yo creo que deberían reservarse para estos hijos de los dioses, es decir, para los hombres extraordinarios, ó bien encomendar-

las al tiempo, que es el más grande, como el más seguro de los reformadores. Catón obró cuerda-mente al resistir toda innovación en las costumbres, porque la bondad de las antiguas estaba acreditada por la grandeza de Roma; mientras el influjo corrosivo de las nuevas, estaba no ménos acreditado, por la decadencia de los pueblos que las tenían.

Pero observad, señores, este fenómeno: la vida política de Catón fué una lucha continuada contra la nobleza; lucha á muerte que sostuvo sin más armas que su elocuencia y su virtud; sin buscar nunca en la complacencia del Pueblo, un poder tribunicio que oponer á sus contrarios; atacando á los enemigos poderosos más bien que á los pequeños, como si buscara una derrota sin mengua ó una victoria doblemente gloriosa (22); y mereciendo, siempre, el apoyo de Fabio Máximo y de L. Valerio Flaco, que ambos eran la flor de la nobleza romana. Ellos le ayudaron, más ó ménos, á conseguir los cargos de Tribuno militar, Cuestor y Pretor, y á elevarse al consulado, y la censura, la cual marcaba el límite á que podían llegar, en Roma, las ambiciones legales; y que obtuvo y ejerció, en compañía del referido Valerio. (23)

En el Senado mismo, este plebeyo, este *hom-*

bre nucco, era escuchado con más respeto que los Escipiones: y, «en los tiempos azarosos y difíciles, la Asamblea tenía los ojos fijos en él, como, en lo más recio de una tempestad, los pasajeros de un buque los tienen fijos en el piloto; sucediendo frecuentemente que, cuando no estaba en el Senado, se aplazaban los asuntos graves hasta conocer su opinión.» (24) Así, pues, señores, su lucha fué muy distinta de la que sostuvieron Cassio y Manlio, cuando, renegando del patri-ciado, acaudillaron las muchedumbres. Estos atacaban á la clase entera de los patricios, y Catón combatía sólo una parte de ella; porque su objeto no era quebrantar la aristocracia, sino contener el vicio y los peligros de la ambición, aunque los viese nacer en el seno de la aristocracia misma.

Desde el momento en que fué cónsul Catón, sus tiros se dirigieron contra el lujo, que, á pesar de las leyes suntuarias, empezaba á manifestarse en Roma más escandaloso que nunca. Un tribuno del Pueblo propuso la derogación de la ley Oppia. Esta ley prohibía á las mujeres el uso inmoderado de los adornos y joyas de oro, de las ricas telas, y de los carruajes dentro de Roma y sus inmediaciones. (25) Catón deseaba que estas prohibiciones continuasen vigentes, y se

dispuso á arrojar en la balanza del debate, todo el peso de su elocuencia, todo el prestigio de su nombre, y toda su autoridad de Cónsul. Entónces hubo en Roma un espectáculo que no se había presenciado desde los tiempos de Coriolano, aunque, ciertamente, con muy diverso objeto. Las avenidas que conducian al Foro, y todas las calles inmediatas, fueron ocupadas por las mujeres, que, en pública manifestacion, pedian se derogase aquella ley, en su concepto tiránica, que no las dejaba participar de las grandes prosperidades de la República. La áspera franqueza de Caton, pecó entónces algo de insolente. Despues de echarles en cara su falta de recato y su impudor, dijo que eran un sexo indomable, propenso al desenfreno; y que, si pedian libertad, era para entregarse á la licencia. (26) Pronóstico, señores, que se vió cumplido, cuando, diez años más tarde, las bacanales amenazaron convertir á Roma en un inmenso lupanar.

El tribuno L. Valerio contestó al discurso del cónsul en otro muy elocuente y hábil, y la ley quedó derogada. ¿Qué motivo indujo á L. Valerio á defender, á las matronas romanas, en aquel largo debate? ¿Qué interés tenia en que pudiesen aumentar su lujo, ó, lo que es lo mismo, en que pudiesen realzar su hermosura? Ni puedo, ni creo

que pueda nadie, responder á estas preguntas con testimonios históricos; mas, cuando recuerdo que los deberes políticos no escluyen las íntimas relaciones privadas, y considero que la voluntad es una máquina que, á las veces, se mueve bajo la accion de pequeños resortes ocultos, sospecho que podria, quizá, sacarnos de la duda, alguna de aquellas nobles matronas, contemporáneas del tribuno.

Por lo demás, preciso es reconocer que Caton era demasiado severo con las mujeres, y que, sus inculpaciones podian ser justas entónces, y no serlo siempre, ni contra todas. Y, aunque sólo fuese porque todos los hombres, desde que nacemos hasta que morimos, tenemos en el mundo alguna mujer á quien profesar cariño, consideraciones y respeto; ora esa mujer reciba el nombre de madre, de hija, de hermana ó de amante; aunque sólo fuese porque no hay hombre civilizado que no tenga, ó haya tenido, segun su edad, un santuario en su pecho donde consagrar la imagen de alguna mujer preferida; aunque sólo fuese por esto, repito, deberíamos ser con ellas más indulgentes que fué Caton con sus conciudadanas. El sabia, como nosotros, que la sangre de Lucrecia y de Virginia, y las lágrimas de Vetulia, habian dado á Roma su libertad, ó salvado su indepen-

dencia; pero no había visto á las mujeres convertirse en el génio inspirador de los hombres; no había visto al Dante ser conducido de la mano, por su Beatriz, á la mansion de las penas y las recompensas eternas; no había visto á Petrarca, al Ariosto, al Tasso, ni al desgraciado Camoens, hacer de su vida un poema de amores, donde, en concierto sublime, se mezclan suspiros, recelos, ternezas, dichas y amarguras que fecundaron su mente, y les dieron la entonacion épica de los cantores de hazañas, y los dulces tonos, y las gratas armonías, de los canteres de idilios.

Tambien cuando se discutíó la ley que prohibía á las mujeres heredar sumas que elevasen su patrimonio á más de cien mil sextercios, Caton las atacó de nuevo: ántes, las mujeres gozaban iguales derechos que los hombres, en lo relativo á las herencias: él fijó las opiniones en un discurso que se conservaba en tiempo de Tito-Livio, y que, segun dice este célebre historiador, fué pronunciado con rarísima energia, no obstante los sesenta y cinco años de edad que entónces contaba el orador. (27)

Pero, todos estos debates y la mayor parte de las frecuentes acusaciones que intentó, y de las cincuenta, ó más, (28) de que tuvo que defenderse, pueden considerarse como ligeras escaramuzas.

Su gran campaña fué la que sostuvo contra los Escipiones; contra aquella familia de colosos que, en los tiempos del imperio, habría sido una familia de césares; contra aquella raza de insignes capitanes que habian conquistado el imperio del mundo para Roma, y que llevaban uncida, á su carro de triunfo, la fortuna, como si la hubiesen hecho esclava del Capitolio. El vencedor de Anibal, á pesar de su gloria, fué objeto de acusaciones aconsejadas y favorecidas por Caton, y se vió obligado á buscar, en un destierro voluntario, una defensa contra sus enemigos, y algun reposo para los últimos dias de su vida. (29) Mas, Caton, despues de haber vencido en las elecciones para la censura á los siete competidores más poderosos que podian oponerle los patricios, humilló á Escipion el Asiático, hermano del grande Escipion, declarándole indigno de pertenecer á la clase de los caballeros. No satisfecho con esto, hizo expulsar del Senado á siete individuos, entre los cuales se encontraba L. Flaminio, hermano de aquel otro Flaminio, que fué bastante célebre para que Plutarco escribiese su biografía. Siguiendo la ley de la costumbre, Caton expuso, ante la Asamblea, las causas en que fundaba la expulsion, pronunciando, con tal motivo, varios discursos violentisimos y de una elocuencia tan victoriosa,

que segun dice quien los conocia, en el caso mismo de ser censor Quinto Flaminio, no habria podido eximirse de condenar á su hermano. (30) Puedo ofreceros, como muestra de esta invectiva, las últimas palabras que pronunció, despues de desafiar al acusado á que se defendiese. Hélas aquí: «Si él mismo con su silencio, se confiesa culpable, ¿podrá sentir nadie el deshonor que recibe, por haberse entregado, en medio de una orgia, á la embriaguez y el desenfreno, hasta el punto de entretenerse en derramar, por recreo, la sangre de un hombre?» (31)

Otra muestra, si no de rigor, de intolerancia, igualmente digna de conocerse, fué la que dió cuando Carneades estuvo en Roma á desempeñar una embajada de Atenas. Pertenece Carneades á la Academia, y de sus labios brotaban raudales de elocuencia y sabiduría. Todos, en Roma, y especialmente los jóvenes, le consideraban como un prodigio, y todos le oian con asombro, y vivos deseos de aplicarse al estudio de las letras y las ciencias, en que tales hombres se formaban. (32) Todos, ménos Caton, que alarmándose con la entusiasta acogida que habian tenido las doctrinas de Carneades, corrió al Senado y le hizo resolver, inmediatamente, sobre el asunto de la embajada ateniense, denunciando la perma-

nencia de aquel filósofo en Roma, como un peligro para las leyes y las costumbres de la República. (33) Ocioso es decir, que se adoptaron los consejos de Caton.

Pero no creais que la vejez agotó sus fuerzas; ó le inclinó al descanso. Su alma era infatigable, y su cuerpo de hierro, conservaba la misma fortaleza que su espíritu. Setenta años de guerras, sostenidas, unas veces en los campos de batalla, y otras en el Foro y el Senado, no pudieron quebrantar su energía, ni obligarle á abandonar la ardiente arena de los debates políticos. Cuando por última vez fué acusado, contaba 86 años, y él mismo compuso y pronunció su defensa. (34) A los 90 sostuvo una acusacion, contra el famoso orador Servio Galba, que, injustamente, habia dado muerte á gran número de lusitanos. Dos cortos pasajes se conservan de este discurso de Caton. El uno pertenece al exordio, y dice así: «Numerosos motivos me alejan ya del Foro: los muchos años, la debilidad de mi voz, la de mis fuerzas, todos los achaques de la vejez; mas al conocer la importancia del actual proceso...» (35).

Y el otro, que pertenece á la refutacion, es el siguiente: «Dícese que los Lusitanos han querido sublevarse; mas será esta una razon para tratar-

los como sublevados? Yo creo conocer, perfectamente, el derecho de los Pontífices, ¿y bastará esto para que sea mirado como Pontífice? Aunque yo diga que poseo toda la ciencia augural, ¿quién querrá tomarme por augur?» (36)

El servicio más grande que prestó á su patria, no fué, en concepto de algunos, el haber terminado felizmente la guerra con la España Citerior, ni el haber conseguido, en Grecia, una batalla decisiva contra el rey Antioco; sino, más bien, el haber hecho declarar la última guerra púnica, que acabó, para siempre, con la patria de Anibal. Desde que visitó á Cartago, y vió que, en poco tiempo, se habia repuesto de sus inmensos desastres, hasta el punto de ser una ciudad tan rica y floreciente como Roma, siempre que en el Senado emitia dictámen, sobre cualquier asunto que fuese, creia tener ante su vista la sombra amenazante de Anibal, rodeado de sus fieros cartagineses, como acaso los habia visto, algun dia, en las orillas del lago Trasimeno; y temiendo que un cambio de fortuna reprodujese, para Roma, aquellos tiempos aciagos, y recordando que la fortuna es impotente para favorecer á los muertos, concluia sus discursos con esta frase bélica: «Y tambien opino que destruyamos á Cartago.»

Tal fué Caton. En la historia de Roma apare-

ce como una figura grande, austera y simpática, que durante siete siglos ha predicado al mundo la rigida virtud de los primitivos, estóicos. Mecido en la humilde cuna de los plebeyos, y elevado á todos los honores y dignidades, de su patria, sin haber pisado nunca el camino tenebroso de la intriga, ni haberse valido de complacencias populares, es un vivo ejemplo de lo que puede el trabajo para conseguir el mérito, y de lo que puede el mérito, cuando presenta sus títulos en el certámen de las recompensas políticas de un pueblo libre. Con defectos de hombre, pero con prendas de corazon y de inteligencia que parecen incompatibles, y que, sin embargo, poseia en alto grado, se recomienda á nuestra admiracion, porque además de haber enriquecido las letras romanas con 150 discursos, y con varias obras de diversa índole, de las cuales una llegado hasta nosotros, (37) mereció de sus compatriotas el concepto de insigne capitán, insigne político, hábil jurisconsulto, grande orador y eminente ciudadano. A lo cual debe añadirse el haber merecido de la posteridad, que falla sin ceder á odios ni aficiones, que su nombre pase en proverbio, como título de virtudes cívicas, y de firmeza de alma.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO TERCERO.

(1) Catón nació en Túsculo, el año 234 ántes de J. C., segun Cicerón. (*De la v. jez* 4.) «Un trabajo continuo, y una vida sóbria y ordenada, á la cual se habia acostumbrado, sirviendo desde muy jóven en los ejércitos, le hicieron robusto y vigoroso.» «En un principio era pobre... Mejoró despues su fortuna, y se le vió adquirir tierras con fuentes de aguas termales, haciendas donde se ocupaban muchos trabajadores; bosques y prados, de que obtenia grandes rendimientos.» (Plutarco, *vida de Catón*.)

(2) Plutarco, *vida de Catón*.

(3) «Frugal, infatigable, intrépido, tenia un alma y un cuerpo de hierro.» (*Tito-Livio, Lib. XXXIX, cap. 40.*)

(4) Plutarco, *vida de Catón*.

(5) «Catón el Censor no se desdenó, en el declive de su vida, de estudiar las letras griegas, como para demostrar que el hombre puede envejecer y aprender al propio tiempo.» (Quintiliano, *Libro, XII, 11*; Plutarco, *vida de Catón*, y Valerio Máximo, *Lib. VIII, cap. I.*)

(6) Todas las noticias, y palabras de Catón, que an-

teceden, están tomadas de Plutarco, en el lugar citado.

(7) Horacio, *Lib. I, Satira II, Traducción de Burgos*.

(8) Cicerón, *Brutus XVII y XVIII*, Quintiliano, *Lib. II, 5*, Aulo-Gelio y Tácito, están en desacuerdo, al referirse á Catón, comparándolo con Cayo Graco. Aquel dice: «Catón era un orador más antiguo que C. Graco, y de un vigor y abundancia, que no pudo éste alcanzar.» (*Lib. X, cap. 4*) Tácito escribe: «Cayo Graco era más fecundo, más rico que el viejo Catón.» (*Dial. de los orad. 18.*)

(9) «M. Catón el Censor, acostumbraba manejar la ironia muy sutilmente.» (Macrobio, *Sat. Lib. II, cap. 1.*)

(10) Tito-Livio, *Lib. XXXIX, cap. 40.*

(11) Tito-Livio, *Lib. XXXIX, cap. 40.*

(12) Cicerón, *Brutus XVII.*

(13) Aulo-Gelio, *Lib. III, cap. 7.*

(14) Aulo-Gelio, *Lib. X, cap. 4.*

(15) A fin de evitar la posible sospecha de que, la predilección que nos inspira Demóstenes, nos lleva á considerarle como maestro de Catón, hé aquí las palabras textuales de Plutarco: «Leia los autores griegos, aprovechándose no poco de Tucídides, y mucho más de Demóstenes... La autoridad y reputación que por su elocuencia adquiria, aumentaban sin cesar, y comunemente se le llamaba el Demóstenes romano.» (Plutarco, *vida de Catón*.)

(16) Aulo-Gelio, *Lib. VII, cap. 4.*

(17) Tito-Livio, *Lib. XLV, cap. 25.*

(18) Caton decia á su hijo: «En tiempo y lugar oportunos te hablaré de los griegos. Entónces te indicaré lo bueno que hay en Atenas, demostrándote que conviene tomar una idea de las letras griegas, sin profundizarlas mucho. Los griegos son una raza perversa é indócil. Cree, como si un oráculo te lo dijese, que á donde quiera que los helenos lleven sus conocimientos, llevarán tambien su corrupcion» (Plinio, *XXIX, 7, 1.*)

(19) Todo lo que precede relativo al lenguaje de Caton y á los otros mérito de su palabra, lo dice Ciceron, (*Brutus, XVII y XVIII*) y en mucha parte queda confirmado, en los diversos pasajes incluidos en el texto. Otras frases de Caton que los antiguos escritores han conservado, prueban, tambien, que poseia el arte de embellecer y robustecer el discurso, por medio de las figuras. En sus *origenes* usaba esta repeticion: «Frecuentemente sus soldados mercenarios se batian, unos contra otros, en gran número; frecuentemente se les vió pasarse, por compañías enteras, al enemigo; frecuentemente amenazaron la vida de su general.» (Aulo-Gelio, *Lib. V., cap. 21.*)

(20) Aunque esa digresion sea un defecto literario de la presente obra, y aunque habria sido cosa fácil suprimirla, hemos preferido dejarla, porque no disuena, por completo, del carácter de estas conferencias, sobre todo, si se recuerda que tuvieron lugar en el Ateneo de Madrid, donde la política se mezcla, de ordinario, más ó ménos, á casi todas las asignaturas que allí se explican. Es la verdad que, con el título de Científico y literario, el Ate-

neo ha sido, y sigue siendo, un centro de luminosas discusiones políticas, y una escuela práctica de elocuencia; así como tambien, en épocas azarosas, el último refugio de la libertad del pensamiento. Cuando no sirvan para otra cosa esos paréntesis con que, de vez en cuando, interrumpimos la narracion, servirán para manifestar los sentimientos que el estado de nuestra patria nos inspiraba, en aquellos aciagos tiempos.

(21) Plutarco, *Vida de Caton.*

(22) «Sufrió muchas rivalidades envidiosas; persiguió tan vigorosamente á sus enemigos, que seria difícil decir si la lucha que sostuvo contra los patricios, fué más fatigosa para ellos que para él. . . . Resistió las pasiones, y en su rígida probidad, despreció siempre la intriga y las riquezas.» (Tito-Livio, *Lib. XXXIX, cap. 40.*)

«Su candidatura para el cargo de Censor, fué muy atacada por la nobleza: todos los candidatos se unieron para combatirle, deseando, tambien, que un hombre nuevo no se elevase á la más alta magistratura de Roma.» (Tito-Livio, *Lib. citado, cap. 41.*)

(23) Plutarco, *Vida de Caton.* y Tito-Livio, lugar citado.

(24) Plutarco, *Vida de Caton.*

(25) Tito-Livio, *Lib. XXXIV, 1,* y Tácito *Anales, Lib. III, 33.*

(26) Por no extender estas notas demasiado, no reproducimos íntegro aquí, el discurso que al referir aquel debate, pone Tito-Livio en boca de Caton, y que teniamos traducido. Copiaremos, sin embargo, unas pa-

labres que revelan el espíritu religioso de Caton, y su repugnancia á los refinamientos de la cultura extranjera. «Creed que sólo para desgracia de Roma, se han introducido dentro de sus muros las estátuas de Siracusa. Por todas partes oigo alabar las obras maestras de Corinto y Atenas, y vituperar las imágenes de barro de nuestros dioses, que aún están en nuestros templos; esas mismas que tanto nos han protegido, hasta el presente, y tanto nos protegerán en lo sucesivo, si no las ofendemos con nuestras impiedades.» Y al concluir, hizo estas comparaciones que encierran una gran verdad: «De igual modo que es mejor no acusar á un culpable que absolverle, de igual modo el lujo sería ménos ruinoso, si nunca se le hubiese combatido; pero, al presente, tendrá toda la violencia de una vestia feroz que se ve en libertad, despues de ser irritada por los hierros que la oprimian.» (Tito-Livio, XXXIV, 1.)

(27) Tito-Livio, *Lib. citado, cap. II.*

(28) Plutarco, *Vida de Caton.*

(29) «En los asuntos del gobierno se opuso siempre al gran Escipion, escitando á Petilio contra él; y á Escipion el Asiático, lo persiguió é hizo condenar á una fuerte multa que no pudo satisfacer.» (Plutarco, *Vida de Caton*; y Aulo-Gelio, *Lib. IV, cap. 18.*)

(30) Estas palabras son de Tito-Livio, (*Lib. XXXIX, cap. 41*) y del mismo, y Plutarco, son las demás noticias que anteceden.

(31) Tito-Livio, *Lib. XXXIX, cap. 44.*

(32) Hablando de esta famosa embajada, dice Aulo-

Gelio, (*Lib. VII, cap. 14*) que la componian los filósofos Carneades, de la Academia; Diógenes, estóico; y Critolao, peripatético, y que en ellos estaban representados los tres estilos oratorios. Antes de comparecer ante el Senado, á pedir la dispensa de una multa de 500 talentos (unos 10 millones de reales) á que Atenas habia sido condenada por el saqueo de la ciudad de Oropos, pronunciaron discursos en presencia de numerosos oyentes. El efecto que Carneades produjo con su palabra, fué prodigioso, si hemos de creer á Plutarco, el cual supone que, de la embajada, no formaba parte Critolao. (*Vida de Caton.*) Añade, que todos los jóvenes aficionados á las letras, quedaron admirados de la persuasiva y abundante elocuencia de Carneades, á cuya gran reputacion, convinieron que correspondia su talento. Fué oido por los principales personaje de la ciudad, «todo el mundo decia que habia llegado un griego de inteligencia prodigiosa, que parecia algo más que humano por su inmenso saber» y que calmaba con su palabra las pasiones más violentas, inspirando á los jóvenes una esclusiva aficion al estudio de la filosofía.

(33) «Habiendo oido, Caton el Censor, á Carneades, que era uno de los tres célebres filósofos que componian la embajada Ateniense, opinó que debia despacharseles lo más pronto posible, porque bajo la influencia de la palabra de Carneades, no se podia discernir la verdad fácilmente. (Plinio, *VII-31-4.*)

(34) Plutarco, *Vida de Caton*; y Tito-Livio, *Lib. XXXIX, cap. 40.*) Y en los mismos lugares de estas obras, es donde ambos autores dicen que Caton tenia 90 años de edad cuando habló contra Servio Galba, pocos meses ántes de morir. Ciceron dice (*Brutus, XXI*) que Caton, ya viejísimo, pocos dias ó pocos meses ántes de su muerte,

pronunció, contra Servio Gálba, un largo discurso que insertó en los *Orígenes*. Otros dicen que murió el año 149, ó sea á los 84 de edad. (A. Berger, *cap. XX*.) Valerio Máximo sólo dice, á este propósito, que Caton se defendió en un proceso á los 86 años de edad, y que, más tarde, habló contra Servio Galba, (*Lib. VIII, caps. 1 y 7*.)

(35) Aulo-Gelio, *Lib. XIII, cap. 24*.

(36) Aulo-Gelio, *Lib. I, cap. 12*. Según el mismo autor, (*Lib. I, cap. 23*) en este discurso fué donde Caton refirió un episodio, ocurrido al hijo, todavía doliente, del senador Papirio Pretextato. Habiendo asistido el muchacho al Senado, y siendo importunado por su madre para que le enterase de la deliberación, salió del paso, por no faltar al secreto, diciéndole que se había ocupado la asamblea en discutir si convendría dar dos mujeres á cada hombre, ó dos hombres á cada mujer. Esta noticia cundió, en seguida, por la ciudad, y al día siguiente el Senado fué sorprendido por una manifestación femenina, que sólo pudo calmarse cuando los senadores, enterados del motivo que la producía, dijeron la verdad á las matronas romanas.

(37) Hasta el día he encontrado de Caton, más de 150 discursos, (Ciceron, *Brutus XVII*), compuso también un breve tratado de elocuencia, (Quintiliano, *Lib. III, cap. I*); un tratado de agricultura, y economía rústica, del que se conserva mucha parte; una obra de historia, titulada *Orígenes*, de la cual hemos reproducido en el texto, un breve pasaje; unos comentarios al derecho civil (F. Schoel, *Lit. Lat., Período II, Juris.*) y una obra sobre la disciplina militar (Dacier. *Nota 84 á la vida de Caton, por Plutarco.*)

DISCURSO CUARTO.

Las letras en Roma, en el segundo siglo ántes de J. C.—Q. Metelo, P. Escipion, S. Galo, Paulo Emilio, Metelo Macedónico, y otros de ménos nombradía.

SEÑORES:

Contemporáneos de Caton el Censor, y casi todos algo más jóvenes que él, florecieron en Roma muchos oradores de bastante mérito, y dignos, por esto, de que les consagremos algunas palabras. Los más notables, y en los que fijaré, detenidamente, vuestra atención, cuando en la próxima conferencia me ocupe de ellos, fueron Servio Galba, Cayo Lelio, y su amigo inseparable Escipion, el que tuvo los sobrenombres de Africano y Numantino. Los otros á que me refiero, no alcanzaron, en su mayor parte, tanta fama de oradores, ni nos ha transmitido la historia noticias suficientes, por su número y calidad, para que yo

pronunció, contra Servio Gálba, un largo discurso que insertó en los *Orígenes*. Otros dicen que murió el año 149, ó sea á los 84 de edad. (A. Berger, *cap. XX*.) Valerio Máximo sólo dice, á este propósito, que Caton se defendió en un proceso á los 86 años de edad, y que, más tarde, habló contra Servio Galba, (*Lib. VIII, caps. 1 y 7*.)

(35) Aulo-Gelio, *Lib. XIII, cap. 24*.

(36) Aulo-Gelio, *Lib. I, cap. 12*. Según el mismo autor, (*Lib. I, cap. 23*) en este discurso fué donde Caton refirió un episodio, ocurrido al hijo, todavía doliente, del senador Papirio Pretextato. Habiendo asistido el muchacho al Senado, y siendo importunado por su madre para que le enterase de la deliberación, salió del paso, por no faltar al secreto, diciéndole que se había ocupado la asamblea en discutir si convendría dar dos mujeres á cada hombre, ó dos hombres á cada mujer. Esta noticia cundió, en seguida, por la ciudad, y al día siguiente el Senado fué sorprendido por una manifestación femenina, que sólo pudo calmarse cuando los senadores, enterados del motivo que la producía, dijeron la verdad á las matronas romanas.

(37) Hasta el día he encontrado de Caton, más de 150 discursos, (Ciceron, *Brutus XVII*), compuso también un breve tratado de elocuencia, (Quintiliano, *Lib. III, cap. I*); un tratado de agricultura, y economía rústica, del que se conserva mucha parte; una obra de historia, titulada *Orígenes*, de la cual hemos reproducido en el texto, un breve pasaje; unos comentarios al derecho civil (F. Schoel, *Lit. Lat., Período II, Juris.*) y una obra sobre la disciplina militar (Dacier. *Nota 84 á la vida de Caton, por Plutarco.*)

DISCURSO CUARTO.

Las letras en Roma, en el segundo siglo ántes de J. C.—Q. Metelo, P. Escipion, S. Galo, Paulo Emilio, Metelo Macedónico, y otros de ménos nombradía.

SEÑORES:

Contemporáneos de Caton el Censor, y casi todos algo más jóvenes que él, florecieron en Roma muchos oradores de bastante mérito, y dignos, por esto, de que les consagremos algunas palabras. Los más notables, y en los que fijaré, detenidamente, vuestra atención, cuando en la próxima conferencia me ocupe de ellos, fueron Servio Galba, Cayo Lelio, y su amigo inseparable Escipion, el que tuvo los sobrenombres de Africano y Numantino. Los otros á que me refiero, no alcanzaron, en su mayor parte, tanta fama de oradores, ni nos ha transmitido la historia noticias suficientes, por su número y calidad, para que yo

pueda hacerlos hoy, siquiera un amplio bosquejo de sus talentos oratorios, y alguna indicacion de las obras en que los dieron á conocer.

Si estas obras, ó las biografías de sus autores, hubiesen llegado hasta nosotros, de seguro habria materia para dedicar, á cada uno, separadamente, el espacio que dedicaremos á todos. Mas por lo que hace á la elocuencia hablada, ningun original (1) se conserva de aquella época, no la más culta, pero sí la más fecunda que tuvo Roma, en hombres verdaderamente grandes y virtuosos. Causa admiracion ver que, en un solo siglo, fué aquella República servida y gobernada por los Sempronios, los Albinos, los Fabios, los Marcelos, los Escipiones, los Fulvios, los Sulpicios, los Cethegos, los Metelos, el primer Caton y otros hombres ilustres que, si no tuvieron tanto génio como éstos, en las artes del gobierno y de la guerra, participaron, más ó ménos, de su fortuna y su gloria.

Aquella época era la de los grandes triunfos de la República. Cada nacion vencida, enviaba á Roma el tributo de sus despojos: armas, metales, estátuas, pinturas, objetos artísticos y riquezas de todo género, y hasta los reyes y los capitanes enemigos eran apresados por las legiones vencedoras, y conducidos al Capitolio. (2) Los Romanos

comenzaban á saquear el mundo, aunque no tanto como lo saquearon más tarde, cuando, viendo enriquecido su tesoro por las rapiñas de sus tropas, habiendo adquirido la costumbre de vencer y mandar, y siendo incapaces de conservar la moderacion despues de la victoria, y la temperancia en medio de las prosperidades, llegaron á ser los dominadores de los pueblos, al propio tiempo que los esclavos y las victimas de todos los vicios del humano linaje. Cuando no hubo enemigos extranjerós á quienes temer y combatir, volvieron las armas, contra sí propios, y desgarraron las entrañas de la República en guerras intestinas. Ellos, al ménos, se disputaban el imperio del mundo; pero los que fundan infames esperanzas en nuestras luchas fratricidas, sólo podrian repartirse, si triunfasen, el cadáver de nuestra pátria.

Mas ahora, señores, sólo quiero que veamos la influencia que aquellas conquistas ejercieron en la literatura, y la que ejerció, á su vez, la literatura, en la elocuencia romana. Es una verdad, por diversos testimonios confirmada, que, durante mucho tiempo, los Romanos consideraron las letras como indignas de un pueblo grande y fuerte. Sin letras habian vencido á todas las naciones, y más facilmente á aquellas que más

gozaban los beneficios de la cultura. La debilidad misma de los pueblos griegos, hizo que las letras llegasen á Roma desacreditadas, y que la opinion pública las considerase, primero, como origen y pasto de la molicie, y más tarde, como perturbadoras y peligrosas para el Estado. Mientras la literatura estuvo reducida á la poesia, no sólo no despertó los recelos de nadie, sino que mereció aplausos, por sus primeros ensayos; pero cuando penetró en el campo de las especulaciones filosóficas, se hizo temer de los mismos que más provecho sacaban de ella, y que más conocian su influencia sobre el pensamiento. Creyóse, sin duda alguna, que el pueblo romano se haría un pueblo disputador, propio para controvertir en las academias, sobre cuestiones frivolas, é incapaz de combatir y vencer, en la guerra, á los enemigos de la República.

¿Qué otros temores pudieron inducir á Catón á que, cortés é indirectamente, expulsase de Roma á Carneades, Diógenes y Critolao, cuando estos filósofos, los más célebres de su tiempo, dieron á conocer su sabiduria y su elocuencia (3) á los patricios romanos? ¿Qué otra mira pudo llevar L. Licinio Craso, hombre versadisimo en las ciencias griegas, y orador el más célebre de su época, que, setenta años despues, expulsó de Ro-

ma á todos los maestros de retórica, lo mismo extranjeros que nacionales? (4) ¿Podrá atribuirse este acto de intolerancia á otro móvil que á un temor, quizá exajerado, de que, al estenderse las luces que él mismo poseía, se cambiasen las aficiones de la juventud, ó bien al deseo de aparecer austero, y esencialmente romano, por decirlo así, como sus antiguos compatriotas? ¿Quizá las turbulencias de los Gracos contribuyeron mucho á este cuidado con que, en ciertas épocas posteriores, se vigilaba la enseñanza pública! ¿Quizá los estudios filosóficos que los Gracos habian hecho, contribuyeron tambien mucho, á determinar aquella conducta política, que les valió una muerte trágica y gloriosa!

Pero, á pesar de estas contrariedades puestas en juego por el poder censorio, á pesar de la oposicion de algunos viejos patriotas, y de la misma rudeza peculiar al carácter romano, la lengua latina fué enriqueciéndose, y la literatura desarrollándose, ambas á paso lento, pero continuo, hasta que, en el siglo anterior á J. C., se vió en Roma implantado el árbol de las bellas letras, con todas las ramas que lo constituyen.

No dudo que la necesidad que tenia de la elocuencia un pueblo donde se hacia todo, ó casi todo, en materia de gobierno, por deliberacion,

unida al gran prestigio que, bajo tales formas políticas, gozaban los oradores, y á la estrecha relacion que existe entre el arte de la palabra y la filosofía, tuvieron que contribuir mucho á que la corriente científica y literaria que enviaba Grecia, rompiese todos los diques levantados para contenerla, hasta invadir y llenar, por decirlo así, á Roma entera. Pero, á mis ojos, esto prueba tambien que si los pueblos belicosos vencen, en la guerra, á los pueblos artísticos y cultos, los pueblos artísticos y cultos por el influjo visible, pero efectivo, de su preeminencia intelectual, vencen en la paz á los pueblos belicosos; con la diferencia de que la dominacion de las armas desaparece, y la dominacion científica deja una huella profunda y permanente: con la diferencia de que la dominacion de las armas es, por lo comun, brutal y destructora, y la dominacion ejercida en virtud de la inteligencia se recomienda por su dulzura, y por los bellos y copiosos frutos con que, las más veces, aumenta el bienestar de los pueblos.

Y lo propio, señores, se observa entre los individuos. ¿Qué es un militar, exclusivamente militar, por alta graduacion que tenga, si le comparais á un hombre civil de alguna talla? El mismo Napoleon que llevó triunfantes sus armas por toda Europa, y con sus armas la libertad moder-

na y la soberania del pueblo, que él presentaba, contra el derecho divino de los reyes; Napoleon, que en los tiempos del Consulado acreditó poseer los talentos políticos mas sólidos y universales, ¿qué habria sido, en la Asamblea francesa del 89, frente de Mirabeau? Pues habria tenido que ser, un auxiliar dócil y sumiso de aquel tribuno de la monarquia, ó un rebelde, depediente siempre de la voluntad mudable de sus tropas. Mas, si á Napoleon le quitais su grandeza y elegis, para comprobar la verdad que he enunciado, á uno de esos generales que sólo saben revistar tropas en los dias de gala; á un hombre que deba toda su gloria á su uniforme, sin que su uniforme deba ninguna á sus proezas, á sus victorias; á un guerrero más hábil para dirigir una fiesta palaciega que para mandar un ejército; á un guerrero más propio para ocupar el cuarto de un principe, ó de una princesa, que una tienda de campaña; á un Cromwel de oropel y cartulina; á un pigmeo con pretensiones de gigante, entónces, señores, los males de la dominacion de las armas, ejercida por tan insigue, por tan flamante caudillo, no sólo serán mayores, sino más vergonzosos para la patria; y sólo tendrán la ventaja de que podrá anunciarse con voz profética, segura, infalible, su pronta terminacion.

No digo esto porque yo desprecie los talentos militares, cuando no aspiran á salir de los campamentos y los cuarteles, y, sobre todo, cuando van unidos á los talentos civiles; pero cuando van separados, prefiero los talentos civiles, porque creo que es lo mismo que preferir la inteligencia que ilumina y que manda, á un brazo que ejecuta ciegamente y sin prevision del porvenir.

En Roma, nada se amenguó la gloria militar de los Escipiones, con aquella generosa proteccion que dispensaron á las letras; y ántes bien, fué un nuevo título para que mereciesen el aprecio de la posteridad, y una prueba de que sabian ser militares en campaña, y, en la paz, ciudadanos amantes de la cultura y de los placeres del espíritu. Es digno de observarse, que, en aquel movimiento intelectual que se verificó en Roma desde el segundo siglos ántes de nuestra era, los generales de la República fueron los que más protegieron las bellas letras, y más favorecieron á los hombres que las cultivaban. Dejando á un lado á Mario y Sila, que tampoco eran insensibles á los encantos de la poesia; y la familia de los Lúculos, precursora de los Mecenas y los Augustos, se sabe que Fábio Máximo llevó á Roma, desde Tarento, á Livio Andrónico, que puede considerarse como el padre de la literatura romana; habiendo sido el

primero que tradujo del griego una obra dramática, y el primero, también, que ensayó escribir una epopeya. (5) Sabemos que Ennio fué conducido á Roma por Caton, y que, el vencedor de Anibal, el primer Africano, quiso honrar con una estatua de mármol, la memoria de éste poeta que habia cantado sus hazañas, y que despues de someter, por decirlo así, la lengua latina al yugo de la versificacion, tradujo algunas obras de Eurípides tales como la *Ecuba* y la *Medea*. (6) En seguida florecieron Pacovio y Plauto; Plauto, señores, que fué grande imitador de los griegos, y que ha tenido la fortuna de que, de las 130 comedias suyas que se conservaban un siglo despues de su muerte, hayan llegado 20 hasta nosotros. Y, entre los poetas, citaré, por último, al famoso Terencio que vivió en intimidad con el segundo Africano, y con su amigo Lelio. (7)

También la Historia fué cultivada por Fabio Pictor, por Caton el antiguo, por Q. Fábio Labeon, y por otros de ménos nombradía. (8) Mas, al oírme citarlos como historiadores, no vayais á formar idea de ellos, por la que tengais formada de los célebres historiadores que ya habian florecido en Grecia, y más tarde florecieron en la misma Roma. Eran estos los primeros ensayos, que habian de preparar, sí, pero que aún no po-

dian alcanzar, ni alcanzaron, la grandeza y los insignes méritos que se reconocen hoy en Salustio, Tito-Livio, y Tácito principalmente, y que pudieron apreciar, mejor aún que nosotros, los que poseyeron sus obras por completo. (9)

También comenzó, en esta época, á haber tratados sobre derecho civil, que se multiplicaron despues considerablemente, así como libros sobre derecho augural. Ni podía ser, de otro modo, en un pueblo religiosísimo, (10) y donde los jurisconsultos eran distinguidos con la más alta consideracion, aun cuando no les acompañase el talento de la palabra. Tampoco hay obras originales que nos permitan conocer esta parte de las letras y las ciencias romanas. Sábese, no obstante, que P. Licinio Crasso *Dives*, que fué cónsul el año 205 antes de J. C.; Sexto Elio que lo fué el 195, y su hermano Publio, eran tenidos por sapientísimos jurisconsultos, como despues lo fueron, en todo el siglo siguiente, varios individuos de la familia Mucia Escévola, en la cual parecía vinculada la ciencia del derecho. Sabemos, asimismo, que L. Acilio, contemporáneo de Elio, escribió comentarios á las leyes de las doce tablas; y que Servio Fabio Pictor, Quinto Fabio Labeon y Caton el Antiguo, publicaron obras de éste género, los dos primeros sobre el derecho de los Pontífices, y el

último, sobre el derecho civil. (11) Omito citar otros nombres, porque á nada conduciría, y sólo os diré hoy que, los tratadistas de derecho en Roma, se limitaban á comentar las leyes escritas, á establecer jurisprudencia, fundándose en las aplicaciones hechas, y facilitando las que hubieren de hacerse. No eran, pues, aquellos, ni jamás los hubo en la República, verdaderos escritores sobre filosofía del derecho. La obra del derecho se iba allí formando, lentamente, bajo la accion del tiempo. Ni en lo relativo al derecho público, ni al civil, en que fueron, y todavía son, maestros del mundo los Romanos, se le ocurrió á nadie sacar de su solo y propio entendimiento, como ahora se hace, constituciones y códigos completos. No había, en el gran Pueblo, grandes pensadores, espíritus que se levantasen á mucha distancia de la tierra; y quizá por eso dominaron en toda ella, al fin y al cabo. El genio de Roma era, sin duda alguna, enciclopédico; mas niego que fuese esencialmente artístico y filosófico, como el de los helenos.

Lo que también indica los progresos literarios que, rápidamente, se iban haciendo en Roma desde que comenzó el segundo siglo antes de J. C.; lo que prueba que las letras adquirieron cada día nuevos prosélitos, á pesar de la oposicion siste-

mática de algunos personajes, es que, hombres de alto rango político, tales como Sulpicio Galo, que fué cónsul el año 166 (antes de nuestra era); el ya citado Fabio Labeon, que lo había sido el 183; y M. Popilio que también obtuvo, por entonces, la dignidad consular, compusieron comedias y no se desdijeron de hacerse conocer como poetas. (12) Añádase, á esto, que la lengua helénica se hizo general en Roma, entre la gente ilustrada, hasta el punto de que, no ya en la época de los Gracos y Escipion Emiliano, sino medio siglo antes, en la juventud de Caton, hubo escritores que compusieron sus obras en idioma griego. (13)

Para formar una idea, algo exacta, de la sociedad romana, en el periodo de que hablo, me nester sería dirigir una mirada al estado de las costumbres; mas yo quiero pasar de largo sobre este punto, y dejar oculta, como por un velo, aquella lepra, cuyas primeras manifestaciones fueron ahogadas cuando se prohibieron las bacanales; y que despues vivió latente, hasta corromper todo el cuerpo social, ya propenso al contagio, por los primeros efectos de la intemperancia y los placeres. (14)

Asegúrase que el lujo y la corrupcion fueron importados en Roma, por el primer ejército que

llegó triunfante del Asia; (15) pero yo creo que el culto de algunos dioses del gentilismo, llevaba, en sí, el gérmen de todas las torpezas que más envilecen el cuerpo y el espíritu humanos; de igual modo que, el culto de otros dioses, era propio para levantar el ánimo, y dirigir la ambicion, hácia fines nobles y gloriosos. ¿Cuál podía ser, en las costumbres, la influencia de unos dioses repugnantes hasta por sus nombres, y de unas fiestas en que se creía agradar á algunas divinidades, tanto más cuanto mayores fuesen los actos impúdicos, y los desórdenes que en su honor se cometiesen? Muy lejos de contener las flaquezas y los apetitos del hombre, ¿qué incentivo no sería, para abandonarse á ellos, el contar, de antemano, con la benevolencia de los inmortales? Para gentes que, si en algo religioso creían, era en las divinidades mitológicas, ¿podía haber ejemplo más respetable que el de los dioses á quienes adoraban? Y, por esto mismo, señores, ¿podía haber ejemplo más corruptor, en ciertos casos, y más benéfico y saludable, en otros? No vacilo en decir que las religiones antiguas, groseras en su fondo, y seductoras en su forma, como habían salido de la brillante imaginacion de los poetas, para hablar á la imaginacion de las muchedumbres, contribuyeron mucho á producir aquel

amor á la gloria que sentian los Romanos y los Griegos, y aquel perfeccionamiento asombroso de las bellas artes. Divinizaron la materia, y la materia tomó formas divinas en sus manos. Hicieron la apoteosis de los héroes, y los hombres tributaron culto al heroísmo, emulando á los que habian sido mortales como ellos. Hasta el desconocimiento completo, ó la confusa idea, que tenian de los destinos ultramundanos del alma, les ligó más á las cosas de la tierra, y les hizo buscar, en esta vida perecedera, la vida quimérica y seductora de la fama póstuma.

Por eso creo que aquella religion era más propia para formar á los grandes varones civiles ó militares, y, la religion cristiana, más propia para enseñar á los hombres virtudes domésticas, y civilizar á los pueblos. El cielo de los cristianos no está prometido á los dominadores de la tierra; puede conseguirse con una existencia oscura, triste, desgraciada, y se llega á él por el camino de la caridad, de la mansedumbre, de todas las virtudes morales. Y el cielo de los gentiles es un humo brillante que fascina la vista; es una antorcha encendida que ilumina un mármol, mientras el mármol dura; es, cuando más, el ángel de la fama, encargado de repetir al mundo que un hombre se convirtió en polvo, despues de haber

sido, acaso, el azote de la humanidad. El cielo de los gentiles estaba cerrado á las víctimas humildes del infortunio, y el cielo de los cristianos se anuncia como reparacion de las desdichas y recompensa de la virtud; y, en los trances más amargos, más aflictivos y calamitosos de la vida, reanima al desgraciado con el rocío de la esperanza!

Pues bien, señores, dulcificadas un tanto las costumbres romanas; pero dulcificadas como esos metales que, al alearse con otros, pierden en pureza lo que ganan en blandura; dulcificadas, digo, las costumbres, por el roce con todos los pueblos, y por la terminacion de guerras que permitieron á Roma dejar de ser un campamento, siempre amenazado, ó siempre amenazante, el amor á la gloria que sentian los jóvenes patricios, buscó, sin amenguar su intensidad, un camino más apacible para satisfacerse, que fué el de las ciencias y las letras; y como los mayores triunfos y más grandes honores estaban reservados á la elocuencia, ésta fué el objeto preferente de los estudios de la juventud. (16)

Veíase allí, á los hijos de las principales familias, emularse unos á otros en el ejercicio de la palabra, y hacer la primera prueba de sus talentos oratorios, ora defendiendo á sus dudosos ó ami-

gos en causas criminales ó civiles, ora tributando á sus mayores, elogios fúnebres; ora acusando, ante el pueblo, á los que dejaban las altas magistraturas, sin haber hecho buen uso de la autoridad. A las veces, estos procesos tenían un carácter esencialmente político, y más bien que defender las leyes y escarmentar á los transgresores de ellas, su objeto era buscar las auras populares, y recomendarse á las muchedumbres para conseguir el tribunal. (17)

Mas voy, ya, á hacer algunas indicaciones, sobre los hombres distinguidos por su palabra, que hubo en la época de Caton, y que, sin alcanzar la elocuencia de éste, poseyeron la necesaria para recorrer, con fortuna y brillo, la carrera política. Ciceron cita los nombres de algunos personajes consulares que florecieron á fines del tercer siglo antes de J. C., y entre ellos coloca los de Q. Metelo, y Escipion, el primer Africano.

En cuanto á Metelo, pertenecía á una familia patricia, cuyos individuos encontraremos, más de una vez, en este estudio, y en la cual vemos transmitirse, de padres á hijos, por espacio de varias generaciones, y como si fuese un patrimonio vinculado, las virtudes, y las dignidades adquiridas por merecimientos, lo mismo que las honras y bienes hereditarios. Plinio conserva un testimo-

nio de las altas prendas de inteligencia y carácter de éste hombre. Refiriéndose al panegirico que, en honor de Metelo, pronunciara su propio hijo, dice que éste se gloriaba de que su padre hubiese adquirido diez cosas á que aspiran, con afan, los hombres sábios y prudentes; y que pocos alcanzan, y ninguno habia alcanzado en Roma, hasta entónces. Entre estas cosas cuenta el haber sido senador insigne, y escelente orador. (18)

Despues de Q. Metelo, citaré á Publio Cornelio Escipion, que es uno de las más grandes y simpáticas figuras de la antigua Roma. Nada diré de sus dos consulados, de su censura, de sus victorias inmarcesibles; y sabido es que éstas no sólo aumentaron la grandeza de su pátria, sino que acaso la salvaron, con la derrota de Anibal, de los infortunios que, desde entónces hasta que tuvo lugar su completa ruina, experimentó Cartago.

Si hubiésemos de dar crédito á unos versos del poeta Nevio, citados por Aulo-Gelio, habria que convenir en que Escipion tuvo una juventud algo desordenada. (19) Mas, sea de esto lo que quiera, en los tiempos del imperio se conservaba una multitud de frases notables, que, unidas á sus grandes hechos, eran suficientes para revelar las virtudes y el heroismo, que tanta gloria le valieron; (20) así como la elevacion de su carácter,

y la arrogancia que le daba el conocimiento de su grandeza. Ciceron lo califica de grande hombre, y añade que sabia manejar la palabra. (21) Que hizo uso de ella gran número de veces, es indudable, puesto que, en Roma, no se podia desempeñar las altas magistraturas, sin dirigirse al pueblo y al Senado, ya fuese para cumplir la costumbre que así lo exigia, en determinados casos, ya fuese por necesidad. (22)

Mas, Escipion, no sólo ocupó la tribuna cuando á ello le obligaron sus deberes de Censor ó Cónsul. Sostuvo luchas políticas con otros personajes ilustres, y tuvo, más de una vez, que defenderse con la palabra, de sus enemigos. Cuando su génio militar, al propio tiempo que su ambicion, le aconsejaban llevar la guerra á Africa, necesitó triunfar en combate oratorio, ante el Senado, de la obstinada oposicion de Fábio Máximo. (23) Y en las acusaciones de que fué objeto, no recurria á la elocuencia ajena, y supo acreditar la suya, no ménos que la altivez de su carácter.

Despues que este romano habia hecho en todo el mundo respetable y temido el nombre de su patria, y despues que habia llevado las águilas del Capitolio, victoriosas, desde España á Cartago, y desde Cartago á Asia, se le acusó de haber tomado un vil estipendio del vencido rey Antioco,

porque suavizára las condiciones del tratado de paz que le impuso. Los dos Petilios, ambos tribunos, le hicieron comparecer en el Foro para que, ante el Pueblo, justificase su conducta. Mas, sin decir nada sobre las odiosas imputaciones de que era objeto, habló con tan noble franqueza de sus grandes hechos, que todos convinieron en que «jamás se pronunció un panejirico más justificado y elocuente.» (24) El entusiasmo y el génio del guerrero, inspiraban allí al orador; y el auditorio no podia ofenderse de un relato exigido, no por la vanidad, sino por el peligro de un proceso y por la honra ofendida. Inútilmentese acumularon cargos sobre cargos. Despues de invertir, todo un dia, en vanos esfuerzos para hacerle sospechoso, se suspendió el debate, y aplazó el fallo.

Quando de nuevo fué llamado, dijo, en breves términos, lo que convenia á una defensa digna de su fama, y terminó su discurso de este modo:

«Romanos: recuerdo que hoy es aniversario del dia en que venci en Africa, en una gran batalla, á Anibal, el más temible enemigo de nuestra patria; y en que tuve la suerte de procuraros una victoria, y una paz inesperadas. No seamos ingratos con los Dioses. Dejemos aquí á ese miserable, y vamos ahora mismo á dar gracias al gran Júpiter.» (25)

El Pueblo, reunido para juzgarle, le siguió, y condujo despues, á su casa, poco ménos que en triunfo. Desde luego que este éxito no puede atribuirse sólo á la elocuencia; sino, principalmente, á la calidad y circunstancias del orador. De todas suertes, en esas pocas palabras, que son las únicas, que de él se conservan, se vé, además de la confianza que en sí propio tenia, grande acierto para despertar y reunir, con un solo rasgo, el recuerdo de su mayor servicio y el sentimiento religioso, siempre vivo en aquella plebe, así como la concision propia del militar, y la altivez despreciadora de un patricio ofendido.

Aún fué mas conciso, cuando se le hizo igual acusacion ante el Senado. Levantóse enseguida, mostrando en la mano un libro, y dijo que allí estaban las cuentas que se le pedian. Los tribunos ya referidos, obedeciendo las inspiraciones de Caton, gritaron que las rindiese entónces mismo. «No, exclamó, no espereis que me rebaje hasta escuchar vuestras acusaciones,» y acompañando la accion á la palabra, rompió el cuaderno, y, por toda rendicion de cuentas, arrojó los pedazos. (26)

Descontento de estos sinsabores y agitaciones de la vida pública, pasó el resto de sus dias en Literna, á donde se retiró, despidiéndose de Roma, segun se dice, con este duro apóstrofe: «¡Ingrata

pátria mia, no poseerás mis huesos!» Su existencia fué allí tan oscura como habia sido brillante su juventud, hasta que acaeció su muerte hácia el año 184 ántes de J. C., cuando contaba unos cincuenta y cinco de edad.

En esta misma época eran tenidos en Roma por oradores, Sexto Elio, que ya he citado como hábil jurisconsulto, y que, á sus vastos conocimientos en el derecho civil, juntaba algunas dotes oratorias; Q. Fábio Labeon, cónsul el año 183 ántes de J. C., que lo mismo que Albino, autor de una historia escrita en griego, y que Servio Fulvio, y Fábio Pictor, no carecieron de saber y elocuencia, sobre todo, éste último que era versadísimo en el conocimiento de la antigüedad romana, en derecho y literatura. (28) Citaré tambien á Escipion Nasica *Corculum*, que fué censor y dos veces cónsul, (29) y á C. Sulpicio Galo, que obtuvo esta alta magistratura el año 166 (ántes de J. C.), no debida á espediciones militares ni victorias, sino al prestigio que le daban su elocuencia, y el ser, entre todos los nobles, el más versado en las letras griegas. (30)

Paulo Emilio, y T. Sempronio Graco, que tuvieron la gloria, el primero de ser padre de Escipion Emiliano, y el segundo de los Gracos, se dedicaron mucho ménos al estudio, y más á los

negocios políticos y á las empresas militares. Ambos obtuvieron, merecidamente, los honores del triunfo, y ambos rigieron, por dos veces, como cónsules, los destinos de su patria. Sempronio fué tambien censor. Méenos oradores quizá, que Sulpicio Galo y los otros que he citado en el mismo grupo, su elocuencia era de más elevado órden, porque recibía la inspiracion del alto génio que los animaba. Ciceron dice que, en su tiempo, se conservaba un discurso en griego, pronunciado por Graco ante los Rodios; y añade que era un ciudadano virtuoso, y un hombre elocuente. En otra obra nos dá á conocer, que la elocuencia que le atribuye era más natural que estudiada, y se distinguia por la concision, por la nobleza de los conceptos, y la fuerza de los ademanes. (31)

Más conocido nos es Paulo-Emilio, gracias á su biografia, escrita por Plutarco. Como ciudadano, como hombre de gobierno, como general, ocupaba un puesto dignamente, entre los hombres más ilustres de su patria. De sus acciones y de los extractos de sus discursos que nos ha transmitido la historia, se deduce que jamás se valió de complacencias populares para adelantar en su carrera, y que debió ser, la personificacion de la templanza. Enriqueció á Roma con los tesoros de

Perseo, por lo que, desde entónces, se suspendió allí la cobranza de todo impuesto; y en cambio del inmenso botin que apresara en tan feliz campaña, sólo permitió á sus hijos que se apoderasen de la biblioteca del Rey vencido. (32) Aunque nada escrito dejó á la posteridad, como testimonio de su talento, sabemos por lo que hace á la elocuencia, que la suya correspondia, en gravedad de formas y de tono, y elevacion de ideas, al alto rango que el orador ocupaba en la República. El discurso que con motivo de su triunfo pronunciara, en momentos que acababa de perder dos hijos, á porfia lo celebran Plutarco y Tito-Livio. El que dirigió al Pueblo, segun costumbre, al ser elegido para su segundo consulado, digno es tambien de particular mencion, por la dignidad y franqueza que respiraba. (33)

Asimismo se consideraba á Q. Metelo, nieto, si no estoy engañado, del que ántes cité, como uno de los hombres más elocuentes de su época. Era algo más jóven que los anteriores, sin pertenecer á la siguiente generacion, aunque con ella viviese y, con los principales hombres de ella, tales como Lelio, Lépido Porcina y Escipion Emiliano, tuviese que competir para elevarse. Su elocuencia la atestigua Ciceron, cuando dice que no fué, por iguales medios, como Caton, Q. METELO y

otros, todos ellos buenos oradores, componian excelentes discursos, y daban á la República poder y gloria. (34) En lo que veo en desacuerdo al autor citado y Plinio, es en que el primero supone que, el personaje de quien hablo, tuvo cuatro hijos cónsules, y, el segundo, dice que sólo fueron tres; de los cuales dos habian obtenido los honores del triunfo, y el que no los obtuvo, fué elevado á la censura. (35) De todas suertes, pocos hombres habrán podido regocijarse tanto en su vejez con las prosperidades de sus hijos, puesto que alcanzó á verlos en la cumbre del poder. En tiempo de César se conservaban, aún, muchos discursos de este Q. Metelo, y, entre ellos, uno que pronunció contra Tiberio Graco. Fué enemigo de Escipion Emiliano, y contra éste hizo la defensa de L. Cotta. Esta enemistad no fué obstáculo para impedir que, al ver pasar el cortejo fúnebre de Escipion, Q. Metelo dijera á sus hijos, de los cuales, dos habian sido ya cónsules y eran capitanes victoriosos: «Acompañad el cadáver de Escipion: no volveréis á tributar esos honores, al de un romano más illustre.» Esta es la única frase, verdaderamente suya, que conocemos: acento aislado, pero expresivo, de un alma noble, que honra tanto á quien lo produjo, como á quien lo mereció. (36)

Podriase añadir, á la rápida enumeracion que

voy haciendo, otros nombres de personajes romanos que no alcanzaron tanta celebridad, y que, sin embargo, habian enriquecido la literatura patria, con discursos ú otras obras que se conservaban en el siglo de Augusto, aunque poco estimados por aquellos cultisimos hombres de letras. Mas, renuncio á hacerlo, por parecerme de escasa utilidad, y termino esta noche anunciándoos que me ocuparé, en la próxima conferencia, del famoso orador Sérvio Galba, de Lélío, Escipion y algun otro de los que por entónces florecieron.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO CUARTO.

(1) «Es tan poco lo que nos han dejado escrito nuestros oradores, que no se puede observar fácilmente, como entre los griegos, los caracteres que ha ido tomando la elocuencia en cada época.» (*Ciceron, D. del O. II. 22*). Si esto decía Ciceron de tiempos y hombres que ahora nos parecen muy próximos á él, calcúlese si los que vivimos en el presente siglo, podremos, ó no, lamentarnos con mayor motivo, de la falta de obras oratorias, producidas en aquel período

(2) Para formar una idea de la inmensa cantidad de despojos, de todo género, y riquezas, que los romanos acumulaban con sus triunfos, basta fijar la vista en algunas páginas de Tito Livio y Plutarco. El primero de éstos escritores dice: (*Lib. XXXIX, cap. 5.*) que Fulvio trajo con su ejército vencedor, 100 coronas de oro de 12 libras de peso cada una; 1.083 libras de plata; 243 de oro; 118 mil *tetradrachimes* áticos; 12.422 *filipos*; 285 estatuas de bronce; 230 de mármol; una cantidad prodigiosa de armas ofensivas y defensivas; máquinas de guerra en gran número, y 27 generales y lugar-tenientes del rey Antioco. El mismo historiador dice: (*Lib. citado, capítulo 7.*) que Cn. Manlio presentó en su triunfo, 200 coronas de oro, de 12 libras de peso cada una; 220 mil libras de plata; 2.103 de oro: 127 mil *tetradrachimes* áti-

cos; 250 mil *cistóforas*; 16.320 *filipos* de oro; una inmensa cantidad de armas y despojos de otro género, y 52 jefes enemigos. Plutarco (*Vida de Paulo Emilio*) al reseñar el triunfo en que éste caudillo llevó prisionero al mismo rey Perseo, asegura que enriqueció con sumas inmensas, sobre todo para aquella época, el tesoro de la República. Patérculo, que hace mención de este triunfo, y Tito-Livio (*Lib. XXXIV, cap. 40*), no están en completo acuerdo con Plutarco. Plinio evalúa las cantidades ingresadas en Roma, como fruto de aquella campaña, en 230 millones de sextercios, equivalentes á casi 200 millones de reales.—(*Plinio, Lib. XXXIII, cap. 3.*)

(3) Ya hemos mencionado este acto de Caton, en una de las últimas notas al discurso tercero, y aún en el texto del discurso mismo. Mas lo que allí no digimos, fué la disculpa que tamaña severidad tiene, en la conducta de Carneades, si, como creemos, es cierto lo que se refiere en las siguientes palabras: «Enviado Carneades en embajada á Roma, habló con suma elocuencia de la justicia, en presencia de Servio Galba y de Caton el Censor, los dos más grandes oradores de aquel tiempo. Al día siguiente, impugnó su propio discurso, desacreditando la justicia que habia levantado hasta las nubes.»—(*Latancio, Instit. V, 14.*)

(4) Ya en el año 161 ántes de J. C. se tomaron medidas contra los retóricos. (*Suetonio, Ret. ilus.*) El texto del decreto expedido con tal motivo, decía así: «El pretor Pomponio, ha consultado al Senado sobre los retóricos y filósofos de que se habla en la ciudad. El Senado decreta que el pretor Pomponio, bajo su responsabilidad, y por convenir así á la República, les hará salir de Roma (*Aulo-Gelio, Lib. XV, cap. 11.*) Este mismo autor nos dá á conocer el texto del decreto publicado por L.

Crasso y el otro censor, el año 93 ántes de J. C. Es más razonado, y ménos severo, que el anterior. Hélo aquí: «Sabemos que ciertos hombres establecen un nuevo género de enseñanza; que la juventud frecuenta sus escuelas; que los maestros de estas escuelas toman el nombre de retóricos latinos, y que los jóvenes pasan con ellos, los días enteros, en la ociosidad. Nuestros antepasados determinaron las escuelas que sus hijos debían frecuentar, y lo que debían aprender. Estas novedades, contrarias á los usos y costumbres de nuestros mayores, no nos parecen nada buenas. Por estas razones, hemos creído oportuno poner en conocimiento de maestros y discípulos, lo que pensamos de ellos. Sepan, pues, que nos desagradan.» Bajo el reinado de Domiciano hubo otra expulsión análoga, y entónces fué cuando Epitecto se tuvo que refugiar en Nicópolis.

(5) «Livio Andrónico fué el primero que tradujo obras griegas en lengua romana. La dición de este poeta era ruda, como correspondía á un idioma no cultivado aún.» (*Schoel, Lit. Rom. Per. II.*) «Tenemos de él una Odisea, y sus obras dramáticas sólo pueden leerse una vez.» (*Ciceron, Brutus, XVIII.*)

(6) Ciceron (*Or. por Archias.*) Ennio fué conducido á Roma por Caton, y tuvo un lenguaje mucho más culto que Andrónico, pudiendo considerarse como el primer versificador latino (*F. Schoel, lugar citado.*) También Ciceron (*Brutus, XV*) menciona con elogio éste poeta. Y Mr. Daunou, (*Hist. Rom. Lec. II*) dice de Ennio lo siguiente: «Nació en Calabria, hácia el año 232 ántes de nuestra era. Sirvió en la segunda guerra púnica, fué distinguido por Scipion Africano, y despues de venir á Roma y hacerse conocer y estimar de los patricios, se vió rodeado de discípulos. Poseía la lengua griega, la

osca y la latina: enseñó la primera, hizo olvidar la segunda y enriqueció la tercera. Se dice que era aficionado á la bebida, y que murió de gota á la edad de 70 años. Gozó de su gloria, y ha tenido la fortuna de que le sobreviva.»

(7) F. Schoel (*lugar citado*) dice, además, que no sólo las obras de Plauto son imitaciones del griego, sino que aun pinta en ellas costumbres griegas. Terencio nació el año 192 ántes de J. C. y sólo vivió 39 años, habiendo muerto en la indigencia (*Suetonio, vida de Terencio.*)

(8) F. Schoel (*Lite. Rom. Per. II, Hist.*)

(9) No ya en aquellos tiempos, en que las letras romanas no habían alcanzado, ni con mucho, el desarrollo que dos siglos despues tuvieron; mas ni en tiempos posteriores creía Ciceron que su patria tuviese una historia digna de ella. Hé aquí sus propias palabras: «La historia falta á nuestra literatura. Emprende tú, Ciceron, un trabajo hasta el presente ignorado ó descuidado por nuestros autores.» Despues añade que ni los Anales de los Grandes pontífices, ni las obras de Fabio Pictor, Caton, y otros de aquellos tiempos y los siguientes, eran otra cosa que ensayos imperfectos. (*De las Leyes, Lib. I, 2.*)

(10) En tiempo de Scipion Nasica, cónsul en 155, tuvo lugar en Roma uno de esos actos significativos que demuestran el carácter religioso de aquel pueblo, y el extremado respeto que los grandes tenían allí, á todos los asuntos en que entraba la religion para algo. Hallándose T. Graco, padre de los Gracos, en la provincia cuyo gobierno le habia tocado en suerte, escribió al colegio de los augures, participándoles que, al leer los libros que

tratan de las ceremonias públicas, había observado que se cometió una irregularidad en el acto de consultar los auspicios, cuando las elecciones de los cónsules. Este aviso fué trasmitido por los augures al Senado, y por orden de esta Asamblea, C. Figulo, y Scipion Nasica regresaron á Roma, el uno desde la Galia, y el otro desde Córcega, y dimitieron el consulado.—(Valerio-Maximo, *Lib. I, cap. I.*)

(11) F. Schoel, (*Lit. Lat., Período II, Juris.*) y Ciceron en varios lugares del diálogo intitulado *Brutus*.

(12) Suetonio. *Vida de Terencio*.

(13) F. Schoel dice (*Lit. Rom., II, Prosa, I*) refiriéndose á dos escritores de fines del tercer siglo ántes de J. C.: «Mas, ambos compusieron sus obras en lengua griega.» Y Macrobio al conservarnos (*Satur., Lib. I, Int.*) una frase de Caton el Antiguo, confirma lo que dezimos en el texto. «A Albino, dice, que habia escrito una historia en griego, y en el prólogo pedía indulgencia para las faltas que hubiese cometido, en atencion á que escribía en un idioma extranjero, le dijo Caton: No comprendo cómo has preferido pedir perdon de esa falta, más bien que abstenerte de cometerla, que era cosa mucho más fácil.»

(14) Poco tiempo despues del consulado de Caton, y á pesar de sus esfuerzos por mantener la pureza de las costumbres, hubo que perseguir en Roma las bacanales. Así las describe Tito-Livio: (*Lib. XXXIX, cap. 13*). «Lepra contagiosa de la cual no se libraron las más nobles familias. Todos los excesos se cometian allí; todos los crímenes se preparaban, entre los delirios de la embriaguez y la lujuria. La naturaleza veía sus leyes violadas, y la oscuridad de la noche, ó los sombríos resplandores

de las antorchas azufradas, ahogaban los últimos restos del pudor.» Añade que la sangre humana se derramó, algunas veces, entre gritos salvajes, y el estruendo de tambores y címbalos. Año 186 ántes de J. C. Estas infames y repugnantes fiestas, se reprodujeron, como lo indican Juvenal, y otros autores, en el segundo siglo de la era cristiana.

(15) «Cn. Manlio Vulso, habia relajado, por todos los excesos de la licencia, todos los lazos de la disciplina militar. El lujo de las naciones extranjeras, entró en Roma con el ejército de Asia. Los muebles y las comidas llegaron á un refinamiento escandaloso, que, sin embargo, sólo era un germen del lujo que habia de introducirse despues.» (*Tito-Livio, Lib. XXXIX, cap. 6.*)

(16) «Cuando Roma terminó la conquista del mundo, y una larga paz permitió el descanso á los espíritus, todos los jóvenes que sentian algun amor á la gloria, volvieron sus aficiones y dirigieron sus esfuerzos al lado de la elocuencia.»—(*Cicero, D. del O., Lib. I, 4.*)

(17) Plutarco, *Vida de Lúculo*.

(18) Plinio, *Lib. VII, 45, 4*; y Ciceron, *Brutus XIX*.

(19) Aulo-Gelio, (*Lib. VI, cap. 8.*) Valerio-Máximo se expresa así: «El primer Escipion el Africano, que pareció traído al mundo por los Dioses, para mostrar á los hombres el modelo vivo de una virtud completa, se dice que tuvo, en su juventud, unas costumbres que, sin llegar al libertinaje, no permitian presagiar los triunfos conseguidos en Africa, y el yugo impuesto á la altiva Cartago.» (*Lib. VI, cap. 9.*)

(20) Aulo-Gelio, *Lib. IV, cap. 18*; y Polybio, *Lib. X, cap. 2*, y *Lib. XIV, cap. I*.

(21) Ciceron, *Brutus, XIX*.

(22) Escipion fué cónsul el año 205 ántes de J. C. despues de haber sido procónsul, en España, el 210. El año 199 se le elevó á la censura: el 194 obtuvo un segundo consulado. (*F. Schoel, Lit. Rom., Tab. cron.*)

(23) Plutarco, *Vida de Fábio*.

(24) Tito-Livio, *Lib. XXXVIII, cap. 50*.

(25) Tito-Livio conserva un discurso análogo (*Libro XXXVIII, cap. 51*); mas hemos preferido reproducir las palabras que trasmite Aulo-Gelio (*Lib. IV, cap. 18*), el cual, conocedor, como era, de cuanto habia en su tiempo, de Escipion, debió fundar en algo esta preferencia en que le seguimos. De todos modos, las variantes no son esenciales. Tito-Livio, en el lugar citado, atribuye á los hermanos Petilios, las acusaciones intentadas contra Escipion, lo mismo ante el pueblo que ante el Senado. Aulo-Gelio dice que, quien le hizo comparecer en el Foro, fué el tribuno M. Nevio.

(26) Aulo-Gelio, *Lib. IV, cap. 18*.

(27) Ciceron, *Or. por Archias*; y Tito-Livio, *Libro XXXVII, cap. 55*.

(28) Ciceron, *Brutus, XXI*.

(29) Desde los años 162 á 150 ántes de J. C.

(30) Ciceron (*Brutus, XX*;) y el mismo (*Rep., I, 15*)

donde dice que S. Galo era uno de los hombres más sábios de Roma, y que estando con Paulo Emilio en Macedonia, esplicó un eclipse de luna, atribuyéndolo á su verdadera causa.

(31) Ciceron, (*Brutus, XX*; y *D. del O., Lib. I, 9*), donde dice que «hizo admitir los libertos en las tribus; sin que para esto empleara discursos inútiles. Una sola palabra, un solo gesto le bastaron. Sin esta medida, la república que con tanto trabajo sostenemos hoy, hace mucho tiempo que habria perecido.» Tambien habla de T. Graco con grande elogio, por su conducta generosa con los Escipiones, Tito-Livio, (*Lib. XXXVIII, cap. 52*.) El armamento de los esclavos, lo cita además de Ciceron, Valerio Máximo. (*Lib. VII, cap. 6*.)

(32) Plutarco, (*Vida de Paulo Emilio*;) y Plinio, el cual dice (*Lib. XXXIII, 17, 1*): «Despues de su victoria sobre Perseo, dió al Tesoro público 230 millones de sextercios (véase nota 2 á este discurso). Desde entónces, el pueblo romano dejó de pagar impuestos.»

(33) Plutarco, *Vida de Paulo Emilio*.

(34) Ciceron, *D. del O. Lib. I, 49*; y *Brutus, XXI*.

(35) Ciceron, *Brutus, XXI*; y Plinio, *Lib. VII, 44, 3*.

(36) Macrobio, (*Sat. Lib. IV, 1, 12*); Plinio, *Lib. VIII, 45, 4*; y Ciceron, (*Brutus, XXI*.) De este personaje se refiere un suceso, que atestigua el crédito de que gozaba y la reputacion de virtud que tenia entre sus compatriotas. «Debía responder á un cargo de concusion; y su adversario, que habia pedido el examen de ciertos documentos, los puso á la vista de los jueces. Todo el tribu-

nal apartó los ojos, temeroso de que se creyese que abrigaba duda alguna, sobre la sinceridad y la inocencia del acusado. Los jueces creyeron que, no en unas cuentas, sino en la vida entera de Q. Metelo, debían buscar las pruebas de una administración irreprochable. » Año 461 de Roma; 113 años de J. C. (*Valerio-Máximo, Lib. II, cap. 10.*)



DISCURSO QUINTO.

Servio Galba, Cayo Léllo, Escipion Emiliano y otros oradores de ménos fama.

SEÑORES:

Dispuesto á cumplir, en cuanto me sea posible, lo que la última noche que nos reunimos, os prometiera, voy á ocuparme, en la presente, de algunos oradores que florecieron en Roma, en la segunda mitad, del segundo siglo, antes de J. C.

Caton habia muerto el año 149; mas por sensible que, en todos conceptos, su falta fuese á la República, la tribuna no quedó desierta, ni en ella dejaron de resonar acentos elocuentísimos. En esta época, como ya os indiqué, la influencia de las ciencias y las letras griegas, se dejaba sentir en Roma activa y ostensiblemente. Las comunicaciones con Atenas y Rodas eran fáciles y continuas. (1) Las bibliotecas de los patricios se enriquecieron, á espensas de las de los pueblos

nal apartó los ojos, temeroso de que se creyese que abrigaba duda alguna, sobre la sinceridad y la inocencia del acusado. Los jueces creyeron que, no en unas cuentas, sino en la vida entera de Q. Metelo, debían buscar las pruebas de una administración irreprochable. » Año 461 de Roma; 113 años de J. C. (*Valerio-Máximo, Lib. II, cap. 10.*)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO QUINTO.

Servio Galba, Cayo Léllo, Escipion Emiliano y otros oradores de ménos fama.

SEÑORES:

Dispuesto á cumplir, en cuanto me sea posible, lo que la última noche que nos reunimos, os prometiera, voy á ocuparme, en la presente, de algunos oradores que florecieron en Roma, en la segunda mitad, del segundo siglo, antes de J. C.

Caton habia muerto el año 149; mas por sensible que, en todos conceptos, su falta fuese á la República, la tribuna no quedó desierta, ni en ella dejaron de resonar acentos elocuentísimos. En esta época, como ya os indiqué, la influencia de las ciencias y las letras griegas, se dejaba sentir en Roma activa y ostensiblemente. Las comunicaciones con Atenas y Rodas eran fáciles y continuas. (1) Las bibliotecas de los patricios se enriquecieron, á espensas de las de los pueblos

y los reyes vencidos. En todo el mundo se trabajaba para contribuir á la subsistencia, el regalo, los placeres y el esplendor de la gran ciudad. (2) Acudían á Roma los sábios extranjeros á solicitar el patrocinio y las sonrisas de los dominadores del mundo, y á prestarles la cultura de su espíritu. Al propio tiempo huéspedes y maestros de Escipion, Lélío, los Gracos y otros insignes personajes, representaban en cierto modo, al génio de la Grecia, ya reducido á seguir el camino único de dominacion que, á los débiles ilustrados se ofrece, cuando se hallan bajo la fuerza de las armas, ó de caracteres avasalladores.

Antes eran los talentos y los servicios militares, casi los únicos medios de alcanzar las altas magistraturas. Ahora, ya, el talento de la palabra, y los servicios prestados en el Foro, así en causas particulares como en asuntos públicos, dan reputacion y prestigio en grande suma, y suelen, con mucha mayor frecuencia, elevar al consulado.

Un ejemplo de este aprecio que, en la época de que me ocupo, se hacia de los hombres civiles, lo ofrecen, entre otros, Emilio Lépido Porcina, P. Crasso y Escipion Nasica, el que dió muerte al primero de los Gracos. Los tres se distinguieron

mucho, sin haber corrido tras la gloria de las armas, y los tres alcanzaron grande autoridad, por el consejo ó la palabra. Escipion supo influir en el Senado, donde comunicaba á sus discursos el sello de su impetuoso carácter. (3) P. Crasso fué orador forense y sábio jurisconsulto. El derecho civil lo aprendió en la casa paterna. Junta- ba á mucho talento natural una perseverancia, no menor, en el estudio, y una actividad infatigable, que á todas horas le tenia ocupado en responder á las consultas que se le hacian, ó defender los pleitos y causas que se le confiaban. (4)

Muy superior á ambos, E. Lépido Porcina, fué tenido por grande orador en su tiempo. (5) La celebridad alcanzada en el Foro, le elevó al consulado (año 137, ántes de J. C.) Mucho habrian ganado su reposo y su crédito, si no hubiese ido á gobernar una de las provincias españolas, no bien domada aún por los romanos. Sus tropas fueron deshechas, estando á punto de ser esterminadas; no por causa de la fortuna, sino porque era tan inhábil para estas luchas de los campos, como apto para las del Foro. Tuvo, por tal motivo, que sufrir las molestias, aunque no las malas consecuencias, de una acusacion ante el pueblo. A pesar de esto fué elegido cinco veces príncipe del Senado, lo cual indica que gozaba de una respetabilidad

inmensa. «Introdujo en la elocuencia la armonía de los períodos griegos, y todas las elegantes combinaciones del estilo.» Un autor, juez irrecusable en estas materias, que daba testimonio teniendo á la vista los discursos de E. Lépido, dice que demostraban, por lo ménos, que éste era buen escritor. Como todos los hombres que se distinguen, tuvo admiradores. A este número, y al de sus oyentes asíduos, pertenecieron dos jóvenes que despues habian de aventajarle: Papirio Carbon, y Tiberio Graco. (8)

De alguna más edad que los que dejó nombrados, era Servio Galba. Fué cónsul el año 144, y Lépido Porcina no lo fué hasta el 137 ántes de Jesucristo. De todos los oradores de aquella generacion, ninguno superó á Galba en la tribuna, aunque muchos le aventajasen en saber, y elocuencia escrita. Este romano debió á la naturaleza las más felices disposiciones para las luchas del Foro. Aunque no se perfeccionó en el arte de la palabra siguiendo, en un todo, el método de los griegos, ni tuvo una vocacion decidida, y el celo infatigable, y nunca satisfecho, que otros compatriotas suyos desplegaron mas tarde, supo introducir en sus discursos «las amplificaciones, las digresiones oportunas, los lugares comunes y los movimientos patéticos; y supo

utilizar todos los principales recursos de la oratoria, y los medios propios para conmover á los oyentes.»

Estaba dotado de una memoria poderosa, y dividía su atencion sin esfuerzo alguno, como se refiere que tambien lo hacía Julio César; ocupándose, simultáneamente, de varios asuntos, y dictando á varios secretarios á la vez. Una imaginacion fecunda, una inteligencia clarísima, un juicio rápido y seguro, un alma sensible y ardiente, y un carácter apasionado y turbulento, que se cuidaba más de conseguir las cosas que de conseguirlas por medios irreprochables, eran las cualidades buenas y malas de este hombre, á juzgar por lo poco que de él hallamos escrito en las historias antiguas. (8)

No era la elegancia el carácter distintivo de su palabra; no eran tampoco la dulzura, la floridez, lo ingenioso de los conceptos, ni la profusion de la doctrina, los méritos que en ella más brillaban. Sus cualidades peculiares fueron la espontaneidad y la fuerza. Compréndese esto recordando algunas indicaciones que hay sembradas en los libros de Ciceron, y recordando, asimismo, que Galba se dedicó más, á los negocios políticos, que á los estudios del sábio y del hombre de letras (9). No poseyó el ingenio cultivadísimo de Sulpicio Ga-

lo, ni los vastos conocimientos en el derecho civil, que tuvieron los Elios y Escévolas; y no pudo poner, ni puso en sus discursos, el sello de una tan grande universalidad de riquezas intelectuales.

La acción y la voz fueron en él, como en todos los oradores de primer orden, la mitad de la elocuencia. Aunque no hubiese testimonios, más ó ménos concretos, que así lo dicen (10) podría conjeturarse, sin incurrir en grande error, que sus actitudes, sus acentos, sus ademanes, eran fuertes y expresivos, cual correspondian á la violencia de su inspiración, á la movilidad de su espíritu, á los rápidos movimientos de su ánimo, engendrados á la vista del auditorio, y por el calor mismo del debate. Conocemos, por otra parte, los éxitos de su palabra; y en este orden de cosas, como en otros muchos, los efectos revelan las causas, y aún se podría decir que las reflejan, como las causas los efectos.

Voy á citar algunos de los actos públicos de Servio Galba, que nos permiten conocer al ciudadano, al propio tiempo que al orador. Hallándose en España, contra la fé prometida por la República, y sólo por sospechas de que se preparaba una rebelión, hizo perecer á treinta mil lusitanos. Acusóle Libon, tribuno del pueblo, que no care-

cía de elocuencia, y secundado por Caton, que tenía entonces noventa años de edad, según unos, y ochenta y seis, según otros, hubiera hecho sucumbir á Servio Galba en el proceso á que dió lugar un acto tan infame y salvaje, á no disponer, el acusado, del auxilio de su elocuencia. Galba se mostró resignado con el fallo que le amenazaba. Mas, con las lágrimas en los ojos, y con los acentos penetrantes y conmovedores de que sería capaz aquel hombre, sobre todo, en aquellas circunstancias, imploró para sus hijos, y para el hijo de Sulpicio Galo, la protección del pueblo; y recordando á todos que iban á sacrificar, como ofrenda á la causa de los lusitanos, de los enemigos de Roma, aquellos niños inocentes que más tarde podrían ser útiles á la patria, enterneció todos los corazones, y consiguió de la clemencia del pueblo, lo que no habria podido conseguir de su justicia (11).

Otro acto no ménos censurable y más significativo aún para conocer su carácter, fué la oposición obstinada que hizo á Paulo Emilio, cuando este grande hombre volvió triunfante de Macedonia. Galba se opuso á que se le concediesen los honores del triunfo, honores tan merecidos, que acaso nunca otros lo fueron más. Para conseguir su objeto procuró relajar la disciplina, exci-

tando á la rebeldía, especialmente en el cuerpo de tropas de que habia sido tribuno militar. El Capitolio era el lugar destinado para la votacion. Los soldados lo invadieron en tumulto, y Servio Galba pidió á los tribunos del pueblo que presidian la Asamblea, que la aplazasen para otro dia, porque eran ya las dos de la tarde, y en el tiempo que hasta la noche restaba, no podia exponer todas las quejas del ejército. Instado para que hablase inmediatamente, acusó al general de haber sido muy severo en el cumplimiento de la disciplina, y muy parco en la concesion de recompensas; y lisonjeó todos los deseos y malas disposiciones de los soldados. Cuatro horas duró aquel discurso insidioso que fué terminado, no por la voluntad del orador, sino por la llegada de la noche (12).

En la mañana siguiente dió principio la votacion. La primera tribu que fué á las urnas, no puso en ellas ni un solo voto para Paulo Emilio; lo cual hizo que toda la ciudad se indignase contra los autores de aquella intriga, y que los personajes más influyentes de la República consiguieran de los tribunos, el permiso de arengar á los soldados, antes de continuar la votacion. (13)

Marco Servilio, que habia sido cónsul y jefe de caballería, hombre sin fama de orador, pero

buen juez en materias de guerra y de milicia, usó de la palabra contra aquella turba sediciosa. Su discurso fué una verdadera filípica para el ejército, y una fuerte reprimenda para Servio Galba. Era un general que hablaba á soldados ingratos con su caudillo, y su tarea se redujo á hacerles conocer toda la ignominia de su conducta, y mostrarles el camino del honor. Para autorizar sus palabras descubrió su pecho, cubierto de cicatrices, desafiando á Servio Galba á que buscase, con iguales títulos, el respeto y la confianza de los veteranos que les escuchaban. El resultado de esta arenga fué que los honores del triunfo se concediesen por unanimidad á Paulo Emilio, y que Servio Galba quedase marcado, para siempre, con la nota de envidioso y perturbador.

Yo, señores, me complazco en admirar estos triunfos de la razon sobre la elocuencia. Grandes simpatías merece, sin duda alguna, la elocuencia; pero gusta verla vencida y humillada por la verdad, la justicia, ó la virtud, cuando se vuelve contra ellas, olvidando que debe servir las como esclava, ó, por lo ménos, como fiel y dócil compañera. ¿Qué es, en efecto, la elocuencia, divorciada de la honradez? Será, cuando más, un arma cortante y guarnecida de oro, puesta en manos viles y perversas. ¿Qué es cuan-

do forma alianza con el desorden y la demagogia? Harto lo sabemos por desgracia de todos: es un viento tempestuoso, que aviva el incendio en cuyas llamas, al cabo y al fin, se abrasan los mismos que lo promueven. ¿Qué es cuando se pone al servicio del despotismo? Una meretriz, las más veces, que vende sus caricias por indigno precio. Y cuando la elocuencia busca ansiosamente los aplausos, y lo pospone todo al voluptuoso placer de conseguirlos; cuando ha perdido, ó no ha podido nunca tener, la noble virilidad que recibe de la virtud y de las hondas convicciones, entónces sin haberse prostituido por completo, á nada se parece tanto, como á la mujer coqueta, que busca las miradas de todo el mundo sin obtener la estimacion de nadie, y al fin expía sus ligerezas con arrepentimiento tardío, y con el desden de los mismos á quienes ha complacido, y el desprecio de aquellos á quienes ha burlado.

Pero, volviendo á Servio Galba, no puedo menos de citaros, otro testimonio de superioridad oratoria, que, en su tiempo, le consagró uno de los hombres más sabios, más elocuentes y virtuosos de Roma. Me refiero á C. Lelio, que despues de haberse distinguido en la guerra contra Viriato, habia merecido que la opinion pública de su pá-

tria le concediese el primer puesto en el certamen de las ciencias y las letras, y otro más secundario en el de las armas; de igual modo que habia reservado á Escipion la preeminencia militar, y una gloria, únicamente superada por la de Lelio, en lo concerniente á la política y la filosofía.

En una causa criminal del mayor interés, en que aparecieron comprometidas algunas familias principales de Roma, Lelio fué encargado de la defensa de los presuntos reos. Dos veces habló con gran fondo de sabiduría y con su elegancia acostumbrada, y dos veces fué elogiado por cuantos le oyeron; pero sin conseguir de los cónsules, que intervenian aquel asunto, otra ventaja que hacerles suspender el fallo hasta más amplia informacion. Lelio dijo entónces á los interesados, que habia hecho cuanto podia, y que su deber le aconsejaba manifestarles, que serian mejor defendidos por Servio Galba, cuya elocuencia era más patética y conmovedora que la suya.

Encargóse Galba del asunto, con la desconfianza propia de un hombre que iba á reemplazar á personaje tan eminente como Lelio, y que echaba, sobre sí, el compromiso de sobrepajarle. Veinticuatro horas tenia para estudiar la causa. Se encerró en su gabinete con sus secreta-

rios, y estuvo trabajando, afanosamente, hasta que le avisaron que los cónsules habían llegado al tribunal. «Entonces salió con el rostro y con los ojos encendidos,» revelando en su animación, el fuego que llevaba concentrado en su pensamiento. Habló ante el mismo Lelio, y ante un concurso numeroso, tan elocuentemente como jamás había hablado; y su palabra apasionada y vigorosa, propia para levantar tumultos populares, produjo entonces ruegos tan sentidos y penetrantes, acentos tan patéticos, que sus defendidos fueron absueltos, y el fallo prejuzgado y sancionado por las aclamaciones unánimes del auditorio. (14)

Pues bien, la elocuencia de este hombre, sólo fué conocida por sus contemporáneos. Dejó pocas obras de su genio, y éstas eran inferiores á su reputación. Sabía elevarse á la vista del auditorio, cuando las pasiones le animaban; mas su espíritu, languidecía siempre al escribir. (15) El secreto de su elocuencia consistía en la inspiración, producida, en su alma ardiente, por el impulso de grandes móviles; mas su inspiración, no era como el entusiasmo del poeta, que se enciende por la sola virtud del genio, y estalla y se alimenta en el recogimiento y la soledad, más bien que entre el bullicio y los ruidos del mundo.

La elocuencia de Lelio se distinguía por caracteres muy distintos. Brillaba con luz ménos intensa, pero más constante, y estoy por decir, que más pura. Su estilo era dulce, elegante, sostenido, morigerado, por decirlo así, como sus costumbres; y sólo carecía del movimiento, y la impetuosidad tribunicia, del de Servio Galba. Sus ideas eran nobles y elevadas; en todas sus prendas literarias se veía el discípulo de los escritores y filósofos griegos, al propio tiempo que el romano fiel al carácter de su raza, y amante de las cosas patrias. Sus facultades intelectuales, domadas por el estudio, se ofrecían siempre dóciles á su voluntad: en una palabra, señores, Lelio se encontraba siempre á sí mismo. (16)

Si en reputación de virtud hubo en su época quien le igualase, se le consideró como el primero de los romanos, en lo relativo al saber, al ingenio, á la bondad del carácter y á la prudencia en las resoluciones políticas. Este conjunto de méritos le valió el sobrenombre de *Sabio*. Cuerdísimo fué, sin duda alguna, cuando habiendo presentado la ley agraria, que despues reprodujo el primero de los Gracos, la retiró, á pesar de la justicia que la inspiraba, al ver los peligros á que exponía el órden público. (17) Indúceme esto á creer, que jamás Lelio poseyó la grande ini-

ciativa, y la intrepidez, necesarias al reformador político; lo cual se confirma en la actitud que guardó con los partidos de Roma. Ni se hizo campeón de la nobleza, ni formó en las filas de los sistemáticos defensores del pueblo. Viósele, no obstante, combatir graves reformas democráticas propuestas por los tribunos, y, lo que os parecerá extraño, porque en realidad lo es, hacer que su dictámen prevaleciera, aceptado por aquel mismo pueblo, cuyos deseos contrariaba.

Sabemos que tuvo lugar esto en dos solemnes ocasiones, si bien en ambas, la palabra de Lelio fué secundada por la de Escipion Emiliano, que, si ménos elocuente, aún tenía mayor autoridad que la de su amigo. La primera de estas ocasiones fué cuando Papirio Carbon propuso una ley, en la cual disponía que los Pontífices fuesen de elección popular. Del discurso que, con tal motivo, pronunció Lelio, Ciceron dice que era un modelo de elegancia y dulzura, y «que no podía oirse sobre la religion, un lenguaje más augusto; pero que, sin embargo de esto, el estilo era mucho más anticuado que el de los discursos de Escipion.» (18)

El nombre de Lelio, se encuentra, en las antiguas historias, unido siempre al de Escipion Emiliano. Desde la juventud los había ligado un tra-

to intimo que duró en ellos tanto como la vida; y á esto se debe que los nombres hayan llegado juntos á la posteridad, como si obedeciesen al afecto de los personajes que los tuvieron. (19) En Roma, sobre todo, en la época de que hablo y en las anteriores, la amistad tenía su culto, y era, en cierto modo, considerada como una virtud que ennoblecía, y como un vinculo que no obligaba ménos que los del parentesco. Leyendo el tratado de Ciceron, que se intitula *Lelio*, se comprende el concepto que, de la amistad, tenían los antiguos romanos.

Mas, ¿merecerá Escipion que le consideremos como orador insigne, ó siquiera notable? Parece-me que sí; porque no creo que merezca ménos de nosotros, que ha merecido del mayor critico y preceptista de la antigüedad, en estas materias. No conocemos, á este propósito, el juicio de Plutarco; porque la biografía que de Escipion Emiliano escribiera, no ha llegado hasta nosotros; mas conocemos la siguiente frase de Ciceron, que es un testimonio irrecusable: «Lelio y Escipion el Africano, dice, poseyeron una verdadera elocuencia: de ambos hay discursos, que nos permiten conocer su talento.» (20)

Nació Publio Escipion Emiliano el año 185, antes de nuestra era, no de familia oscura y ple-

beya como Caton, sino de una de las principales de la República. Uno de los mayores obstáculos que en Roma, como en todas partes donde hay aristocracia, encontraban los hombres nuevos para elevarse, no tuvo éste que vencerlo, gracias á la nobleza de su estirpe, y al gran caudal de gloria conquistada por sus ilustres predecesores. (21) Tuvo, como más tarde Julio César, una inteligencia vastísima, capaz de abrazar toda clase de conocimientos, y una estrella venturosa que le permitió adquirir, en la carrera de las armas, una gloria imperecedera.

No me sorprende que también tuviese un corazón magnánimo, en tan alto grado como el genio militar, y que conociese á fondo las artes de la guerra. Era hijo de Paulo Emilio, y en asuntos de milicia, había aprovechado las lecciones paternas. Adoptado por la familia de los Escipiones, era, en tal concepto, nieto del primer Africano, teniendo, por consiguiente, en ambas casas, nobilísimos ejemplos y modelos que imitar. El aprendizaje de las armas comenzó á hacerlo á los diez y siete años de edad, y á las órdenes de su padre, en la campaña contra Perseo, felizmente terminada con la ruina de este príncipe. Añádase, á estos tempranos ejercicios, que fué desde su juventud amigo de Polybio, y se comprenderá

cuál era la base de aquella preeminencia militar, que, de comun consentimiento, gozó más tarde en su patria. Cuando estaba sitiando á Numancia, á la heroica población española que fué el terror de Roma (22), y costó á la República más sangre que la conquista de naciones enteras, se complacía en repetir uno de los consejos de su padre: «Un caudillo prudente, decía, debe ahorrar la sangre del soldado. Sólo debe combatir cuando la batalla es inevitable, ó la victoria segura.»

Desde su juventud fué amante de las letras, cuyo estudio no interrumpió, en cuanto le fué posible, durante sus campañas militares, á las cuales le seguían Lelio y Polybio. Cuando estuvo en Roma la famosa embajada de Carneades, y los otros dos filósofos griegos, Escipion fué uno de los más asiduos concurrentes á sus lecciones. Tanto él como Lelio, recibieron también las del filósofo Panetio, y aún le retuvieron á su lado, por espacio de muchos años. (23) Profesó un particular afecto á Caton el Antiguo, admirando en él la sabiduría, el grande ingenio, y las virtudes y sóbrias costumbres que tuvo, y procurando arreglar las suyas por tan insigne modelo. Empero, en la vida de Escipion no se encuentra la austeridad que, todos los actos y palabras de aquel viejo Censor, respiraban. (24)

Rendia Escipion mayor culto á las bellas letras; era más sensible á los placeres del espíritu; y sabia, por experiencia propia, que la cultura es posible sin el vicio, y sin la afeminacion de los hombres y los pueblos. Enemigo implacable del libertinaje y las cosas frívolas, se mostró durante su censura, ménos duro, pero no ménos celoso que Catón, por el imperio de la moralidad. Adoptó, pues, en su género de vida, en su marcha política, y aún en sus estudios, un temperamento medio que le libró de toda suerte de exageraciones y actitudes extremadas, así como de los cambios de fortuna, tan frecuentes y peligrosos en el Foro de Roma.

Desde su juventud se hizo, asimismo, recomendable, por las bellas prendas de su carácter, que otros hombres ilustres, no han tenido. Algo grande y extraordinario debía revelarse en aquel joven, cuando á los diez y ocho ó veinte años de edad, era mirado como una esperanza de su patria; y cuando Catón el Antiguo, proféticamente lo señaló, al comenzarse la última guerra púnica, como el único romano capaz de terminarla en provecho de Roma (25). Un idéntico anuncio hizo Escipion, respecto de Mario. Cuando ya Escipion era cónsul, y mandaba el ejército de Africa, cierto día, que celebraba un banquete con sus jó-

venes oficiales, fué instado para que dijese cuál era, en su concepto, el que, de todos ellos, más esperanzas ofrecía á la gloria militar de la República, y el que podría reemplazarle, en caso de que él muriese ántes de rendir á Cartago. Volvióse entonces hácia aquel plebeyo oscuro, que más tarde habia de ser el azote de la aristocracia, y predijo su futura grandeza. Plutarco asegura que, las palabras de Escipion, no se apartaron ya nunca del pensamiento de Mario, y que se creyó, desde aquel día, un hombre predestinado (26). ¡Cuánto puede, señores, un estímulo oportuno, en un corazón ambicioso de mando y celebridad!

Escipion no abandonaba, por completo, sus aficiones literarias, mientras hacia la guerra. De las fatigosas tareas de la campaña, parecía descansar entre sus sabios amigos y sus libros. Se olvidaba de los campamentos en Roma; pero aún en los campamentos se acordaba de las artes de la paz, y tributaba, como de ordinario, culto á las letras. Sábese, señores, que su autor favorito era Xenofonte, cuyas obras no se le caían de las manos (27). Y ciertamente que, cuando recuerdo esto, no me extraña el afecto inalterable que profesaba á Letio, muy parecido al que, el mismo Xenofonte, profesó siempre á Sócrates y Agesilao; ni me extraña, tampoco, que cambiase,

con gusto, el estruendo de las armas, la ambicion de gobernar ejércitos, y aún los placeres embriagadores de la victoria, por el gusto de cultivar las letras, y por el trato del filósofo Panetio, y del poeta Terencio; (28) ni me extraña, en fin, que siendo guerrero, no tuviese la aspereza y ferocidad que la guerra inspira, y que, á la vista de Cartago incendiada, lamentase la destruccion de Cartago.

Señores, el último dia de un hombre célebre, es un dia de triste recuerdo para las gentes que le conocen; el último dia de la célebre Cartago, debe ser un dia memorable en los fastos de la Historia. Figuraos la patria de Anibal, la orgullosa reina de los mares, vencida, saqueada, y entregada al incendio por los romanos. Figuraos cuarenta mil casas formando una sola hoguera, y lanzando á las nubes torbellinos de llamas y de humo; las tinieblas de la noche extendidas, como un manto fúnebre, sobre el Africa; á un lado, los restos del infelice pueblo cautivo, que ven consumirse en aquellas llamas su última esperanza de libertad y patria; á otro lado, un ejército vencedor que se goza en su obra de muerte y exterminio; y, en el fondo de este cuadro, tres hombres silenciosos y contemplativos. Polybio, que se dispone á transmitir á la posteridad el espectáculo

sinistro que presencia; Lelio que bendice á los Dioses propicios del Capitolio; y en medio de ellos Escipion, Escipion más jóven y más grande que ambos, que penetra con su vista de águila los horizontes del porvenir, y teme para Roma la misma suerte que Roma hace experimentar á Cartago; y al fin exhala sus inquietudes pronunciando, con tristeza, aquellos versos de Homero:

«.....el alma

Y el corazon lo anuncian, vendrá dia,
En que, asolada la soberbia Troya
Perezca su rey Priamo, y el pueblo
Todo, del fuerte y belicoso Héctor (29).»

Hasta aquí, la juventud y la parte más gloriosa, de la vida militar de Escipion. En cuanto á su vida política y oratoria, os diré, en primer término, que nunca solicitó el consulado, y que fué, sin embargo, elegido cónsul á los 38 años, ántes de tener la edad marcada por la ley; que cinco años más tarde fué elevado á la censura y elegido cónsul, por segunda vez (134 ántes de J. C.), para que terminase la guerra con Numancia, cuya destruccion le valió el sobrenombre de Numantino (30).

En estos períodos intermedios en que la guerra parecia dormir, Escipion se dedicaba á los negocios públicos y al estudio. Con tales aficione

y con estar siempre rodeado de los hombres más sábios de la Grecia, adquirió su juicio una madurez extraordinaria, y sus luces fueron aumentándose, á compás de sus años. Su carrera oratoria comenzó cuando ya tenía muy adelantada su carrera militar, cuando ya era, acaso, el más hábil y esforzado general de la República. Muchos discursos pronunció, que, siglos despues de su muerte, se conservaban aún, y en los cuales, los críticos del tiempo de César, notaban la particularidad de que, el estilo, no parecia anticuado, como el de los demás oradores contemporáneos suyos (31).

Por más que se le atribuya una verdadera elocuencia, las condiciones de orador grandilocuente, no las tuvo jamás. Todas las noticias que de sus talentos oratorios hay, están de acuerdo en esto; y si recomponemos la fisonomía, por decirlo así, de su palabra, con atención de su carácter personal, de sus gustos y estudios literarios, de sus autores favoritos, y aún de las pocas frases que se conservan de sus discursos, llegamos á un idéntico resultado. Faltábale el calor y la vehemencia de Servio Galba, esos hilos conductores de la persuasión que preparan, á los oyentes, para conseguir los grandes triunfos oratorios. Voy á permitirme leeros un pasaje de cierto discurso pronunciado por Escipion, durante su censura, y

en el cual reprendía la mala dirección que se daba á la enseñanza de la juventud. No debe olvidarse que, á los 17 años de edad, los romanos comenzaban á servir á su patria con las armas, y que tanto peor se cumpliría este deber cívico, cuanto más débiles y afeminadas fuesen las generaciones. Hé aquí las palabras del censor:

«Hoy se aprenden artes deshonestas: se va con hombres de reprehensibles costumbres á tomar parte en los juegos de los histriones, al compás de la música. Se aprende á cantar, lo cual era colocado por nuestros mayores, en el número de las cosas indignas. Jóvenes de ambos sexos, pertenecientes á distinguidas familias, repito que van á las escuelas de baile, y se mezclan con gentes de corrompidas costumbres. Cuando se me dió conocimiento de esto, no podía convencerme de que patricios romanos enseñasen tales cosas á sus hijos; más habiendo visitado una de estas escuelas de baile, he visto, por mi propio, más de 500 alumnos de uno y otro sexo, y entre ellos he visto también (lo cual me ha causado un profundo dolor por la República), he visto, digo, á un adolescente de unos 12 años, hijo de un candidato al consulado, bailando con *crotalas* (32) una danza, que la esclava más envilecida no habria podido ejecutar tan deshonestamente.» (33)

Estas ideas, ó mejor dicho, estas reprensiones, podrian creerse de Caton el Antiguo. Hay, sin duda alguna, en las palabras leídas mucha noble gravedad, y un tono sincero y firme, propios del censor y del sábio que corrige con franqueza y seguridad de acierto, mas sin hacer uso del sarcasmo, ni de violentas recriminaciones. Lo que en esas líneas no se encuentra es ni un solo indicio de estilo pintoresco, ni una sola de aquellas fuertes pinceladas que Tito-Livio pone en boca de Caton, cuando éste combatia el lujo, ó que aún vemos en las reliquias que han llegado, hasta nosotros, de los discursos de los Gracos.

Hé aquí otro pasaje de un discurso que versaba sobre el mismo asunto, si bien concreta los cargos, dirigiéndolos contra un solo individuo, contra Sulpicio Galo. Así dijo:

«¿Qué pensaremos de un hombre que todos los días se perfuma y acicala ante un espejo; que se arregla las cejas, la barba y hasta el vello de su cuerpo? ¿Qué pensaremos de un hombre que desde su primera juventud asistia á los convites vestido con una túnica, cuyas mangas le cubrian las manos; que se sentaba junto á una amante del modo ménos circunspecto, y que unia, al vicio de la embriaguez, una pasión desenfrenada por la lujuria? ¿Es posible dudar que, semejante hombre,

habrá hecho todo lo que hacen los más infames libertinos?» (34)

Aquí el estilo es más oratorio y elocuente. La repeticion y la forma interrogativa que emplea, dan al pensamiento mucha fuerza y viveza. Describe y argumenta á la vez. Hay naturalidad, como en las primeras líneas que leí, pero más vigor.

De las notables oraciones que pronunció cuando se presentaron al pueblo las leyes, ya mencionadas, sobre reeleccion de los tribunos y nombramiento popular de los Pontífices, ni una sola palabra se conserva, que yo sepa. Aquellos debates fueron, sin embargo, muy solemnes y empeñados, cual correspondia á la suma trascendencia de las innovaciones propuestas. La palabra de Escipion brilló mucho entónces, y un completo éxito recompensó sus esfuerzos y los de su amigo Lelio; no obstante que tenían por adversario á Papiro Carbon, tribuno muy diestro y osado en las luchas políticas del foro y la tribuna, y que sostuvo su ley, prodigando á las muchedumbres todo género de lisonjas y hábiles adulaciones (35). ®

Dije ántes que Escipion habia aprovechado las lecciones militares de su padre, como muy pronto lo atestiguó con grandes victorias; y ahora debo añadir que no siguió en todo su misma marcha política. Fué tan virtuoso y magnánimo, tan es-

forzado y severo como Paulo Emilio. Nada dicen, contra esto, la bondad de su carácter y la dulzura de sus costumbres. Las distracciones pueriles á que se entregaba con Lelio en las orillas del mar; el recoger conchas, en la playa, para examinar sus múltiples variedades (36); el contribuir, acaso, á la composicion de las comedias de Terencio (37); el trato culto y el ingenio especulativo de los poetas y filósofos que le rodeaban, no debilitaron su rectitud de principios, ni le impidieron ser inflexible, como militar, é intachable como ciudadano.

En lo que no siguió el ejemplo de su ilustre padre, fué en que á éste se le vió siempre de parte de la aristocracia; mientras que, Escipion, aunque perteneciera á la flor de los patricios romanos y condenase las agitaciones tribunicias de aquel tiempo, no se hizo campeón sistemático de los nobles (38). Su eclecticismo político, y quizá el conocimiento de las fuerzas sociales de su patria, le inducian á desear que ambas clases se mantuviesen en sus respectivas esferas, comprendiendo que la victoria de una ellas produciria la ruina de la libertad. Era, sin embargo, Escipion, la esperanza del Senado, cuando el segundo de los Gracos comenzaba á agitar á Roma; mas, un dia en que aquella augusta Asamblea le acompañó á su casa, despues de una discusion importante, fué

el último de su gloriosa vida. A la mañana siguiente se le encontró muerto en su casa, con señales de haber sido asesinado. ¡Digno era de más hermoso fin! Y puesto que los grandes hombres tienen tambien que perecer, digno era de haber sucumbido peleando heroicamente en los campos de batalla, ó de haber muerto como Mirabeau, oyendo desde su lecho mortuario los lamentos de todo un pueblo, y presintiendo los juicios de la posteridad. Un impenetrable misterio rodeó siempre aquel crimen. La historia, señores, no ha podido tomar venganza del asesino. En Roma aconteció, entónces, lo que en todas partes acontece despues de la muerte de los grandes hombres, que han influido en los destinos de su país..... Pero, ahora, diré sólo que la República consternada, vistió luto, y que la inmortalidad comenzó á brillar sobre la tumba de Escipion: 56 años vivió perteneciendo á su patria: dos mil años hace que vive perteneciendo á la fama y á la Historia (39).

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO QUINTO.

(1) A. Berger recopila (*Cap. X, de su Historia de la elocuencia latina*), todos los datos contenidos en los autores antiguos, sobre las relaciones artísticas y aún literarias, que desde el año 492, antes de J. C., tuvo Roma con los pueblos griegos. Después de este trabajo de erudición, laboriosa y pacientemente realizado, establece que «á partir de la fundación de la República, época en que las relaciones entre Roma y Grecia comenzaron á tener lugar, la vieja civilización etrusca fué *batida en brecha* por los artistas griegos, que diversas circunstancias llevaban á la ciudad de Rómulo. . . .

El roce de ambos pueblos fué cada día más íntimo y frecuente, de modo que, después de haber sido Roma exclusivamente etrusca bajo el dominio de los reyes, y enseguida etrusco-helénica, se halló, del todo, bajo la influencia griega, desde la época de Livio Andrónico. Este fué el primer poeta notable de que hace mención la historia, como ya indicamos en el anterior discurso, y según el mismo Berger dice en otro lugar del capítulo citado, y vemos además en Schoel, que también sigue á Ciceron, *Brutus XVIII*) hizo representar en Roma su primera tragedia, traducida del griego, el año 240 antes de nuestra era.

Mas la época en que, verdaderamente Roma y Grecia

comenzaron á sostener un íntimo comercio intelectual puede fijarse, en toda la primera mitad del segundo siglo antes de J. C. En aquellos 50 años, las legiones romanas volvieron del Oriente varias veces victoriosas, importando en Roma todo lo bueno y malo que aquella parte del mundo poseía. La guerra puso en contacto ambos pueblos, y, al calor de ella, empezaron á fusionarse ambas civilizaciones. Hasta este tiempo, nadie había temido como un grave peligro para las costumbres romanas, la influencia helénica, lo que prueba que no se dejó sentir con grande intensidad; mas desde entónces, vióse á algunos viejos patriotas dar la voz de alarma, y, secundando los esfuerzos de Catón, oponerse á la corriente que lo inundaba todo, de las letras y las ciencias griegas. La actitud de aquel rígido Censor, y de algunos otros personajes, todos contemporáneos, ó posteriores á él, prueba que antes no se había creído necesario oponer un dique á tales influencias extranjeras, y que, ya entónces, cuanto se hiciera era impotente para contenerlas.

(2) Basta recordar los triunfos de los ejércitos romanos, el inmenso botín con que enriquecían el Tesoro, y hermoseaban pórticos, templos y plazas, y el *canon fragmentario* impuesto á las provincias dominadas, para comprender lo que en el texto decimos. Plutarco (*Vida de Paulo Emilio*) nos dice que los hijos de este grande hombre condujeron, á Roma, la biblioteca del rey Perseo.

(3) Ciceron (*Brutus, XXVIII*, Valerio-Maximo (*Libro III, cap. 2*) nos ha conservado las palabras de Escipion Nasica, cuando reunido el Senado para acordar los medios de reprimir á T. Graco, decidió á la Asamblea en masa, á oponerse, por medio de la fuerza, á los de-

signios del Tribuno. El cónsul Mucio Escévola, no se atrevía á faltar á las formalidades legales, y declaró que no haría uso de la violencia. Entónces Escipion Nasica se levantó y dijo: «Puesto que el cónsul, por un respeto mal entendido á las leyes, compromete la existencia de la república y de las leyes mismas, yo me ofrezco, aunque sin carácter político, á marchar á vuestra cabeza para ejecutar vuestros deseos. Que los que quieran salvar la patria me sigan! Esas palabras hicieron desaparecer toda vacilacion.»

(4) Ciceron, *Brutus*, XXVI. Véase la nota 14 de este mismo discurso.

(5) Ciceron, *Brutus* XXV.

(6) Esas noticias referentes á la elocuencia de Lépi-do, están tomadas de Ciceron, (*Brutus* XXV.) Véase, además, la nota 9 de este discurso, referente á Servio Galba.

(7) Ciceron, *Brutus*, XXI.

(8) Ciceron, *Brutus*, XXI á XXIV; Plutarco *Vida de Paulo Emilio*; y Tito-Livio, *Lib. XLV, caps. del 35 al 41*. Hé aquí un juicio de Escipion emitido ante el Senado, sobre Galba y su colega A. Cotta, cuando eran cónsules. «Ambos pretendian que se les enviase á España á hacer la guerra á Viriato: los senadores desearon conocer la opinion del Numantino y éste dijo: Mi dictámen es que no enviéis á ninguno de los dos; porque el uno no tiene nada, y al otro nada le basta.» Consideraba la indigencia y la codicia, como consejeras igualmente peligrosas, en aquellos dos personajes. —(*Mac. Satu. VI, cap. 4, 2.*)

(9) «Recuerdo haber visto á Servio Galba, cuya elocuencia extraordinaria todo el mundo admiraba, á Emilio Porcina, y C. Carbon, que Crasso tuvo la honra de vencer al comenzar su carrera oratoria, y los tres ignoraban las leyes, conocian imperfectamente las costumbres de nuestros mayores, y no tenian ninguna idea del derecho civil.»—(Ciceron, *D. del O. Lib. I, cap. 10.*)

Tácito dice (*Diálogo sobre los Oradores XVIII*), que lo mismo Galba que Carbon y otros, deben considerarse como muy antiguos; y que su elocuencia era áspera, informe y llena de rudeza.

(10) No sólo en el tratado de los oradores ilustres de Ciceron, sino en su diálogo intitulado *Del Orador*, (*Lib. I, 60*) se hallan los testimonios á que en el texto nos referimos.

(1) Plutarco, (*Vida de Caton*); Ciceron, (*Brutus, capítulo XXIII*), y este mismo autor (*D. del Orador, Lib. I, cap. 53*), dice: «Caton ha escrito en su obra los orígenes, que sin las lágrimas y los hijos, Galba no se habria librado de la pena que merecia.»

(12) Plutarco, *Vida de Paulo Emilio*, y Tito-Livio, *Lib. XLV, caps. 35 y 36*.

(13) Tito-Livio, (*Lib. XLV, cap. 36*), donde describe el ardiente debate que tuvo lugar en el Capitolio, con más pormenores que Plutarco, en el lugar citado.

(14) Todo lo contenido en el texto, desde la última nota, está fundado en las noticias conservadas por Ciceron, (*Brutus, XXII*.) Otro pasaje hemos encontrado

en las obras de este mismo escritor, que ilustra lo que dejamos dicho sobre P. Crasso y Servio Galba. Hélo aquí: «Cuando P. Crasso solicitaba el cargo de edil, y S. Galba, que iba á emparentar con él, le acompañaba, siendo ya de alguna más edad, he oido decir que un hombre del campo se acercó á Crasso y le hizo una consulta, á que no obtuvo la respuesta que apetecía. Galba que se apercibió de la tristeza del campesino, le preguntó la causa. Una vez enterado del asunto y del dictámen de Crasso, le dijo que sin duda éste estaba distraido al opinar de tal manera. Y tomando entónces á Crasso por la mano le habló así: ¿En qué ibas pensando al dar esa respuesta? Crasso, con la seguridad que le daba su saber, se ratifica y sostiene que no abriga, sobre aquella cuestion, la más pequeña duda. Galba replica, presenta argumentos, cita ejemplos, establece analogías y comparaciones y toma, con calor, el partido de la equidad contra el rigor del derecho. Crasso que hablaba bien, pero que distaba mucho de tener el talento de Galba, sintiéndose vencido por el vigor de su adversario, recurre á las autoridades, y alega en su apoyo las obras de su hermano Mucio, y los comentarios de Sexto Elio, concluyendo por convenir en que la opinion de Galba le parecia más verosímil, y que no le faltaba mucho para aceptarla.»—(Ciceron, *D. del O.*, Lib. I, 56.)

(15) Ciceron, *Brutus*, XXIV.

(16) Ese es un resumen, de cuanto hemos leído sobre tan ilustre romano, en las diversas obras de Ciceron, donde unas veces le pone como protagonista, por decirlo así, y otras como interlocutor de los diálogos; citándoles en los demás casos, siempre con elogio. Quintiliano (*Inst. XII, X*) dice: «Escipion, Lelio, Caton, ¿no

han sido, por decirlo así, los áticos de los romanos, por lo que hace á la eleccion?»

(17) Plutarco, *Vida de T. y C. Graco*.

(18) Ciceron, *Brutus XXI*; y *De la amistad XXV*, donde hace decir á Lelio que combatió la ley sobre eleccion popular de los Pontífices, y despues añade: «¿Qué lisonjas no prodigó C. Papirio Carbon al pueblo, cuando recientemente queria que se aprobase la ley sobre reeleccion de los tribunos? Yo la combatí y tambien, de un modo admirable, Escipion Emiliano.» La tal ley fué desechada por el pueblo, gracias á la autoridad de estos dos impugadores.

(19) «He oido contar maravillas, á nuestros padres, de la amistad de C. Lelio y Escipion Emiliano.» (Ciceron, *de la Amistad, I.*) En otra parte dice: «Era como una costumbre sagrada de su amistad, que en campaña, Lelio consideraba á Escipion como á un Dios, á causa de su talento y sus glorias militares; y una vez depuestas las armas, Escipion atestiguaba el respeto de un hijo, á Lelio, que era de más edad que él.» (*Repu. Lib. I, 12.*)

(20) Ciceron, *Brutus*, XXI.

(21) Plutarco, *Vida de Paula Emilio*.

(22) Ciceron, *Or. por Murena*, XXVIII.

(23) Ciceron, en varios lugares del *D. del Or.*

(24) «Comenzaré citándoos, (dice el mismo Escipion un pensamiento del viejo Caton, por el cual he sentido siempre una viva simpatía y una admiracion extremada,

y á cuyo ascendiente me he abandonado por completo en mi juventud, tanto por mi propio gusto, como por los consejos de Paulo Emilio, y de mi padre adoptivo.» (*Ciceron, Rep. Lib. II, 1.*)

(25) Plutarco, *Vidas de P. Emilio, y Caton el Censor.*

(26) Plutarco, *Vida de Mario.*

(27) «Bien hacia nuestro gran Escipion, en tener siempre en la mano la *Ciropedia* de Xenofonte; obra que más bien que un relato histórico, es un tratado de arte de gobernar, donde el autor cuida de presentar en su héroe, la moderacion unida á la fuerza.» (*Ciceron, carta á Quintus, VIII.*)

(28) «Ganó Terencio la amistad de Escipion y Lelio, dos ciudadanos distinguidos, y amantes de las letras, en cuya intimidad vivió. (*Suetonio, vida de Terencio.*) Este mismo autor dice que, en la composicion de las comedias de Terencio, se creia que tomaba parte Escipion. En concepto de Quintiliano, fueron atribuidas á Escipion mismo. (*Inst. Or. Lib. X, 1.*)

(29) *La Iliada*, Lib. IV, vrs. del 286 al 280.

No exajeramos, la importancia y grandeza de Cartago, al decir que tenia 40.000 casas. Aunque no tuviese en realidad ese número de edificios, tenia mayor número de viviendas. Polybio llama á Cartago, «la más opulenta ciudad del universo.» Despues de la segunda guerra púnica, Cartago debía pagar, por espacio de medio siglo, un tributo á los romanos de 5.100.000 rs. anuales. No sólo cumplía esta obligacion con desahogo, sino que á los 14 años de haber hecho la paz, ofrecia abonar de una vez las treinta y seis anualidades restantes, es decir,

183.600.000 rs. Estas cifras bastan para formar una justa idea, del poder y grandeza de aquella famosísima ciudad. Su poblacion se componia de 700.000 habitantes: de éstos, una parte considerable se hallaba siempre ausente dedicada al comercio: las casas estaban muy apiñadas y tenian varios pisos. Estos datos están tomados de *Mommsen, (Hist. Rom. Lib. III, cap. I)* y *Plinio, (Lib. XXXIII, 15, 1)* y otros lugares. Plinio asegura además, que, el pueblo Romano, siempre impuso á las naciones vencidas, tributos en plata, y jamás en oro.

(30) «Escipion no pretendió jamás el consulado, y fué dos veces cónsul; la primera, ántes de tener la edad, y la segunda, demasiado pronto para él, y demasiado tarde para la República.....» «El duelo por su muerte, ha demostrado el amor que le tenian sus conciudadanos.» (*Ciceron, de la Amistad, III.*)

(31) *Ciceron, Brutus, XXI.*

(32) Crotalas eran unas lanzas cortas de metal que el que bailaba, tenia en las manos para agitarlas y producir con ellas, chocándolas artísticamente, un sonido acompasado.

(33) *Macrobio. Satu. Lib. II, cap. 10.*

(34) Al traducir hemos suavizado mucho ese pasaje, para que no fuese indecoroso en la cátedra: el texto no habla de una amante, sino de un amante; y no de lujuria, sino de *sodomía*.

(35) *Ciceron, de la Amistad, XXV.*

(36) Ciceron., *D. del Or. L. II.*, 6.

(37) «Las comedias de Terencio, fueron atribuidas á Escipion Emiliano.» (*Quintiliano, Lib. X, cap. I.*)

(38) «Escipion, aunque grande y patricio, procuraba aumentar su poder, y conseguir las altas magistraturas, mediante el favor del pueblo.» (*Plutarco, Vida de Paulo Emilio.*)

(39) Hé aquí como A. Berger, resume varias opiniones, emitidas por los escritores antiguos, sobre la muerte de Escipion. ¿Fué la muerte de Escipion, dice, el resultado de un crimen? Patérculo se inclina á creerlo, y añade que la garganta del cádaver ofrecia señales de violencia (II. 4.) ¿Quién fué el asesino? Ciceron da á entender que era de la casa misma de Escipion (*De la Nat. de los Dioses, III, 32.*) Appiano va más léjos, y nombra al asesino. «Segun unos, éste tenia por instigadores á Cornelia, madre de los Gracos, y á su hija Sempronía casada con Escipion, á quien no amaba y del cual no era amada.» (*Guerras civiles, I. 2.º*). Appiano mismo se contradice, cuando despues atribuye la muerte de Escipion á un suicidio á que este habria recurrido, viendo que no podia cumplir las promesas que habia hecho. El mismo Appiano se contradice nuevamente, al referirse á las declaraciones de los esclavos de Escipion, cuando fueron sometidos á tormento. «Declararon que unos desconocidos, que habian entrado en la casa por una puerta escusada, habian estrangulado á Escipion, y que, si nada habian declarado hasta entónces, era porque veian que el pueblo se alegraba de aquella muerte.» (*Elo. Lat. cap. XXI.*)

DISCURSO SEXTO.

LOS GRACOS.

SEÑORES:

En la primera conferencia del presente curso, pinté, á grandes rasgos, la influencia literaria y científica que antiguamente ejerció Grecia sobre Roma, y la que Roma ha ejercido, y viene ejerciendo, sobre nosotros; y establecí, y procuré demostrar, lo más sólidamente que me fué posible, que los jóvenes podrian obtener gran provecho del estudio de las biografias de los hombres ilustres, para formar su carácter, y del estudio de los monumentos literarios de la antigüedad, para enriquecer el tesoro de sus conocimientos, y formar las prendas de su inteligencia.

Indiqué, otra noche, las principales fuentes á

(36) Ciceron., *D. del Or. L. II.*, 6.

(37) «Las comedias de Terencio, fueron atribuidas á Escipion Emiliano.» (*Quintiliano, Lib. X, cap. I.*)

(38) «Escipion, aunque grande y patricio, procuraba aumentar su poder, y conseguir las altas magistraturas, mediante el favor del pueblo.» (*Plutarco, Vida de Paulo Emilio.*)

(39) Hé aquí como A. Berger, resume varias opiniones, emitidas por los escritores antiguos, sobre la muerte de Escipion. ¿Fué la muerte de Escipion, dice, el resultado de un crimen? Patérculo se inclina á creerlo, y añade que la garganta del cádaver ofrecia señales de violencia (II. 4.) ¿Quién fué el asesino? Ciceron da á entender que era de la casa misma de Escipion (*De la Nat. de los Dioses, III, 32.*) Appiano va más léjos, y nombra al asesino. «Segun unos, éste tenia por instigadores á Cornelia, madre de los Gracos, y á su hija Sempronía casada con Escipion, á quien no amaba y del cual no era amada.» (*Guerras civiles, I. 2.º*). Appiano mismo se contradice, cuando despues atribuye la muerte de Escipion á un suicidio á que este habria recurrido, viendo que no podia cumplir las promesas que habia hecho. El mismo Appiano se contradice nuevamente, al referirse á las declaraciones de los esclavos de Escipion, cuando fueron sometidos á tormento. «Declararon que unos desconocidos, que habian entrado en la casa por una puerta escusada, habian estrangulado á Escipion, y que, si nada habian declarado hasta entónces, era porque veian que el pueblo se alegraba de aquella muerte.» (*Elo. Lat. cap. XXI*)

DISCURSO SEXTO.

LOS GRACOS.

SEÑORES:

En la primera conferencia del presente curso, pinté, á grandes rasgos, la influencia literaria y científica que antiguamente ejerció Grecia sobre Roma, y la que Roma ha ejercido, y viene ejerciendo, sobre nosotros; y establecí, y procuré demostrar, lo más sólidamente que me fué posible, que los jóvenes podrian obtener gran provecho del estudio de las biografias de los hombres ilustres, para formar su carácter, y del estudio de los monumentos literarios de la antigüedad, para enriquecer el tesoro de sus conocimientos, y formar las prendas de su inteligencia.

Indiqué, otra noche, las principales fuentes á

que para este estudio iba á recurrir, y enumeré los hombres que más se habian distinguido, en Roma, como oradores; á pesar de la rudeza de los tiempos, en los tres siglos que siguieron á la fundación de la República. Despues hablé de Caton el Antiguo, considerándole como orador y político, y como un dique levantado, inútilmente, contra aquella corriente caudalosa que llevaba revueltos y confundidos á Roma, las letras, las artes, las riquezas, el lujo y la corrupcion, que los pueblos de la Grecia, y más aún los del Asia, arrojaban de su impuro seno. La penúltima noche que nos reunimos, os hice observar los rápidos progresos que habian hecho las letras romanas, en el segundo siglo ántes de Jesucristo; el movimiento científico y literario que se verificó cuando el filósofo Carneades estuvo en Roma, y se estrecharon, allí, las relaciones con Atenas; diciéndoos algo, al propio tiempo, de lo poquísimo que los modernos saben, sobre varios hombres ilustres que, en su época, tuvieron reputacion de oradores. Y, os hablé, muy particularmente, el viernes anterior, de Servio Galba, Cayo Lelio y Escipion Emiliano, en los cuales se manifestaba ya, y con especialidad en los dos últimos, la grande influencia de las letras griegas.

Ahora me corresponde hablaros de dos figuras

simpáticas y grandes que produjo aquella época; de dos hombres odiados y temidos por la aristocracia, amados con entusiasmo por el pueblo, elogiados, como oradores, y vituperados, como políticos, por Ciceron, y, poco ménos que deificados, por los modernos propagadores de la democracia anarquista. Todos habeis comprendido que me refiero á los Gracos, á aquellos dos célebres hermanos que brillaron tanto por su elocuencia, como por su talento, sus virtudes y desgracias. Aunque ellos recorrieron la escena política de Roma como fugaces meteoros luminosos, ó como tempestades que van de paso, ofrecen grandes enseñanzas que nunca serian tan oportunas ahora, si nouviésemos á la vista, por desdicha nuestra, otras enseñanzas, más recientes y amargas, para todos los españoles de conciencia recta. No espereis que presente á los Gracos, sólo como dos victimas de su amor al pueblo, como dos mártires de la democracia romana. Creo que pueden atraerse nuestra admiracion, sin fijarnos en esos títulos, en que vulgarmente se hace consistir su gloria. Más digo aún: esos títulos les han sido cuestionados, y son los únicos que dejan, en suspenso, el juicio de todo hombre que, despreciando las declamaciones tribunicias de los demagogos, sea capaz de discurrir como hombre

de Estado, y conocer el verdadero mérito de las acciones humanas, á través del fanal engañoso de las apariencias, ódios y parcialidades, donde todo se deprime ó celebra exageradamente.

Hasta hoy, he procurado ceñirme á la materia que nos ocupa, sin otras digresiones que algunas ligerísimas, no mal recibidas por vosotros, é inspiradas por el estado actual de nuestra patria. Esta noche que voy á hablaros de dos hombres que fueron grandes oradores, y protagonistas en el más sangriento drama que habia presenciado Roma hasta entónces, y que agitaron su patria, temerariamente, en aras de un deseo de reformas, que no fué acompañado del acierto y la prudencia que acaso mereciera; esta noche que me refiero á un pueblo castigado, como España hoy, con discordias civiles; regado, como tambien lo está el suelo de nuestra patria, con la sangre de sus hijos; amenazado de los infinitos males que la desgracia desata, contra las naciones, cuando se rompe el equilibrio de los poderes, como aquí se ha roto, la armonía de las clases y el freno de las aspiraciones populares, y cuando locamente se agitan, como aquí se han agitado, cambios repentinos, ú hondas reformas que amenacen la propiedad, cualesquiera que sean los vicios que la afecten; esta noche, repito, el propósito que

de ordinario me anima, de ceñirme á la cuestion, tiene que ser más firme que nunca, por lo mismo que los estímulos que me inducen á apartarme de ella, son más numerosos y mayores, que otras veces.

La existencia de los Gracos ofrece dos períodos que casi se confunden, uno de los cuales comprende su primera juventud, su época de preparacion; y, el otro, el resto de sus días, ó, lo que es lo mismo, su época de accion. Ambos períodos son, en ellos, por igual interesantes; mas, el primero demuestra que no fueron, solos, los artífices de su mérito, y, el segundo, que no están exentos de responsabilidad, en los sucesos que ocasionaron su propia ruina, y las desgracias de sus partidarios.

Algunos hombres tienen que luchar, para elevarse, como sucedió á Caton en Roma, á Temistocles en Grecia, y, casi en nuestro siglo, á Napoleon I, tienen que luchar, digo, contra la pobreza, contra la humildad de su origen, contra mil pequeñas contrariedades que hacen más lenta y penosa, la marcha hácia las cumbres de la reputacion y del poder. Mas, los Gracos, encontraron su camino libre de obstáculos de esta naturaleza, y áun preparado para que pudiesen recorrerlo fácilmente. Eran nietos del gran Escipion, del

vencedor de Anibal, y eran hijos de T. Sempronio Graco, que tuvo, y mereció tener, todos los honores á que en su patria se podia aspirar, y cuya memoria respetabilísima iba, delante de ellos, como una vanguardia que los anunciaba y protegía.

Pero, estos beneficios de la fortuna, eran nada comparados con otro beneficio que la fortuna les dispensó. La fortuna, señores, ó, mejor dicho, la Providencia, (si he de hablar como cristiano), no puede otorgarnos en nuestra niñez y nuestra infancia, que son el jardín de nuestra vida, ningun presente tan estimable, tan precioso, tan casi divino, como una madre que sea nuestro ángel tutelar sobre la tierra; que no contenta con alimentar nuestra sangre con su sangre, con celebrar nuestras primeras sonrisas con sus más inefables alegrías, sepa esparcir en nuestra alma las semillas de la virtud, y los gérmenes de los nobles y grandes sentimientos; como una madre que, no sólo tiemble y se aflija, ante la idea de nuestros males, y no sólo se regocije con la esperanza segura de nuestra dicha, sino que sueñe venturas para nosotros, y nos eleve, con su amor y sus deseos, á donde acaso no pueda elevarnos nunca nuestro mérito; como una madre, en fin, que sepa limitar su ternura á nuestro bien, y no

olvide jamás que, al producirnos hombres, contrajo la obligacion de educarnos para que llenemos, dignamente, en el mundo, nuestro destino de hombres.

Pues bien, señores, Cornelia, la madre de los Gracos, fué un modelo de madres, y poseyó, como mujer, cualidades superiores á su sexo, y nada comunes en aquel tiempo en que, las costumbres y los caractéres, iban degenerando y corrompiéndose. Tuvo, en grado altísimo, dos virtudes que parecian familiares á los antiguos romanos, la fortaleza y la templanza, á las cuales acaso debió Roma gran parte de su elevacion, y cuyo olvido contribuyó, más tarde, poderosamente, á los desastres interiores y exteriores de la República. Aquella mujer sólo aspiraba á la gloria de sus hijos, que era la suya; los consideraba como las únicas joyas dignas de envanecerla; los rodeó de los maestros más sábios de la Grecia, para que desarrollasen las felices disposiciones con que habian nacido; estaba siempre halagando la esperanza de que llegasen á ser dos hombres eminentes; fomentaba la ambicion en sus corazones juveniles, diciéndoles que queria que la llamasen *la madre de los Gracos*, y no la suegra de Escipion Emiliano; honró su viudez rechazando las pretensiones del rey Ptolomeo.

que le ofrecía su mano y su corona; y después de haber asistido á aquellos dramas sangrientos en que perecieron sus hijos, y cuando ya los años hacían venerables sus palabras, su alma noble y magnánima se complacía en recordar las luchas políticas de los Gracos, y en referirlas con el severo acento de la Historia, como más tarde las refirió Plutarco. (1)

Tal fué la escuela á que los Gracos asistieron, ántes de ir, el primero de ellos, á Cartago, y el segundo á Numancia, á las órdenes de su cuñado Escipion, á hacer el aprendizaje de la guerra con tan insigne caudillo. (2) Otra guerra muy distinta les esperaba: guerra de clases é intereses encontrados; de ambiciones, de ódios, de venganzas, en que iban á tener el Foro romano por campo de batalla, á los patricios por enemigos, y la elocuencia como arma ofensiva y defensiva.

Pero, ¿qué prestigio no sería indispensable para rivalizar con el Senado, representante en Roma de las glorias militares, y depositario de las luces, de la riqueza, y hasta de los intereses mismos de la religion? ¿Qué elocuencia no sería menester para conseguir este prestigio, y gobernar una muchedumbre tumultuosa que oía, frecuentemente, la palabra de otros oradores antagonistas de los Gracos? Y ¿qué idea no concebi-

mos de dos tribunos que sostuvieron, separadamente, luchas encarnizadas contra tantos y tan poderosos enemigos, sobre todo, cuando recordamos que fueron jóvenes que apenas habían cumplido los treinta años de su edad, y que hubo épocas, aunque breves, en que no sólo gobernaron, sino imperaron por completo, en Roma? (3) Aunque no lo atestigüase la Historia, sólo por el poder que la palabra les dió sobre las muchedumbres, podriase conjeturar que, la elocuencia de los Gracos, era un modelo de elocuencia tribunicia.

En realidad, muchas causas contribuyeron, de consuno, á ello. Educados para oradores, tuvieron que estudiar los modelos griegos, y entre los modelos griegos, á Demóstenes, que sobresale, entre ellos, como un alto roble entre pequeños arbustos, y cuya elocuencia vehemente y poderosa, era propia para halagar y conciliarse la afición de aquellos jóvenes, no afeminados con la molición en que otros muchos consumían, la llama de su cuerpo y de su espíritu; y ántes bien, fortalecidos por la temperancia, y estimulados, en las empresas difíciles, por tempranas ambiciones y ensueños de poder y gloria (4). En ninguna parte encuentro escrito que los Gracos estudiasen á Demóstenes; mas ¿podemos creer que no lo co-

nociesen cuando ya Caton lo había imitado, con grande éxito, cuarenta años ántes? ¿Podemos creer que al prepararse para los combates rudos que sostuvieron contra la aristocracia, desdeñasen buscar sus armas en un depósito abierto, donde sabían que se encontraban las mejores? Ellos, que fueron educados para tribunos y tuvieron maestros griegos á su lado, ¿no estudiarían, por necesidad, las obras griegas que nosotros estudiamos por recreo? Cuando leemos algunos breves pasajes de los discursos de los Gracos, que parecen, por su fuego y brillo, centellas brotadas al calor de las *filípicas*, ¿insistiremos en creer, á pesar de todo, que los Gracos no tomaron su elocuencia, en (cuanto puede adquirirse lo que en mucha parte es un don natural,) de la única fuente que entonces la producía, y mejor la ha producido hasta el presente? (5) Tanto valdria decir que, al talento épico de Virgilio, no contribuyó el de Homero, ó que nuestro Garcilaso no estudió á Virgilio, en sus poesías pastoriles, cuyas escenas imitó y cuyos dulces tonos reprodujo.

Además de los modelos griegos, tuvo que influir, en la elocuencia de los Gracos, la índole misma del teatro en que ejercitaron su palabra. Un pueblo entero, y, sobre todo, un pueblo como el Romano, que no estaba hecho á divertimientos

literarios, queria algo más que flores retóricas para satisfacerse, ó sentirse conmovido. Necesitaba grandes imágenes que hablasen á su vista, ántes de penetrar en su alma; una voz fuerte y sonora que alcanzase á les extremidades del extenso auditorio que, por lo comun, rodeaba á los tribunos; unos ademanes impetuosos, que se viesen desde lejos, y supliesen las palabras perdidas por la distancia; y todos aquellos medios y resortes que obran fuertemente sobre el corazón del hombre, y la voluntad de las grandes colectividades. Colocados los Gracos en el foro de Roma, rodeados de una mar hirviente de cabezas humanas, su palabra tuvo que poseer todos los atributos de la elocuencia tribunicia; y tan necesarios eran esos atributos para producir las agitaciones de que nos habla la Historia, como son necesarios los vientos impetuosos para levantar las tempestades del Océano, no tan temibles, muchas veces, como las tempestades populares.

Aquí debo advertiros que, aunque mis palabras se refieren á T. Graco, lo mismo que á su hermano Cayo, caracterizan más á este último; sin que, por esto, las diferencias que los separaban, como oradores, supongan en la elocuencia de Tiberio otra índole distinta de la que le he atri-

buido, aunque el carácter tribunicio no lo tuviera en tan alto grado. En todo lo concerniente á las virtudes domésticas y públicas eran idénticos en el fondo, si bien más espléndido Cayo que Tiberio, y estaban animados de igual intenso amor á la gloria, y, en general, de las mismas rectas intenciones; mas, sus facultades intelectuales, y algunas prendas de su carácter, eran muy distintas. (6) Tiberio había recibido de la naturaleza, un temperamento físico y moral más apacible que el de su hermano. Su alma noble y grande estuvo siempre dispuesta á la concordia: lo estuvo cuando presentó su primera ley sobre la repartición de las tierras comunales; lo estuvo, repetidas veces, cuando propuso al pueblo la deposición del tribuno Octavio, que olvidando la amistad que le debía, se hizo, de improviso, partidario de los nobles; y lo estuvo, también, en aquel día aciago y funesto en que presentándose en el Capitolio, sin ningún aparato de fuerza, fué atacado y muerto, con muchos de los suyos, por el partido aristocrático. Le calumnia Ciceron, cuando dice que tuvo la voluntad de hacer el mal, en tan alto grado como el talento de la palabra. (7) De las cosas que fueron realizadas ó intentadas por Tiberio, todas, ménos una á que fué precipitado, llevan impreso el sello de las buenas intenciones;

y, cabalmente, las intenciones es lo ménos reprochable en los Gracos. Plutarco, que ha servido á la Historia más que Ciceron, que había nacido en Grecia, y en un siglo libre de las contiendas intestinas de la República, es más digno de fé que aquel padre de la pátria, amante siempre de la púrpura senatorial, más que de las humildes mantillas en que naciera, y que estaba, sin duda alguna, impresionado, á todas horas, por la conjuración de Catilina.

Pero, yo mismo, que invoco el testimonio de Plutarco, debo ahora, no rechazar, pero sí completar, la pintura que éste hace, del carácter oratorio de T. Graco. Dice que su dición era purísima y escogida, y que su elocuencia, suave y templada, era propia para mover los afectos tiernos del alma. Añade que, al hablar en público, guardaba siempre un gran comedimiento, sin agitarse de un lado á otro en la tribuna, ni abandonarse á una inspiración desordenada, ó demasiado fogosa. No niego que un orador de sus cualidades morales, despertara, con su palabra, cuando tal fuese su objeto, sentimientos de clemencia y ternura, á que era inclinado su ánimo; y no es dudoso que, cuando viendo su vida amenazada por el puñal y el veneno de los patricios, recomendó sus hijos, niños aún de corta edad, á la pro-

teccion del pueblo, (8) no es dudoso, repito, que los acentos y ruegos de Tiberio Graco, serian bastante sentidos y conmovedores, para que, las paternales inquietudes de su corazon, penetrasen, como un fluido invisible y contagioso, en el corazon de su auditorio.

Mas, de que fuese capaz de producir tales impresiones, no debe deducirse que siempre las produjese, ó que para ningunas otras tuviera tanta eficacia su palabra. Grande orador, (9) tuvo la facultad natural, desarrollada con el estudio y el ejercicio, de expresar felizmente cuanto pensaba ó sentia. No fué la clemencia lo que inspiró al pueblo, al justificarse por haber hecho que se depusiera de su cargo al tribuno M. Octavio; en cuya ocasion tuvo que pintar, el olvido en que éste habia echado los intereses populares; no fué, tampoco, la compasion lo que hizo sentir á su auditorio, cuando, defendiendo, poco ántes, su primera ley agraria, «con una elocuencia capaz de conseguir el triunfo, no de aquel proyecto, que era bueno, sino de uno malo,» (10) y espresándose con un entusiasmo y un calor que le salian del alma, puso en fuga á sus enemigos, ántes de atacarles directamente, y sentirse enardecido por el calor del debate. En ninguno de estos casos, ni en otros que podria citaros, y que tuvie-

ron lugar despues de su ruptura con los nobles, fueron sentimientos suaves los que despertó su palabra; sino, más bien, sentimientos fuertes, y en cierto modo belicosos, capaces de producir el miedo en sus contrarios, y la firmeza, y áun la osadia, en aquella plebe devorada por la usura, y abatida por los privilegios del patriciado. Y en esto me fundo para deciros que, en la elocuencia de Tiberio Graco, seguramente prevaleció el sello de la inspiracion que la produjo; el sello de la inspiracion tribunicia. Mas, quiero que juzgueis, por vosotros mismos, y, con tal objeto, voy á permitirme leeros algunas palabras del discurso en que T. Graco, ya tribuno, apoyó ante el pueblo Romano, su primera ley agraria. Oid:

«Inferiores á las bestias salvajes de la Italia, que tienen bosques y cavernas donde guarecerse, los que combaten y mueren por la defensa de la Italia misma, sólo tienen la luz que los alumbrá y el aire que respiran. Sin hogar, sin residencia fija, van errantes de un lado para otro, con sus mujeres é hijos. Les engañan sus generales cuando, en las batallas, les animan á combatir por las tumbas y los templos. ¿Dónde hay, entre tantos miles de romanos, uno solo que tenga un altar doméstico, ó haya podido consagrar un sepulcro á sus mayores? Si combaten y mueren, es

teccion del pueblo, (8) no es dudoso, repito, que los acentos y ruegos de Tiberio Graco, serian bastante sentidos y conmovedores, para que, las paternales inquietudes de su corazon, penetrasen, como un fluido invisible y contagioso, en el corazon de su auditorio.

Mas, de que fuese capaz de producir tales impresiones, no debe deducirse que siempre las produjese, ó que para ningunas otras tuviera tanta eficacia su palabra. Grande orador, (9) tuvo la facultad natural, desarrollada con el estudio y el ejercicio, de expresar felizmente cuanto pensaba ó sentia. No fué la clemencia lo que inspiró al pueblo, al justificarse por haber hecho que se depusiera de su cargo al tribuno M. Octavio; en cuya ocasion tuvo que pintar, el olvido en que éste habia echado los intereses populares; no fué, tampoco, la compasion lo que hizo sentir á su auditorio, cuando, defendiendo, poco ántes, su primera ley agraria, «con una elocuencia capaz de conseguir el triunfo, no de aquel proyecto, que era bueno, sino de uno malo,» (10) y espresándose con un entusiasmo y un calor que le salian del alma, puso en fuga á sus enemigos, ántes de atacarles directamente, y sentirse enardecido por el calor del debate. En ninguno de estos casos, ni en otros que podria citaros, y que tuvie-

ron lugar despues de su ruptura con los nobles, fueron sentimientos suaves los que despertó su palabra; sino, más bien, sentimientos fuertes, y en cierto modo belicosos, capaces de producir el miedo en sus contrarios, y la firmeza, y áun la osadia, en aquella plebe devorada por la usura, y abatida por los privilegios del patriciado. Y en esto me fundo para deciros que, en la elocuencia de Tiberio Graco, seguramente prevaleció el sello de la inspiracion que la produjo; el sello de la inspiracion tribunicia. Mas, quiero que juzgueis, por vosotros mismos, y con tal objeto, voy á permitirme leeros algunas palabras del discurso en que T. Graco, ya tribuno, apoyó ante el pueblo Romano, su primera ley agraria. Oid:

«Inferiores á las bestias salvajes de la Italia, que tienen bosques y cavernas donde guarecerse, los que combaten y mueren por la defensa de la Italia misma, sólo tienen la luz que los alumbra y el aire que respiran. Sin hogar, sin residencia fija, van errantes de un lado para otro, con sus mujeres é hijos. Les engañan sus generales cuando, en las batallas, les animan á combatir por las tumbas y los templos. ¿Dónde hay, entre tantos miles de romanos, uno solo que tenga un altar doméstico, ó haya podido consagrar un sepulcro á sus mayores? Si combaten y mueren, es

de la cólera, turbó la majestad y grandeza de aquel debate, que, sostenido por otros hombres, habria, acaso, degenerado en un pugilato indigno (13). Tiberio derrotó á su antagonista, y con su antagonista á la nobleza; pero la nobleza romana era muy fuerte para que se inclinase ante el poder de un jóven de 29 años. No obtuvo, sin embargo, este triunfo sin haber tenido que conseguir del pueblo, la deposicion del tribuno Octavio, y el nombramiento de otro más dócil á sus miras. Este acto se consideró tan inaudito, que, al cabo y al fin, mermó en algo la popularidad del omnipotente Tribuno, y le obligó á pronunciar un discurso para justificarse. De los principales argumentos que con tal objeto presentara, se conserva un resúmen, digno, á juicio mio, de ser conocido. Hélo aqui:

«El tribuno es sagrado é inviolable, porque se consagra al Pueblo, y vela por los intereses del Pueblo. Pero si falta á los deberes de su cargo, si desampara al Pueblo ó quebranta su soberanía, si le impide manifestar su voluntad por medio de los sufragios, se priva, á sí propio, de los privilegios inherentes al tribunado, porque no cumple los compromisos que esta dignidad le impone. ¿Sufriríamos que un tribuno demoliese el Capitolio, ó incendiase nuestros arsenales? No dejaria

de ser tribuno al cometer estos atentados, aunque seria un tribuno indigno. Mas, si llega su maldad hasta privar al Pueblo de su poder, por este solo hecho, en el acto deja de ser tribuno. Seria una extraña inconsecuencia, que, mientras un tribuno puede ordenar la prision de un Cónsul, elegido, como él, por el Pueblo, el Pueblo no tuviese el derecho de quitar al tribuno, unas facultades de que abusa, con perjuicio del poder que se las confirió. La dignidad real que reúne, en sí, todos los poderes, y se consagra, además, con ceremonias religiosas que le imprimen un carácter augusto, no impidió que Roma destronase á Tarquino, porque usaba injustamente de su autoridad de Rey; habiendo bastado el crimen de uno solo, para abolir esta antigua y suprema magistratura, á la cual debió Roma su fundacion. ¿Hay aquí algo más santo y venerable, que esas virgenes que cuidan el fuego sagrado? Y, sin embargo, cuando alguna de ellas quebranta sus votos de castidad se la entierra viva. El olvido de sus deberes para con los Dioses, les priva de una inviolabilidad, que sólo tienen para mejor servir á los Dioses. No es justo, pues, que el tribuno que combate al Pueblo, conserve la inviolabilidad de que el Pueblo, por su propio interés, le invistiera, puesto que tal tribuno destru-

ye la autoridad de que la suya emana. Si justamente ha obtenido el tribunado por el voto de la mayoría de las tribus, ¿cómo no podrá perderlo, más justamente aún, cuando las tribus unánimes han votado la deposición? ¿Hay, entre nosotros, cosa alguna más sagrada que las ofrendas religiosas? ¿Y quién ha impedido jamás, al Pueblo, trasladarlas de un lugar á otro, y disponer de ellas á su arbitrio? Tenia, sí, el Pueblo, el derecho de disponer del tribunado, como dispone de las ofrendas, trasfiriéndolo de una ó otra persona; con tanta mayor razon, cuanto que se trata de un cargo que no es inamovible, como lo prueba el que, á las veces, los investidos con él lo han renunciado, suplicando que se les exima del compromiso de servirlo.» (14)

Claramente se ve que están llenos de fuerza estos razonamientos. No muestra ese periodo el estilo del orador. Es un extracto descarnado, sin las formas y colores del gran discurso á que pertenecía. Aun las comparaciones que establece, son medios directos de confirmacion y prueba, y no, en manera alguna, adornos sólo destinados á embellecer.

A partir de esta época, el Senado y el Tribuno se hicieron guerra declarada. El Senado, resentido, mortificó cuanto pudo, y precipitó á Tibe-

rio Graco, y éste hirió y precipitó, á su vez, con nuevas reformas (15) á aquella augusta asamblea. Ambos fueron culpables; pero más culpable, el que tenia más deber de mostrarse prudente y conciliador; el Senado. No intentaré describir la muerte de Tiberio Graco. Baste decir que, al verificarse la votacion de sus nuevas leyes, pereció á manos de los nobles, y hallándose rodeado del pueblo, que no supo, ó no quiso defenderle, y que despues no hizo otra cosa que recordarle, acaso con remordimientos, si es que las grandes colectividades pueden tener remordimientos.

Señores: bella y grande es, sin disputa, la figura de Tiberio Graco; pero aún más grande y bella es la de su hermano Cayo. Cuando despues de la trágica muerte de Tiberio se vé á Cayo Graco, jóven entónces de veintiun años, retirarse de la escena política que ya comenzaba á frecuentar; cuando se le contempla en la flor de su juventud, en la edad de las pasiones, de los placeres, de la inexperiencia, refrenado su carácter, que era vehementísimo y arrebatado, y entregándose, con ardor, al estudio de la elocuencia, sin cuidarse, aparentemente, de la memoria de su hermano; cuando se vé su frente nublada por sombras de siniestra melancolía, persistiendo un año, y otro año, en mantenerse lejos de los nego-

cios públicos, pero siempre como nave de guerra que, si no se lanza á los mares, tampoco interrumpe sus bélicos preparativos, entónces, señores, siente uno deseos de penetrar en los misterios de su alma, para descubrir la grande incubacion que se estaba allí verificando; y sin conocer el resto de su historia, no puede ménos de considerásele como un génio poderoso, que aguarda el momento oportuno de manifestar las fuerzas de su inteligencia, y el fuego de su corazon.

Cayo Graco dió principio á su carrera oratoria, consagrando una ofrenda á la amistad. Su primer discurso tuvo por objeto defender á un amigo suyo, en un proceso político. Yo conjeturo que tendria entónces unos veinticinco años (16). Su elocuencia produjo tan grande éxito, que en un solo dia fué elevado, por la opinion pública, sobre todos los demás jóvenes oradores. El Pueblo, loco de alegría, segun dice Plutarco, le consideró digno hermano de Tiberio, y puso en él todas sus esperanzas; y el Senado, con no ménos instinto para temer, que el Pueblo para confiar, vió en Cayo un futuro enemigo, un peligroso caudillo de las muchedumbres, un terrible vengador de su hermano Tiberio; el cual, despues de su muerte, podia acaso más que cuando arengaba á la plebe desde el Foro romano.

El Senado hacia bien en temer á Cayo Graco; pero no porque fuese un enemigo rencoroso (17), sino porque era un enemigo formidable, cuyas virtudes no dejaban ningun portillo abierto, por donde pudiesen herirle la envidia y la calumnia; hacia bien en temerle, porque el talento y la elocuencia de aquel jóven de veinticinco años, resplandecian y dominaban, en su patria, como una grande antorcha entre pequeñas luces artificiales, amenazando, con derrota segura, al temerario que le provocase á un combate singular. Los patricios habian, por su parte, abusado bárbaramente de su victoria, cuando la muerte de Tiberio; y sabido es que la injusticia lleva consigo el remordimiento, y el remordimiento el miedo. Juntábase á esto que Cayo Graco habia manifestado, desde sus principios, un valor y unos ímpetus indomables; una prudencia que parecia incompatible con el fuego de su carácter, y sus pasajeros arrebatos; una magnanimidad de sentimientos que le llevaba á defender á los débiles, contra los fuertes y opresores, y un corazon demasiado generoso para que pudiese conocer, ántes de aprenderlo con crueles desengaños propios, que quien se apoya en las muchedumbres se apoya en moveziza arena, y que los favores del pueblo son flores de un dia, que se reciben fragantes por la ma-

ñana, y se marchitan y deshojan por la tarde.

Las inquietudes de los patricios se calmaron algo, cuando Cayo Graco, á los veintiseis ó veintisiete años de edad, fué de Cuestor á Cerdeña con el cónsul Orestes. Mas como los talentos superiores brillan donde quiera que están, Cayo acudió á las necesidades del ejército, recorriendo las ciudades de la Isla, y consiguiendo, por medio de sus discursos, que voluntariamente diesen un auxilio, de cuya obligacion estaban ya exentas, por acuerdo del Senado. Este alto cuerpo, muy lejos de agradecer aquel gran servicio, y verdadero triunfo de la palabra y del celo de Cuestor, ofendióle con providencias intencionadas é injustas (18). Cayo Graco resentido volvió á Roma, y fué acusado, ante los Censores, por no haberse aguardado hasta el regreso del cónsul con quien servía. Se justificó en un discurso, y fué absuelto. De esta defensa se conservan algunas frases, que voy á permitirle leer. Cuando no fuesen un testimonio de su viril elocuencia, lo serian de la inmoralidad que, ya en su tiempo, reinaba, y de la pureza de sus costumbres é integridad de su carácter. Hé aquí sus palabras:

«En Cerdeña me he conducido como más convenia á vuestros intereses, y no como habria podido convenir á los míos y á mi ambicion..... Mi

conducta ha sido tal, que nadie podrá decirnos, sin mentir, que yo haya aceptado ni un solo presente, ó consentido que se haga el más ligero gasto en mi obsequio. Dos años (19) he estado en la provincia. Si en todo ese tiempo una cortesana ha pisado los umbrales de mi casa; si una joven esclava ha servido á mis placeres, consideradme como el último, como el más vil de los hombres. Por mi conducta con los esclavos, podreis comprender la que he seguido con los demás que me rodeaban..... Romanos: salí de aquí con los bolsillos llenos de dinero, y he vuelto con ellos vacíos. En cambio, otros han traído llenas de oro, las ánforas que llevaron llenas de vino (20).»

A esta primera acusacion siguieron otras varias que motivaron, á su vez, otras tantas defensas igualmente felices. Muy lejos de perjudicar con estos procesos á Cayo Graco, la nobleza le ofrecia en ellos, sin conocerlo, medios de acreditar su talento, y ocasiones de aumentar su prestigio entre la plebe. Apenas solicitó el tribunado, la Italia entera acudió á favorecerle con sus votos. Fué tan grande la concurrencia, que, parte de ella, no teniendo alojamiento en Roma, tuvo que estar acampada á la intemperie, hasta que se cerraron los comicios.

Una vez investido de la potestad tribunicia,

lo primero que hizo fué vengar á su hermano, y á los que habian perecido por seguirle. Arengó al Pueblo con un discurso elocuentísimo, y en seguida propuso que «el funcionario público que hubiese sido depuesto por el Pueblo, quedaba incapacitado para ejercer todo cargo; y el magistrado que hubiese proscrito algun ciudadano sin las formalidades legales, seria juzgado por el Pueblo, sin apelacion.» De estos dos golpes, el primero iba dirigido contra Octavio, y el segundo contra el pretor Popilio, que habia decretado, cuando tuvo lugar la muerte de Tiberio, destierros arbitrariamente. Hé aquí algunas palabras de las que, en aquella ocasion, pronunciara Cayo Graco:

«Vuestros antepasados declararon la guerra á los Faliscos para vengar una injuria, de palabra, inferida al tribuno del Pueblo Genucio; y condenaron á muerte á Cayo Veturio sólo porque, en la plaza pública, cometió un desacato, no apartándose para que pasase un tribuno. En cambio, esas gentes (señalando á los nobles), á vuestra propia vista han dado muerte á mi hermano Tiberio; han arrastrado su cuerpo por toda la Ciudad, desde el Capitolio al Tiber, donde fué arrojado; y á todos los amigos que le seguian, les han hecho perecer sin ninguna forma de justicia.

Esto ha acontecido en Roma, donde en todo tiempo, antes de juzgar á nadie en rebeldía, á los mismos acusados de crimen capital, que se negaban á comparecer en juicio, desde por la mañana se les enviaba, á la puerta de su casa, un heraldo que los citara; sin que jamás los jueces condenasen sin haber llenado esta formalidad. ¡Tan grande era la prudencia de nuestros mayores, y tantas las precauciones que tomaban antes de fallar sobre la vida de los ciudadanos!» (21)

Desde luego que las pocas palabras que he leído no bastan, por sí solas, á justificar la gran reputacion oratoria de Cayo Graco. Tienen fuerza las ideas, y los contrastes están bien buscados para deprimir la conducta de los patricios. Por desgracia, á estas pequeñas muestras de su elocuencia, no puedo añadir otras mejor elegidas y mayores, porque, sólo algunos leves vestigios se conservan, de cuanto produjo su hermoso entendimiento, y su ardiente corazon.

Hé aquí un pasaje, breve como todos los de sus discursos, que poseemos, perteneciente á la arenga pronunciada por él, contra la ley Aufeia:

«Romanos: Si examináis los móviles que conducen á la tribuna, encontrareis que todos los oradores suben á ella tras de alguna recompensa. Cuantos aquí hablamos ambicionamos algo; todos

queremos el galardón de nuestro trabajo. Yo mismo, que os aconsejo con el sólo deseo de favorecer vuestros intereses, y mejorar la administración del Estado, no os doy de balde, por decirlo así, mis palabras; porque, si no codicio vuestras riquezas, codicio, sí, vuestra estimación. Otros se conducen de muy diverso modo, y al número de ellos pertenecen muchos de los que combaten, y muchos, también, de los que defienden la ley. La combaten, sí, hombres, que se rien de vuestro aprecio, aspirando sólo á obtener los donativos de Nicomedes. La apoyan, otros, que tampoco se cuidan del concepto que forméis de ellos, y que únicamente sueñan, en el vil estipendio que Mitridates les concederá. Los que, sin más moralidad que éstos se callan ante sus palabras, no son menos egoístas, y engañar á todo el mundo es lo que se proponen. Os engañan á vosotros, que, complacidos con su silencio, les dispensáis vuestra estimación; y engañan, igualmente, á los embajadores del Rey, porque se explican, tal retraimiento, de un modo favorable á los intereses que gestionan, y les pagan con fuertes sumas. Los que siguen esta perversa conducta, proceden, en cierto modo, como Démades, orador de los más elocuentes que había entonces en Atenas. Un poeta se alababa de haber recibido un talento,

por una sola composición. ¿Te alabas de haber ganado un talento por hablar? Yo he recibido diez, de manos del Rey, sólo por callarme. De igual manera, ciudadanos, el silencio es aquí lo que más produce.» (22)

Aulo-Gelio compara, (23) dos breves pasajes de cierto discurso de Cayo Graco, con otros análogos pertenecientes á Catón el Antiguo y Cicerón, y dá la preferencia á los de éstos últimos. Dejando á un lado que se pudo tener en Roma una palabra elocuentísima, sin aventajar á tan grandes hombres, os haré notar que al expresarse, dicho autor, en tal sentido, confiesa que á Cayo Graco se le tenía por orador enérgico y vehemente, y que nadie le negaba estas cualidades, llegando su mérito hasta parecer, á algunos, más vigoroso, más vivo y abundante que Cicerón. Las palabras que cita, y sobre las cuales establece el paralelo, pertenecían al discurso de Cayo *sobre las leyes promulgadas*, donde el Tribuno deploraba con indignación, los ultrajes inferidos, sin motivo alguno, por magistrados de Roma, á varios habitantes de las ciudades municipales. Hé aquí las indicadas palabras:

«Cuando, no há mucho, estuvo el Cónsul en Teanum, su mujer deseó bañarse en los baños de los hombres. El Cuestor de la ciudad fué encar-

gado, por M. Mario, de hacer salir del local á cuantos allí se encontraban. Quejóse á su marido, la mujer, de haber tenido que aguardar un poco, y de que no habian preparado á su gusto el baño. En seguida se colocó un tablado en la plaza pública. M. Mario, el hombre más distinguido de la ciudad, fué amarrado á él, despojado de sus ropas y azotado. Al saber esto los habitantes de Cales, prohibieron, por un edicto, la entrada en sus baños, mientras un magistrado romano estuviese en la poblacion. En Ferentino, nuestro Pretor dispuso, por igual causa, el arresto de dos cuestores: el uno se precipitó desde lo alto de los muros, y el otro fué castigado con azotes. . . .

... ¿Quereis saber, hasta dónde llega la licencia desenfrenada de nuestros jóvenes? Un sólo ejemplo os lo dirá. En estos últimos años, un joven que aún no habia ejercido cargo alguno, fué enviado al Asia, de embajador. Hacíase conducir en litera, y esto dió margen á que, un campesino de Venuso que le encontró, preguntase, en tono jovial, si llevaban algun muerto. El joven hizo suspender la marcha, mandó soltar las cuerdas de la litera, é hizo golpear, al pobre campesino, hasta que espiró.»

Si estos pasajes se comparan con otros que

Ciceron tiene en las *Verrinas*, como hace Aulo-Gelio, y que tratan de un asunto análogo, sin duda que hay que reconocer una elocuencia más brillante, rica y conmovedora en los del Cónsul romano. No es, no, comparable, por lo que la Historia dice, y en lo que respecta á la tribuna, Cayo Graco con Ciceron; pero seria el resultado del paralelo más concluyente, si, en vez de establecerlo entre pasajes de igual, ó parecido asunto, se estableciera entre pasajes que, en cada uno de ambos oradores, marcasen el mayor grado de elocuencia que alcanzaron. Pudo muy bien Cayo Graco estar desaliñado y frio, en una ocasion, y sublime en otras. ¿No es esto mismo lo que vemos, cuando pintaba, con acentos desesperados y terribles, su triste destino, si perdía la proteccion del Pueblo? Hay en esas líneas que he leído, sencillez, naturalidad, y una precision elegantísima: menester es reconocerlo, aunque ahí el asunto admitiese un lenguaje más elevado, más vivos colores, y una entonacion más insinuante y patética. Pero, el recuerdo de un desafuero cometido por los Cónsules, á distancia de Roma, ó por un embajador, algunos años ántes, no pudo producir, en su alma, sacudimientos tan fuertes como el recuerdo de su hermano Tiberio, asesinado por los patricios; como la ancianidad de su

madre, otras veces la esposa de un gran ciudadano, de un Cónsul reelegido, de un Censor, de un caudillo honrado con los honores del triunfo; como aquellos peligros en que se veía, y las inquietudes y tristes presentimientos que abrigaba sobre su propia suerte y la del Pueblo romano. Cuando todas estas emociones se agitaban en su pecho, y la presencia del auditorio le enardecía, entónces, en aquellos solos momentos, es cuando hay que compararle con Ciceron; sobre todo, si no se aprecia más que lo que éste hizo hasta los 32 años, á cuya edad murió Cayo Graco. Entónces es cuando, igualando á Demóstenes en vehemencia, y mirando alternativamente al Capitolio, á la estatua de su padre, á donde quiera que le llevaba su pensamiento, y, sobre todo, á aquella plebe que se encendía con sus palabras, preguntaba, como si el inquieto espíritu de Manlio, y de su hermano Tiberio, al propio tiempo, le inspirasen: «¡Miserable! ¿A dónde iré? ¿Qué refugio me queda? ¿El Capitolio? Está regado con la sangre de mi hermano. ¿Mi casa? Allí encontraré á mi desventurada madre, deshecha en llanto, y muriendo de dolor...» Sus miradas, su voz, sus ademanes, eran, segun Ciceron dice, tan conmovedores, que sus propios enemigos derramaron lágrimas. (24)

Este movimiento oratorio confirma la idea que los escritores antiguos nos dan de Cayo Graco. Aunque fueron grandes y múltiples sus facultades y méritos, lo que más hacia brillar su genio y sostenía su poder, era el talento de la palabra. Los que habian leído sus discursos aseguraban que en ellos, como en un espejo, se veía la imágen de su alma y su corazón; y segun dice un crítico que era poco afecto á la demagogia, si algun orador merecia ser leído por la juventud, ninguno lo merecia tanto como Cayo Graco, «cuya muerte prematura fué una pérdida para la República romana, y las letras latinas.» (25) Cuando se fija la mente en todos los grandes medios de persuasión que aquel jóven poseía, se comprende y considera natural, que tamaños efectos produjese con su elocuencia, y tales elogios haya merecido de escritores insignes.

Fundándome en testimonios respetables, os diré que las ideas de Cayo Graco, eran sólidas, y respiraban cierta elevación y grandeza. Su juicio, recto y seguro por naturaleza, y cultivado por el arte, sabía afirmar, en la lógica, todo el cuerpo de sus discursos. Su lenguaje era animado y persuasivo, aunque no tan armonioso, como llegó á serlo, el de otros ilustres oradores que más tarde florecieron. El conjunto de su composición,

iluminado y embellecido por los colores intensos que le presentaba su fantasía, era imponente, como lo son, aún, los edificios de la antigüedad, y agradable como también lo serian, aún, esos mismos edificios, si en ellos desapareciesen las injurias del tiempo. (26) A esto hay que añadir, que, el órgano porque se comunicaba esta elocuencia, era digno de ella. Cayo Graco tenía una voz extensa y vibrante que no cabía dentro del Foro, y una acción que fué celebrada por Quintiliano; y tenía, sobre todo, aquel calor de sentimientos con que animaba sus arengas; aquel fuego que se encendía en su pecho al soplo de sus pasiones, y que agitando todos los músculos de su cuerpo, y revelándose, especialmente, en las vibraciones de su voz, se difundía, entre el auditorio, hasta producir el incendio en que el mismo orador se abrasaba.

En cuanto á la vehemencia que sentía Cayo Graco cuando hablaba en público, tan grande era, que tuvo que buscar un medio de reprimirla. (27) Colocábase un esclavo suyo junto á él, y, cuando sus gritos, ó la destemplanza de su tono, anunciaban que iba perdiendo el dominio sobre sí mismo, el esclavo hacía sonar un pequeño instrumento músico de marfil, que se empleaba, entónces, para educar la voz, y restablecía la

calma en su ánimo y la moderación en sus palabras. Antes de que por este medio se corrigiese, frecuentemente le sucedía que, en el discurso mejor preparado, y contra los más firmes propósitos de su voluntad, se abandonaba á los impulsos ciegos de la cólera, trastornaba el plan que se había propuesto, prorumpía en injurias, iba, en la tribuna, de un lado á otro, se echaba la toga sobre las espaldas, (cosas nunca vistas allí hasta entónces), y todo lo confundía y trastornaba, tumultuosamente, en el desórden de sus pasiones. (29)

Introdujo la costumbre de dirigirse á la plebe, cuando se hablaba en la tribuna pública. Desde aquella época, los oradores tributaron, ya siempre, esta muestra de preferencia á la soberanía del Pueblo, que ántes se consagraba á la asamblea de los patricios, á cuyo lado se volvian todos al arengar. En otras muchas cosas, de mayor importancia que esta, procuró Cayo Graco mermar la autoridad del Senado. La administración de la justicia que, por completo estaba confiada á trescientos senadores, hizo que éstos la compartiesen con igual número de *caballeros*; aumentando así, en un doble, el cuerpo de donde habían de salir los jueces para formar todos los tribunales. (30) Dos veces seguidas fué tribuno, y duran-

te este periodo de dos años, acreditó una actividad y una inteligencia prodigiosas, para los negocios públicos. Ordenó el establecimiento de colonias en las ciudades despobladas, conduciendo, él mismo, la que fué á Cartago; ordenó también la construcción de graneros públicos, y acometió la empresa de abrir grandes caminos, que, de todas las que se debieron á su iniciativa, fué la más útil y celebrada. Lo que á todo el mundo causaba admiración, era la celeridad con que hacia ejecutar los trabajos, y el celo y diligencia infatigables con que dirigía, por sí propio, tan áridos y diversos asuntos, sin embarazarse, por nada, ni rendirse jamás al cansancio.

Esto hizo que el Senado, no obstante el ódio que hacía él sentía, lo sufriese en su seno, y en ocasiones siguiera sus dictámenes. Estas casi forzadas muestras de consideración, terminaron cuando el Tribuno propuso una ley concediendo, á todos los pueblos latinos, el derecho de ciudadanía. Comprendieron los patricios que Cayo Graco sería invencible con tal ley; mas sin reflexionar si era ya tiempo, ó no, de extender los límites de la patria romana, sólo se propusieron derrotarle; y desesperando de conseguirlo en el campo de la discusión, en lucha franca y descubierta, pusieron en juego la perfidia. El Senado se hizo dema-

gogo, y así robó á Cayo Greco las simpatías del pueblo. Renunció á indicarnos los medios puestos en juego para conseguir este objeto. Dirémos solo que desde el momento en que la nobleza, valiéndose del tribuno Livio Druso, daba al pueblo mucho más de lo que Cayo Graco le concedía, la estrella de éste comenzó á eclipsarse, hasta que se vió por entero abandonado de la fortuna, que, con las muchedumbres y las mujeres, es lo más inseguro y tornadizo que en el mundo existe.

A Cayo Graco no le sirvieron su talento, ni su elocuencia, ni sus virtudes, ni su juventud, ni los servicios que á su patria habia prestado en Cerdeña, en Numancia, y en la misma Roma, ni la triste esperiencia que le ofrecia la muerte de su hermano, para librarse del ódio que los patricios le profesaban. Un dia, señores, el cónsul Opimio, autorizado por el Senado, quiso acabar, con las armas, la contienda entre los nobles y los plebeyos.

Cayo Graco subió al monte Aventino, abriendo en su pecho los más tristes presentimientos. Allí se vió rodeado primero, y despues abandonado por el pueblo; y desde allí vió su causa perdida sin haber querido responder á la fuerza con la fuerza, deseando, sin duda alguna, que la posteridad no le juzgase como vulgar sedicio-

so, en aquel último combate; sino como un ciudadano cuya sangre se procuraba derramar, á toda costa. Retiróse desde allí al templo de Diana, donde se dice que invocó la venganza de los dioses, cuyo terrible ejecutor habia de ser Mário; y penetró, despues, en el bosque de las Furias, donde un esclavo leal y compasivo, por orden suya, le arrancó la vida; en tanto que los patricios le perseguian como bestias feroces, y en tanto que el Senado ofrecia pagar, á peso de oro, aquella cabeza ensangrentada, que era, poco ántes, trono de inteligencia y de justicia (31).

No creais que al tributar alabanzas á los Gracos defiendiendo, por completo, su política; ni ménos que estas alabanzas pueden extenderse á los demagogos de nuestro tiempo, que se encubren con el nombre de tribunos. Dejando á un lado la segunda ley agraria de Tiberio Graco, cuya oportunidad es evidente, lo que aquellos tribunos deseaban, al pedir la distribucion de las tierras comunales entre un pueblo que habia conquistado el imperio del mundo para Roma, no era la destruccion de la propiedad particular, sino hacer que, muchos miles de familias desamparadas y miserables, fuesen propietarias sin usurpar la hacienda agena, y se convirtiesen en poblacion agricultora. Y lo que desean nuestros demago-

gos, los demagogos todos del siglo diez y nueve, no en Roma, ni exasperados por el hambre ó las injurias de una aristocracia soberbia y codiciosa; lo que desean, repito, en épocas y pueblos donde no hay verdaderas clases privilegiadas, ni leyes que tiranicen á los pobres; donde el trabajo abre, á todos, el camino del bienestar y la fortuna; donde no existe ninguno de aquellos grandes monopolios de la religion, de la justicia, de las luces y la riqueza; lo que desean y procuran, repito, es la muerte del trabajo, cuya virtud no tienen; es la ruina de la propiedad despues de haberla disfrutado un instante, si es que no quieren, por un procedimiento más rápido y salvaje, convertirla en cenizas; es, en fin, el triunfo del desorden, el imperio de la concupiscencia, y la barbarie más impia.

Por esta causa, y porque recuerdo las calamidades que hemos sufrido, y que aún nos amenazan, como á toda Europa, firmemente creo que lo que lo que hace falta en el último tercio del siglo en que vivimos, no es hombres impacientes y temerarios que prediquen la anarquía á las muchedumbres; sino hombres que sepan amar la libertad, y hayan estudiado los medios de fijarla, con profundas raices en la tierra, y hacerla prevalecer sin la licencia y sin ese cortejo de des-

dichas que parecen su fruto inevitable. Lo que hace falta es hombres que se aparten, que se hayan apartado, á tiempo, de la senda revolucionaria, sin evocar por eso el despotismo, y que se enamoren de lo bello y lo justo; pero más apasionadamente aún, de lo realizable; hombres que «defendidos por su conciencia y armados con sus principios,» tengan el valor de oponerse á las corrientes desbordadas de la opinion pública, sin dejar por eso de repetir lo que dijo cierto orador de nuestras Cortes, en los momentos en que indicaba el abismo en que iba á precipitarse la patria; sin dejar de repetir estas palabras, que desde luego hago mias: «Yo tambien soy democracia, y democracia por mi origen, por mis hábitos y mis estudios; pero tengo el convencimiento doloroso de que la exageracion de los principios democráticos puede bien destruir en la práctica, para mucho tiempo, aquello mismo que todos deseáramos conservar, aunque á algunos les parezca poco todavía: la libertad.» (32) Vosotros, señores, juzgareis si el presagio se ha cumplido. ¡Plugiuese al cielo que los temores de aquel hombre insigne, no se hubieran visto nunca realizados!

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO SEXTO.

(1) Plutarco mismo es quien así lo asegura, en la *Vida de los Gracos*. Tambien hemos tomado de él las demás noticias contenidas en ese párrafo. «Cuantos eran admitidos, dice, en la casa de Cornelia, experimentaban un singular placer, en oírle referir las particularidades de la vida de su padre Escipion el Africano, vencedor de Anibal. Pero nunca producía tanta admiracion, como cuando, sin derramar ni una sola lágrima, y en tono grave y tranquilo, hacía la historia de todo lo que sus hijos habian hecho y sufrido; no de otro modo que si hablase de algunos antiguos personajes del todo extraños para ella.» Respecto á la influencia que sus cuidados pudieron tener en los talentos de sus hijos, hé aquí unas palabras de Ciceron, si bien en ellas sólo se refiere á Tiberio Graco: «Pué, desde su infancia, instruido en las letras griegas, por la solicitud de su madre Cornelia, que le tuvo siempre los mejores maestros de la Grecia: aún muy jóven, recibió las lecciones de Diófanes de Mitilena, el más elocuente de todos.» (*Brutus*, XXVII.) Asimismo, Plutarco, en el lugar citado, alaba mucho el celo con que, esta mujer nobilísima, procuraba la ilustracion de sus hijos. Ciceron añade algo más, que nos parece oportuno reproducir aquí: «El lenguaje de aquellos con quienes se habla diariamente, desde la infancia, el de los padres, de los preceptores, ó las madres, deja

dichas que parecen su fruto inevitable. Lo que hace falta es hombres que se aparten, que se hayan apartado, á tiempo, de la senda revolucionaria, sin evocar por eso el despotismo, y que se enamoren de lo bello y lo justo; pero más apasionadamente aún, de lo realizable; hombres que «defendidos por su conciencia y armados con sus principios,» tengan el valor de oponerse á las corrientes desbordadas de la opinion pública, sin dejar por eso de repetir lo que dijo cierto orador de nuestras Cortes, en los momentos en que indicaba el abismo en que iba á precipitarse la patria; sin dejar de repetir estas palabras, que desde luego hago mias: «Yo tambien soy democracia, y democracia por mi origen, por mis hábitos y mis estudios; pero tengo el convencimiento doloroso de que la exageracion de los principios democráticos puede bien destruir en la práctica, para mucho tiempo, aquello mismo que todos deseáramos conservar, aunque á algunos les parezca poco todavía: la libertad.» (32) Vosotros, señores, juzgareis si el presagio se ha cumplido. ¡Plugiuese al cielo que los temores de aquel hombre insigne, no se hubieran visto nunca realizados!

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO SEXTO.

(1) Plutarco mismo es quien así lo asegura, en la *Vida de los Gracos*. Tambien hemos tomado de él las demás noticias contenidas en ese párrafo. «Cuantos eran admitidos, dice, en la casa de Cornelia, experimentaban un singular placer, en oírle referir las particularidades de la vida de su padre Escipion el Africano, vencedor de Anibal. Pero nunca producía tanta admiracion, como cuando, sin derramar ni una sola lágrima, y en tono grave y tranquilo, hacía la historia de todo lo que sus hijos habian hecho y sufrido; no de otro modo que si hablase de algunos antiguos personajes del todo extraños para ella.» Respecto á la influencia que sus cuidados pudieron tener en los talentos de sus hijos, hé aquí unas palabras de Ciceron, si bien en ellas sólo se refiere á Tiberio Graco: «Fué, desde su infancia, instruido en las letras griegas, por la solicitud de su madre Cornelia, que le tuvo siempre los mejores maestros de la Grecia: aún muy jóven, recibió las lecciones de Diófanes de Mitilena, el más elocuente de todos.» (*Brutus*, XXVII.) Asimismo, Plutarco, en el lugar citado, alaba mucho el celo con que, esta mujer nobilísima, procuraba la ilustracion de sus hijos. Ciceron añade algo más, que nos parece oportuno reproducir aquí: «El lenguaje de aquellos con quienes se habla diariamente, desde la infancia, el de los padres, de los preceptores, ó las madres, deja

en nosotros huellas permanentes. Hemos leído las cartas de Cornelia, madre de los Gracos. Indudable es que, los acentos de su voz contribuyeron, tanto como sus maternales cuidados, á hacer de sus hijos lo que fueron. Más de una vez he asistido á las conversaciones de Lelia, hija de Cayo Graco. Veíase brillar en ella, toda la elegancia de su padre.» (*Brutus*, LVIII.) Cornelio Nepote ha conservado dos pasajes, de una carta de la madre de los Gracos; A. Berger (*cap. XXII*), menciona la duda que ha surgido sobre su autenticidad. Constan entre lo que nos ha quedado bajo el nombre de aquel escritor latino; y cualesquiera que fuesen, la ambición y la firmeza de alma de aquella mujer ilustre, no nos parece inverosímil que, en determinadas ocasiones, abrigase los sentimientos que los indicados pasajes respiran. Hé aquí las palabras que pasan por suyas:

«Me dices que es grata la venganza. Nada me parecería mejor, si pudiera conseguirse sin daño de la patria; mas esto es imposible. Pasan los años y se suceden los partidos, sin ocasionar la ruina de nuestros enemigos. Vale más dejarlos sin castigo, que perder la República.»

Y el otro dice así: «Después de la muerte de Tiberio, (te lo juro por los Dioses!) ninguno de nuestros enemigos me ha hecho tanto daño como tú, al obstinarte en seguir sus huellas, en vez de ayudarme á soportar la pérdida de mis otros hijos, y consolar mi vejez. Tu único cuidado debía ser agradarme; debías considerar como un crimen, la formación de proyecto alguno sin participármelo. Veo cercano el fin de mi vida, y sin embargo, en los pocos días de existencia que me quedan, te alejas de mí. Nada pesan, en tu ánimo, mis ruegos, y caminas hácia la ruina de la patria. ¿Cuándo se calmará la ambición en nuestra familia? ¿Cuál será el fin de tantas locas agitaciones? ¿Cuándo cesaremos de desgarrar las entrañas de la

patria, de cuyos males, todos somos, alternativamente, los autores y las víctimas? Si es nuestro destino agitar eternamente la República, aguarda, á lo ménos, que yo haya muerto, para solicitar el tribunado. Entonces podrás hacer lo que gustes sin afligir mi ancianidad. Mas no olvides que si desoyes mis consejos, aunque sea cuando yo falte, no tardarás en invocar los manes de tu madre, y pedirles una protección que desdeñas ahora. Quiera Júpiter serenar tu corazón, y librarte de esos accesos de demencia. Tiemblo de pensar que, si no escuchas, tus faltas te harán sufrir tal cúmulo de desgracias, que no tendrás ni un solo instante, en que no estés descontento de tí propio.»

(2) Plutarco, *V. de los Gracos*.

(3) Tiberio Graco, era nueve años mayor que su hermano Cayo. (*Plutarco, V. de T. y C. Graco*.) El primero nació el año 162 antes de J. C. y murió el 133, á los 29 de edad. El segundo nació el 153 y murió el 121, cuando contaba 32. Plutarco dice, con razón, que lo que perdió á ambos hermanos fué el figurar, en la escena política, separadamente, sin poder unir sus fuerzas contra sus enemigos.

(4) Plutarco, *V. de T. y C. Graco*.

(5) A Tiberio Graco, le echaba en cara, un contemporáneo suyo, llamado C. Fannio, que se servía de los talentos oratorios de Menelao de Maraton, y de otros retóricos.—(*Ciceron, Brutus, XXVI*.)

(6) Plutarco, *V. de T. y C. Graco*.

(7) Ciceron, *Oradores Ilustres, XXVII*.

(8) Plutarco, *V. de T. y C. Graco*.

(9) En varios lugares de las obras de Ciceron se encuentran duros cargos contra la política de los Gracos, y expresivos elogios de su elocuencia. En uno de sus diálogos, pone, en boca de Escévola, las siguientes palabras: «Los Gracos son los dos hombres más elocuentes que, con Antonio y con vos, Crasso, he oído en mi vida. Poseían todos los talentos que, el arte y la naturaleza unidos, pueden dar á un orador.» - (*D. del Orador, Lib. I, 9.*)

(10) Plutarco, *V. de T. y C. Graco*.

(11) Plutarco, *V. de T. y C. Graco*.

(12) De este M. Octavio, dice Ciceron, (*Ora. Ilustres, XXV*), que era hombre de elegante palabra, y cuyo interés por el bien público no se desmintió jamás, habiendo triunfado del primero de los Gracos, á fuerza de paciencia. Sin negar á este tribuno, que tan buen servicio hizo á la nobleza, el patriotismo que Ciceron le atribuye, es un hecho indudable, segun Plutarco, que en aquella ocasion en que se trataba de establecer la ley agraria, procedía en beneficio de sus particulares intereses, puesto que era propietario, contra las leyes, de gran cantidad de tierras.

(13) «Diariamente sostenía Tiberio, en la tribuna, nuevos debates contra Octavio; y en todos ellos, no obstante que hablaban con la mayor vehemencia y obstinacion, se asegura que ninguno se valió contra el otro, de personalidades injuriosas, ni pronunció una palabra que pareciese dictada por la cólera. Tan cierto es que un carácter noble, y una buena educacion, moderan

las pasiones y les marcan límites, áun en aquellos casos en que, vivos sentimientos de ambicion ó de amor propio, las estimulan.» - (*Plutarco, V. de T. y C. Graco.*)

(14) Hemos seguido, tanto en ese pasaje como en el precedente, las traducciones de M. Dacier, y Alexis Pierron, comparándolas para asegurarnos de la exactitud de los conceptos.

(15) «Ofendidos los nobles, y temiendo el aumento en que iba el poder de Tiberio Graco, le hicieron en el Senado todos los desaires que les fué posible»..... El continuaba en sus funciones, procurando atraerse cada vez más las simpatías y el favor del pueblo, y con tal objeto estableció nuevas leyes disminuyendo el número de años del servicio militar, concediendo el derecho de apelar, ante el pueblo, contra los fallos de todos los tribunales; aumentando el número de jueces, que entonces se sacaban de entre los Senadores, en igual número de caballeros; y rebajando y achicando el crédito y la autoridad del Senado, por cuantos medios podia, «más bien por resentimiento y espíritu de partido, que obedeciendo á mira alguna de justicia, ó de público interés.» (*Plutarco, V. de T. y C. Graco.*)

(16) Si estuvo, despues de esta defensa de su amigo Vettio, de Cuestor en Cerdeña, y si ejerció aquellas funciones tres años, como Plutarco dice, no pudo tener, al subir por primera vez á la tribuna, arriba de veinticinco ó veintiseis años. Aulio-Gelio, (*Lib. XV, cap. 12*), al copiar unas palabras de C. Graco, dá á entender que éste sólo estuvo dos años de Cuestor.

(17) «Cayo Graco retiró el edicto, á ruegos de su madre, y declaró públicamente que perdonaba á Octavio.»

principal causante de la muerte de Tiberio.—(*Plutarco, V. de los Gracos.*)

(18) «Habiendo llegado á Roma la noticia de sus grandes servicios en Cerdeña, se alarmó el Senado; y para retenerlo allí, mandó relevar las tropas de aquel ejército, dejando el mismo general á su frente, á fin de que Cayo Graco, no regresare.» «Después que fué abuelto por su vuelta á Roma, se intentaron contra él otras acusaciones más graves. Supúsose que conspiraba, con las ciudades de Italia, para sublevarlas contra la República» (*Plutarco, V. de los Gracos.*)

(19) Este es el lugar citado en la nota 16 del presente discurso; donde Aulo-Gelio está en desacuerdo con Plutarco.

(20) Aulo-Gelio, (*Lib. XV, cap. 12.*)

(21) Plutarco, *V. de los Gracos.*

(22) Aulo-Gelio, (*Lib. XI, cap. 10.*) Ese rasgo que C. Graco atribuye á Démades, el mismo autor, (*Libro XI, cap. 9*) lo atribuye á Demóstenes.

(23) Aulo-Gelio, (*Lib. X, cap. 4.*)

(24) Ciceron, (*D. del Or. Lib. III, 56*). Este famosísimo orador tiene, (*por Murena XXI*) un pasaje que admite, por su índole, la comparación con el último que hemos citado de C. Graco. Así dice: «Si vuestra sentencia lo condena (que Júpiter no lo consienta), ¿en qué lugares buscará refugio el infortunado? ¿En su casa? Allí encontrará la imagen de su ilustre padre, que él ha visto, poco hace, tomar un aire de triunfo para

asociarse á su gloria, pareciendo, ahora, cubierta de vergüenza, é inundada en llanto. ¿Irá al lado de su madre? Pero, esta madre infortunada, que días ántes abrazaba en su hijo un cónsul, hoy gime llena de aflicción, al pensar que bien pronto lo verá despojado de sus títulos.» Indudablemente, Ciceron aparece aquí, como un orador lánguido, quizá como un retórico; mientras C. Graco se eleva, en el breve pasaje citado, á la verdadera elocuencia.

(25) Ciceron, *Brutus XXXIII.*

(26) No debe creerse, por lo que decimos, que Cayo Graco fuese un orador perfecto, sobre todo, en lo relativo al estilo. Para conseguir la perfección, no hay talento alguno, por grande que sea, que no necesite tiempo y estudios, y ejercicios perseverantes y prolongados. La vida de aquel tribuno fué demasiado corta para que pudiese alcanzar el conjunto de méritos oratorios, que el mismo Ciceron no poseyó hasta ya entrado en su edad madura. En el *Brutus* ú *Oradores Ilustres XXXIII*, leemos que los discursos del segundo de los Gracos eran admirables bocetos, á los cuales su autor no tuvo tiempo de darles la última mano. Podemos, pues, establecer que, este jóven orador, poseía las cualidades indispensables á los grandes oradores, y todas las disposiciones necesarias para haber llegado, si hubiese vivido largos años, á la perfección oratoria. Tal es, por otra parte, el juicio que respecto á Caton, como á los Gracos, emite Quintiliano, (*Lib. XII, cap. 10*) al decir que ni el estilo de los escritores anteriores á éstos, ni el de éstos mismos, debía servir de regla al orador. Y en otro lugar, (*Lib. II, cap. 5*) éste doctísimo preceptista se expresa así: «No conviene un profesor que, por una admiración ciega á la antigüedad, deje á los jóvenes aficionarse á la

lectura de las obras de Catón y los Gracos, y de otros escritores semejantes, porque incapaces de apreciar la fuerza de los pensamientos, se fijarian en la elocucion, que sin duda era buena entónces, aunque hoy no lo sea, y adquirirían un estilo áspero y seco.»

(27) Plutarco, *V. de los Gracos*.

(28) Valerio-Máximo.—(*Lib. VIII, cap. 10*). «Cayo Graco, dice, cuya elocuencia fué más afortunada que sus miras políticas.... arreglaba su gesto y su voz al sonido de una flauta, tocada por uno de sus esclavos, porque su natural vehemencia no la podía dominar de otro modo.»

(29) Plutarco, *V. de los Gracos*.

(30) El mismo; véase la nota 15 del presente discurso. Todo lo demás que decimos en los siguientes párrafos, está también tomado de Plutarco.

(31) «Euporo, ó según otros Filócrates, esclavo de Cayo Graco, le siguió huyendo al monte Aventino, y mientras tuvo esperanzas de salvarle, le defendió todo lo que pudo: cuando Graco murió, el esclavo se dió la muerte á sí mismo, sobre el cadáver de su señor.» (*Macrobio, Sat., Lib. I, cap. 11*). «Septimuleyo, á pesar de haber sido amigo de Cayo Graco, cuando supo que la cabeza de éste, había ofrecido el Senado pagarla á peso de oro, la llenó de plomo, consiguiendo así que la República pagase tal infamia al más alto precio.» (*Plinio, Lib. XXXIII, cap. XIV, 1.*)

(32) A. Cánovas del Castillo.—Discurso del 8 de Abril de 1869.

DISCURSO SÉTIMO.

C. Carbon.—M. Emilio Escauro.—Q. Metelo Numídico.—Q. Lutatio Cátulo.—M. Filippo.—C. Julio César.—M. Antonio.—L. Licinio Crasso.

SEÑORES:

Hasta hoy no he hecho particular mención, de ningún orador forense de los muchos que hubo en Roma, desde fines del tercer siglo, hasta principios del primero, ántes de nuestra era. Y, sin embargo, casi todos los hombres que he citado, en el curso de estas conferencias, defendieron pleitos y causas criminales. Pero, los he considerado como políticos, más bien que como jurisconsultos; porque mi principal objeto era ocuparme de la elocuencia deliberativa, y el verdadero teatro de esta elocuencia, eran allí, las reuniones del Pueblo y la asamblea de los patricios.

Hasta que unos 130 años ántes de J. C. se establecieron los tribunales permanentes, (1) y se democratizó algo la administración de la justicia,

lectura de las obras de Catón y los Gracos, y de otros escritores semejantes, porque incapaces de apreciar la fuerza de los pensamientos, se fijarian en la elocucion, que sin duda era buena entónces, aunque hoy no lo sea, y adquirirían un estilo áspero y seco.»

(27) Plutarco, *V. de los Gracos*.

(28) Valerio-Máximo.—(*Lib. VIII, cap. 10*). «Cayo Graco, dice, cuya elocuencia fué más afortunada que sus miras políticas.... arreglaba su gesto y su voz al sonido de una flauta, tocada por uno de sus esclavos, porque su natural vehemencia no la podía dominar de otro modo.»

(29) Plutarco, *V. de los Gracos*.

(30) El mismo; véase la nota 15 del presente discurso. Todo lo demás que decimos en los siguientes párrafos, está también tomado de Plutarco.

(31) «Euporo, ó según otros Filócrates, esclavo de Cayo Graco, le siguió huyendo al monte Aventino, y mientras tuvo esperanzas de salvarle, le defendió todo lo que pudo: cuando Graco murió, el esclavo se dió la muerte á sí mismo, sobre el cadáver de su señor.» (*Macrobio, Sat., Lib. I, cap. 11*). «Septimuleyo, á pesar de haber sido amigo de Cayo Graco, cuando supo que la cabeza de éste, habia ofrecido el Senado pagarla á peso de oro, la llenó de plomo, consiguiendo así que la República pagase tal infamia al más alto precio.» (*Plinio, Lib. XXXIII, cap. XIV, 1.*)

(32) A. Cánovas del Castillo.—Discurso del 8 de Abril de 1869.

DISCURSO SÉTIMO.

C. Carbon.—M. Emilio Escauro.—Q. Metelo Numídico.—Q. Lutatio Cátulo.—M. Filippo.—C. Julio César.—M. Antonio.—L. Licinio Crasso.

SEÑORES:

Hasta hoy no he hecho particular mencion, de ningun orador forense de los muchos que hubo en Roma, desde fines del tercer siglo, hasta principios del primero, ántes de nuestra era. Y, sin embargo, casi todos los hombres que he citado, en el curso de estas conferencias, defendieron pleitos y causas criminales. Pero, los he considerado como políticos, más bien que como jurisconsultos; porque mi principal objeto era ocuparme de la elocuencia deliberativa, y el verdadero teatro de esta elocuencia, eran allí, las reuniones del Pueblo y la asamblea de los patricios.

Hasta que unos 130 años ántes de J. C. se establecieron los tribunales permanentes, (1) y se democratizó algo la administracion de la justicia,

por entero entregada ántes, como un monopolio, al patriciado, la oratoria forense, propiamente dicha, no tuvo ningun representante que, por este solo concepto, se hiciese digno de universal renombre. Los debates sobre el derecho civil, y la defensa de causas particulares, no eran, las más veces, otra cosa, que ejercicios preparatorios de los que aspiraban á encumbrarse, por medio de la palabra, á los primeros puestos de la República. Esto se confirma, en parte, observando que, los más sábios jurisconsultos, no fueron los más célebres oradores. Parecia que, el profundo conocimiento de las leyes, ahogaba en ellos el esplendor de la palabra; que el peso de la ciencia entorpecía las alas de su génio, haciéndolos incapaces de subir á la alta region de la elocuencia, donde el orador recibe sus más bellas y poderosas inspiraciones. Débese añadir á esto, que, en Roma, la elocuencia política y la forense, estaban naturalmente confundidas, no en todos los procesos, pero sí en los más graves que allí tenían lugar. Dejando á un lado los pleitos civiles, y las causas por delitos comunes, como ahora decimos, todavía quedan formando un grupo, las acusaciones por ilegalidades, en el ejercicio de las altas magistraturas; las que se intentaban entre los hombres notables, por satisfacer ódios de familia ó partido,

y las frecuentes y ruidosas á que daban ocasion, despues de establecidas las leyes contra las coacciones electorales, los abusos de esta indole, que, los candidatos y sus amigos, solian cometer para asegurarse el triunfo en los comicios (2); y todos estos procesos, participaban del carácter judicial y político, al propio tiempo.

Tambien confieso que, aunque hubiese querido presentaros un cuadro histórico de la elocuencia forense, tal como ésta se encontraba en Roma, ántes del último siglo de la República, me habria sido imposible conseguirlo, y poco, ó ningun provecho, habriamos obtenido de intentarlo. Aun examinando, detenidamente, los originales antiguos, sólo habriamos logrado, al cabo y al fin, y no más que en lo relativo á algunas épocas, la satisfaccion de una pueril curiosidad. Mas, esta satisfaccion, no es un suficiente beneficio para quien estudia la Historia, en busca de útiles experiencias. El hombre que explora las edades remotas de los pueblos, como el que recorre mares y tierras desconocidas, no debe contentarse con descubrir horizontes nebulosos, ó contemplar extraños espectáculos; debe, sí, afanarse por aumentar, con algun nuevo conocimiento, con alguna nueva riqueza, el tesoro científico de que ya gocen su patria y la humanidad.

Continuaré, pues, como hasta aquí, presentándoos en orden cronológico, los oradores que florecieron en la Roma republicana. Desde luego os diré que, entre la muchedumbre de abogados de escasa instrucción, de conciencia poco escrupulosa, y de medianísima, ó de ninguna elocuencia que acudían, á defender pleitos, á los tribunales de justicia, brillaron, por su gran sabiduría, algunos jurisconsultos que fueron gloria de su patria, y, entre otros de menor mérito, dos oradores que no temerian la competencia de ninguno de cuantos recuerda la Historia, á no haber nacido, ántes que ellos, Demóstenes, y, despues que ellos, Ciceron. Estos grandes maestros de la palabra á quienes me refiero, fueron Marco Antonio, abuelo del triumviro que llevó despues igual nombre, y Lucio Licinio Crasso, que tambien formaba, como aquel, en el partido de la nobleza (3). Mas, ántes de hablaros de estos dos famosísimos oradores, voy á hacer una rápida enumeracion, ó, cuando más, algunas breves indicaciones, sobre otros contemporáneos suyos que, si no fueron sus rivales en mérito, á las veces midieron con ellos sus armas, acreditando todo el poder de la elocuencia á que cedían.

Bien merece, C. Carbon, que fijemos en él una mirada preferente. Lo mismo que T. Graco, fué

oyente asídúo de Emilio Lépido *Porcina*, (4) y procuró estudiar el arte de la palabra, aspirando á brillar algun día en la tribuna. Sus deseos se vieron cumplidos, y pasó por el mejor abogado de su tiempo. Era activo y laborioso. Aplicábase á la composicion de las arengas, y se menciona un ejercicio á que se entregaba en su juventud, para adquirir la facilidad de expresion que sólo se consigue, las más veces, con la costumbre de hablar en público. El ejercicio de que hablo consistía en leer pasajes, en prosa ó verso, de los mejores escritores, y repetir despues los conceptos, traducidos al lenguaje oratorio. (5) Su estilo era abundante, aunque sin alcanzar todo el brillo de elocucion que tuvieron, más tarde, otros oradores; su manera de decir se distinguía por lo rápida y animada, y en el cuerpo de sus discursos se veía el grande ingenio del orador, y mucha solidez en las ideas. Ciceron dice que, en su tiempo, se conservaban discursos de C. Carbon, no inferiores á la gran celebridad oratoria que éste habia alcanzado entre sus contemporáneos. Fué tribuno con los Gracos, (6) y auxiliar de la política revolucionaria que aquellos dos hermanos emprendieron, y que prosiguió, despues, el plebeyo Mario. No naufragó, con los Gracos, en la tempestad que las reformas demo-

cráticas levantaron en Roma; pero del todo perdió su prestigio, á causa de la inconstancia de sus actitudes políticas, viéndose obligado á darse una muerte voluntaria, por no perecer á manos del verdugo. (7)

Tambien floreció, por entónces, M. Emilio Escauro, á quien debe considerarse como grande hombre de Estado, más bien que como orador eminente. No haríamos de él particular mención, si no tuviese más títulos que los que alcanzara con su palabra en el Foro. Aparece, sin embargo, en los anales de Roma, como una figura insigne, y sobradamente digna de que le dediquemos, aquí, algunas palabras (8). Pertenecía á una familia ilustre, cuya gloria se habia extinguido por completo (9). En unas memorias de su vida, que él mismo escribió, y de las cuales, algunos renglones han llegado hasta nosotros, nos indica lo que fueron sus primeros años. «Mi padre, decía Escauro en la referida obra, se dedicó al comercio, y se hizo negociante de maderas y carbon. Reunió en estas especulaciones una fortuna de treinta y cinco mil *nummi*, (unos 90.000 rs.) Este fué todo el patrimonio que me dejó á su muerte. Mi primer designio, cuando me ví dueño de la herencia, fué dedicarme tambien al comercio; mas ántes de tomar este partido, quise defen-

der algunas causas, con la esperanza de hacerme conocer por tal medio» (10).

Su buena suerte y su talento para los negocios comerciales debieron ser extraordinarios, puesto que desde una tan humilde condicion, llegó á levantar su casa hasta la más alta opulencia (11). Quizá su influjo político le sirvió para acrecentar su fortuna, á expensas de los públicos intereses. Ni una sola palabra escribe Ciceron, (que frecuentemente, y siempre con loa, se ocupa de este personaje) que autorice tal sospecha: pero como Ciceron recibió de Escauro grandes favores y estímulos en los principios de su carrera, nada tiene de extraño que lo juzgue con benevolencia, aconsejándose del reconocimiento, en primer término. Méenos obligado por la gratitud, y más por los deberes del historiador, Salustio retrata á E. Escauro, diciendo que era un patricio resuelto, amigo de mando, de honores y riquezas, pero con mucho arte para encubrir sus vicios. Tambien dice, en la misma obra, que, cuando Escauro fué á África, «se dejó corromper por Yugurta» (12). Mas, sea lo que quiera de su probidad, lo que no puede negársele es un talento de primer orden, y una fortaleza de ánimo que triunfaba de toda oposicion, y no se amenguaba ante ningun peligro. Acumular nmensas

riquezas habiendo nacido pobre, subir desde la nada á los primeros puestos de la República, y aumentar su prestigio en los mismos trances donde otros personajes perdieron honra y vida, y todo ello sin una vasta ilustracion, sin gloria militar y sin el poder de la grandilocuencia, obras, sin duda alguna, de un entendimiento y un carácter superiores. Podria citaros varios casos, en que Emilio Escauro se mantuvo firme, desafiando las iras populares, y sin desalentarse ante peligros tales como las informaciones ordenadas, para descubrir los cómplices de Yugurta; mientras que, los demás patricios comprometidos, abandonaban toda esperanza de salvacion. Mas, baste deciros que en uno de aquellos procesos, fueron acusados cinco personajes consulares, que, á pesar de los esfuerzos de Escauro, fueron todos víctimas, en más ó ménos grado, de la crueldad de sus perseguidores y del ódio del pueblo. En cuanto á él, muy lejos de salir perjudicado, fué elegido Censor, (después de haber sido cónsul el año 115 ántes de J. C.) y reelegido segunda vez para el consulado (13).

Sufrió, é intentó, varias acusaciones, siempre con buen éxito para sí, y muchas veces con éxito fatal, para sus contrarios. Uno de los motivos, verdaderos ó supuestos, con que, ya viejo, sus ene-

migos lo llevaron á los tribunales, fué el de haber despreciado el culto público de los dioses penates de Lavinio, y no ser, en esta parte de la religion, tan celoso como debiera. Setenta y dos años contaba cuando, el tribuno Vario, le acusó de haber inducido á la rebeldía á las ciudades de Italia. Viejo y achacoso, hasta el punto de ir sostenido por algunos jóvenes patricios, compareció ante el tribunal. Su defensa fué muy sencilla; redujose á lo siguiente: «Jueces, dijo, un tal Vario acusa, á Marco Emilio, de haber cometido un delito: Marco Emilio, príncipe del Senado, lo niega; no hay pruebas. ¿A quién creéis?» (14). El resultado no fué dudoso. Los jueces fallaron que, el acusador, calumniaba al acusado.

En los procesos en que él figuró como protagonista, así como en los negocios que se le confiaban, no era la belleza de su palabra lo que le hacia triunfar; sino, más bien, su grande autoridad, su aplomo en el decir, y la confianza que inspiraba y manifestaba tener en sí propio. En él no habia gesticulaciones ni ademanes violentos. Una accion moderada y sencilla, acompañada de una voz tranquila, y un continente sosegado, constituian, por decirlo así, la fisonomía oratoria de E. Escauro (15). No era propio su estilo para los debates del Foro, ni las reuniones

populares. En cambio, su palabra grave y severa convenía, perfectamente, á las deliberaciones del Senado, donde este patricio ocupaba el primer puesto y hacia, de ordinario, prevalecer sus dicámenes, á pesar de que había, entónces, senadores de elocuencia más poderosa que la suya (16). Diremos, en fin, con Ciceron, para completar estas breves noticias, que los discursos de Escauro anunciaban un hombre sabio y recto, reinando en su lenguaje y su tono, una dignidad perfecta que, en cierto modo, ordenaba la persuasion; y pareciendo, al hablar, más bien que un defensor consagrado á su causa, un testigo que declara imparcialmente.

Más fama de orador que E. Escauro, tuvo Q. Metelo Numidico. Era hijo, no degenerado por cierto, de aquel otro Metelo Macedónico, de quien ya os dije algo, en una de las anteriores conferencias. Como sus ilustres antepasados, supo conservar el brillo de su casa, añadiendo, con sus talentos políticos, militares y oratorios, nuevos timbres al patrimonio de gloria que había heredado. Aunque, en Africa, la ambicion y la fortuna, y estoy por decir que la ingratitude de Mario, le impidieron terminar la guerra de Numidia, no por eso la opinion, y la imparcial historia, dejaron de apellidarle Numidico.

Plutarco dice (17) que era un hombre naturalmente virtuoso y amante de la verdad, de gran firmeza de carácter, despreciador de las auras populares, y más aún de los indignos medios que otros ponian en juego, para alcanzarlas. Uno de los hechos que prueban el temple de su alma, es el siguiente: á favor de una supercheria de Mario, había convenido el Senado no jurar ciertas leyes votadas por el pueblo. Llegado el momento, Mario faltó á su compromiso: los demás senadores, atemorizados con las amenazas que uno de los tribunos les dirigia si se negaban á jurar, juraron todos. Metelo Numidico fué el último en subir á la tribuna, y el solo que protestó contra la injusticia de aquellas leyes. Esta muestra de inquebrantable firmeza le valió un destierro, del que, más tarde, fué llamado por el pueblo mismo que lo decretara. (18)

Un autor antiguo dice, de este personaje, que merecía los títulos de orador y sábio, y que, al talento de la palabra, se unia en él la gravedad del carácter. (19) Ciceron lo nombra de pasada, indicando que cultivó la elocuencia deliberativa; (20) lo cual nos habria inducido á omitir su nombre en estas conferencias, si unos pasajes que de sus discursos se conservan, no nos hubiesen dado de él más alta idea, justificando, al propio

tiempo, el concepto que ha merecido á Aulo-Gelio y Plutarco.

Además de su gloria militar, Q. Metelo Numídico tuvo la de haber sido cónsul, (año 109 ántes de J. C.) y la más grande aún de haber sido censor. Durante su censura fué cuando dirigió, á sus compatriotas, un discurso, exhortándoles al matrimonio. De aquella arenga son parte estas palabras: «Si pudiéramos pasarnos sin esposas, seguramente que ninguno de nosotros se resignaria á sufrirlas; pero, visto que la naturaleza ha ordenado las cosas de tal suerte, que no es posible vivir feliz con una mujer, ni vivir sin mujer, aseguremos la perpetuidad de nuestra nacion, más bien que la dicha de nuestra corta vida.»

«El poder de los Dioses es grande; mas nadie espere que su benevolencia con nosotros, sea mayor que la de nuestros padres. Cuando los hijos extraviados perseveran en el mal, sus padres los desheredan. ¿Y qué aguardamos de los Inmortales, si no ponemos un término á nuestros vicios? No espéremos sus favores miétras seamos indignos de ellos. Los dioses cuidan de premiar la virtud, mas no de darla.» (21)

Hé aquí, ahora, en qué términos respondia á

los ataques del tribuno del pueblo, Cn. Manlio: «Romanos: ese hombre cree darse importancia, sin duda, declarándose mi enemigo; mas yo, que no admitiria nunca su amistad, tampoco me inquieto por su odio. Que no espere de mí otra respuesta; porque me parece tan indigno de que las gentes honradas se molesten en censurarle, como es indigno de sus alabanzas; y ocuparos de un hombre como ese, en un tiempo en que no hay medio de castigarle, seria para él más honor que vergüenza.» (22.)

La elocuencia de estos periodos, no consiste en el estilo; sino en la fuerza y verdad de las ideas, y la nobleza con que están expresadas, ¿Quién no conviene, al leer esas pocas palabras que como censor pronunciara recomendando el matrimonio, en que están dichas con el tono grave y severo, propio del magistrado que debia velar por la pureza de las costumbres? ¿Y quién no vé, en ese acento desdeñoso con que responde al tribuno, la altivez avasalladora de un patricio romano, al par que la ingénua confianza, de un hombre virtuoso, en sus prendas y reputacion? Permanecer impasible ante graves acusaciones, es manifestarse convencido de su falsedad; y lo que más contribuye á persuadir al auditorio, es estar uno mismo hondamente persuadido.

También merece particular recuerdo, Q. Lutatio Cátulo, hombre ilustradísimo, que hablaba la lengua griega lo mismo que la latina, y, la latina, con mayor pureza y propiedad que todos sus contemporáneos. (23) Fué poeta como aquel otro Cátulo que había de florecer medio siglo más tarde; fué historiador, á la manera de Xenofonte; y, lo mismo que su modelo, no tuvo que referir los hechos de otro, sino los que él había gloriosamente verificado con Mario, cuando, más aún que á Mario, se debió á él la destrucción de los Cimbrios. (24) Como orador tenía una elegancia original, y un estilo que, muy lejos de parecerse como el de los oradores tribunicios, á una corriente impetuosa, se parecía á una brisa que marcha suavemente, y que en lugar de agitar y conmover, acaricia cuanto encuentra á su paso. Estas cualidades de su estilo estaban, en perfecta armonía, con sus costumbres y con las cualidades de su carácter, y eran admirablemente secundadas por la gracia de su pronunciación, y su voz armoniosa y flexible. En suma, Cátulo era un hombre que no servía para las grandes luchas de la palabra, pero á quien se escuchaba siempre con placer. (25) Actor en las luchas civiles que en tiempo de Mario y Sila tuvieron lugar en Roma, como tantos otros personajes notables, se dió la

muerte, por no recibirla de sus enemigos. (26)

Mucho ménos elegante y sábio que Cátulo, aunque también conocedor de las letras griegas, era L. Marco Filippo. Fué cónsul el año 91 ántes de J. C., y durante su consulado, hizo más ruido del que conviniera á la paz de Roma. También alcanzó alguna fama militar. (27) Declaróse enemigo del Senado, y tuvo la audacia de decir ante el Pueblo, que no podía gobernar con aquella asamblea. En todas estas agitaciones, encontró, felizmente, el contrapeso de la elocuencia de Crasso. Consérvase una frase suya, que sintetiza el estado entónces de aquella república, y la urgente necesidad que allí había, de una gran reforma social y política. «Apenas hay en Roma, dijo, dos mil familias propietarias.» (28)

Sabia, Filippo, esgrimir las armas de la palabra, por más que no pudiese rivalizar con Antonio y Crasso, muy superiores á él en todo, ménos en osadía. Las cualidades características de este orador, eran la facilidad para expresar sus pensamientos, una extremada franqueza, y una ironía incisiva y amarga, que, en el calor de la polémica, tomaba la dureza del sarcasmo. (29) En cuanto he leído sobre oradores, no he encontrado noticia de otro que le aventajase, en intrepidez para desafiar las dificultades y peligros de la tribuna.

Baste decirnos que, en vez de ser económico de sus fuerzas, como todos los grandes maestros de la palabra, estaba, á todas horas, dispuesto á pe-
rorar, aunque no conociese la materia del debate, ni hubiese discurrido el primer concepto, ni la primera palabra que iba á salir de sus lábios. (30)

Gran contraste hacia, con Filipo, Q. Mucio Escévola, que fué cónsul, con L. Crasso, el año 95 ántes de nuestra era; y, al par que ciudadano virtuoso y el más célebre jurisconsulto de su tiempo, fué también orador muy distinguido. En el arte de la palabra sobresalía, lo bastante, para ser el más elocuente de los abogados de Roma; y, en la ciencia del derecho, sus dictámenes eran considerados como oráculos infalibles. (31) Pero en él se confirmaba lo que dije ántes; sus vastos conocimientos y la costumbre de recorrer los intrincados caminos de la legislación, hacían que su elocuencia no se desplegara nunca con vuelo rápido y magestuoso. Sabía manifestar sus ideas con brevedad y precisión; sabía analizar las cuestiones, y distinguir lo verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, y, sobre todo, lo prohibido por las leyes de lo que estaba permitido por ellas; pero tenía un talento crítico, más bien que un talento verdaderamente oratorio; y en tratándose de las amplificaciones, de los adornos del estilo, de mo-

ver los afectos á fin de apasionar á los oyentes, de dar al discurso la vida que necesita para triunfar de la voluntad después de haber triunfado, con la lógica, de la razón, entonces, señores, acreditaba que no poseía la grandilocuencia; y, lo mismo que un hábil delineante cede su puesto á un pintor de genio, que todo lo anima y hermo-
sea con la magia de los colores, así Escévola cedía la preeminencia oratoria á M. Antonio y L. Crasso. (32)

También mencionaré á Cayo Julio César, orador que sin aspirar á la fama de grande, sobrepusó á sus contemporáneos y predecesores por la delicadeza de su ironía, y por la habilidad con que sabía hacer agradables todos los asuntos, á favor de un estilo animado y vario, en que lo placentero no excluía jamás la elevación de los pensamientos. (33) En esta manera de decir, sólo pudo acercársele Licinio Crasso, que, en todos los géneros de elocuencia, era consumado maestro. Dejó escritos discursos y obras dramáticas. En estas producciones suyas se veía, que la vehemencia no fué el distintivo de sus ideas y lenguaje. Sus armas eran la gracia, la dulzura, y un cuidado especialísimo en no faltar nunca á las conveniencias. (34) Vivió en la sociedad de Antonio y Crasso, y de casi todos los oradores que esta noche he

citado, y pereció, también, víctima de las discordias civiles. (35)

Señores: Marco Antonio, llamado *El Orador*, se distinguió en la elocuencia forense más que en la política, aunque con dotes de primer orden, que le hacían merecer en el género deliberativo, como en los otros, el título de orador insigne. (36) Mas ¿á quien no extrañará que este hombre por todo extremo elocuentísimo, si hemos de creer á Ciceron, fuese poco versado en la ciencia del derecho, y siempre manifestase un marcado desdén al estudio de los códigos? (37) ¿Cuán grande no sería, en realidad, el poder de su palabra, y la fuerza de su ingenio, para vencer, sin las armas del juriconsulto, en las luchas judiciales? Creían sus contemporáneos que, tanto él como Crasso, eran hombres de escasisima instruccion, aunque favorecidos por la naturaleza con un ingenio sólido y brillante. Ellos mismos procuraban justificar y difundir esta creencia, aparentando despreciar las letras, y aprovechando, para sí, todos los beneficios de la cultura romana y griega, de su época. (38) De modo que, áun este error en que estaban sus compatriotas, lo convertían ellos en una especie de égida contra la envidia, y en un prestigio que contribuía á los efectos de su elocuencia, haciéndola aparecer más natural y espontánea.

Nació Antonio el año 143 ántes de J. C. Su educacion literaria, no sabemos que estuviese sometida, en sus primeros años, á un plan deliberado, y una direccion metódica y vigilante. Los estudios formales que se le atribuyen, refiérense á la época en que comenzó á figurar en la vida pública. (39) No puede creerse, sin embargo, que nada hiciera en su juventud por ilustrarse, y desarrollar las felices disposiciones naturales que en él brillaron siempre, y que desde muy temprano tuvieron que adornarle. Nadie se encuentra grande orador, sin haberse preparado para serlo. Suponer que en la edad de las esperanzas y las ilusiones, fuera insensible á los encantos de la gloria, un hombre como M. Antonio que, á despecho de los años, conservó, siempre vivo, el fuego de su corazón; ó que siendo amante del poder y la fama desconociese los caminos por donde se alcanzan, ó no tuviese iniciativa para emprenderlos, ni actividad para proseguirlos, es suponer una cosa inverosímil. El deseo de celebridad es una especie de fiebre que se apodera de las almas juveniles, que les produce ensueños de futuras prosperidades, que inflama su ambicion, que les induce á acometer las más arduas empresas, y áun á creerse capaces de realizar los imposibles. Si estas nubes de color de oro desaparecen, pronto, de

los horizontes de la mayor parte de los jóvenes, cuando vemos, en la edad madura, las señales de su presencia, manifestándose aún, como reflejos lejanos, bien podremos creer que, en los años primaverales de la vida, habrán sido el único cielo del hombre en cuyo ocaso no se han extinguido por completo. Siempre que veais á álguien en las alturas de la reputacion, no penseis que se ha encumbrado hasta ellas de un sólo vuelo, y á impulsos del talento natural, y de una ciencia infusa; pensad más bien que allí veis el término de una jornada laboriosa, el fruto de una larga preparacion, obtenido despues de haber triunfado, muchas veces, del cansancio y desaliento.

Ciceron atestigua, en las magnificas páginas que ha consagrado á Antonio y Crasso, la aficion que el primero de estos tenia á la elocuencia, diciendo que, en los años de su temprana juventud, era asiduo oyente de los más célebres abogados, y procuraba estudiar el arte de la palabra en la escuela del Foro. Probable es, y quizá seguro, que á la observacion de los modelos vivos juntara, simultáneamente, el estudio de la elocuencia, en las obras escritas de los grandes oradores que le precedieron. De todas suertes, cuando despues de haber probado sus fuerzas en algunas causas civiles, fué á Asia de enestor, (año 113

de J. C., ó sea á los 30 de edad), en Atenas, donde se detuvo, recibió las lecciones de Metrodoro y Menesarco, que entónces se hallaban al frente de la Academia, poco ántes reformada por Carneades. Lo mismo éstos que Charmandas, decian que habian encontrado, en Antonio, un oyente dócil, y un antagonista infatigable en Crasso; (40) lo cual se explica recordando el concepto altísimo que Crasso tuvo de la elocuencia, y el ménos elevado que, de conformidad con los antedichos maestros, tuvo de ella Antonio.

Nótanse en él otras particularidades, que sugieren la idea de que se formó orador, bajo la influencia helénica. Mientras que en Roma eran muy del gusto nacional, la ironía y los dichos epigramáticos, (41) y de ellos hicieron frecuente uso los más de los oradores, sin excluir al severo Caton, ni al fogosísimo Cayo Graco, Antonio, como Demóstenes, fué impotente para esgrimir, las ligeras armas del ridículo. Y ¿no es posible, por otra parte, que el desden con que miraba el derecho civil, fuese inspirado por el ejemplo de los griegos, que no daban grande importancia al estudio de los códigos, y tenian hombres versadísimos en ellos, á quienes consultaban, los oradores, como nosotros podemos consultar los calendarios? ¿Dónde pudo adquirir aquella dialéctica

irresistible y lujosa, que al mismo tiempo heria que deslumbraba; aquella manera victoriosa de refutar en que no le aventajó, quizá, el mismo Crasso? (42) ¿Dónde pudo adquirir la riqueza y variedad de formas que resplandecian en sus discursos? ¿Quién pudo enseñarle el secreto de realzar las ideas con el brillo de las figuras, y convertir las figuras en verdaderos argumentos? Cuando en realidad no descuidaba la estructura de los periodos, ni la colocacion de las palabras, como sirviesen á la fuerza y claridad de las ideas, ni ningun detalle eficaz de cuantos pertenecen al discurso oratorio, ¿de quién pudo aprender la maestría exquisita, que no tuvo siempre el mismo Ciceron; el arte refinadísimo que triunfa de la suspicacia del auditorio y le hace recibir, como fruto de la inspiracion del momento, y de la bondad de la causa que se defiende, lo que á las veces es fruto depurado de las operaciones lentas y laboriosas de la inteligencia? (43)

Todos, ó casi todos estos méritos pudo adquirirlos Antonio, y de seguro los adquirió, en los grandes modelos de elocuencia griega, y especialmente en Demóstenes (44). Y no creais que, la predileccion con que yo miro á Demóstenes, es la causa que me induce á presentarle, como maestro de los más insignes oradores de Roma. Sí en

los pasajes donde Ciceron pinta la elocuencia de Antonio, suprimimos las indicaciones locales, queda una descripcion, casi completa, de la oratoria de las *filípicas* (45). Por lo demás, nadie desconoce que, las obras de Demóstenes, poderosamente han influido en la formacion de los grandes oradores, así antiguos como modernos, y son, sin duda alguna, las que más conviene estudiar, aún hoy día, para adquirir los fundamentos de la mejor elocuencia parlamentaria. Mas, no desconocemos que, los que se han formado en la escuela de los antiguos clásicos, se parecen á los buques de alto bordo, con solidez contruidos, que son muy buenos para hacer frente á las borrascas en anchos mares, y emprender las grandes navegaciones; pero que, en cambio, necesitan mucho viento para moverse rápidos y magestuosos sobre las olas, y manifestar sus condiciones marineras.

Habia, pues, Antonio adquirido todos los conocimientos indispensables al orador, sin penetrar nunca en las regiones de la filosofía, propiamente dicha, ni de la amena literatura. Por esta causa su elocucion no era tan esmerada como la de Crasso, y quizá por igual motivo no publicó sus discursos, temiendo que la crítica los encontrase inferiores á la reputacion del orador, y al

éxito que, de ordinario, lograba al pronunciarlos. Este éxito era lo único que preocupaba á Antonio, cuando se encargaba de un litigio ó de un proceso. Como sucedía al más grande de los oradores griegos, el cuidado de los intereses defendidos por él, le hacía olvidarse de sí propio. Su espíritu, naturalmente sagaz y penetrante, su vasta memoria, su admirable talento de invención, su práctica en los negocios del Foro, su conocimiento del corazón humano, (46) su maestría para desvanecer sospechas y convertir los pequeños indicios en luminosas pruebas, todos sus medios y facultades se ponían al servicio de la causa, sin reservar ni sacrificar nada á las insinuaciones de su amor propio, ni á sus particulares deseos.

En realidad, lo más digno de observarse en Antonio, es la preparacion á que se entregaba al encargarse de un asunto judicial ó político, y el método que seguía al defenderlo. Su primer cuidado era examinar sus medios de combate, y reconocer si le convenia defender su derecho más que combatir el de su enemigo, ó si podría hacer ambas cosas, en cuyo caso era implacable con el antagonista que tenia delante. Al propio tiempo averiguaba, por cuantas maneras podía, la disposicion de ánimo de los jueces á fin de no irri-

tarles, inadvertidamente, con apreciaciones indiscretas. Despues de este trabajo preliminar, y ya ante el auditorio, seguía su plan, ó lo reformaba, segun las necesidades del debate, cuidando de no pronunciar palabra alguna inconveniente ó ligera; no concediendo nunca una ventaja real, por pequeña que fuese; complaciéndose en hostilizar con las mismas armas que le abandonaba, por descuido, su contrario, y haciendo valer su peculiar talento para producir incidentes inesperados y cambiar, de súbito, la faz de las discusiones (47).

Guardadas, con tan especial cuidado, todas las conveniencias, y despues de haber hecho brillar la luz de la razon, ó haber producido, con otros recursos, el convencimiento, Antonio reconcentraba todas sus fuerzas para lanzarlas unidas al tribunal, y convertirlo en protector del acusado; para hacer que los jueces olvidasen su carácter de tales, hasta el punto el obedecer, únicamente, á sus sentimientos de hombres. Mas, ¿cómo alcanzaba estos triunfos, que son los mayores á que aspirarse puede, en la elocuencia? Los alcanzaba utilizando medios, en él, como en todos los grandes oradores, más naturales que adquiridos. Los alcanzaba abandonándose á los impulsos de una sensibilidad ardiente, que se despertaba en su

pecho, y que imprimía á su voz, á sus miradas, á sus gestos, á todos los movimientos de sus brazos, á todos los músculos de su cuerpo, iguales vibraciones y sacudidas que experimentaban las fibras de su alma. Podemos, si, mirar con indiferencia los truenos y rayos fingidos de los teatros; mas no las tempestades del cielo. Y de igual modo, señores, se puede permanecer impassible, y aún desdeñoso, ante esos fuegos artificiales de los abogados del Foro que no sienten lo que dicen; pero no hay corazón que no participe de las emociones, sincera y fuertemente sentidas, cuando se anuncian con el sello de la verdad, y salen del pecho del orador como una llama que nos caldea, que nos abrasa, y al propio tiempo nos deslumbra.

Otras veces, Antonio empleaba, en vez de este calor y apasionamiento, un tono mesurado é insinuante, para obtener, por consideración á sí propio, lo que la justicia no permitía que se concediese á su defendido. Esto fué lo que hizo, en un proceso célebre, en que se acusaba, á un tal Norbano, de conspirador y sedicioso. (48) Mas, si Antonio no hubiese dispuesto de los recursos del patético, y si el timbre mismo de su voz, que era algo *parda* (como los cómicos y cantantes dicen) no hubiese preparado el efecto de sus perora-

ciones, nunca habria conseguido los éxitos que más contribuyeron á su fama. ¿Cómo pudo salvar al senador M. Aquilio del destierro, sino produciendo una verdadera sedición de los afectos compasivos de los jueces, contra las exigencias terminantes de la ley? ¿Cómo, sino sintiendo la clemencia que queria despertar en los oyentes, y mostrando sus lágrimas, pudo hacer que las derramase el mismo Mario, que formaba parte del tribunal? En este proceso fué donde, levantando de la silla de los reos, al anciano respetable á quien defendía, la viva emoción de su alma, más bien que un designio premeditado, le hizo desgarrar las ropas de Aquilio, y mostrar las cicatrices de su pecho, como testimonios indelebles de su valor, y títulos, que lo hacían digno, del público reconocimiento. (49)

Aunque, no tanto como en la forense, también brillaba Antonio en la elocuencia deliberativa. Por desgracia no dejó monumentos de su genio, y aún la fama que en su época merecidamente alcanzó, se habria extinguido, por entero, si Cicerón no se hubiese encargado de perpetuarla, en uno de sus más bellos diálogos. Ni una palabra conocemos de sus discursos forenses; ni una sola, tampoco, de sus discursos políticos. De la campaña oratoria que sostuvo, cuando fué cónsul,

contra el tribuno faccioso S. Titio, sólo el recuerdo nos queda, y la noticia de que fué asunto largo, y en el cual tuvo mucho que oír, y mucho que responder. Ni siquiera terminó, un tratado de elocuencia que comenzó á escribir. (50)

Hablemos ahora de Crasso. Crasso poseía todas las grandes cualidades oratorias que brillaban en Antonio, unidas á otras de ménos importancia, que le hacían el orador más perfecto de su época. Por sus contemporáneos, ambos eran colocados á la mayor altura, aunque cada cual atribuyese el superior mérito, al que más se acomodaba con su gusto crítico. (51) La posteridad, sin embargo, ha dispensado á Crasso algunas muestras de preferencia. Motivos había, aunque no muchos, en aquel famosísimo orador, para que fuesen más unánimes los aplausos que se le tributaron.

Nació el año 140 ántes de J. C. Fué educado con gran solicitud por su mismo padre, el cual vió sus desvelos recompensados, con la temprana gloria que alcanzó su hijo. A los 21 años de edad inauguró, Crasso, su carrera política, entre los aplausos de su auditorio, y la admiración de los viejos campeones de la tribuna. (52) Su primer discurso fué dirigido contra C. Carbon, el que ántes cité, que muy lejos de ser un enemigo des-

preciable, era uno de los más elocuentes oradores y poderosos ciudadanos de su tiempo. Influido, acaso, por la impaciencia juvenil, y ansioso del aura popular, el siguiente año apoyó el establecimiento de la colonia Narbonense. En la arenga que con tal motivo pronunciara, se revelaba una madurez de entendimiento, superior á su edad. Esto no impidió que, más adelante, se le reconviniese de inconsecuencia, fundándose en algo de lo que entónces había dicho. Vuelto á Roma, cuando ya tenía 27 años, defendió á Licinia, una de esas sacerdotisas de Vesta, que habían hecho á la diosa la ofrenda de su castidad, sin haberle hecho, ántes, la ofrenda de su corazón, y á la cual estaba ligado Crasso por vínculos de parentesco.

Poco despues fué á Asia de cuestor, y á su vuelta se detuvo en Atenas, donde frecuentó las escuelas de filosofía y retórica, y sostuvo, á las veces, su opinion, en desacuerdo con los maestros que allí enseñaban. Ningun ruido hizo Crasso mientras fué tribuno. Los partidos políticos dormían entónces un breve sueño, del que habían despertarse tan enfurecidos como ántes. Obtuvo, despues, los cargos de pretor y edil; y cuando ya había llegado á la edad de la razón pura, ejerció los dos supremos cargos de cónsul y

ensor; el primero á los 44, y el segundo á los 48 años de edad. (53)

Atesoraba Crasso, al comenzar el verano de su vida, unos conocimientos vastísimos, profundos y universales, que llevando los senos de su inteligencia y su memoria, constituían, en él, la preparación general, que todos los grandes oradores necesitan. Conocía Crasso la historia, la filosofía, y la patria literatura; y había estudiado la lengua griega, hasta poseerla con tanta perfección como la suya propia. (54) En su juventud, para formarse un estilo, y adquirir facilidad en expresar las ideas, practicaba el ejercicio que ya indiqué al hablaros de Carbon; mas, no considerando de bastante eficacia, se aplicó con preferencia, á traducir los oradores griegos. (55) En lo relativo á la ciencia del derecho, sus conocimientos sólo eran superados por los de Escévola, que, alguna vez, tuvo que declararse en derrota, á pesar del apoyo terminante de la ley, vencido y acosado, por la palabra irresistible de Crasso. (56)

A sus raras dotes naturales, y á esta universalidad de conocimientos, debió que su elocuencia fuese más segura, más obediente á su voluntad, más multiforme aún que la de Antonio; que su estilo poseyese grandes riquezas de elocución, por nadie igualadas hasta entónces en Roma, y

una brevedad que, lo mismo que la de Demóstenes, no perjudicaba la elegancia y las ampliaciones oratorias; y que sus ideas pareciesen, si no engendradas por las doctrinas de Platon, concebidas bajo la influencia de aquel filósofo eminentísimo. Añádase, á esto, una inspiración que se elevaba, algunas veces, al sublime, sin excluir otras, el gracejo, la cortés ironía, el difícil arte de combatir con el ridículo, que llega, en ocasiones, á donde no alcanza la razón; añádase además un gran dominio sobre sus facultades oratorias, que sin esfuerzo le permitía guardar todas las conveniencias; y un talento admirable para hacer brillar sus dotes, lo mismo en las áridas lides judiciales y políticas, que en la fácil arena popular; y se tendrá una idea, siquiera sea incompleta, de lo que era este insigne orador.

El estudio que de sí propio hacia, le indujo á acomodar, su manera oratoria, á los cambios que la edad iba verificando en él, y al carácter de las altas magistraturas que desempeñó. La vehemencia con que hablaba en su juventud fué templándose, poco á poco, á compás de los años; su voz tuvo acentos más suaves, y su acción se hizo más pausada y majestuosa. (57) Temía Crasso que los achaques de la vejez le obligasen á abandonar la tribuna y el foro por completo; y, en esta previ-

sion, había resuelto buscar una honrosa retirada en la ciencia del derecho, y la vida del jurisconsulto.

Cuando Crasso tenia que hablar sobre algun asunto grave, se entregaba ántes á una profunda meditacion. Su mirada intensa y fija, revelaba que la meditacion era un estado habitual, ó frecuente, de su ánimo, y la mayor potencia de su espíritu. Desde el principio de su arenga se le escuchaba con interés. De ordinario, preparaba sus exordios cuidadosamente, pronunciándoles con un tono mesurado, y una accion natural y sencilla. Tanto él como Antonio, al comenzar sus discursos, experimentaban, á las veces, cierto embarazo y dificultad, que parecia incompatible con sus grandes facultades oratorias. Las palabras iban saliendo lentamente de sus lábios, palidecia su rostro, y todo en ellos, anuncia una timidez, una confusion, una pereza de inteligencia y memoria, que sólo se explica recordando que ambos eran tan modestos y desconfiados de sí propios, como suelen ser atrevidos, y pretenciosos, los ignorantes y los necios. (58) Tal turbacion experimentó Crasso una vez al comenzar una arenga, que, apercibido de ello el presidente del tribunal, que era su amigo, aplazó la vista del pleito para mejor ocasion. (59) Pronto cedian estas vacila-

ciones, al soplo de la inspiracion; mas, entónces mismo, en lugar de abandonarse á los impulsos de un calor repentino y desigual, dominaba los movimientos demasiado impetuosos de su ánimo; marchaba rápida y magestuosamente, sin extrañarse un punto de la senda que le convenia seguir; permanecia quieto en un solo sitio de la tribuna, conservandosiempre en sus pensamientos y palabras, como en las miradas, en los ademanes, y el acento de su voz, la más completa dignidad; y si algun importunole interrumpia, lo escarmentaba con un duro apóstrofe, ó un epigrama acerbo. El calor de su alma iba enardeciendo, poco á poco, su lenguaje y su rostro; y cuando ya estaba animado por la cólera, la compasion, ú otro afecto cualquiera, las más felices exclaciones, las ideas y frases más oportunas brotaban copiosamente de sus lábios, y eran acogidas, por su auditorio, con la ansiosa avidez que sólo puede producir la magia de la palabra. (60)

Describe Ciceron, algunas escenas oratorias, tanto civiles como políticas, de las principales á que asistió Crasso, y hace breves reseñas de los discursos que pronunciara entónces, conservando algunas de sus palabras. No puedo seguir, paso á paso, al escritor latino. Direos, sólo, que sus mayores combates forenses, los sostuvo Crasso

contra Q. Escévola; y que una desavenencia que le indispuso, cuando fué censor, con su compañero en aquella alta magistratura, le obligó á sostener discusiones animadisimas. Uno de sus discursos comenzaba con la siguiente frase: «Veo sin pena que se me aventaje, en lo que depende de la naturaleza ó la fortuna; mas no sufro con paciencia la superioridad, en aquellas cosas que los hombres pueden adquirir por sí propios.» (61) Este hermoso pensamiento, parece inspirado por Sócrates. En todo el resto del discurso, el orador usó del ridiculo, contra su adversario, implacablemente.

Su ironía jamás alteraba su gravedad, ni degeneró en injuriosas personalidades de mal gusto. Tuvo el arte de hacer reir al auditorio; pero nunca á sus espensas, ni convirtiéndose en juglar. En cierta ocasion, Crasso hablaba contra un abogado poco hábil, y notable por la fealdad de su rostro. Interrumpido á cada instante, suspendió su discurso y dijo, con el acento que podeis comprender: «*Escuchemos á ese hermosísimo orador.*» El aludido quiso calmar la risa del auditorio, exclamando: «No he podido formar mi cara; sólo he podido formar mi inteligencia.» «*Escuchemos,* replicó Crasso con igual desden, *á ese elocuentísimo orador.*» Las risas estallaron

de nuevo. Peroraba, otro día, contra un patricio que habia disipado todo el patrimonio de sus mayores. Tuvo, el adversario de Crasso, la mala ocurrencia de leer dos pasajes de discursos de éste, para hacer notar una contradiccion. Esto era lo mismo que encender las iras del coloso. Entonces fué cuando respondió á la provocacion, lanzando un diluvio de palabras mordaces, y burlas amargas y penetrantes, sobre su infeliz antagonista. Como éste habia vendido poco ántes unas termas, y dijese en el calor del debate, que estaba sudando, sin saber por qué, Crasso exclamó: «No os extrañe que sude; acaba de salir de los baños.» (62)

Pero estas mortificaciones y otras más incisivas de la misma índole, fueron nada, ante el rasgo patético que produjo la inspiracion de Crasso, al ver pasar á distancia, desde la misma tribuna en que se encontraba, el entierro de Junia, abuela de su adversario. Volvióse sobre él repentinamente, y abrumándole con sus miradas y sus ademanes, exclamó en un tono tan elevado como impetuoso:

«Y bien, Bruto, ¿qué quieres que esa mujer virtuosa vaya á anunciar á tu padre, á tantos hombres ilustres, cuyas imágenes acompañan ese funeral, y á aquel mismo J. Bruto que libró, al

pueblo romano, de la dominacion de los reyes? ¿Qué podrá referirles de tu vida? ¿A qué noble ocupacion, á qué gloria, á qué virtud les dirá que te consagras? ¿A aumentar tu patrimonio? Este sólo cuidado no corresponde, quizá, á un hombre de tu estirpe; pero, aunque así no fuese, ¿qué adelantarias? Ya no conservas nada, ya lo has disipado todo en vicios y desórdenes. ¿Les dirá que te dedicas á las tareas del Foro? Esto sería seguir las huellas de tu padre; pero tendrá que decirles que has vendido la casa paterna, y que ni siquiera te has reservado del moviliario, la silla del jurisconsulto. ¿Les dirá que sigues la carrera de las armas? Jamás has pisado un campamento. ¿Qué cultivas la elocuencia? No tienes la menor nocion de este arte, y toda la fuerza de tus pulmones y tu palabrería, las has prostituido, vergonzosamente, en el vil oficio de calumniador. Y, sin embargo, te presentas en público, y llevas tu cinismo hasta el punto de dirigirte, cara á cara, á los jueces, de comparecer en el Foro, en medio de Roma, y á la vista de tus conciudadanos. ¡Y no mueres de vergüenza ante ese cuerpo inanimado, y esas imágenes sagradas de tus mayores! ¡Ah! muy lejos de poder imitar aún sus virtudes, ni siquiera tienes un rincón donde conservar sus retratos.»

El hombre que, de improviso y de tal modo, encuentra su inspiracion, cuando la necesita; y, en medio de ella, conserva el arte de desarrollar sus ideas en el mejor orden posible, era un orador, un grande orador, sin duda alguna. Pero esas palabras, cuyo efecto se comprende recordando lo que era el gran Foro romano, y lo que sería, sobre todo, cuando el más insigne orador de la ciudad hablaba, en una causa ó litigio de mucho empeño, esas palabras, repito, no bastan á dar una idea de la elocuencia que Crasso desplegó, en una sesion célebre del Senado. Decíase, de ordinario, que su último discurso era el mejor, en lo cual se obedecía, acaso, al influjo de la impresion más reciente, sólo por serlo; pero en el debate á que me refiero, todo el mundo convino en que, si antes sobrepujaba, con su palabra, á los demás, entónces se habia sobrepujado á sí propio.

El cónsul Filipo habia pronunciado un discurso violentísimo ante el Pueblo, diciendo que no podia gobernar, acertadamente, con una Asamblea como la de los patricios, y encendiendo, contra ella, las iras populares. Reunióse el Senado para deliberar sobre aquellos ataques injuriosos, y Crasso hizo uso de la palabra. La escena no podia ser más solemne, ni el asunto más grave, ni

la resolución más urgente. Comenzó deplorando el triste abatimiento del Senado. ¡Cuántos ejemplos no citaría de la firmeza con que, en pasadas épocas, aquel alto cuerpo había salvado la República de los mayores peligros! Clamó, en seguida, contra la audacia del cónsul, que, separándose de la marcha de sus más ilustres predecesores en aquel cargo, en lugar de ser la égida protectora del patriciado, pretendía, «como un infame salteador, despojarle de su dignidad hereditaria;» y demostró, también, que aquella conducta de Filipo, era una continuación de la que había observado ántes; por lo cual no debía extrañarse que el mismo hombre, cuya funesta política tantas agitaciones produjera recientemente, quisiese completar su obra, privando á la República del firme apoyo del Senado. Encendido el furor del cónsul, por los rudos ataques de Crasso, para intimidar á éste, llegó hasta mandar que se le confiscase una parte de sus bienes. Entónces, según Ciceron dice, fué cuando Crasso desplegó un talento más que humano. Oigámosle, en uno de los arranques vehementísimos de su arenga: «Tú que has desconocido la autoridad del Senado, que has ultrajado, y hollado, con tus piés, esta augusta Asamblea, á la faz del Pueblo, piensas sin duda atemorizarme con tus injurias y

amenazas. No, para imponer silencio á Crasso, no es los bienes, sino la lengua, lo que hay que arrancarle; y áun cuando sólo me quedase el aliento, mi alma libre sabría rechazar tu tiranía.» Habló largo rato desplegando todo su genio, y consiguiendo arrastrar al Senado, casi unánime, en la impetuosa corriente de su elocuencia, á que aceptara su dictámen, y una proposición presentada por el mismo Crasso, en la cual se consignó que el celo y la sabiduría del Senado, habían favorecido siempre los intereses del Pueblo. (63)

Después de este fatigoso discurso, el hombre divino, como le llama Ciceron, bajó de la tribuna presa de una fiebre que, á los siete días, le llevó al sepulcro. ¡Ah, señores! Crasso murió oportunamente. Días de luto se preparaban para Roma. Poco después se apoderó Mario del poder supremo, y quiso celebrar su triunfo, con una orgía donde se derramase la sangre más ilustre de su patria. Cátulo, su compañero cuando la derrota de los cimbrios, tuvo que suicidarse por no sufrir una muerte pública y cruenta. Marco Antonio, descubierto en el retiro en que se ocultaba, fué rodeado de una tropa de asesinos, que envió Mario, para que le llevasen su cabeza; pero las palabras del orador, con más hechizo que el canto de las sirenas, desarmaron el brazo de aquellos hom-

bres de alma endurecida. (64) Fué necesario que un malvado, que habia quedado á la puerta del recinto, penetrara, para indagar el motivo de la tardanza, y que segase, de un sólo golpe, la garganta de Antonio, ántes de escucharle, para que el crimen se cometiera. Mario, el feroz Mario, se gozó á la vista de aquel trofeo ensangrentado, y mandó exponerlo en la tribuna de las arengas, en el mismo sitio donde años ántes derramara lágrimas de compasion bajo el influjo de la palabra de su víctima; bajo el influjo de aquella lengua y de aquellos ojos, ya helados por el frio de la muerte, para nunca más difundir las luces, ni vibrar los rayos de la elocuencia.

Mas, la muerte de estos hombres ilustres, y la del mismo Mario, que tuvo lugar en seguida, así como la de otros personajes de la República, no creais, señores, que dejaba á Roma despoblada para siempre. Como una selva reducida á carbones por el incendio, la ciudad presentó un aspecto lúgubre y desconsolador; pero lo mismo que si las llamas se hubiesen cebado en los árboles corruptos, sin ofender los pequeños retoños, ni matar la vida de las raíces, de entre aquellas cenizas brotó un plantel de jóvenes, que más tarde habia de convertirse en pléyada de grandes artifices de su propia gloria, y de la gloria de su pá-

tria. Varron, Hortensio, Ciceron, Pomponio Atico, Julio César y Lucrecio, que apénas habian salido de la infancia; Cátulo y Salustio que nacieron el mismo año en que pareció Antonio; Horacio, Virgilio, Tito-Livio y otros ingenios, cuyas cunas estaban ya preparándose, prometian gran cosecha de laureles, á las ciencias, las armas, la poesía, la politica y la elocuencia de Roma. Esto último, por lo ménos, lo iremos viendo en las conferencias siguientes.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO SÉTIMO.

(1) Ciceron, *Brutus*, XXVII.

(2) Desde el año 397 de la fundacion de Roma, hubo leyes contra las intrigas electorales. La ley *Petelia* propuesta por un tribuno, tenia por objeto prohibir, á los candidatos, que fuesen recorriendo las ferias, y reuniones públicas, para apalabrar votos (*Tito-Livio*, *Lib. VII*, *cap. 15*.) La ley *Tulia* propuesta por Ciceron, siendo cónsul, agravaba las penas, ya de ántes establecidas, para reprimir las intrigas electorales; y además de aumentar diez años de destierro al infractor, prohibió dar combates de gladiadores en los dos años ántes de declararse candidato para algun cargo público, — (*Dion. Libro XXXVII*, *cap. 29*.)

(3) Ciceron, *D. del O.*, *Lib. I*, 7; y *Lib. III*, 13 y 24.

(4) Ciceron, *Brutus*, XXV.

(5) Ciceron, *D. del O.*, *Lib. I*, 34.

(6) Plutarco, *V. de los Gracos*; y Ciceron, *Or. Ilustres XXVII*.

(7) Ciceron, *Or. Ilus. XXVII*.

(8) Varios autores antiguos atestiguan la importancia que en Roma llegó á tener este personaje. Entre ellos, Valerio Máximo dice que «M. Escauro era el primer ciudadano del Estado» (*Lib. VI*, *cap. 5*.) Macrobio le llama «luz y honra de la patria» (*Satu. Lib. IV*, *cap. IV*, 11.) Ciceron le nombra con los más honrosos calificativos (*Or. por Mur.*, *XVII*) y en otros lugares de sus obras.

(9) «Se necesita mucha grandeza de carácter y de ingenio, para renovar, como M. Escauro lo hizo, por su propio mérito, la gloria casi estinguida de su raza.» — (*Ciceron, Or. por Mur.*, *VI*.)

(10) Valerio-Máximo, (*Lib. IV*, *cap. 4*, 11.) Ciceron hace tambien mencion de las memorias de Escauro, deplorando que no se estudiassen, con preferencia á otras obras que, valiendo ménos, estaban en manos de todos; y añade que dichas memorias constaban de tres libros, y fueron dedicadas á un amigo del autor. — (*Or. Ilustres*, *XXIX*.)

(11) En la medalla que hizo gravar, conmemorando su triunfo en Liguria, puso un testimonio de su riqueza. En uno de los lados habia un Mercurio, para significar que el cónsul debia su fortuna y elevacion, á la elocuencia y al comercio, (*Brosses. — Memorias de la Academia de Inscripciones de París*, *T.º 24*, *Vida de Escauro*.) Y, sin embargo, la opulencia de Escauro, fué un mediano pasar, comparada con la de su hijo. Este, que era yerno de Sila, y que se hacia adjudicar los cuantiosos bienes de los proscritos, construyó cuando fué edil, segun dice Plinio, (*Lib. XXXVI*, 24, 12.) «la más grande obra que jamás haya acometido y realizado el hombre.» Esta obra fué un teatro de tres pisos, con trecien-

tas sesenta columnas de mármol. De mármol era también el primer cuerpo; el segundo de cristal, género de lujo, de que no se conoce otro ejemplo; y el tercero, de madera dorada. Las columnas del piso bajo tenían 38 pies de altura, y entre ellas se colocaron tres mil estatuas de bronce. Tenía localidad para ochenta mil personas, y de las riquezas que se acumularon en telas, aparatos, y otros ornamentos de la escena, podrá formarse idea, sabiendo que en un incendio donde se quemaron los objetos de esta especie que estaban almacenados por no ser de diario uso, hubo una pérdida de 100 millones de sextercios (unos 80 millones de reales.)

(12) Salustio, *Guerra de Yugurta*. En cambio, y como correctivo á las duras palabras de Salustio, hé aquí otras en que le contradice Valerio-Máximo: «El crédito de Escauro era inmenso, y nadie dudaba de su probidad (*Lib. VIII, cap. 5.*) Otra prueba de que su caracter era digno de su patria, y de su nobilísima estirpe, se encuentra en las siguientes palabras: «Enterado M. Escauro de que, la caballería romana vencida por los Cimbras, había abandonado al procónsul Cátulo, y huía hácia Roma, envió á su hijo el siguiente mensaje: «Preferiría que murieses, é ir al campo de batalla á recoger tus huesos, más bien que verte deshonorado por una fuga vergonzosa; y si resta á tu alma degenerada algun sentimiento de honor, cuida de evitar mi presencia.» El jóven reconvenido en tan severos términos, se atravesó el pecho con su propia espada, con más valor que había mostrado ante el enemigo.»—*Macrobio, Sat., Lib. V, cap. 8, 4.*)

(13) Bosses, *Memorias citadas, T. 24, V. de Escauro.*

(14) Quintiliano, *Lib. V, cap. 12.*

(15) Ciceron, *Brutus, XXXIX y XXX.*

(16) «Lucio Crasso no tenía, con los jueces, ménos prestigio que Escauro con los senadores. El uno arrasaba los sufragios en el Foro y el otro era el dominador del Senado.» (*Valerio-Máximo. Lib. VIII, cap. 5.*)

(17) Plutarco, *V. de Mario.*

(18) Macrobio llama á los dos Metelos, el Macedónico y el Numídico, «incomparables ornamentos de la patria,» y despues dice lo siguiente, refiriéndose á éste último, como una muestra de su grandeza de alma: «Desterrado de su patria, por el partido popular, se retiró á Asia. Hallándose un dia en los juegos públicos de la ciudad de Tralles, recibió una carta en la cual se le participaba que el Senado y el Pueblo, de comun consentimiento, habían levantado su destierro, y le llamaban á la patria. No salió del teatro hasta que la fiesta hubo concluido; no conocieron su gozo los espectadores sentados junto á él; supo contener en su pecho la alegría por tan fausta nueva. Lo mismo al comenzar que al terminar su destierro, se le vió tranquilo y sereno. La costumbre de la moderacion, había dado á su alma, la misma firmeza para recibir la próspera, que la contraria fortuna.» (*Macrobio, Sat. Lib. IV, I, 13.*)

(19) Aulo-Gelio, *Lib. VI, cap. 13.*

(20) Ciceron, *Brutus XXXV.*

(21) Aulo-Gelio, *Lib. I, cap. 6.*

(22) Aulo-Gelio, *Lib. VI, cap. 13.*

(23) Ciceron, *D. del Or. Lib. II, 7.*

(24) «La historia de su consulado y sus acciones, está escrita por él mismo, con un estilo digno de Xenofonte.» (*Ciceron, Brutus, XXXV*). La gloria militar de Cátulo, la consigna Plutarco, (*Vida de Mario*.)

(25) Ciceron, *Or. II, XXXV*.

(26) Plutarco, *Vida de Mario*. Este autor dice que Cátulo, viendo que los ruegos de sus amigos fueron inútiles para que Mario le perdonase la vida, se encerró en una pequeña habitación, y, valiéndose de carbones encendidos, se dió la muerte por asfixia. Ciceron también habla del fin que tuvo este personaje. (*D. del Or. Lib. III, 3.*)

(27) Horacio, (*Epístola VII*) llama á Filipo «orador sábio y gran guerrero.»

(28) Ciceron, *Oficios, II, 21*.

(29) Ciceron, *Brutus, XLVII*.

(30) Ciceron, *D. del Or. Lib. II, 78*.

(31) «Q. Escévola era un ilustre é infatigable oráculo de la jurisprudencia» (*Valerio-Máximo, L. VII, cap. 12*)

(32) Ciceron, (*Brutus, XLI*; y *D. del Or. Lib. I, 40*). Aquí es donde dice que Escévola «era el hombre más versado del mundo en la ciencia del derecho, y el de más sutileza en la argumentación.» Despues añade que, en algunas discusiones importantes, habia arrastrado al Senado, sólo con algunas palabras sencillas y precisas. (*Lib. I, cap. 49.*)

(33) Ciceron, *D. del Or. Lib. III, 8*.

(35) «Ciceron, *Brutus, XLVIII*.

(35) «C. César y su hermano Lucio, sufrieron la suerte de Escévola y de Cátulo. Fueron traidoramente vendidos, por un toscano que los habia acogido.» (*Ciceron, D. del Or. Lib. III, 3.*)

(36) Ciceron, *Brutus, XLV*. Aunque las extensas páginas que Ciceron dedica (*D. del Or.*) á describir la elocuencia de M. Antonio, y el concepto que éste tenia del arte de la palabra, no demostrasen que fué un orador forense principalmente, lo sabríamos por una frase suya que conocemos, y que se refiere de este modo: «No debe considerarse como un crimen, el que el orador M. Antonio dijese «que no escribia ninguno de sus discursos á fin de que, si las máximas expuestas por él en alguna causa, perjudicaren á otra que defendiese despues, pudiesen desaprobala.» Esta conducta, indigna de un hombre de honor, tenia en él una disculpa, puesto que estaba siempre dispuesto á prestar á los desgraciados comprometidos en justicia, el auxilio de su elocuencia, y el sacrificio de sus principios.» (*Valerio-Máximo. Lib. VII, cap. 3.*)

(37) Antonio ha manifestado siempre un gran desden hácia el derecho civil; pero tal es la extension extraordinaria de su talento, que sin otras armas que su genio hace triunfar las causas que defiende.» (*Ciceron, D. del Or. Lib. I, 37 y 38.*)

(38) «En nuestra juventud, mi querido Quintio, se creia generalmente que L. Crasso no tenia más instruccion que la recibida en sus primeros años, y que M. Antonio no tenia ninguna.....» Crasso afectaba desdeñar las ciencias griegas. Antonio creia

que sus discursos producirían más impresión sobre el pueblo, si hacía creer que el arte no contribuía á su elocuencia. Esperaban tener más autoridad, el uno aparentando despreciar la cultura helénica; el otro aparentando desconocerla por completo.—(Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. II*, 1.)

(39) Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. II*, 1.

(40) Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. I*, 21.

(41) Parece que la jovialidad y la ironía formaban buena parte del carácter romano, á lo ménos cuando ya la cultura se había extendido en Roma. Dejando á un lado los epigramas de Cayo Graco, y Caton el antiguo, conservados por Plutarco, y otros de diversos personajes que posteriormente florecieron, entre los cuales debe contarse á Ciceron, éste mismo lo asegura así, en una de sus cartas á Pétus, donde hay este pasaje: «A todo lo cual es preciso añadir esos rasgos del antiguo ingenio romano, que, sin ser precisamente áticos, son más picantes que el verdadero aticismo..... En cuanto á mí, nada me es tan grato como ese gracejo intencionado del antiguo gusto nacional, sobre todo, cuando veo que se vá perdiendo en el Lacio, y que otras costumbres han venido á mezclarse con las nuestras; siendo Roma una aglomeracion de diversas gentes extranjeras, donde pronto no quedará traza alguna, del carácter placentero de nuestros antepasados.»—(Ciceron, *Epístola á Petus*.)

(42) «Quizá Antonio haya querido hacer uso del maravilloso talento que tiene para refutar, y en el cual nadie le aventaja (Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. I*, 62.)

(43) Ciceron, *Brutus*, *XXVII*.

(44) Despues de emitir Antonio un notable juicio de los principales historiadores griegos, y haber manifestado César y Cátulo su sorpresa al ver en él conocimientos que no le suponían, les dijo: Es verdad que leo algunas veces esos autores y otros de la misma nacion, pero es únicamente para entretener mis ocios cuando estoy fuera de Roma; y aún confieso que, de igual modo que paseándome al sol siento mi rostro colorearse, aunque este no fuese mi objeto al salir de mi casa, de igual modo cuando leo atentamente esas obras, conozco que su estilo da color al mio.» Despues dice que tambien lee á los oradores; mas no á los filósofos.—(Ciceron, *D. del Orador*, *II*, 14.) Mas adelante, añade: «No creo que exista hoy ni un solo orador, griego ó romano, un poco célebre, á quien yo no haya oido frecuentemente y con mucha atencion.» (*Obra citada*, *Lib. II*, 28.) En el *Lib. I*, 61 del mismo diálogo, escribe palabras que acreditan el detenido estudio que Antonio habia hecho del grande orador ateniense.

(45) Ciceron, *Brutus*, *XXXVII*. Aquí es donde dice: «Tal era tambien el triunfo de Demóstenes, que debia á su superioridad, en este género, el título de príncipe de los oradores.»

(46) Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. II*, 44. En ningun libro de cuantos han llegado á nuestras manos, hemos visto más admirable leccion de elocuencia que la que pone Ciceron en boca de Antonio.

(47) Ciceron, *D. del Or.*, *Varios lugares*.

(48) Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. II*, 48 y 49.

(49) Ciceron, *D. del Or.*, *Lib. II*, 42 y siguientes.

(50) Quintiliano, *Lib. III, cap. I*; y Ciceron, *D. del Or., Lib II, 11*, y *Brutus, XLIV*.

(51) Ciceron, *Brutus, L*.

(52) Ciceron, *D. del Or., Lib. III, 20*. Del discurso que pronunció Crasso á los 21 años, se conservan estas pocas palabras: «Te alabas, Carbon, de haber defendido á Opimio; pero no por eso debes ser tenido por mejor ciudadano. Entónces procedias hipócritamente, animado por algun interés particular. Esto no es posible negarlo, puesto que has deplorado, frecuentemente, en tus arengas, la muerte de Tiberio Graco; puesto que fuiste cómplice de la de Scipion el Africano; puesto que, durante tu tribunado, estableciste la más sediciosa de las leyes, y estuviste, siempre, en oposicion con todos los buenos ciudadanos.» (*Lib. II, 40*.)

(53) Todas las noticias comprendidas en el texto desde la última nota, son tomadas de diversas obras de Ciceron.

(54) Ciceron, *D. del Or., Lib. II, 1*.

(55) Ciceron, *D. del Or., Lib. I, 34*.

(56) Ciceron, *Brutus, LII y LIII*.

(57) Ciceron, *D. del Or., Lib. I, 60*.

(58) Macrobio, *Satu, Lib. IV, cap. V, 4*.

(59) Ciceron, *D. del Or., Lib. I, 26*.

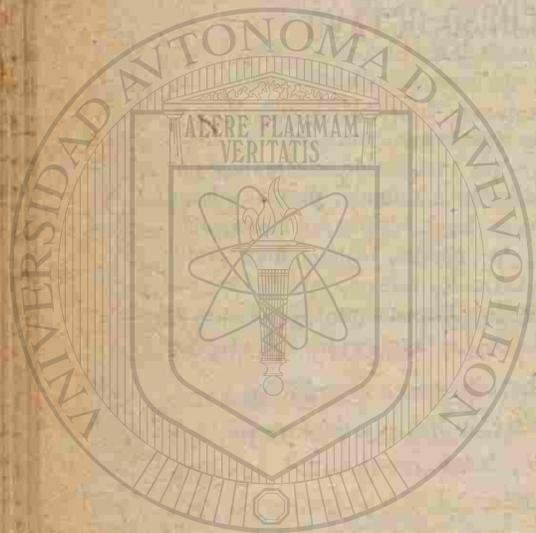
(60) Ciceron, *En varias obras*.

(61) Ciceron, *D. del Or., Lib. II, 11*.

(62) Ciceron, *D. del Or., Lib. II, 65*; y *Lib. II, 55*.

(63) Ciceron, *D. del Or., Lib. III, 1*.

(64) Plutarco, *Vida de Mario*. Hé aquí, además, como encontramos referida la sangrienta ejecucion de Antonio: «La elocuencia detuvo á los soldados de Mario y Cinna, cuando ansiaban teñir sus aceros, en la sangre de los ciudadanos. Los que habian sido encargados, por sus feroces jefes, de degollar á Antonio, permanecieron inmóviles á la voz del orador, y envainaron las espadas, sin herirle, despues de haberlas tenido amenazantes sobre su cabeza. P. Autronio, que no habia oido, por estar fuera del recinto, aquellas palabras elocuentes, se prestó al odioso oficio de verdugo.»—(*Val. Max., Libro VIII, cap. 9*.)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO OCTAVO.

Sulpicio, Cotta, Hortensio, y otros oradores menos célebres.

SEÑORES:

Después que la elocuencia romana fué elevada, por Antonio y Craso, principalmente, á un alto grado de perfección, muchos oradores florecieron, en la generación inmediata, aunque sin alcanzar, ninguno, tanta gloria como aquellos ilustres personajes. Multiplicáronse los litigios y los procesos, y á compás fué aumentando el número de los abogados. Mas, entre la muchedumbre de éstos, que acudía á los Tribunales, sólo algunos alcanzaron celebridad, por su notable mérito; (1) habiendo habido otros, también dignos de mención, no por la grandeza de sus talentos, sino más bien por las particularidades extrañas, ó curiosas, que como oradores ofrecían. Los demás, nada presentan que pueda examinarse con provecho, por la crítica; y creo que debe-

remos dejarlos descansar, tranquilamente, en el panteón del olvido, sin que sus manes se ofendan de este triste privilegio que merecen, en la exhumación, por decirlo así, que vamos haciendo, de todos los grandes maestros de la palabra.

Otras noches he indicado, aunque muy rápidamente, las causas que iban inclinando, en Roma, las aficiones, al cultivo de las letras; y, entre estas causas, comprendí la suavidad y mollicie que se introducían en las costumbres, antes rudas y austeras, de la República. No haré, esta noche, nuevas indicaciones sobre el mismo particular, limitándome á decirlos que es un fenómeno, casi constante, en la vida de Roma, que el estruendo de la guerra ahogase la voz de la elocuencia, y la profesión de las armas hiciese que no tuviera más glorias la tribuna romana. Escipión Emiliano, Pompeyo, (2) el que mereció el título de grande, y Julio César, que triunfó de él en Farsalia, acreditan el inmenso desarrollo que habria adquirido, en ellos, el talento de la palabra, si en lugar de dirigirse al templo de la gloria por el camino de la guerra, lo hubiesen buscado, como Antonio y Craso, por el de la elocuencia.

No significa esto que ambas profesiones estuviesen allí reñidas; antes bien, pocas veces hubo en Roma un grande orador que no tuviese al-

gunos talentos militares, y un gran capitán que no hubiese necesitado, y tenido que valerse alguna vez, del arte de la palabra. Contribuyó á esto la constitución misma de la República, que hacia soldados, en caso necesario, á todos los ciudadanos; que permitía igualmente á todos, sin distinción de clases, el derecho de comparecer, ante los tribunales, á defenderse en causa civil ó criminal, ó defender á sus protegidos y allegados; y que reunía, en el cargo de cónsul, una parte muy considerable de los poderes militar y político. El haber sostenido Roma guerras continuas, en el exterior, que sólo terminaron con la dominación del mundo; y, en el Foro, otra guerra no ménos constante y encarnizada, que habia de prolongarse, con desiguales alternativas, hasta el advenimiento de los emperadores, fué, también, causa, de que la toga y la espada no se excluyesen mutuamente, y de que la elocuencia política necesitase, no pocas veces, del prestigio de las armas, y el poder militar no siempre pudiese conseguirse, ó conservarse, sin los triunfos de la palabra. Escipión fué, en paz y guerra, el primer ciudadano de su patria; porque, después de haber vencido á Cartago y Numancia, supo influir en las deliberaciones del Senado, y vencer en algunos combates judiciales. En cam-

bio, Mario y Sila languidecian, por decirlo así, cuando no estaban al frente de los ejércitos; eran máquinas destinadas á funcionar en los campos de batalla, entre sangre y desolacion, ó á inutilizarse y enmohecerse en Roma, bajo el imperio de la paz. Por eso ellos amaban, y aún promovian las guerras exteriores ó intestinas, como el único teatro donde podian desempeñar grandes papeles. (3)

Mas, desde que hombres civiles, obtuvieron el consulado, sin otra recomendacion que el talento de la palabra y la ciencia del jurisconsulto, las glorias de la elocuencia rivalizaron, casi, con las glorias militares; y fueron buscadas, cada dia con mayor afan, por la flor de la juventud patricia. Muchos jóvenes intentaron seguir las huellas de Antonio y Crasso. Pocos hubo que los siguieran, de cerca, con visos de igualarse á ellos, y ménos aún de aventajarles, hasta que aparecieron Hortensio y Ciceron. Y, entre los que frecuentaban la tribuna y ejercitaban la oratoria forense, fueron en bastante número los que, ó por falta de preparacion y estudio, ó de disposiciones naturales, apenas poseyeron nunca, en grado eminente, un sólo mérito, de los varios y esenciales que el orador necesita.

C. Curion, por ejemplo, se recomendaba por

su estilo; pero nada más que por su estilo. Escasísimo de instruccion, y de sólido ingénio, hablaba correctamente la lengua latina, y sabia adornar el discurso con figuras y expresiones de buen efecto. En cambio, sus ademanes, su accion toda, y el continuo balanceo de su cuerpo, le hacian perder la dignidad propia del orador, exponiéndole, en ocasiones, á los epigramas de sus contrarios. Sus mismos oyentes solian reir á sus espensas, y aún alguna vez le dejaron solo en la tribuna, con la palabra en la boca. C. Julio César, que ya os presenté, en la anterior conferencia, como hábil en manejar el epigrama, dijo cierto dia, viéndole perorar: «¿Qué orador es ese que habla desde una barca?» Y otra vez que Curion arengaba al pueblo, siendo ya cónsul, y teniendo por compañero, en esta alta magistratura, á Cn. Octavio, que enfermo y lleno de vendajes y unguentos, estaba sentado junto á él, el tribuno Sicinio se acercó á éste y le dijo: «Muy reconocido debéis estar hoy á vuestro colega; porque si no se hubiese agitado, como acostumbra, las moscas os habrian comido.» Y, en cuanto á su memoria, era tan desdichada, que, frecuentemente, se le veía indicar las partes en que dividia su discurso, y omitir ó añadir, despues, alguna, sin acordarse de lo que momentos ántes habia anun-

ciado. Este fué el orador que, oyendo un discurso de Ciceron, entónces jóven, quedó tan desconcertado y confuso, que tuvo que renunciar á la defensa de su cliente, so pretexto de que, algun sortilegio, le habia privado de la palabra. El mismo Ciceron decia que debian leerse, alguna vez, los discursos de este orador, y que eran «una prueba de que el brillo y la riqueza de la elocucion, contribuyen solos, más que todo otro mérito, á los triunfos de la palabra; porque, Curion, añade, ni sabia buscar ni distribuir los argumentos, ni ordenar las partes y el todo del discurso.» (4)

Con él forman singular contraste los dos Léntulos, Cn. y Publio, que sólo poseyeron la elocuencia de la accion, y una voz armoniosa y dulce. Con estos únicos recursos adquirieron alguna celebridad oratoria, y pudieron ocultar su pobreza de ideas, de imaginacion y de afectos. (5)

Tambien P. Antistio, aunque sin fama de orador insigne, era superior á Curion, y respecto de éste, el reverso de la medalla, por decirlo así, en todo lo relativo á sus facultades intelectuales. Sufrió Antistio, en sus primeras pruebas oratorias, los mismos amargos desengaños que Demóstenes. Fué objeto de la risa y desden de sus

oyentes, y por muchos años se abstuvo de compareceren el Foro. Rompió su largo silencio cuando fué tribuno, combatiendo á un candidato al consulado que pretendia hacerse elegir, con infraccion de las leyes. Lo más extraño de aquel debate estuvo en que, el orador Sulpicio, (del cual me ocuparé despues), no brilló tanto, á pesar de su reconocido mérito, como Antistio á quien secundaba. Este acreditó entónces, y desde entónces ya siempre, mucho talento de invencion, mucha capacidad para buscar las pruebas, y mucho ingenio y arte para ordenarlas del modo más conveniente á su objeto. Su fiel memoria le permitia utilizar todos estos medios, y cuantos el orador recibe, de una preparacion anticipada. No abundaba su estilo en las espresiones brillantes de Curion; mas, sin ser elevado, tenia una sobriedad nada pretensiosa, y, por esto mismo, más estimable. Tampoco su pronunciacion y sus ademanes, podian rivalizar con los aceutos insinuantes, y los ademanes fáciles y expresivos de los Léntulos, Ceneio y Públio. Inferior á ambos, en esta parte de la elocuencia, y aventajando á Curion, ni se distinguia por un gran mérito, ni porque del todo le faltase. La circunstancia de haber figurado cuando las venganzas políticas de Mario y Sila dejaron huérfanos la tribuna y el

Foro, contribuyó, no poco, á su reputacion, y á que se le confiasen los más graves asuntos judiciales. Si hubiese tenido competidores de primer orden, los ecos de su palabra, habrian sido ahogados, por los más fuertes y sonoros de la grandilocuencia. (6)

Dejando á un lado, porque á nada conduciria citarlos, otros oradores de muy inferior orden, de los cuales, poco ó mucho, algo habla Ciceron en su diálogo intitulado *Brutus*, pasará á decirnos dos palabras sobre un personaje que floreció, en Roma, algo despues que Antistio, y los otros, de quienes os he de hablar en la presente noche. M. Calidio, que es el orador á que me refiero, no figuró, que yo sepa, como hombre de Estado, ni tomó una parte activa, en los revueltos negocios públicos de su patria. De él pudo decirse, como Quintiliano dijo de Demetrio Falero, que nó parecia nacido para las grandes luchas de la palabra. (7) Perteneció al número de los oradores que no saben producir, ni resistir, las tempestades de la elocuencia popular, ni el fuerte oleaje, que á las veces equiere la elocuencia deliberativa. Pero, exceptuando el fuego que las almas apasionadas prestan á la palabra; los rasgos atrevidos y patéticos, que son como los últimos proyectiles del que habla; y la vehemencia, en la

manera misma de decir, que tiende á arrastrarlo todo, como una grande inundacion, cuantos méritos y felices disposiciones pueden recomendar á un hombre en la tribuna ó el foro, se reunian en M. Calidio, hasta el punto de que, muy lejos de confundirse con la generalidad de los oradores, casi constituia, él sólo, una clase aparte y singularisima. Mas, ¿para qué intento yo describiros los caracteres peculiares á su elocuencia? Ciceron lo hace, de modo tal, que aun siguiéndole fielmente, no podré reproducir sus hábiles pinceladas. Hé aquí sus propias palabras:

«Sus pensamientos, dice, profundos y originales, los revestia de formas ligeras y transparentes. Nada tan fácil y flexible como el giro de sus periodos. Hacia de las palabras cuanto queria, y nadie le aventajaba en encontrar la frase. Su diction era clara como el agua de la más pura corriente. Fluia con suavidad, sin que nada interrumpiese su curso. Ni una palabra mal colocada, y que no encajase, en el periodo, como en un mosaico las piezas. Ni un término duro, antiguo, bajo ó rebuscado. Empleaba las palabras en el sentido figurado; pero con tanta maestria, que nunca parecian ocupar un puesto ajeno, y si naturalmente colocadas en el suyo propio. Nada habia en sus discursos abandonado al acaso: todo en ellos obe-

decía á una medida, que sabia ocultar y variar de mil diversos modos. Las figuras de palabra y de pensamiento embellecian su lenguaje, y distribuidas en todo el cuerpo del discurso, eran como otros tantos brillantes que realizaban su mérito. Descubría muy sagazmente el punto capital de la cuestión, sin recurrir á las numerosas fórmulas de los jurisconsultos. Combinaba el plan con arte; su acción era noble, y, todo su exterior, distinguido y mesurado. Si la perfección oratoria consistiera en hablar con elegancia, nadie habría aventajado á Calidio.» (8)

Compréndese, claramente, en las palabras citadas, que Cicerón se propuso describir la elocuencia de M. Calidio, en el estilo que le era á éste mismo peculiar. De mayor mérito que Calidio, y algo anteriores á él, fueron Sulpicio y Cotta, discípulos, los más aventajados, de Antonio y Crasso; y, en cuanto á Hortensio, reunió á sus defectos prendas oratorias, tan recomendables, que se le debe clasificar entre los grandes oradores del mundo antiguo, aunque nunca merezca colocarse al mismo nivel que Demóstenes y Cicerón, y acaso, tampoco, que Hipérides y Esquines. (9) Diré dos palabras de Sulpicio y Cotta, y en seguida dedicaré, á Hortensio, todo el resto de la conferencia.

Estos dos oradores cultivaron, en su juventud, la amistad de Antonio y Crasso, y procuraron formarse en su escuela. De ellos recibían consejos, y con ellos trabajaban constantemente, (10) como trabajan hoy, muchos jóvenes abogados, con nuestros más célebres jurisconsultos. Las primeras veces que hablaron fueron muy celebrados, ambos, por los viejos maestros de la palabra; y aún alguno de ellos dijo, si hemos de creer á Cicerón, que en Sulpicio se descubrían todas las cualidades que anuncian á los grandes oradores, (11) unidas á una riqueza y brillantez de formas que, aunque sean un defecto en la edad madura, pueden dispensarse, en la primavera de la vida; porque son fáciles de moderar, y manifiestan una abundancia de savia, por decirlo así, un lujo de colores, que parecen propios de este período de la existencia del hombre, como las flores y las galas de los campos, son propias del mes de Abril que atravesamos.

Así de Sulpicio, como de Cotta, dice Crasso, en un diálogo escrito por Cicerón, que nunca había visto á nadie que tuviese en la tribuna un continente más airoso; más nobleza y dignidad en las maneras y en todo su exterior, y una voz más agradable y sonora al propio tiempo. Sin duda alguna que brillaban en su época como dos

ilustres oradores; (12) pero no correspondieron nunca, á las grandes esperanzas que habian hecho concebir en su juventud, puesto que no se igualaron jamás á Antonio y Crasso, y se dejaron aventajar por Hortensio. Bien les pudo suceder, lo que hacian notar los griegos sobre ciertas ave-cillas cantoras, comparando, con ellas, los oradores. Tiene algo de verdad la creencia de que, los talentos prematuros en el arte de la palabra; suelen parecerse á ciertos pequeños pájaros, que cantan, en todo el resto de su vida, casi como cantaban la mañana en que abandonaron su nido, miéntras los ingenios sólidos y fecundos, son más bien, como el ruisenior, que se muestra, al principio, torpe para mover su arpada lengua, y sólo anuncia en algunos acentos dulcísimos y en algunas notas robustas y poderosas, escapadas como por casualidad de su garganta, los raudales de armonía con que, al fin, ha de encantar los bosques y los jardines.

Por lo demás, Cotta y Sulpicio se diferenciaban por caractéres muy notables, que les hacian pertenecer como oradores, á dos géneros distintos. Cotta procuraba mucho la perfección del estilo, la pureza y propiedad de las palabras; jamás discurría fuera del asunto, y cuando la sagacidad de su ingenio le mostraba lo que más esen-

cialmente debía probar á los jueces, abandonaba el resto de la causa, y dirigia, al punto culminante, toda su atencion. (13) Sulpicio hablaba con vehemencia, con fuego, con un semblante lleno de nobleza; con un estilo rico y majestuoso, pero no muy culto ni florido, y revelando más cualidades recibidas de la naturaleza, que obtenidas con el auxilio del arte. (14) Cotta no llegó á ser, nunca, orador elevado, ni Sulpicio tenia nada de seductor. La elocuencia de Cotta era más propia para los debates judiciales, y, la de Sulpicio, para las reuniones del Pueblo; pero ninguno de ambos pudo producir los acentos patéticos que produjo Crasso en sus discursos deliberativos, y en algunos discursos forenses.

Sulpicio, miéntras fué tribuno, ejercitó mucho su elocuencia ante el Pueblo; (15) y, extraviado, por sus miras ambiciosas, hácia el partido de Mario, se declaró contra sus antiguos amigos y protectores, creyendo, sin duda, como suelen creer los demagogos cuando los acaricia la fortuna, que nunca escaparía de sus manos el poder inmenso que, en ciertos momentos, alcanzó; pero tuvo un fin trágico, despues de haber sido declarado enemigo público, por un decreto senatorial, que se acordó bajo la influencia de Sylla. (16)

Diré por último, sobre estos dos hombres, que

la única lección provechosa que, en su calidad de oradores, nos ofrecen, consiste en que ambos acomodaron deliberada, y acertadamente, su estilo, y su invención oratoria, á sus cualidades físicas y morales. Cotta, especialmente, tuvo que renunciar á la grandilocuencia, porque su carácter no era bastante vigoroso, ni bastante robusto su pecho para hablar y sostenerse, largo rato, en una entonación elevada. Y Sulpicio no buscó las gracias del estilo, y si la energía de la palabra, que era lo que más se armonizaba con la fuerza de su voz, y con la impetuosidad de sus sentimientos. (17)

Hablando ahora de Hortensio, os diré, que de todos los oradores del mundo, ninguno manifestó una elocuencia tan precoz como la suya. A los 19 años habló en nombre de algunas provincias de Africa, contra los gobernadores de ellas, que habían abusado de su autoridad, y en defensa de un Rey de la Bitinia. (18) Craso y Escévola, que eran cónsules entónces, (año 95 ántes de J. C.), y los mejores jueces que podía tener el jóven orador, lo consideraron como una futura gloria de su patria, indicándolo á Cotta y Sulpicio, como un rival cuya competencia debia inquietarles más que la de ningun otro de sus contemporáneos; y cuyo prestigio no tardarian en conocer. (19) Muy

pronto se cumplió este anuncio. Había, en Roma, la mala costumbre de encargar á dos, ó más oradores, la defensa de una misma causa, á fin de que cada uno hablase sobre la parte que más en armonía estuviese con su saber y sus talentos; (20) y elegido Hortensio para secundar á Cotta, en un mismo asunto, brilló, en primer término, aunque no figuraba como principal defensor de la causa. (21)

Esta precocidad pasmosa de Hortensio, indica los grandes beneficios intelectuales que debia á la naturaleza. Porque, ¿á qué otra causa puede atribuirse una tan temprana aptitud, como la que este orador manifestó? Sábese, además, ciertamente, que, de estos beneficios que indicamos, hay, por lo ménos, que reconocerle el de la memoria: era la suya tan prodigiosa, que le bastaba meditar sobre un asunto, cualquiera que fuese, para que despues, en la tribuna, recordara los mismos pensamientos, ordenados de igual modo, y expresados con idénticas palabras. (22)

Por su parte, semejante Hortensio, en toda su juventud, y muchos años de su edad madura, á un hombre que no se contenta con el patrimonio heredado, ni con los dones recibidos de la fortuna, y que se afana por aumentar sus riquezas con el trabajo, buscó, en el estudio, nuevos re-

cursos para ser, cada dia más hábil, en las lides de la palabra. No creyó, como otros compatriotas suyos, que aún haciendo de la vida entera un constante aprendizaje, pocas veces se llega á la perfeccion; mas, por largo espacio de tiempo, se ejercitó, sin descanso, en defender causas, y componer y recitar privadamente, hasta el punto de que no pasaba dia alguno sin que hablase en el Foro, ó trabajase en su casa; y, con frecuencia, hacia ambas cosas. Ciceron, que dice esto, dice también que la actividad de Hortensio era tan grande, que jamás había encontrado á nadie que fuese más apasionado por el trabajo. (23)

Sin duda alguna que no era Hortensio un cenobita, ni tuvo un carácter inflexible y austero como el de Marco Bruto y el del último Caton; más, aquello que hacia era tanto más laudable, cuanto que no le faltaban cuantiosos bienes de fortuna, y la juventud rodeada de la opulencia, cede á los incentivos del placer y aún del vicio, más fácilmente que á deseos, cuyo logro se funda en el trabajo, y una constante laboriosidad; y cuanto que Roma era, ya, por sus hábitos de mollicie, de lujo y corrupcion, una colonia asiática, y, de ningun modo, una escuela de las antiguas virtudes republicanas. El no participar, allí, de unas costumbres seductoras, que halagaban to-

dos los caprichos y apetitos humanos; el no participar de aquella especie de culto que se tributaba á las comodidades y dulzuras de la vida, era tan difícil como respirar una atmósfera deletérea sin que la sangre participe de sus miasmas; casi tan difícil como tocar el fuego sin quemarse. Y, por esto, aquellos pocos caracteres que se mantuvieron incorruptibles, en medio de la corrupcion general, se parecen, como diria un poeta, á las perlas que se conservan puras en el fondo turbio de los mares, ó á ciertas flores inmaculadas que nacen en los sitios húmedos y pantanosos.

No debe, pues, extrañarnos, que Hortensio pagase algun tributo á las costumbres de la sociedad y la época en que vivió. Todo revelaba allí una gran decadencia moral, una degeneracion de lo que otras veces fuera aquel pueblo, que en altas voces decian, á quien no fuese mal entendedor, lo que en el orden político iba, allí, á acontecer, en un plazo más ó menos corto. Como cónsul, como hombre de Estado, como ciudadano que toma parte activa en el gobierno de su patria, Hortensio procedió honradamente, sin aumentar su fortuna, á espensas de la pública. (24) Si su consulado no fué, tan glorioso para él, como fué para Ciceron el suyo, hay por lo ménos que reconocerle el mérito de haber seguido, siem-

pre; una política juiciosa, sin aconsejar, jamás, su elocuencia, de su ambición, ni emplearla en producir nuevas agitaciones á la República; har-to trabajada, ya, por las discordias de Mario y Sylla.

En su vida particular, Hortensio aparece con refinamientos de lujo, y muestras de afeminación, que no corresponden á la gloria de que su vida pública le rodeara. Dejando á un lado su afición á los objetos de arte, que cuando se buscan por su mérito, y no por lujo ni vanidad, es una afición loable, él fué uno de los primeros, ó el primer romano, que dedicó parques enteros á la cria de esquisita caza, para regalo de su mesa. Él fué, también, el primero que sirvió los faisanes en un banquete augural, lo cual se consideró, por las personas sensatas, como un reprehensible acto de ostentación, más bien que como una muestra de celo religioso. Refiérese de él, asimismo, la verdadera extravagancia de regar, con vino, las plantas de sus jardines de Túsculo. Era tan cuidadoso en el vestir, que se servía de un espejo, cosa no acostumbrada, entónces, entre los hombres, para arreglar los pliegues de su ropaje; y hasta el andar parecía hacerlo artísticamente, considerando, como un grave contratiempo, el que cualquiera, por descuido, desarreglase su tocado

Superior, muy superior, en ingenio y elocuencia. á todos sus conciudadanos, excepto uno sólo, era, segun se vé, en otras cosas, ménos viril que las mujeres de su época. Así vemos que, al relatar tamañas ridiculeces de este insigne hombre, Macrobio le llama «afeminado de profesion;» añadiendo que, «el ejemplo de Hortensio, no debe servir para caracterizar su siglo.» (25)

Mas, si apartamos la vista del hombre privado, y lo buscamos en el Foro, veremos que, exceptuando el tiempo de la guerra contra los Aliados, ó los Marsos, en que Hortensio sirvió el primer año como soldado, y el segundo como tribuno militar, su vida oratoria fué una cadena, pocas veces interrumpida, de gloriosos triunfos, que por algun espacio de tiempo le hizo ser, el dominador de la tribuna y el Foro, por más que su elocuencia no obtuviese los aplausos unánimes de sus contemporáneos. Despues de la muerte de Crasso, Antonio, Sulpicio, Escévola, y otros personajes que perecieron víctimas de las discordias civiles, Hortensio no tuvo competidores que le disputasen el cetro de la elocuencia política y judicial, (26) hasta poco ántes de ser elegido cónsul. Pudo reclinarse tranquilo en sus laureles, como el guerrero harto de victorias; y pudo saborear, ya cumplidas, las ambiciones de supre-

macia que, sin duda, abrigó en su juventud, cuando se entregaba, con ardor febril, al estudio y ejercicio de la elocuencia.

El no había reparado en un jóven de aspecto humilde, y de semblante pálido y enfermizo que asistía siempre á oír sus arengas. ¿Cómo reparar desde las alturas de la fama, en un jovenzuelo oscuro que se confundía entre la numerosa multitud de que estaba compuesto al auditorio? ¿Cómo descubrir el genio fecundísimo y brillante de Ciceron, á través de la modesta toga del plebeyo? Y sobre todo, señores, ¿qué inquietudes podía despertar en Hortensio, acostumbrado á vencer y reputado como el hombre más elocuente de Roma, aquel jóven que apenas empezaba á esgrimir las armas de la palabra? No tardaron mucho en encontrarse, como adversarios, en la liza judicial, el uno frente del otro: Hortensio habló en un proceso contra Quintio, y Ciceron lo defendió. Los temores que este último experimentaba al entrar en combate contra un enemigo tan formidable, se ven claramente en su discurso; pero también su discurso debió causar grande impresion en el ánimo de Hortensio, y anunciarle que, aquel jóven orador, no tardaría en arrebatárle de sus manos, el cetro de la palabra. Pero esto quedó evidentemente demostrado, en el famoso proceso

contra Verres. Ciceron se condujo con tal maestría y superioridad de genio, que Hortensio abandonó la defensa del acusado, y el acusado se desenterró voluntariamente para librarse de un fallo condenatorio.

Sin embargo de la emulacion, que empezaba á despertarse entre aquellos dos colosos de la tribuna, y que todo el mundo calificaba de envidiosa rivalidad, Hortensio, en los tres años que siguieron á su consulado, se abandonó, por completo, al reposo y los placeres de una vida muelle y regalada, y perdió aquella elocuencia que antes le distinguía. Su actividad se convirtió en pereza; su abundancia en aridez, y sus discursos influyeron ménos en el ánimo de los jueces, que las sumas con que los acusados compraban la justicia: Hortensio dejó de ser el mismo hombre, y nadie podía conocer lo que había sido, por lo que era entónces. (27) Mas, cuando vió que Ciceron avanzaba siempre en el camino de la celebridad; cuando le vió elegido cónsul y honrado, el primero, con el título de *Padre de la patria*, por su campaña contra Catilina, entónces su emulacion, como una llama que se reanima al soplo del viento, se despertó repentinamente, y volvió á lucir su palabra con el mismo brillo que tantos aplausos le valiera en su juventud. Desde aquella época,

ambos competidores, aunque unidos por lazos de verdadera amistad, y, á las veces, compañeros en la defensa de las mismas causas, continuamente trabajaron, el uno por conservar el primer puesto, y, el otro, por no ocupar el segundo. Así marchaban, sosteniendo esta noble competencia, que duró doce años, hasta la muerte de Hortensio, acaecida á los 64 de su edad.

Pero, como si hubiese querido hacer el último esfuerzo de su palabra, poco ántes de morir pronunció un discurso, que habia preparado cuidadosamente, y que le valió un triunfo, al propio tiempo que una rígida censura. La opinion pública protestó contra el resultado de aquel proceso, y para castigar á Hortensio por haber defendido con éxito una mala causa, un día que se presentó en el teatro, fué recibido por el pueblo con una silba estrepitosa. (28)

Cuarenta y cuatro años frecuentó Hortensio la tribuna. ¿Qué multitud de arengas no pronunciaria en este dilatadísimo período, cuando sabemos que, además de sus trabajos judiciales, tomó una parte muy activa en los negocios políticos de la República? Pues, sin embargo de esto, señores, ni una sola frase se conserva escrita, de tantas como salieron de sus lábios. El copioso raudal de su elocuencia, como una fuente cuyas

aguas corren sobre un lecho de arenas, desapareció, en seguida, ántes de llegar á la cercana época de Quintiliano. Y bien, señores, ¿deberá considerarse como una pérdida irreparable, la de las pocas obras oratorias que Hortensio se tomó la molestia de escribir? Para responder á esta pregunta, basta examinar sucintamente las buenas y las malas cualidades, las bellezas y los defectos que le caracterizaban.

Hortensio introdujo la costumbre de presentar, al fin de sus discursos, un resumen de las razones del contrario y de las suyas; dividia bien la materia, y no olvidaba nada favorable á su causa y perjudicial á su antagonista; tenia, además, una voz armoniosa y sonora, y unos ademanes y un gesto tan variados, tan expresivos, tan insinuantes, que dos actores insignes, que por entonces florecian en Roma, llamados Roscio y Esopo, acudian á observarle cuando hablaba en público. (29) Mas, no á todos agradaba así, ni á todos parecia libre de afectacion. Uno de aquellos viejos senadores que habian hecho su campaña con Antonio Crasso, no siempre tenia paciencia para escucharle, ó se reia, con lástima, al ver sus estudiadas gesticulaciones, y los adornos inútiles con que recargaba sus discursos. (30) Otras veces, sus antagonistas le interrumpian impacien-

tados, haciéndole objeto de epigramas más ó menos acerbos é incisivos; y ocasion hubo en que se le comparó á una bailarina célebre que habia, por aquellos tiempos en Roma, diciendo que, más bien que un orador, era Hortensio una verdadera *Dionisia*. (31) De todas suertes, la armonía de la voz, y la gracia de los ademanes y del gesto, no se conservan en los escritos, que es lo único que la posteridad puede, por sí propia, conocer y aprovechar de los talentos oratorios que brillaron en pasadas épocas. Los méritos que el orador tiene, de comun, con el actor ó cómico, parecen con el hombre que los posee. De ellos sólo queda, si por ventura hay quien lo conserve, un recuerdo, no siempre fiel y justo, de la realidad. Por eso la gloria de los oradores que juntaron al talento de hablar el de escribir, es mayor, y más durable, que la de aquellos otros, que no dejaron monumento alguno de su elocuencia.

No pretendo con esto, rebajar la importancia de la acción y la voz, en el ejercicio de la palabra; y muy por el contrario, reconozco que, puesto el orador ante el auditorio, en ambas consiste la mitad de la elocuencia. Puede haber oyentes incapaces de apreciar la fuerza de las ideas y de conocer el mérito y las bellezas del estilo; mas todos juzgan, por impresion momentánea, de lo que

oyen, y no hay ninguno que sea insensible á las modulaciones de una voz que se extiende y recoge oportunamente; que ora se anuncia dura como la amenaza, ora blanda y suave como la súplica, y llena siempre de la armonía y la congruencia indefinibles que hacen que, cada nota salida de nuestros lábios, sea una nota de nuestra alma; que establecen conductores misteriosos entre el orador y los oyentes, y reflejan, con precision mágica, las escenas tiernas, ó patéticas, ó terribles, que se describen, haciendo que el auditorio responda como un eco, á los acentos que el orador le trasmite.

Por lo que hace al estilo de Hortensio, aunque empleado por él, produjese grande efecto en su auditorio para el fin de persuadirle, era en algun concepto vicioso, y poco digno, por consiguiente, de figurar entre las obras maestras de elocucion. Era un estilo esencialmente asiático, (como en su tiempo se decía) muy rico de adornos, de giros vivos, ingeniosos, delicados, que parecían dirigidos á recrear al auditorio, más bien que á producir fuertes emociones en los ánimos. (32)

Estos caractéres que ofrecia su elocuencia, y la redondez, por decirlo así, y armonía de sus periodos, hicieron que brillase más en su juven-

tud que en su edad madura; y que fuese más aplaudido y admirado por los oyentes indoctos y por los jóvenes, que por los hombres instruidos y por los buenos críticos del arte de bien hablar. Lo que podía disculparse, y aún elogiarse en él, durante la primera época de su vida oratoria, no convenia despues á la gravedad propia de sus años, y de su elevada posicion política. Los adornos excesivos, aunque no fuesen de mal gusto, y las sutilezas de ingenio, sentaban, en los lábios de un personaje consular, como los lazos y las flores, entre las canas de una mujer vieja y presumida.

De cuanto he leído sobre Hortensio, deduzco que, en lo relativo á la invencion, nada podia enseñarnos que no nos enseñen otros oradores antiguos, que conocemos, de más mérito que él; y en lo que pertenece á la elocucion, sus discursos, que eran, sin disputa, inferiores á los de Esquines, Demóstenes y Ciceron, habrian sido más eficaces para autorizar sus defectos, que para enseñar con sus bellezas. Por consiguiente, no creo que debamos echar mucho de ménos las arengas de que hablo, aunque, consideradas como objetos de curiosidad, y fuente de noticias históricas, su pérdida sea en alto grado lamentable.

Fué, sin duda, Hortensio, un varon insigne, y

en el número de los insignes varones, debe ser colocado por nosotros. Su conducta y sus alternativas, ofrecen lecciones útiles, tanto por lo que consiguió, cuanto por lo que dejó de conseguir. Pero cuando veo que siendo un hombre laborioso, y amante de la gloria, no perfeccionó su elocuencia con el trascurso del tiempo y sus continuos ejercicios, infiero, señores, una de estas dos cosas: ó que la índole de su talento y los hábitos adquiridos pudieron más que su voluntad, ó que era mal juez de sí propio, y no poseia ese juicio crítico seguro, que nos descubre los ideales, y las imperfecciones y vicios que nos alejan de lo mejor.

Hay, por desgracia, muchos hombres que, en materias literarias, son incapaces de juzgar, con acierto, sus propias obras, y marchar por la senda del buen gusto, sin extraviarse hácia los escollos opuestos, por entre los cuales dicha senda se abre paso. Los jóvenes, sobre todo, no deben olvidar nunca que en lo concerniente al estilo, las primeras influencias que se reciben son muy duraderas, cuando no decisivas, y que no pudiendo adquirirse, en poco tiempo, un cierto tacto intelectual de que habla Jovellanos, deben aumentar sus precauciones, para no dejarse seducir por las bellezas aparentes de algunos escrito-

resde escaso mérito, que se hacen hinchados cuando quieren ser pomposos, enfáticos y altisonantes por ser graves y elevados, y que buscan, en los tropos y figuras, la sublimidad que sólo puede encontrarse en los sentimientos y las ideas.

La primera aspiración que se despierta en nosotros al ensayarnos á escribir, es expresar nuestras ideas con brillantez; y de aquí nace que el mayor peligro de los jóvenes que empiezan á formarse un estilo, es confundir el oropel con el oro, y aún dejarse deslumbrar por un brillo falso, más que por el brillo del verdadero mérito. Nos sentimos, por lo comun, inclinados á abusar de las figuras, hasta el punto de creer que la retórica lo puede todo. ¿A quién, señores, no le dá lástima de renunciar á una comparacion, ó una metáfora, que se le ocurren, por desproporcionadas que sean? ¿Qué principiante no cree que todo el mérito del escritor consiste en disponer de muchos atavios, buenos ó malos, para vertir una idea; y no en tener muchas y excelentes ideas, y los términos más propios para enunciarlas? ¿Quién no estima, en su juventud, una imaginación algo indócil y fecunda, más que un gé- nio penetrante, y una razón firme y luminosa? Además de esto, nos enamora mucho la cantidad, y no la buena calidad de los escritos; olvidamos

que la sencillez es hermana de la belleza, y que las figuras deben emplearse con bastante acierto y economía, para que los oyentes ó lectores, no se aperciban de que es estilo figurado el que se emplea. Horacio, buen juez en estas materias, dice al poeta:

«Suprimirá la pompa demasiada,»

y lo que Horacio recomienda para el verso, bien puede recomendarse, en su nombre, para la prosa. El lujo, que es vicio en las costumbres, es también reprehensible en el lenguaje, sobre todo, cuando parece un alarde de imaginación, aconsejado por la pedantería, y encaminado á satisfacer una mezquina vanagloria.

Hay que saber distinguir lo que es un lenguaje florido y elegante, de lo que es un lenguaje pretencioso y ridículo. Cuando lo primero que percibimos es el pensamiento del que habla sin reparar en la forma de que lo reviste, el lenguaje no puede ser afectado, aunque sea brillante hasta rayar en demasia. Cuando, por el contrario, lo primero que se descubre es la figura retórica, destacándose como en segundo término la idea, ó quedándose envuelta entre la hojarasca del discurso, entónces se incurre en hinchazon y oscuridad, que son los vicios que más desacreditan en

la república de las letras, y más temprana muerte ocasionan, á las obras científicas ó literarias.

La suerte que muy pronto cupo á los discursos escritos de Hortensio, es un testimonio de lo que decimos. (33) A pesar del grande ingenio de este orador, sus obras perecieron faltas de méritos de primer orden; y á no haber sido porque otros escritores, y Ciceron entre ellos, nos han conservado noticias de su fama, ignorariamos que la alcanzara. Y aquí termina la conferencia de la presente noche, anunciándoos que, en la próxima, me ocuparé de Julio César.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO OCTAVO.

(1) Ciceron, *Or. Ilu. XLIX*, y *L*. «No habia en tiempo de Antonio, tantos procesos como ahora.» (*LVII*.)

(2) De Pompeyo dice Ciceron lo siguiente: «Habia nacido con disposiciones universales, y habria adquirido en la elocuencia un nombre más ilustre, si otra ambicion no le hubiese arrastrado hácia la brillante gloria de las armas. Su estilo no carecia de abundancia: tenia un juicio rápido y seguro; su voz era clara y sonora, y sus ademanes y su gesto respiraban nobleza y gravedad.» (*Ciceron, Brutus, LXVIII*.)

(3) Plutarco, *Vidas de Mario y Sila*.

(4) Ciceron, *Brutus, LIX al LXI*.

(5) Ciceron, *Brutus, LXVI*.

(6) Ciceron, *Brutus, LXIII*.

(7) Quintiliano, *Int. Ora. Lib. X, cop. I*.

(8) Ciceron, *Brutus, LXXIX*. En una ocasion en que Ciceron peroraba contra Calido, fundó en la tibieza de éste, un argumento para desautorizar sus palabras. El

la república de las letras, y más temprana muerte ocasionan, á las obras científicas ó literarias.

La suerte que muy pronto cupo á los discursos escritos de Hortensio, es un testimonio de lo que decimos. (33) A pesar del grande ingenio de este orador, sus obras perecieron faltas de méritos de primer orden; y á no haber sido porque otros escritores, y Ciceron entre ellos, nos han conservado noticias de su fama, ignorariamos que la alcanzara. Y aquí termina la conferencia de la presente noche, anunciándoos que, en la próxima, me ocuparé de Julio César.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO OCTAVO.

(1) Ciceron, *Or. Ilu. XLIX*, y *L*. «No habia en tiempo de Antonio, tantos procesos como ahora.» (*LVII*.)

(2) De Pompeyo dice Ciceron lo siguiente: «Habia nacido con disposiciones universales, y habria adquirido en la elocuencia un nombre más ilustre, si otra ambicion no le hubiese arrastrado hácia la brillante gloria de las armas. Su estilo no carecia de abundancia: tenia un juicio rápido y seguro; su voz era clara y sonora, y sus ademanes y su gesto respiraban nobleza y gravedad.» (*Ciceron, Brutus, LXVIII*.)

(3) Plutarco, *Vidas de Mario y Sila*.

(4) Ciceron, *Brutus, LIX al LXI*.

(5) Ciceron, *Brutus, LXVI*.

(6) Ciceron, *Brutus, LXIII*.

(7) Quintiliano, *Int. Ora. Lib. X, cop. I*.

(8) Ciceron, *Brutus, LXXIX*. En una ocasion en que Ciceron peroraba contra Calido, fundó en la tibieza de éste, un argumento para desautorizar sus palabras. El

defendido de Ciceron, era acusado, por Calidio en persona, de haberle querido envenenar; mas como al relatar el suceso lo hiciera con una calma y un cierto abandono, que parecian inverosímiles en quien habia visto su vida seriamente amenazada, su hábil contrario le dijo: «Si cuanto dices no fuese una quimera, ¿te espresarias en ese tono? Yo conozco tu elocuencia, y sé que hablas con calor, cuando se trata de los peligros de tus clientes. ¿Serás, pues, insensible á los tuyos propios? ¿Dónde está el resentimiento de la injuria? ¿Dónde la indignacion que, arranca amargas quejas de los labios menos elocuentes? Ni tu espíritu ni tu cuerpo están agitados; no te golpeas la frente, y hasta tu pié, sí, tu pié mismo, permanece inmóvil.»

(9) A Demóstenes é Hipérides, no les compara Ciceron, (*Or. Ilu. XXXVI*) como figura oratoria digna de competir con ellos, la de Quinto Hortensio; sino más bien las de Antonio y Crasso.

(10) Ciceron, *D. del Or. Lib. I, cap. 21.*

(11) Ciceron pone, en boca de Antonio, estas palabras: «La primera vez que le ví, era muy joven aún, y hablaba en una causa poco importante; su voz, sus ademanes, su continente, todo anunciaba en él, un hombre nacido para la elocuencia» (*D. del Or. Lib. II, 21.*) «Cotta habia tomado á Antonio por modelo, pero no alcanzó nunca la fuerza de éste.» (*Ciceron, Or. Ilu., LV.*) De Sulpicio añade el mismo autor, (*lugar citado del D. del Or.*) que su estilo era muy abundante y lujoso, «como debia esperarse de su edad: concebí de él las más halagüeñas esperanzas. Me gusta en los jóvenes la fecundidad, porque es fácil de corregir. Hablaba á la manera grande y noble de Crasso, modelo que le habia recomendado.»

(12) Ciceron, *Brutus LVII.*

(13) Ciceron, *Brutus; LV, y D. del Or. Lib. III, 8,*

(14) «Sulpicio tiene calor, vehemencia (dice Crasso) una voz llena y fuerte, una accion enérgica y animada, un gesto lleno de nobleza, un estilo majestuoso y rico; y parece que la naturaleza ha reunido en él todas las cualidades que le hacen orador.» (*Ciceron, D. del Or., Lib. III, 8.*)

(15) «Sulpicio era tribuno entónces, y todos los dias pronunciaba arengas. Yo las oia con atencion, y aprendí á conocer cual era su género de elocuencia» (*Ciceron, Brutus, LXXXIX.*) No queremos dejar de poner aquí, ya que no lo hicéramos en el texto, una particularidad curiosa, relativa á Sulpicio. «Tomaba, á las veces, un tono duro, como el de las gentes del campo, porque, al pronunciar, suprimia la letra *i* y acentuaba con fuerza la *e*.» (*Ciceron, D., del Or. Lib. III, cap. 12.*)

(16) Ciceron, *D., del Or. Lib. III, 3.* Plutarco (*Vida de Sila*) hace la siguiente horrible pintura de Sulpicio:

«El tribuno Sulpicio, no tenia rival en todo género de maldades. Era un compuesto de crueldad, de audacia y de avaricia. Todos sus vicios y pasiones los llevaba á un grado tal que lo más infame en él, era el cinismo y la sangre fria con que cometia los crímenes. El derecho de ser ciudadano romano lo vendia públicamente á extranjeros y libertos, y el dinero de este tráfico, lo cobraba en una mesa que con tal objeto puso en la plaza pública. Tuvo á sus órdenes una tropa de tres mil hombres de lo más desconceptuado de la ciudad, y se rodeaba de una numerosa guardia de jóvenes caballeros, que él mismo llamaba el *Anti-Senado*. Estableció una ley para

que ningun senador pudiese tomar á préstamo, mayor suma de 2.000 dracmas, (unos 7.000 rs.) y á su muerte se descubrió que debia tres millones, (cerca de 9 millones de reales.)»

(17) Ciceron, *Brutus*, LV.

(18) Sallier, *Memorias de la Academia francesa de Inscripciones y bellas letras*, T. VI. *Sobre la vida del orador Hortensio.*

(19) Ciceron, *Brutus* LXIV, y *D. de l'Or.*, Lib. III, 61. Aquí es donde se conservan estas palabras de Crasso dichas á Cotta y Sulpicio, con referencia al jóven Hortensio: «Poneos en guardia; no creais que ese orador novel es un rival cualquiera; trabajad mucho, si no queis que os supere muy pronto.»

(20) «En la época de Crasso, no habia aún la mala costumbre de confiar, la misma causa, á dos ó más oradores.» (*Ciceron, Brutus* LVII.)

(21) Ciceron, *Or. Ilu.*, LXIV.

(22) Quintiliano *Lib. V, cap. I.* Tambien Ciceron hace grandes elogios de la prodigiosa memoria de Hortensio (*Brutus* LXXXVIII.)

(23) Ciceron, *Brutus* LXXXVIII.

(24) Ciceron, *Tercera Verr.* XVI.

(25) Macrobio *Satu. Lib. II, cap. IX.* «Hortensio dejó á su heredero más de 10.000 *cadus*, de rico vino de Chios (unos 320.000 litros). (*Plinio, Lib. XIV, 17, 1.*)»

«Tomó de Verres una esfinge de bronce, de gran mérito, Ciceron se lo echó en cara» (*Plinio, Lib. XXIV, 18, 8.*) «Compró Hortensio, al pintor Cydias, un cuadro de los Argonautas por 144.000 sextercios (unos 120.000 reales), y para colocarlo, hizo construir expresamente, un pabellon en su casa de campo de Tuseulo. (*Plinio, Libro XXXV, 40, 6.*)»

(26) Ciceron, *Brutus* LXXXVII; y *D. del Or.*, Libro III, 2 y 3.

(27) Sallier, *obra citada*, donde sigue á Ciceron; de la obra de éste hemos tomado las noticias comprendidas en el texto, desde la anterior nota.

(28) Sallier, *obra citada.*

(29) Quintiliano, *Inst. Orat.*, Lib. II.—«Quinto Hortensio atribuia tanta importancia á la gracia del gesto, que quizá cuidaba más de arreglar el suyo que de poseer la elocuencia misma. No era fácil decir si los que acudían al Foro cuando hablaba, estaban más ávidos de verle que de verle: tanto era el atractivo que su accion daba á su palabra, y su palabra á su accion. Constantemente, Esopo y Roscio, los más hábiles actores de aquella época, acudían cuando hablaba, á fin de enriquecer la escena, con gestos aprendidos en el Foro.» (*Valerio Máximo, Lib. VIII, cap. 10.*)

(30) Ciceron, *Brutus*, XCV.

(31) Aulo-Gelio, *Lib. I, cap. V.* «En el proceso de Sila, (sobrino del dictador) un hombre grosero y descortés, que peroraba sin elegancia ni formas decorosas, hablando contra Hortensio, le calinco de una manera

más ofensiva aún, dándole el nombre de la célebra bailarina Dionisia. Entónces Hortensio, con voz dulce y tranquila le respondió: «Mejor quiero ser Dionisia, que ser como tú, Torcuato, un hombre sin comercio con las Musas, y extraño á Venus y á Baco.» Dionisia era tan estimada por su habilidad, que ganaba unos diez mil duros al año, por ejercer su arte, en los teatros de Roma.

(32) Ciceron, *Brutus*, XCV.

(33) Al concluir esta conferencia, no queremos omitir una curiosa noticia, conservada por Ciceron, en su diálogo del *Orador*, sobre una hija del personaje que nos ocupa, y referida por otro escritor en los siguientes términos: «Hortensia, hija de Hortensio, viendo á las mujeres de Roma perjudicadas por un excesivo impuesto de los triumviros, y que ningun hombre osaba defenderlas, sostuvo ella la causa ante el tribunal, con tanta firmeza como buen éxito. Fiel imágen, su elocuencia, de la de su padre, obtuvo la devolucion de la mayor parte de las cuotas impuestas á su sexo. Q. Hortensio parecia resucitar en una muger, y respirar en el discurso de su hija.» (*Valerio Máximo, Lib. VIII, cap. 4.*)

DISCURSO NOVENO.

Julio César y Caton de Utica.

SEÑORES:

Al hablar, esta noche, de Julio César, presentándole ante vosotros como orador, no podré ménos de considerarle tambien, siquiera sea rápidamente, como militar y político. Aunque la gloria que lo ha inmortalizado la alcanzase, principalmente, en la carrera de las armas, y en el gobierno de la República, hubo una época de su vida, durante la cual, su único poder consistia en el prestigio de su palabra. Antes de mandar ejércitos y acumular tesoros, ¿de qué modo pudo influir en Roma sobre la muchedumbre, aglomerada en la plaza pública, ó sobre la Asamblea de los patricios, sino por medio de su elocuencia? Armado con su elocuencia, fué como dió, los primeros pasos, Julio César, en el camino que despues habia de conducirle al imperio del mundo.

más ofensiva aún, dándole el nombre de la célebra bailarina Dionisia. Entónces Hortensio, con voz dulce y tranquila le respondió: «Mejor quiero ser Dionisia, que ser como tú, Torcuato, un hombre sin comercio con las Musas, y extraño á Venus y á Baco.» Dionisia era tan estimada por su habilidad, que ganaba unos diez mil duros al año, por ejercer su arte, en los teatros de Roma.

(32) Ciceron, *Brutus*, XCV.

(33) Al concluir esta conferencia, no queremos omitir una curiosa noticia, conservada por Ciceron, en su diálogo del *Orador*, sobre una hija del personaje que nos ocupa, y referida por otro escritor en los siguientes términos: «Hortensia, hija de Hortensio, viendo á las mujeres de Roma perjudicadas por un excesivo impuesto de los triumviros, y que ningun hombre osaba defenderlas, sostuvo ella la causa ante el tribunal, con tanta firmeza como buen éxito. Fiel imágen, su elocuencia, de la de su padre, obtuvo la devolucion de la mayor parte de las cuotas impuestas á su sexo. Q. Hortensio parecia resucitar en una muger, y respirar en el discurso de su hija.» (*Valerio Máximo, Lib. VIII, cap. 4.*)

DISCURSO NOVENO.

Julio César y Caton de Utica.

SEÑORES:

Al hablar, esta noche, de Julio César, presentándole ante vosotros como orador, no podré ménos de considerarle tambien, siquiera sea rápidamente, como militar y político. Aunque la gloria que lo ha inmortalizado la alcanzase, principalmente, en la carrera de las armas, y en el gobierno de la República, hubo una época de su vida, durante la cual, su único poder consistia en el prestigio de su palabra. Antes de mandar ejércitos y acumular tesoros, ¿de qué modo pudo influir en Roma sobre la muchedumbre, aglomerada en la plaza pública, ó sobre la Asamblea de los patricios, sino por medio de su elocuencia? Armado con su elocuencia, fué como dió, los primeros pasos, Julio César, en el camino que despues habia de conducirle al imperio del mundo.

Roma había pasado, alternativamente, de las garras de Mario á las de Sila. Estos dos hombres grandes y feroces, lo mismo que dos tigres que se disputan una presa, ávidamente codiciada, se disputaron el gobierno dictatorial de su patria en luchas intestinas que la desangraban, y cuyo resultado fué, despues de la victoria de los más fuertes, ó más afortunados, una época de terror y esterminio para los vencidos; de represalias y actos de venganza, que llenaban de luto la ciudad, y las provincias apartadas de fugitivos, que huían de Roma, para librarse de las bárbaras ejecuciones del dictador.

Ni Mario ni Sila reinaron sobre la República; sino sobre un partido de la República. Ni uno ni otro fueron, nunca, más que capitanes insignes en los campos de batalla, y grandes facciosos en los campos de la política; ni uno ni otro tuvieron nunca esa vista de águila que lee el destino de los pueblos en los horizontes del porvenir, y marca al hombre de vasta inteligencia, y corazón magnánimo, la senda que ha de recorrer, y los nuevos moldes á que ha de ajustar la vida política de su patria, para mejorar sus condiciones de existencia, ó evitarle un desquiciamiento desastroso. Mario y Sila representaron dos papeles importantes, en dos dramas sangrientos, y domina-

ron por medio de la fuerza y el terror; mas sin haber producido nada trascendental que satisficiese, alguna de las grandes necesidades, que ya sentia, por entónces, el poder Romano.

En los primeros siglos de la República, las luchas intestinas, entre patricios y plebeyos, sólo tenían el Foro por teatro, y se aplazaban siempre que algun enemigo exterior hacia necesario, con sus hostilidades, el concurso de todas las clases del Estado. Mas tarde, cuando fué la ambicion, sin ninguna mezcla de patriotismo, el móvil de las guerras civiles; y hubo capitan que fomentó, contra Roma, la rebeldía de los pueblos sometidos de la Italia, los peligros para la República fueron más numerosos y mayores, aumentándose, considerablemente, por la corrupcion de la nobleza, que saqueaba las provincias, para despues enervarse entre placeres; y por la corrupcion del pueblo, que se vendía al postor que más caros pagaba los sufragios. Necesario fué establecer leyes para reprimir el escándalo de las intrigas electorales, y la experiencia demostró que, aquellas leyes, no se habían hecho contra crímenes poco frecuentes, ó ilusorios. (1)

A estos males interiores, se juntaban otros que, despues de haber sido conjurados dos veces, se veían de nuevo, en lontananza, como una nube

tempestuosa. Además de los Partos, que eran vecinos temibles para las provincias romanas del Asia, los bárbaros del Norte, aunque ocultos como manadas de fieras en los bosques sombríos de la Germania, se acercaban, de vez en cuando, á las orillas del espumoso Rhin, con intenciones de vadearlo. Pudo el gran Camilo salvar á Roma de las armas de los Galos, y Mario y Cátulo pudieron salvar, la Italia toda, de los Cimbríos y los Teutones; pero ¿quién dice que si Mario y Sila hubiesen estado disputándose la dictadura cuando la invasion de aquellos pueblos belicosos, quién dice, que habrían ahogado sus rivalidades, y juntado sus huestes, para combatirlos? Así, pues, los partidos políticos que tarde ó temprano se convierten, si el más puro patriotismo no les anima, en un azote de las naciones, podían comprometer allí, además de la paz pública, la existencia misma de Roma.

Por otra parte, la administracion de los países conquistados exigía más regularidad que la empleada hasta entónces; la Italia no podía continuar esclava, ni ejercer los derechos políticos, sin destruir, al fin, la supremacía de la capital; y la ocupacion de vastos territorios, y la defensa de fronteras dilatadisimas, exigían, más que nunca, grandes ejércitos permanentes: en una

palabra, señores, Roma necesitaba instituciones propias de un imperio: si las obtenía, aquella sombra de república habría muerto sin llevar, en pos de sí, las grandezas del poder Romano; si no las obtenía, estas grandezas, y las formas republicanas, ya impotentes para sostenerse, habrían sucumbido ántes de que Alarico llamase, con el pomo de su espada, á las puertas del Capitolio; ó ántes de que la Religion cristiana se hubiese entendido, como los rayos de un sol benéfico, por el mundo.

Pues bien, el hombre destinado á salvar el poder de Roma, sacrificando las apariencias de república que aún se conservaban, fué Julio César. Si su obra hubiese sido una construccion artificial, por decirlo así; si no hubiese tenido más apoyo que el de su talento, se habría desplomado, para nunca más levantarse, como se desplomó su cuerpo, cuando fué herido por el puñal de Bruto; pero, la prueba de que el régimen que él deseaba establecer era una necesidad imperiosa de su época y su patria, está en que, despues de su muerte, fué lo único que se consolidó.

Señores: Cuando se conoce, en conjunto, la importancia de un hombre, y se le ve, como el gigante de su tiempo que cierra un período histórico, para abrir otro nuevo; cuando aparece, á

nuestra vista, como un grande arquitecto que trasforma un edificio social, quebrantado ó ruinoso, en otro edificio más sólido y en armonía con las condiciones del mundo que bajo él ha de cobijarse, nacen deseos de conocer algunos pormenores de su vida, y de investigar los medios con ayuda de los cuales consiguiera resultados tan extraordinarios.

Julio César nació el año 100 ántes de J. C., de una familia nobilísima, y otra plebeya, pero de las más ilustres de la República. Aurelia, su madre, fué para él, casi lo mismo que había sido Cornelia, para los Gracos. Sin un deseo tan ardiente de que llenase el mundo con su fama, cuidó de su educación con todo el esmero que era posible, en Roma, á una madre amante de su hijo, que disponía de bienes de fortuna. Desde muy temprano cultivó Julio César las letras griegas y romanas, y, la lengua de Homero, le era casi tan familiar como la lengua latina. A la circunstancia de ser sobrino de Mario, debió que, á los catorce años de edad, fuese designado para un cargo religioso en el templo de Júpiter. Cuatro años más tarde se apoderó Sila del poder supremo, y entonces empezó la vida política de César, inaugurada con peligros y persecuciones que hicieron emigrar á Rodas, donde continuó es-

tudiando la elocuencia, en la escuela de Apolónios, que también fué maestro de Cicerón. (2)

No es posible que le siga, paso á paso, en la carrera brillantísima que recorrió, sin verse nunca abandonado de su genio y su fortuna; mas diré algo sobre sus prendas morales, y aún sobre sus cualidades físicas. Sus biógrafos lo pintan alto, esbelto, airoso; con el color del rostro un poco mate, de ojos negros, mirada penetrante, maneras afables y corteses, y muy cuidadoso del adorno de su persona, y, especialmente, de sus cabellos. Su elegancia, su talento, su nombre, y su carácter franco y liberal, le recomendaban á la estimación de los hombres, y quizás, más aún, á la simpatía de las mujeres. Su naturaleza endeble no pudo, á las veces, soportar la fatiga que su voluntad le imponía; y, aunque en la vida de los campamentos se robusteció mucho, tampoco pudo librarse de sufrir ataques nerviosos, que entonces se confundieron con la epilepsia, debidos, quizá, al exceso en los placeres del amor. El mismo confesaba sus relaciones con Cleopatra, á quien regaló un reino, y eran harto conocidas, en Roma, las que le habían unido á la hermana de Catón, la que fué madre de Marco Bruto; habiendo traído á éste al mundo, cabalmente en la época en que pudo sospecharse, que

fuese hijo de César. (3) Otros extravíos, todavía de peor índole, le atribuyeron sus enemigos, y de ellos se hizo eco un historiador, por varios conceptos muy estimable, pero en cuyas obras hay páginas, que parecen escritas con cieno. El grande hombre juraba, indignado, que no merecía las sátiras y censuras de que era objeto; (4) y, sin duda alguna, la sensibilidad inagotable y esquisita, con que respondía siempre á los atractivos de la belleza femenina, lo pone á cubierto de toda sospecha indigna de su decoro. Si no hubiese, en todos tiempos, hombres despreciables que tienen por oficio la difamación, y otros demasiado crédulos de lo malo, ó que quieren disculpar, sus propias faltas, atribuyéndolas á los insignes varones, quizá muchas figuras ilustres no ofrecerían las anomalías que ofrecen en su carácter, ni se verían manchadas con repugnantes vicios, que acaso no tuvieron nunca.

¿Quién desconoce que Julio César tuvo, en su juventud, un alma de fuego que le indujo, á frecuentes extravíos, en su vida privada? ¿Quién ignora que, sus costumbres aristocráticas, fueron la causa de que Ciceron lo considerase, como uno de tantos vástagos degenerados, de la nobleza romana? ¿Quién niega su amor al lujo, á las bellas artes, á la poesía misma, á los placeres de la

imaginación, y á muchas otras cosas que parecen más propias de hombres afeminados que de hombres nacidos para la guerra, y las viriles contiendas políticas? Mas, en medio de estas aficiones, ó, mejor dicho, debajo de tales apariencias de frivolidad, y, acaso, de libertinaje, ¡qué genio tan poderoso y flexible, qué voluntad tan domadora, qué juicio tan rápido y seguro, qué actividad tan infatigable, qué audacia, qué prudencia, qué valor tan bien combinados; y, sobre todo, señores, qué alma tan magnánima, qué miras tan vastas y profundas, y qué amor á la gloria, tan intenso y ardiente, no ocultaba! (5)

Cuando el mismo Pompeyo repudiaba su mujer á voluntad de Sila, César, que apenas tenía aún bozo en el rostro, se negó á acceder á igual complacencia con el dictador. Cuando murió su tía Julia, la mujer de Mario, hizo que una imagen de éste fuese conducida en el funeral, y pronunció el panegirico de aquella ilustre finada: esto era casi lo mismo que hacer un llamamiento al Pueblo, y tirar un guante á Sila, á cuyo enojo no fué sacrificado, porque intercedieron las Vestales, y algunos personajes importantes de Roma. Entónces fué cuando Sila, único hombre que conoció á Cesar desde sus principios, dijo á los que

se interesaban en su favor: «En ese jóven se encierran muchos Marios.» (6)

Cierta noche que tuvo que detenerse en una aldea pequeña y miserable, le preguntó en broma, uno de los amigos que le acompañaban, si allí habria, tambien, intrigas para alcanzar los cargos públicos; á lo cual respondió César: «¿Por qué no? De mí sé decir, que más bien querria el primer puesto en esta aldea, que el segundo en Roma.» (7)

Cuando estaba de Propretor en España, una vez que leia la historia de Alejandro Magno, le vieron sus amigos con las lágrimas en los ojos. Sorprendidos le preguntaron por qué lloraba, y él respondió con franqueza: «Me aflige el ver que, Alejandro, habia ya conquistado muchos países cuando tenia mi edad, y yo no he realizado, hasta ahora, ninguna empresa importante.» (8) Aquellas lágrimas involuntarias, eran las lágrimas de la noble emulacion y el entusiasmo, que muy pocos hombres son capaces de derramar.

No citaré, señores, todos los rasgos que de él se conocen, ni todos los hechos de su vida que atestiguan su valor sin límites, y las demás prendas relevantes que le adornaban; pero en cuanto á su actividad, diré que hallándose un invierno en el Piamonte, cuando gobernaba las Galias,

recibió noticias de que habia estallado una vasta insurreccion, y, puesto en marcha, con sus tropas, para los sitios que reclamaban su presencia, llegó antes que los correos que habia mandado con instrucciones. (9)

Por lo que hace á su magnanimidad, no puede negarse que es una de las cualidades que más honran su memoria. Nadie le acusará de haber seguido, despues de sus triunfos en las guerras civiles, las huellas ensangrentadas de Mario y Sila: fué más insigne que ellos como militar, en los momentos del combate, y no deshonoró sus victorias con actos de venganza, ó, lo que es lo mismo, no manchó sus laureles con la sangre de sus conciudadanos. Admirable es César cuando se hace digno de los honores del triunfo por su campaña en la Península Ibérica; cuando vence, en las Galias, en todo el curso de la guerra, á tres millones de belicosos combatientes, de los cuales dos millones quedaron muertos ó prisioneros; cuando despues de vacilar, un momento, en las orillas del Rubicon, pensando en el juicio que iba á merecer de la posteridad, pasa aquel riachuelo y compromete, en un sólo instante, su fortuna y los destinos del mundo; grande es cuando destroza, en Farsalia, las apiñadas huestes de Pompeyo, y cuando á marchas rapidísimas dirige su

carro triunfal por las playas del Africa, ansioso de vencer, y no de exterminar á sus enemigos; pero más grande me parece aún, cuando desde la cumbre del poder olvida las ofensas que en otro tiempo recibiera, y cuando habiendo sabido, al acercarse á la ciudad de Utica, el suicidio de Caton, que fué siempre su más obstinado y temible antagonista, exclamó con sincero sentimiento: «¡Ah Caton! por no deberme el beneficio de la vida, me arrebatas la gloria de perdonarte.» (10)

Pero, si las empresas militares le dieron un renombre inmortal, los medios que necesitó para realizarlas, tuvo que ir procurandoselos lentamente. Las tropas, y los recursos todos con que emprendió la guerra civil, los habia conseguido en su gobierno de las Galias; el gobierno de las Galias lo consiguió por la hábil política seguida con el Pueblo, cuando fué cónsul, y su alianza con Pompeyo; el consulado lo obtuvo despues de haber merecido un triunfo por sus hechos en España; su nombramiento para España lo debió á la esplendidez y magnificencia que ostentó en Roma, mientras fué edil; y el cargo de edil, y los demás con que le honraron sus compatriotas, no los habria conseguido nunca, á no haberse hecho notable, en su juventud, por la elocuencia. (11)

Mas al presentar á César como orador, sólo

puedo hacerlo refiriéndome á lo que dicen algunos autores de la antigüedad. De sus obras escritas, han llegado hasta nosotros las obras históricas; pero sus discursos, que eran leídos con admiracion un siglo despues de su muerte, (12) se han extraviado ántes de alcanzar la edad moderna. Plutarco dice que César ocupaba el segundo puesto entre los oradores de Roma, y que acaso habria ocupado el primero, si no hubiese renunciado, á la gloria de la elocuencia, por la gloria de las armas. Ciceron asegura que, entre todos los oradores romanos, César era el que hablaba la lengua latina con más pureza y elegancia, y que no solamente debia la ventaja de una tan admirable perfeccion, á las impresiones recibidas de su propia familia, sino que la habia alcanzado por medio de estudios múltiples y profundos, proseguídos con grande ardor, y con un trabajo infatigable. (13)

Las cualidades de su carácter eran, también, propias para hacerle brillar en la tribuna y en el foro; y con razon se dijo que tenia las más felices disposiciones naturales para la elocuencia. Su memoria, especialmente, era poderosísima, aunque no tanto como la de Hortensio, y siempre le ofreció grandes recursos en las luchas de la palabra. Su continente le favorecia, al propio tiempo

que su voz, que era sonora y penetrante; tenía al expresarse, cierto aire de franqueza y seguridad; todo su exterior cautivaba por lo noble y majestuoso, y las primeras veces que habló en público, su misma juventud debió recomendarle á su auditorio. (14) Sin embargo de esto, señores, su manera oratoria, por decirlo así, tuvo forzosamente que cambiar algo, desde que á los 21 años de su edad atacó á Dolabela, defendido por Q. Hortensio y por L. Aurelio Cotta, y desde que, por entónces, persiguió en justicia á Antonio, acusándole de malversacion de caudales, hasta una época más avanzada en que tomó asiento en el Senado, y fué elevado á la dignidad de cónsul. Pero cuando se recuerda que tenía un alma impetuosa que no estaba reñida con un gran fondo de sagacidad y prudencia; que en los campos de batalla se sentía impaciente mientras no peleaba, como simple soldado, en las primeras filas de sus legiones; que muchas victorias las debió, sólo, al influjo mágico de su ejemplo, y que se enardecía á la vista del enemigo, no puede ménos de admitirse, como Quintiliano dice, (15) que en los combates judiciales y políticos, el campeón de la palabra conservaría algo, que recordase los sentimientos y cualidades que revelaba en los campos. Si los caracteres de su palabra correspondían á sus prendas intelect-

tuales y morales, necesariamente fué su elocuencia un conjunto, tan extraño como admirable, de elegancia y de ingenio, y de la fuerza que se impone y domina.

Algun autor antiguo, al hacer el elogio de cierto orador de su época, le atribuía *el patético* de César. Algun otro coloca la *vehemencia*, entre los grandes méritos de éste; y no es sólo Ciceron, quien afirma que César aventajaba, á todos sus contemporáneos, en la pureza del lenguaje. Digno es de recordarse, y, sobre todo, de recordarlo á los escritores modernos que desdeñan estas pequeñas perfecciones, que el grande hombre de quien hablo, que tan colosales empresas llevó á término feliz, se ocupaba tambien en determinar cómo debían formarse los plurales, en establecer las más minuciosas reglas de gramática é indagar las excepciones de estas reglas, y todas las particularidades, notables, ó curiosas, de la lengua latina. Su tratado sobre *La Analogía*, que dedicó á Ciceron, es un trabajo de esta naturaleza (16).

Otras varias obras, de diversa índole, escribió en su juventud, y aun despues, cuando ya intervenia en los grandes asuntos públicos de su patria; las cuales le valieron, una justa reputacion, en la república de las letras. Entre estas obras

se citan, una cuyo título era las *Alabanzas de Hércules*; una tragedia intitulada *Edipo*; un libro religioso sobre la *Adivinación*, y una obra opuesta al *Caton de Ulica* de Ciceron. También compuso versos y los colocó en las bibliotecas públicas. En la *Vida de Terencio*, escrita por Suetonio, que aún se conserva, hay algunos versos de César, que no carecen de elegancia, según dicen los muy inteligentes en la lengua latina (17).

Sin embargo, sus *Comentarios* sobre la guerra de las Galias y las guerras civiles, son la obra suya que ha pasado á la posteridad, como un modelo perfecto de estilo sencillo y de gracias naturales, que se perderían desde el instante en que se recargasen de adornos. Ciceron dice que los hombres de letras desprovistos de verdadero ingenio, se sentirían inclinados á escribir la historia de las campañas de César, en un estilo más rico de ornamentos; pero que jamás, ningún escritor sensato, intentará referir aquellos hechos, de otro modo que están referidos por su autor (18).

De César se conservan, también, algunas frases pronunciadas en momentos críticos ó solemnes. Dejando á un lado aquel dicho tan conocido de *Uelé, vi, venci*, que le sirvió para dar cuenta, á un amigo suyo, de la celeridad con que había

llegado á los reales contrarios, y de la rapidez con que había dispuesto la batalla y obtenido la victoria, no puedo ménos de recordar la frase con que alentó á un piloto que creía imposible hacer frente á una tempestad desecha. César quería ser conducido al punto donde se hallaban unas legiones suyas, cuya tardanza podía comprometer su lucha con Pompeyo. Salió de noche y disfrazado de su campo, para que nadie se apercibiese de su ausencia. El piloto de la barca que le conducía, viendo á los marineros fatigados inútilmente para vencer, á fuerza de remos, el ímpetu de las olas y de los vientos, le manifestó que era imposible continuar la travesía. Descubrióse entonces Julio César, y cogiendo una mano del piloto le dijo: «No temas: llevas á César y su fortuna.» Pero esta frase que tuvo, para aquellos hombres, una influencia mágica, aunque al fin tuvieron que retroceder, cuando estaban próximos á sumergirse, la amplifica Lucano en su poema, y le quita la belleza y la energía que debe á su concisión. Voy á permitirme leer los seis versos endecasílabos, de que el poeta se vale, para decir lo que tan brevemente dijo César (19).

«César, que siempre armó la confianza
Contra amenazas últimas del hado,
Mi naufragio, responde, es la tardanza.

Larga velas en contra el golfo airado,
 Combate su altivez, sus fuerzas doma,
 Y si te niega puerto, en mí le toma.»

Se vé, pues, señores, que la pompa y las amplificaciones, no siempre son útiles, y en algunos casos, como en el presente, son desventajas. Más diré aún: cuando se amplifica demasiado, y cuando los adornos se emplean con exceso, entónces el estilo no sólo es defectuoso, sino insoportable y hasta pedantesco. La verdadera elevación depende de las ideas, y «la nobleza del estilo no es, de modo alguno, enemiga de la simplicidad: al contrario, lo que es verdaderamente grande; jamás lo parece tanto como cuando desnuda y simplemente, se presenta, tal cual ello es.» En el caso mismo de que se hable del estilo florido, la libertad de ornato no carece de límites ó de medida. Ella está sujeta á la inflexible ley de la verdad, que jamás sufre excepcion alguna.

Suponed, señores, que para presentar ante vosotros más grande la figura de Julio César, hubiese estado yo *giganteando*, por decirlo así, toda la noche; y que para daros una idea de la guerra de las Galias, hubiese descrito las batallas campales que allí se riñeron, presentando á las legiones sumergidas entre nubes y remoli-

nos de polvo; las espadas arrojando de sus cor-
 tantes, acerados filos, lluvias de ardientes in-
 contrastables rayos; los arroyos y aún los grandes
 rios saliendo de madre, con la sangre de los muer-
 tos y los heridos; á los heridos mismos arrojando de sus fuertes, belicosos pechos cataratas de roja, ennegrecida sangre; al sol deteniendo su rápida, majestuosa marcha; al alto, inmensurable Olimpo, retemblando como si Júpiter sintiese espanto en su brillante, diamantino trono, y como si todas las Divinidades temiesen el desquiciamiento completo de su alta, augusta, insólita, celestial morada; ¿no diríais, señores, con Moratin y Jovellanos, que, al expresarme de este modo, me habia puesto en ridículo? ¿No diríais, igualmente, que la pompa excesiva, ó, lo que es lo mismo, la hinchazon, no puede sostenerse sino á expensas de la verdad? Todo esto, y más, podríais decir, y si guardábais silencio sería por bondad, y de ningun modo porque os faltase la razon. Éstas, que yo rápidamente he expuesto aquí, eran, sin duda alguna, las opiniones de Julio César, sobre el estilo. Así lo atestigua Ciceron, cuando, refiriéndose á él, dice que tomaba la razon por guia, y que respetando el uso comun, procuraba depurarlo; y así lo confirma una frase del mismo César, en la cual aconseja que se

huya, como de un escollo, de toda palabra anticuada ó nueva. (20)

De sus discursos políticos, sólo tenemos el extracto del que pronunciara con motivo de la conjuración de Catilina; y de sus discursos forenses el exordio de la defensa que hizo de los de Bitinia. Hé aquí este exordio: «La hospitalidad que he recibido del rey Nicomedes, y la amistad que me une á los interesados en esta causa, no me permiten dejar, á otros, el cuidado de defenderlos. La memoria de los muertos, debe ser religiosamente conservada, en el corazón de sus deudos y amigos; y sabido es que no puede abandonarse á un cliente en peligro, sin cubrirse de infamia. Nuestros deberes respecto de nuestros clientes son tan sagrados, que siguen, inmediatamente, á los que nos imponen los vínculos de la sangre.» (21)

Pero César, señores, era más afortunado en los campos que en las lides oratorias. En aquellos fué invencible, y en éstas con frecuencia vencido, por hombres ménos elocuentes que él. Su acusación contra Dolabela fracasó, dándole motivo para decir que el discurso de Cotta (que era el abogado de su contrario) le arrancaba, de las manos, la mejor de las causas. (22) En un principio, no tenía que vencer las grandes rivalidades

políticas que se atravesaron, despues, en su camino, cuando sus complacencias con el partido popular, despertaron la desconfianza del Senado. Su principal antagonista fué Caton, descendiente de aquel otro personaje de igual nombre, de Caton el Antiguo, de quien ya os hablé en una de nuestras primeras conferencias.

Ignoro si César se encontró alguna vez en el Foro, frente de otros oradores notables que por entónces florecieron en Roma, y entre los cuales los más distinguidos fueron M. Celio, Licinio Calvo, y Marcelo. El primero de estos abrazó, durante su tribunado, la causa de los nobles contra los excesos demagógicos, y tuvo ocasion de pronunciar, además de muchos discursos forenses no escasos de mérito, varias acusaciones y discursos políticos que le acreditaron de orador brillante. Licinio Calvo, á quien cita Quintiliano, quizá con más frecuencia que á todo otro orador de Roma, excepcion hecha de Cicerón, se distinguió en la oratoria forense. Era tan cuidadoso del estilo, que, por castigarlo con exceso en su desmedido afán de aproximarse, en perfeccion, á los modelos griegos, llegó á pecar de conciso y descarnado; de tal suerte, que no todos los oyentes podían seguir el curso de sus peroraciones, comprendiéndole por completo. En cuanto á Marcelo,

era un hombre de un mérito singular, que tenía muchos puntos de semejanza con el mismo Ciceron. Como él, se había dedicado, con afición ardentísima, al estudio de la elocuencia, procurando perfeccionarse en ella por medio de continuos ejercicios; como él poseía un estilo rico y que abundaba en expresiones brillantes; como él tenía, también, una voz clara y sonora, y unos ademanes y actitudes expresivos y nobles, que realzaban cuanto decía; y como él había estudiado la filosofía en Roma y Grecia, aprovechando las lecciones del sábio Cratipo, á quien ambos honraron con su amistad. Los disturbios ocurridos allí, y los desencantos de la vida pública, hicieron que este personaje se retirase á Atenas, despues de haber ejercido, en su patria, la dignidad consular, y que buscase, en las letras, los tranquilos placeres que proporcionan, á quien las cultiva con verdadero amor. (23)

Mas ninguno de estos llegó á ser, como orador ciudadano, una figura suficientemente grande, para merecer un lugar junto á Julio César. Sólo Caton de Utica, repitió, es digno de esta preferencia. Baste decirnos que sin ejércitos, sin talentos militares de primer orden, sin riquezas, sin intrigas, sin la grandilocuencia de Ciceron, y sin apoyarse sistemáticamente en la nobleza ro-

mana, y ménos todavía en complacencias populares, rivalizó en prestigio con el vencedor de los galos y bretones, gravitando, á las veces, en la balanza donde se pesaban los destinos de Roma, tanto como el gran Pompeyo, y, en ocasiones, más aún que éste y que el mismo César. Plutarco ha escrito su biografía, lo cual significa que lo consideró como uno de los grandes hombres de la antigüedad. En las hermosas páginas en que nos habla de él, vemos cómo fué aquella naturaleza, fuertemente templada para la virtud, formándose y desarrollándose hasta llegar á ser, en la edad adulta, un verdadero anacronismo de su época. Quedó huérfano desde muy niño, y quizá la falta de las caricias maternas, contribuyó á la austeridad de sus costumbres, y severidad inflexible de su carácter, tanto como las doctrinas de los estóicos, cuya secta abrazó. A los 14 años de edad manifestó vehementes deseos de dar muerte á Sila, para libertar, á Roma, de la tiranía de aquel monstruo. En todo el curso de su vida, siempre estuvo al lado de los hombres de bien, y de la conveniencia pública; sin consultar sus particulares intereses, ni atender al poderío de sus contrarios, para atacarles cuando el patriotismo lo aconsejaba. (24)

Jamás se le vió prepararse, para la tribuna, con

los ejercicios oratorios en que otros jóvenes se adiestraban; y habiéndosele dicho que su silencio era vituperable, contestó que ya hablaría cuando tuviese que decir cosas dignas de la atención pública. Su primer combate no fué en la arena judicial. Trataban los Tribunos de quitar una columna de la Basílica *Porcia*, y Caton se opuso á ello, creyendo que debía defender la obra de su ilustre antepasado. El que tenga presente el inmenso poder de los tribunos, sobre todo en una época en que eran cercanos precursores de los Césares, se admirará de que fuesen vencidos por aquel joven, como todo el mundo se admiró, en Roma, de la elocuencia y la valentía con que sostuvo, é hizo triunfar, su parecer. Vióse entonces que, sin pretensiones de orador, lo era, y muy elocuente. Su discurso parecía la obra de una inteligencia llegada á su madurez. «Muy lejos de abundar en adornos inútiles y vana pompa, estaba lleno de fuerza y buen sentido. En medio de la brevedad y solidez de sus conceptos, se descubrian ciertas gracias naturales que formaban, con la severidad de sus costumbres, un conjunto delicioso de gravedad y donaire, que era el encanto de los oyentes. Su voz alcanzaba, sin esfuerzo, á aquel inmenso auditorio, y el vigor de su pecho era tal, que jamás se enronqueció ni

fatigó, aunque tuvo que hablar, con frecuencia, dias enteros.» (25)

Una de estas ocasiones tuvo lugar, cuando César, á su regreso de España, solicitaba el consulado, y los honores del triunfo, al propio tiempo. Las leyes prohibian que pudiese lograrse el primer objeto sin que estuviese presente el candidato en Roma, y ordenaban que se permaneciese fuera de la ciudad, para solicitar y conseguir el segundo. Pidió César, para él, la dispensa de estas disposiciones, y viendo Caton que una gran mayoría del Senado estaba resuelta á concederle tal gracia, y que nada bastaba á cambiar la disposicion de los ánimos, estuvo haciendo uso de la palabra todo el dia; logrando, así, con un discurso de once horas, que la sesion terminase, sin tomar acuerdo alguno.

Contra el mismo Julio César, empleó de nuevo Caton, en el siguiente año, el derecho que todo senador tenia de hablar, cuanto tiempo quisiera, dentro y fuera de la cuestion, cuando le llegaba el turno de emitir su dictámen. Urgia mucho, á unos, tomar cierto acuerdo en el Senado, y querian, otros, aplazar toda resolucion sobre aquel asunto. Julio César, ya cónsul, era de los primeros, y Caton, que pertenecia al número de los segundos, recurrió á su ensayado medio de pronun-

ciar un discurso, que llevaba trazas de no acabar nunca. Instóle el Cónsul para que no entorpeciese el debate y la votacion; amenazóle despues; y viendo que todo era inútil contra aquella voluntad de acero, mandó prenderle. El Senado, entónces, se levantó en masa, para seguir al infatigable orador, consiguiendo, con una protesta tan enérgica, que César revocase la orden, y reconociera su derrota. (26)

Otra vez se opuso Caton, en el Senado, á una ley en que, el tribuno Metelo, so pretexto de que estaba, el orden público, amenazado en Roma, ordenaba que Pompeyo viniese inmediatamente á Italia con su ejército. En esta ocasion empleó, primero, un tono mesurado é insinuante, llegando en su discurso hasta pedir con ruego al Tribuno, la retirada de aquella ley. Mas, viendo que su moderacion se tomaba por flaqueza, é irritado por las insolentes provocaciones de Metelo, cayó sobre él con su violencia acostumbrada, y le dejó sin un sólo sufragio en la Asamblea; ante la cual descubrió las miras ocultas de los partidarios de Pompeyo, y el gran peligro que la libertad corria, si á tiempo no se desbarataban tan ambiciosos proyectos. Entónces fué cuando dijo con acento terrible y amenazador: «Jamás, mientras yo aliente, entrará Pompeyo en Roma, con sus legiones.» (27)

Pero, un triunfo oratorio mayor que estos y que otros que obtuvo Caton en el Senado y el Foro, fué el que alcanzara, contra el mismo Julio César, en uno de los solemnes debates á que dió lugar la conjuracion de Catilina. No pueden, los hombres ambiciosos y grandes, abrirse anchos caminos de dominacion, en una sociedad que regularmente funciona; lo cual hacia que César, sin confundirse con los vulgares cómplices del expresado Catilina, vislumbrase, en los disturbios públicos y en el abatimiento del Senado, ocasiones propicias para levantarse, más fuerte que todos, sobre las ruinas de los poderes de su patria. En la ocasion á que me refiero, Julio César acreditó una sagacidad, una osadia y una cautela extraordinarias. Defender la vida de los principales conjurados evitando toda apariencia de complicidad con ellos, y disponer los ánimos á la clemencia cuando se mostraban inclinados, por efecto de anteriores discursos, á las medidas de rigor, era ciertamente una tarea muy delicada y difícil; más delicada y difícil aún, despues que Ciceron, entónces cónsul, habia desplegado los infinitos recursos de su palabra para presentar, dignos de la muerte, á los cómplices de Catilina. Sin embargo de esto, el efecto que produjo el hábil y elocuente discurso de César fué tan grande, que, todos los que

habian opinado de diferente modo que él, reformaron su dictámen, aprobándolo todos los que opinaron despues, hasta llegar el turno á Caton. Del discurso de éste, Salustio ha conservado un extracto, y Plutarco algunas breves frases: fué el único de los suyos que se copió y conservó, por lo cual pudieron referirse á él, con entero conocimiento de causa. Yo sólo os diré que produjo una tan enérgica reaccion en la Asamblea, que unánimemente se acordó el castigo de los culpables, y César, sospechoso de ocultas inteligencias con ellos, estuvo á punto de perecer á manos de una guardia de jóvenes caballeros, que cuidaban de la seguridad del Senado. (28)

En este debate le ocurrió, tambien, á César, un incidente muy extraño. Le llevaron, miéntras Caton hablaba, un billete que despertó, en muchos senadores, la sospecha de si seria algun aviso de los conjurados. Apostrofóle, por ello, su contrario, con vivas instancias para que ante todos lo leyese, lo cual no dejó á César otro medio de impedir la publicidad del contenido, que entregar el billete al mismo Caton. Este vió que estaba escrito por su propia hermana, la que fué madre de Marco Bruto, y bruscamente lo devolvió á César, sin acabar de leerlo, como si fuese un ascua que abrasara su mano. Aquella carta con-

tenia, sin duda alguna, cosas muy ajenas á la conjuracion de Catilina. (29)

No seguiremos, paso á paso, á estos dos insignes personajes en todo el curso de su vida, hasta ver á Caton darse la muerte, con sus propias manos, en la ciudad de Utica, por no caer en poder de César, ni sobrevivir al partido que sucumbió en Farsalia, y más tarde á César, que de tantos combates y peligros habia salido ileso, perecer bajo el puñal de unos conspiradores. Sólo añadiré, para terminar lo que me propongo decir esta noche, sobre J. César, que fué el más grande hombre de su patria, y uno de los mayores de la antigüedad y de todos los siglos; y que sus talentos y su fortuna, siempre esclava de sus designios, acumularon, sobre su frente, las múltiples glorias del guerrero, del orador, del político, del legislador, y del hombre de letras. Y como si, hasta su fin, hubiese querido la Providencia recomendarlo á la admiracion y las simpatías de las generaciones venideras, su muerte trágica y prematura fué la señal de nuevas guerras y tempestades, que nunca se habrian levantado, en Roma, miéntras él hubiese tenido, en sus manos, el gobernalle de la República.

Señores: de ordinario acontece que, los demócratas, ó los que llevan tal nombre entre nosotros,

ven, en César, un déspota aborrecible; pero esto consiste en que les es más fácil calumniarle, que estudiarle con detenimiento é imparcial criterio. El ahogó, entre sus robustos brazos, el mónstruo de los partidos políticos que devoraba á su patria, como hoy devora á la nuestra; él marcó, á Octavio, la senda que debia emprender para conseguir la unidad del mundo; y aunque el trono de los Césares se vió manchado por Nerones y Calígulas, al fin lo ocupó un Constantino el Grande, que, en un sólo dia, destruyó los altares del paganismo, para que pudiera levantarse el Vaticano, con el símbolo de la Redencion en su cúspide, sobre las ruinas del envilecido Capitolio.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO NOVENO.

(1) Véase la nota 2 del discurso sétimo. En las biografías de Mario y Sila, es donde se ve confirmado, por Plutarco, lo que decimos en el texto, sobre que ambos personajes veian, en la prolongacion de la guerra, un medio de conservar su poder.

(2) Las noticias de ese párrafo están tomadas de Plutarco (*Vida de Julio César*); Ciceron (*Or. II. LXXII y siguientes*), y Suetonio, en la Biogr. de J. César, (par. IV). Este autor dice que á los 14 años, César fué designado sacerdote, y nosotros le seguimos en el texto, aunque Paterculo (II-43) dice que fué creado. Además de Apolonio, tuvo César otros maestros anteriormente, como puede verse en este párrafo: «Uno de los primeros maestros de César fué Marco A. Gniphon, hombre de gran talento y de ilustracion vastísima. Enseñó primero en la casa del mismo J. César, niño aún, y despues en la suya propia. Daba preceptos de retórica y elocuencia, y sólo declamaba, en público, los dias de mercado. Ciceron asistia á oír sus lecciones, aún durante su pretura. (Suetonio. *Gram. Ilus. VII.*)»

(3) Plutarco. *Vida de M. Bruto; Vida de César.*— Suetonio, *Vida de J. César.*

ven, en César, un déspota aborrecible; pero esto consiste en que les es más fácil calumniarle, que estudiarle con detenimiento é imparcial criterio. El ahogó, entre sus robustos brazos, el mónstruo de los partidos políticos que devoraba á su patria, como hoy devora á la nuestra; él marcó, á Octavio, la senda que debia emprender para conseguir la unidad del mundo; y aunque el trono de los Césares se vió manchado por Nerones y Calígulas, al fin lo ocupó un Constantino el Grande, que, en un sólo dia, destruyó los altares del paganismo, para que pudiera levantarse el Vaticano, con el símbolo de la Redencion en su cúspide, sobre las ruinas del envilecido Capitolio.

He dicho.

ILUSTRACIONES Y NOTAS

AL DISCURSO NOVENO.

(1) Véase la nota 2 del discurso sétimo. En las biografías de Mario y Sila, es donde se ve confirmado, por Plutarco, lo que decimos en el texto, sobre que ambos personajes veian, en la prolongacion de la guerra, un medio de conservar su poder.

(2) Las noticias de ese párrafo están tomadas de Plutarco (*Vida de Julio César*); Ciceron (*Or. II. LXXII y siguientes*), y Suetonio, en la Biogr. de J. César, (par. IV). Este autor dice que á los 14 años, César fué *designado* sacerdote, y nosotros le seguimos en el texto, aunque Paterculo (II-43) dice que fué *creado*. Además de Apolonio, tuvo César otros maestros anteriormente, como puede verse en este párrafo: «Uno de los primeros maestros de César fué Marco A. Gniphon, hombre de gran talento y de ilustracion vastísima. Enseñó primero en la casa del mismo J. César, niño aún, y despues en la suya propia. Daba preceptos de retórica y elocuencia, y sólo declamaba, en público, los dias de mercado. Ciceron asistia á oír sus lecciones, aún durante su pretura. (Suetonio. *Gram. Ilus. VII.*)»

(3) Plutarco. *Vida de M. Bruto; Vida de César.*— Suetonio, *Vida de J. César.*

(4) Suetonio y Plutarco, (*obras citadas*). Renunciamos á consignar, aquí, las noticias que Suetonio trasmite, sobre la vida íntima de J. César. Suetonio parece el cronista de la inmoralidad, de los escándalos, de todos los actos y pensamientos abominables de aquellos tiempos.

(5) Nos referimos á los autores antiguos que han escrito sobre César. Cuanto ahí consignamos, es el resultado de las cualidades que todos acordes le atribuyen. Por extraño que parezca, es lo cierto que se encontraban en J. César, como ha hecho notar Napoleon III, (*Vida de César. Libro II, cap. I.*) y así en lo físico como en lo moral, dos naturalezas raramente unidas en la misma persona. «Juntaba la delicadeza aristocrática del cuerpo, al temperamento nervioso y viril del hombre de guerra; las gracias del ingenio, á la profundidad de los pensamientos; el amor al lujo y las bellas artes, á la pasión de la vida militar, con toda la sencillez y rudeza de sus costumbres.»

(6) Plutarco.—*Vida de J. César.*

(7) Plutarco.—*Vida de J. César.*

(8) Plutarco refiere ese suceso, del modo que lo dejamos consignado. Napoleon III, en la *obra citada*, dice, siguiendo á otro autor, que fué en Cádiz donde J. César dió una respuesta á sus amigos, y no al leer la vida de Alejandro, sino al contemplar su estatua en el templo de Hércules.

(9) Plutarco.—*Vida de César.*

(10) Plutarco.—*Vida de César.* La frase con que terminamos el párrafo, la conserva el mismo Plutarco en

la *Vida de Caton de Utica*, donde añade, despues de consignarla: «Mas no sabemos lo que César habria hecho con Caton, si este no se hubiese dado la muerte.»

(11) La magnificencia y los inmensos gastos de César, cuando fué Edil, se comprenden sabiendo que, al partir para su gobierno de España, fué detenido por sus acreedores, que le reclamaban débitos por valor de unos 24 millones de reales. Crasso, el hombre más rico de Roma, salió fiador por él. (*Plutarco Vida de César.*) En su deseo de embellecer la ciudad, César no se limitó, siendo Edil, á adornar el *Comitium*, el Foro y varias basílicas: hizo tambien obras de ornato en el Capitolio, y construyó, en él, unos pórticos donde expuso, á la vista del público, una parte de las numerosas curiosidades que habia reunido y coleccionado. Su afición á los espectáculos, en los cuales presidia, de ordinario, el deseo de popularizarse, le llevó á dar fiestas magníficas y costosas, tales como luchas de fieras, y combates de gladiadores. Tan grande fué, en cierta ocasion, el número de los que hizo ir á Roma, que sus enemigos, temiendo que en lo sucesivo pudiese llevarse á la ciudad tan grande multitud de gladiadores, hicieron fijar, expresamente, por una ley, el mayor número de los que podrian reunirse.—(*Suetonio. César X.*)

(12) Valerio Máximo.—(*Lib. VIII cap. IX-3.*)

(13) Plutarco. *Vida de César.*—Ciceron, *Or. Ila. LXXII*—«Si César se hubiese dedicado exclusivamente á las tareas del Foro, sólo él podría rivalizar con Ciceron. Tienen sus discursos tanta energia, tanta expresion, tanto fuego, que sin duda hablaba como hacia la guerra. Todo esto se ve realizado en él, por una maravillosa elegancia de lenguaje, cuya perfeccion procuraba con sumo

semero.» (Quintiliano *Lib. X. I.*)—«César era un escritor sapientísimo, sobre los principios de la lengua latina.» (Aulo-Gelio. *Lib. IV, cap. XX.*) Este mismo autor, dice en otro lugar, que César era superior á todos sus contemporáneos, por la pureza de su lenguaje. (*Libro XIX, cap. VIII.*)

(14) Plutarco — *Vida de César*

(15) Quintiliano.—(*Lib. X, cap. I.*) Véase la nota 13 de este mismo discurso.

(16) Apuleyo, *Apología*. — Aulo-Gelio. *Lib. XIX, cap. VII.*—Quintiliano, *Obra y lugar citados.*

(17) Plutarco. *Vida de César*.—Suetonio, *Vida de J. César*, y en el lugar indicado en el texto. Tácito, (*Diab. de los Ora.*) dice que los versos de César y M. Bruto, que habia en las bibliotecas públicas, más acreditaban su afición á la poesía, que su ingenio para cultivarla. Pero este autor, ó cualquiera que sea el del diálogo, (pues hay dudas sobre esto) se muestra, de ordinario, muy descontentadizo, y á las veces, manifestamente injusto.

(18) Ciceron, *Brutus*, *LXXV.*

(19) Plutarco, *Vida de César*.

(20) Aulo-Gelio, *Lib. I, cap. X*; y Ciceron, *Brutus* *LXXV.*

(21) Aulo-Gelio, *Lib. V, cap. XIII.*

(22) Valerio Máximo, *Lib. VIII, cap. IX.*)

(23) Todos los datos con tenidos en ese párrafo, están tomados de Quintiliano, en varios lugares de las *Inst. Orat.*; y de Ciceron, *Brutus*, *LXXI*, *LXXIV* y *LXXXII.*

(24) Plutarco, *Vida de Caton de Utica*.—Hé aquí cómo otro autor refiere el suceso: «Cierta dia que fué á saludar á Sila, cuando aún era adolescente, vió en la puerta de la casa del dictador, las cabezas ensangrentadas de algunas víctimas. Horrorizado, preguntó si no habia quien librase á Roma de tan cruel tirano. El interrogado le contestó que no faltaban deseos de hacerlo, sino ocasion, porque una numerosa guardia protegía la vida de Sila. «Dadme un puñal, dijo Caton, y yo, que suelo comer con él, le mataré sin dificultad.» (Valerio-Máximo. *Lib. III, cap. I.*)

(25) Plutarco, *Vida de Caton de Utica*: este autor refiere, en la misma obra, lo que consignamos en el siguiente párrafo del texto.

(26) Aulo-Gelio, *Lib. IV, cap. X.*

(27) Plutarco; *Vida de Caton de Utica.*

(28) Refieren lo ocurrido en el célebre debate sobre los cómplices de Catilina, Plutarco en la *Vida de Caton de Utica* y en la de *César*, y Salustio en la historia de aquella conjuración. Suetonio lo hace tambien, en los siguientes términos: «César era pretor cuando se descubrió la conjuración de Catilina. La muerte de los culpables habia sido resuelta, en el Senado, por unanimidad: él solo opinó porque se les tuviese presos en varias ciudades de Italia separadamente, y sus bienes fuesen confiscados... El dictámen de César estaba á punto de triunfar; un gran número senadores, entre los cuales estaba

Q. Ciceron, el hermano del Cónsul, habia pasado á su lado. Mas, se levantó Caton, y restableció la firmeza de la Asamblea. César llevó su tenacidad, hasta el punto de verse amenazado, con grave peligro de su vida, por las lanzas de una guardia de caballeros romanos, que custodiaba el edificio.» (*Suetonio, J. César XIV.*)

(29) Plutarco y Suetonio. *Vida de J. César.*—Para terminar estas ilustraciones y notas, vamos á reproducir el paralelo que, de Caton y César, hace Salustio; hélo aquí: «Caton y César fueron casi iguales en nacimiento, edad y elocuencia; iguales en grandeza de ánimo y en gloria; pero cada uno por su rumbo. César era reputado grande por su liberalidad y beneficios; Caton por la integridad de su vida. A aquel hizo ilustre su piedad y mansedumbre; á éste respetable su severidad. César se granjeó fama dando, socorriendo y perdonando; Caton, sin dar á nadie nada. Uno era el asilo de los miserables; otro la ruina de los malos. De aquel se alababa la afabilidad; de éste la constancia. En suma, César tenia por máxima trabajar, desvelarse, atender á los negocios de sus amigos, descuidando los suyos: no negar cosa que fuese razonable: para sí, apetecía dilatado mando, ejército, y guerra nueva en que campease su valor; Caton ponía su mira en la moderacion, en el decoro, y especialmente en la entereza de ánimo. Y así no aspiraba á ser más rico, ni á tener más séquito que otros, sino á exceder al esforzado en valor, al modesto en honestidad, al virtuoso en integridad de costumbres: queria, en fin, más ser bueno que parecerlo; con lo que cuanto menos apetecía gloria, tanto se la conciliaba mayor.» (*Salustio, Conf. de Cat.*)

DISCURSO DÉCIMO.

CICERON.

SEÑORES:

Esta noche vamos á ocuparnos de Ciceron. El nombre de este ilustre personaje ha sido, desde hace cerca de veinte siglos, y continúa siendo, uno de los más conocidos en el mundo de las letras; y en casi todas las anteriores conferencias lo han pronunciado, con respeto, mis labios, teniendo que agradecerle algunas noticias, ó interesantes, ó curiosas, para el asunto que nos ocupa. Comprenderáse que no podia ser de otro modo, si se recuerda que, Ciceron, no fué sólo un gran maestro en el arte de la palabra; sino que, al propio tiempo que orador insigne, fué escritor sapientísimo, y el hombre de más universales conocimientos de su patria. No hubo, no, allí, ántes ni despues que él, otro alguno, que pueda disputarle, con preferente título, la gloria de ser el

Q. Ciceron, el hermano del Cónsul, habia pasado á su lado. Mas, se levantó Caton, y restableció la firmeza de la Asamblea. César llevó su tenacidad, hasta el punto de verse amenazado, con grave peligro de su vida, por las lanzas de una guardia de caballeros romanos, que custodiaba el edificio.» (*Suetonio, J. César XIV.*)

(29) Plutarco y Suetonio. *Vida de J. César.*—Para terminar estas ilustraciones y notas, vamos á reproducir el paralelo que, de Caton y César, hace Salustio; hélo aquí: «Caton y César fueron casi iguales en nacimiento, edad y elocuencia; iguales en grandeza de ánimo y en gloria; pero cada uno por su rumbo. César era reputado grande por su liberalidad y beneficios; Caton por la integridad de su vida. A aquel hizo ilustre su piedad y mansedumbre; á éste respetable su severidad. César se granjeó fama dando, socorriendo y perdonando; Caton, sin dar á nadie nada. Uno era el asilo de los miserables; otro la ruina de los malos. De aquel se alababa la afabilidad; de éste la constancia. En suma, César tenia por máxima trabajar, desvelarse, atender á los negocios de sus amigos, descuidando los suyos: no negar cosa que fuese razonable: para sí, apetecía dilatado mando, ejército, y guerra nueva en que campease su valor; Caton ponía su mira en la moderacion, en el decoro, y especialmente en la entereza de ánimo. Y así no aspiraba á ser más rico, ni á tener más séquito que otros, sino á exceder al esforzado en valor, al modesto en honestidad, al virtuoso en integridad de costumbres: queria, en fin, más ser bueno que parecerlo; con lo que cuanto menos apetecía gloria, tanto se la conciliaba mayor.» (*Salustio, Conf. de Cat.*)

DISCURSO DÉCIMO.

CICERON.

SEÑORES:

Esta noche vamos á ocuparnos de Ciceron. El nombre de este ilustre personaje ha sido, desde hace cerca de veinte siglos, y continúa siendo, uno de los más conocidos en el mundo de las letras; y en casi todas las anteriores conferencias lo han pronunciado, con respeto, mis labios, teniendo que agradecerle algunas noticias, ó interesantes, ó curiosas, para el asunto que nos ocupa. Comprenderáse que no podia ser de otro modo, si se recuerda que, Ciceron, no fué sólo un gran maestro en el arte de la palabra; sino que, al propio tiempo que orador insigne, fué escritor sapientísimo, y el hombre de más universales conocimientos de su patria. No hubo, no, allí, ántes ni despues que él, otro alguno, que pueda disputarle, con preferente título, la gloria de ser el

genuino representante del genio, poco original, pero enciclopédico de Roma.

Imposible me será, pues, deciros todo lo que decirse puede de Ciceron, ni aun todo lo principal que ofrece su laboriosa y dramática existencia, en el corto espacio de tiempo de que disponemos. Para sólo leer sus obras, sin detenerse á estudiarlas, se necesitan meses enteros. Para contemplar, despacio, todas sus elaboraciones intelectuales y los móviles y resultados de su conducta política; para descubrir los secretos de su carácter, no por todos los críticos de igual modo juzgado; para investigar y examinar los verdaderos motivos de los éxitos que obtuvo, y desaciertos que se le atribuyen, miéntras influyó como cónsul, ó senador, en el Gobierno de la república, menester sería que emprendiésemos un trabajo más amplio y difícil, superior, quizá á nuestras fuerzas, y de todo punto irrealizable desde esta cátedra. Los que quieran estudiar, por completo, esta gran figura del mundo antiguo para conocerle, tal como era, con sus defectos y virtudes, con sus pequeñeces y grandezas, recurra á las colecciones de sus propias cartas, que se conservan, y á su biógrafo Plutarco; y mejor aún, á las dos extensas monografías que la moderna literatura tiene de la vida

de Ciceron, publicada la una por el francés Morabin y la otra por el inglés Middleton, y traducida esta última, al castellano, por el caballero aragonés Azara.

¿No es nuestro objeto, señores, conocerle en su calidad de orador? Sin duda alguna. Y, en este concepto, yo debo limitarme á exponer, aquí, lo que más útil enseñanza ofrezca, lo mismo de su carrera política, que de sus admirables producciones oratorias. ¿A qué referiros, como lo han hecho otros escritores de universal fama, ciertas particularidades del nacimiento de Ciceron, cuando, ahora ya, la supuesta ciencia de los *augures*, y los prodigios y vaticinios, no gozan de crédito alguno, y cuando el mismo Plutarco, dice que, en su tiempo, pasaban por vulgares preocupaciones? Impórtanos, sí, tener presente que habia nacido de una familia no plebeya, sobre todo, por parte de Helvia, su madre; pero tampoco ennoblecida con la púrpura senatorial. (Año 106 antes de J. C.). Esto dificultaba su elevacion á los altos puestos de la República, porque, el patriciado romano, no abria fácilmente sus filas para dar entrada á los hombres nuevos, aun entónces que ya la democracia habia reñido, con vario éxito, grandes batallas en el Foro, presentándose, más que nunca, amenazadora; y cuando una

sábía política aconsejaba, á los nobles, atraer á su clase y absorber en ella todos los talentos superiores, aunque fuesen de plebeyo origen, para quitar, de este modo, temibles caudillos á las muchedumbres.

En la época en que tuvieron lugar los primeros estudios de Ciceron, las letras griegas eran, en Roma, la base de toda buena enseñanza; sin que digan nada, en contrario de esto, las medidas que tomaron, contra ciertos retóricos, los censores Licinio Crasso, y su compañero Cn. Domitio. Amantísimo Ciceron, desde que era casi un niño, de la bella literatura, y dotado de una exuberante imaginación, sus aficiones se dirigieron á la poesía. La cultivó, y no sólo tradujo la obra de Arato, sino que, á los 18 años, compuso un poema épico cuyo protagonista era Mario. Tamaños frutos de su precoz inteligencia, no impedían que, á la par, ayudase al juriscónsul Mucio Escévola, en calidad de pasante, como diríamos ahora, recibiendo á su lado, lecciones teóricas y prácticas de derecho. Los grandes honores que, á su propia vista, se tributaban á la elocuencia, y la especie de soberanía que, así en el Senado como en el Foro, ejercían los oradores, hicieron que la tribuna fuese el codiciado objeto de su ambición. Pero distinguirse

en el arte de la palabra, de suyo difficilísimo, y en una época en que Sulpicio, Cotta, Hortensio, y otros personajes acreditaban, cada día, sus talentos oratorios; y cuando la liza judicial brillaba aún, con los recientes prodigios de la elocuencia de Antonio y Crasso, era un empeño que, ántes de realizado, podría considerarse tan temerario como despues justificado y honroso.

Los estudios y ejercicios que practicó Ciceron, para prepararse á las luchas judiciales, nos extrañan, ahora, de seguro, mucho más que extrañaban á sus contemporáneos. Parecería, aquí, ridículo que saliese un jóven abogado de las cátedras de derecho para ir á la escuela de declamación; y que aprendiese la dialéctica y su aplicación á la oratoria, así como la belleza del lenguaje, y cuanto contribuye á persuadir, con tanto y mayor esmero que los códigos, y lo demás que pertenece á la ciencia y dominio del juriscónsul. Mas, allí, con menos pretensiones, y una modestia más franca y sincera, no se admiraba nadie de que hubiese que aprender las cosas para saberlas; y como, por otra parte, toda controversia política ó forense se sostenía con la palabra hablada, siendo las arengas el mayor medio de propaganda y publicidad, de aquí el que se cultivase, la oratoria, con una solicitud propor-

cionada á su importancia, y á la eficacia de su empleo, en los negocios públicos.

Ansioso Ciceron, como he indicado, de los laureos que veía á otros conquistar en el Foro, prosiguió, cada día con mayor ardor, sus estudios y ejercicios oratorios. El sabio Diodoto, que profesaba la filosofía estóica y residia en la propia casa de Ciceron, le adiestró en el uso de la dialéctica, enseñándole, además, diversas ciencias. Todos los días componia y recitaba, unas veces acompañado de M. Pison, ó Q. Pompeyo, sus amigos, otras veces solo; y, con más frecuencia que en lengua latina, en lengua griega. Tenia, en la pronunciacion y la accion, los mismos defectos que Demóstenes, y gracias á las lecciones de los célebres actores Roscio y Esopo, pudo corregirse de ellos, y aún cambiar, del todo, su natural. Alentado por sus amigos y por aquel Emilio Escauro, grande hombre de Estado, de quien ya os hablé otra noche, que se ponía á si propio como ejemplo de lo que un solo hombre puede levantar una familia decaida, ó ennoblecer una oscura y plebeya, se encargó de una causa criminal cuya defensa se temia que despertase el enojo de Sila. Pudo más que este recelo el deseo de probarse ante los tribunales, y un completo éxito coronó sus esfuerzos. Creyósele capaz de encargarse de los más

árduos negocios, compartiendo, por espacio de dos años, con los mejores abogados de Roma, las tareas forenses. Su manera de hablar era entónces impetuosa y vehemente, lo cual contrastaba con su color pálido, su demacracion, la flaqueza de su estómago, y su cuello y su pecho, que anunciaban una existencia enfermiza y no muy larga. Los médicos le aconsejaron que abandonase la tribuna; mas él «quiso exponerse á todo, ántes que renunciar á la gloria que le prometia la elocuencia.»

Con el triple objeto de restablecer su salud, de aprender otro método oratorio más acomodado á sus condiciones físicas, y de apartarse de las revueltas políticas de Roma, fuése á visitar la Grecia y el Asia, en cuyas escuelas brillaban, entónces, afamados retóricos y filósofos. De todos ellos tuvo algo que aprovechar. En Antioco, á cuyo lado permaneció seis meses en Atenas, admiró, además de las doctrinas de la vieja Academia, una palabra insinuante y dulce; en Menipo de Estratonía, una verdadera elocuencia, y la superior que habia entónces en toda el Asia; y en Molon de Rodas (haciendo caso omiso de otros), un raro talento para criticar y corregir. Este fué el que le enseñó á moderar el fuego de la palabra sin apagarlo, y á gobernar las fuertes emo-

ciones sin entibiarlas. Este fué, tambien, el que le ayudó á perfeccionar el estilo, reduciendo, á justos limites, «el caudal desbordado de una elocucion redundante.» No fué, pues, en balde, el viaje que tales frutos produjo, y del cual volvió Ciceron, á los dos años, notablemente robustecido.

El año que siguió á su vuelta del Asia (77 antes de J. C.), continuó distinguiéndose mucho en la defensa de importantes causas, y anunciando ya, claramente, que era un temible competidor de Cotta y Hortensio; los cuales, aquel mismo año en que Ciceron solicitaba la cnestura, solicitaban el cargo de cónsul, el primero, y el de edil, el segundo. Otros dos años fué cuestor, habiendo servido, el último de ellos, en Sicilia, sin que en todo este tiempo, los deberes que su primer paso en la vida pública le imponian, le hiciesen abandonar sus predilectos estudios. De tal modo siguió cultivando las letras, la filosofia y la elocuencia, que, á su regreso á Roma, sus talentos oratorios habian adquirido la mayor perfeccion de que eran susceptibles. Así lo hizo ver, siempre que un asunto grave le llamaba al Foro, y así lo demostró, con testimonios que todavia duran, cuando despues de unos cinco años de ocupar, merecidamente, un puesto de preferencia entre

los mejores abogados de su patria, se encargó de perseguir á Verres, en nombre de los sicilianos, que acusaban á éste de haber cometido, en su gobierno de Sicilia, toda clase de maldades.

A Verres le defendió Hortensio, designado cónsul para el siguiente año, lo que le daba, sobre el tribunal, tanta influencia como podia darle su palabra. Ciceron estaba, á su vez, designado para edil, y gozaba ya, como orador, de un prestigio inmenso y de una fama universal: tenia entonces treinta y siete años, que para un hombre que tantos y tan sérios estudios habia hecho, casi es la edad de la razon pura, ó, por lo ménos, el periodo en que se alcanza una gran plenitud de inteligencia. La acusacion contra Verres dió motivo á la lucha más viva que jamás tuvieron ambos oradores. No debe, sin embargo, formarse idea de aquel gran proceso, que ocupó la atencion de la República entera, por los discursos que nos quedan de Ciceron. El asunto no pudo tener, ni tuvo, ante los jueces, el desarrollo oratorio que vemos en las *Verrinas*. Son estas, tales como se conocen hoy, la obra de un grande orador; pero de un orador que manejaba la pluma mejor todavia que la palabra.

No comprendo, señores, cómo podrá darse, sólo por referencia, ó sin más que la lectura de algun

breve periodo, una justa idea de estos famosísimos discursos de Ciceron. Cuando yo buscaba noticias sobre otros oradores, de que en pasadas conferencias os he hablado, cada frase suya que encontraba me parecia un estimable hallazgo, un rayo de luz que me permitia entrever su carácter oratorio; y no vacilaba en presentarla, aquí, como una probable muestra de las obras perdidas á que pertenecieron, y como un punto de apoyo de la crítica que inspiraba mis palabras. Mas, tratándose del grande orador latino, nada bastaria á describirle como era en el Senado y el Foro, cuando el genio de la elocuencia romana hablaba por su boca; como nada basta, tampoco, á describirlo como es en sus obras, sino sus obras mismas. Vanamente se intentaria pintar con palabras la luz, el aire, el sol. Podráse dar de ellos, en física, una definicion más ó ménos exacta; pero por mucho que os hablen del astro hermoso del día, no sentireis en los ojos la fuerza de sus vivísimos fulgores; ni por mucho que os hablen de la luz, sentireis la impresion grata que produce, el verla descompuesta por el prisma. Algo análogo sucede con las obras maestras de Ciceron. ¿Quién, señores, que no haya oido á un grande orador, puede decir que le conoce? ¿Quién que no haya leído á un poeta eminente puede calcular

la fuerza de su génio, ni juzgarle? Pues con solo deciros que la mitad, y más quizá, del mérito que, á las obras de este hombre insigne se atribuye, universalmente, consiste en la armonía y demás bellezas de la forma, comprendereis la dificultad de pintarle, cual él merece, y la verdad requiere. «De todos los oradores latinos, ninguno hizo conocer mejor que él, al pueblo de Roma, el encanto y la fuerza que la elocuencia añade á todo lo que es útil y honrado, y cómo lo que es justo se hace invencible por la magia de la palabra.»

Un hombre de tan raro mérito, no tardó en alcanzar, en el certámen de las recompensas políticas de su patria, la más ambicionada de todas, que era el consulado. Contribuyó á que los patricios le ayudasen, no obstante su repugnancia á elevar los *hombres nuevos*, la necesidad de confiar, el poder supremo, á manos hábiles y honradas que supiesen contener las aspiraciones demagógicas de Catilina y otros nobles, envilecidos y arruinados. Las fortunas de muchos grandes, habian pasado á poder de especuladores de humilde origen, á consecuencia de vicios y despilfarros escandalosos; lo cual produjo, en el cuerpo mismo de la aristocracia, un partido compuesto de aventureros políticos, que veia, en las revueltas

y disturbios de la patria, el único medio de evitar su particular ruina.

Antes de declararse en guerra abierta contra el Senado y los Cónsules, los agitadores propusieron, por medio del tribuno Rulo, una ley agraria que era, acaso, la más grave de cuantas habían perturbado á Roma. Su objeto era nombrar *decenviros*, para que vendiesen todos los dominios de la República, y comprasen despues tierras para establecer colonias. ¡Admirable proyecto, y, sobre todo, fácil de ejecutar íntegramente! El Cónsul logró sobre los tribunos, una gran victoria, ménos ruidosa, pero no ménos importante, quizá, que la que despues, aquel mismo año, alcanzara sobre los conjurados. Tres discursos pronunció en aquella ocasion: dos ante el pueblo, y ante el Senado uno, que fué el primero. De éste son parte las siguientes palabras, que dijo despues de haber examinado la injusticia y la inmoralidad de la ley:

«Despojemos, pues, al mundo; vendamos nuestros dominios; arruinemos el tesoro de la República, y compremos tierras odiosas y pestilenciales, á fin de enriquecer á sus actuales propietarios. ¿Cómo se repartirán estas tierras? ¿qué plan se sigue? ¿qué orden se establece? Rulo dice «que se fundarán colonias.» Pero ¿cómo? ¿con

qué hombres? ¿en qué sitios? ¿No es todo esto muy digno de considerarse? ¿Crees, Rulo, que vamos á entregarte á tí, y á esos maquinadores que secundan tus proyectos, la Italia entera desarmada, para que sea puesta bajo la salvaguardia de vuestras guarniciones, ocupada por vuestras colonias, y oprimida por vuestras cadenas? ¿Quién nos garantiza, Rulo, que no establecereis una colonia en el monte Janículo, y que os será imposible convertir á Roma en tributaria, y quizá en esclava, de una nueva ciudad? ¿Dices que nunca lo harías? No lo sé de cierto, pero lo temo; y, de todos modos, no consentiré que la seguridad de Roma, pueda ser jamás un beneficio vuestro, más bien que el resultado de la prudencia comun.»

No creo que pueda discurrirse más hábil manera, de dar cuerpo á una sospecha inverosímil. Pero voy á leeros, tambien, la conclusion de este discurso, no por otra causa, sino porque el Cónsul pinta la situacion de la República, y los peligros que ya comenzaban á vislumbrarse, y porque comprendais lo que eran aquellos combates oratorios y políticos. Hé aquí sus palabras:

«Os prometo, senadores, que opondré, á esos hombres, una resistencia enérgica, obstinada, infatigable, y que no sufriré, mientras sea Cónsul,

que realicen una conspiracion que, desde hace mucho tiempo, vienen meditando contra la patria. Y tú, Rulo, y algunos de tus colegas, os engañais groseramente si pensais que, á despecho de un Cónsul, que es más demócrata que vosotros, aunque no afecta serlo, habeis de poder levantar vuestra popularidad, sobre las ruinas de la República. Os cito, pues, os desafío ante la asamblea del Pueblo: al Pueblo elijo por árbitro de nuestra lucha.

»Si examino las cosas que son útiles y gratas al Pueblo, veo que nada hay tan conforme á sus gustos como la paz y la concordia. Vosotros, muy lejos de procurarles estos beneficios, me habeis entregado la ciudad inquieta y desconfiada, irresoluta y temerosa, turbada por vuestras leyes, vuestros discursos y vuestros actos sediciosos; habeis fomentado las esperanzas de los malos y las inquietudes de los buenos, y habeis ofendido la santidad del Foro, y la dignidad de la patria. En medio del desorden que reina en los negocios públicos y de la perturbacion de los ánimos; cuando el Cónsul haya dirigido su voz al Pueblo, haya desplegado su autoridad y derramado la luz en el seno mismo de las tinieblas; cuando demuestre que no debe temerse ni ejército, ni facciones, ni colonias, ni venta de propiedades públicas, ni

poder nuevo, ni tiranía decemviral; cuando asegure que, mientras esté en el consulado no habrá más Roma, ni más capital del imperio que esta, y que todo el mundo seguirá gozando de una paz completa; entónces veremos si debo temer, ó no, que tu admirable ley agraria sea más popular que mis razones. Y cuando haya descubierto la iniquidad de tus miras, las fatales consecuencias de la ley, y las pérfidas maquinaciones dirigidas contra el Pueblo Romano, por sus mismos tribunos, veremos, tambien, si teme tu presencia, ante la asamblea popular, un cónsul como yo; cuyo inquebrantable designio es desempeñar su consulado libre y desinteresadamente, sin procurarse gobiernos, ni honores, ni distinciones, ni ninguna otra ventaja, ni beneficio, que pueda justificar la oposicion de los tribunos del Pueblo..... Así, pues, mi conducta será tal en el desempeño de esta suprema magistratura, que podré, siempre, reprimir las iras de un tribuno, si se dirigen contra la patria, y despreciarlas, si se dirigen contra mi persona.»

»Os ruego, pues, Tribunos del pueblo, en nombre de los Dioses Inmortales, os ruego que reflexioneis y abandoneis unas gentes que no tardarian mucho en abandonaros. Poneos de acuerdo con nosotros, unios á los hombres honrados y

confundid, con ellos, vuestro celo y patriotismo, para defender juntos la causa comun. Males gravísimos y encubiertos asedian la República; conjuraciones parricidas se tramaban, contra ella, por los perversos que la aborrecen; mas ningun peligro existe en el exterior, ningun Rey ni pueblo extranjero nos amenaza. El mal está aquí, en el seno de Roma, y todos tenemos el deber de procurar su remedio, de trabajar afanosamente para conseguirlo. Os engañais, Tribunos, si creéis que sólo el Senado aprueba mis palabras. La voz del Cónsul será, siempre, respetada por los hombres honrados, sobre todo, cuando se trata de un cónsul sin miras ambiciosas para sí, ni ultrajes para nadie, y tan circunspecto en el peligro como intrépido en la lucha. Si hay alguno, entre vosotros, que se promete alcanzar el poder, y los honores, por el camino de la rebelion, que renuncie á la esperanza de conseguirlo durante mi consulado, y que aprenda, en el ejemplo que yo mismo le ofrezco, qué senda conduce, desde la clase de los caballeros en que nació, á los más altos puestos y dignidades. Y si vosotros, senadores, me asegurais el concurso de vuestro celo en la defensa de nuestros comunes intereses, yo os prometo que sabré cumplir el más ardiente deseo de la República, restituyendo, al Senado, la autori-

dad de que gozaba en tiempo de nuestros mayores.»

Estos periodos, ofrecen el tipo de la elocuencia de Ciceron en todos, ó casi todos, sus discursos. Habriamos podido elegir otros de mayor belleza oratoria; pero ménos significativos. La riqueza de estilo, la afluencia, la impetuosidad que ahí vemos, le son peculiares, así como el tono vivísimo y apremiante que toma, cuando usa la forma interrogativa, (que es la que más abunda en sus Filípicas), y el empleo algo inmoderado de enumeraciones, gradaciones sin notable diferencia en los términos, y desinencias semejantes. Para que en esos pasajes nada falte, hasta en ellos descubre el orador, al presentarse como ejemplo de lo que alcanza el mérito, el flaco de su carácter; la vanidad. A la fecha en que así hablaba, ya el Cónsul se sentia bastante satisfecho de sí propio.

El mismo dia en que pronunció su primer discurso sobre la ley agraria, que fué también el dia primero de su consulado, pronunció, ante el pueblo, otro más extenso que, por su forma y su asunto, y haciendo abstraccion de las indicaciones locales, podria pasar por un discurso parlamentario. La lucha entre el Cónsul, representante, con el Senado, del poder ejecutivo, y responsable del orden, y los tribunos representan-

tes de las aspiraciones invasoras de las muchedumbres, es la lucha de los ministros y los tronos constitucionales, contra esas minorías demagógicas, que se agitan, tumultuosamente, en nuestras Asambleas legislativas. De todos los discursos políticos de Ciceron, harto sabemos que no es éste el más apreciado, pero sí el que nos parece de más útil estudio. Aunque las *Filípicas* y *Catilinarias* tengan más brillantez y estén animadas, por decirlo así, de un fuego sublime, que brota, del génio del orador, no ménos que de la naturaleza del asunto, este discurso presenta una discusion metódica y luminosa, de los 40 artículos de la ley; más propia para nuestras Asambleas, que los violentos ataques contra Catilina y Antonio, encaminados á encender las pasiones, y oponer una tempestad á otra tempestad. Nadie negará, por lo ménos, que la dialéctica brilla en el referido discurso, con una fuerza prodigiosa, y que el arte de indagar las consecuencias á que en la práctica llevaría un proyecto de ley, y de descubrir las miras ocultas del político que lo propone, está manejado con una destreza incomparable.

Retiróse la ley agraria por su mismo autor, y vencidos los conspiradores en el terreno legal, ya sólo pensaron en combatir por medio de las ar-

mas, de la traicion y del crimen. ¿Qué os diré, señores, de la conjuracion de Catilina, drama sangriento en que desempeñó Ciceron el más importante papel, y en que se funda su mayor título de gloria? Tenemos, escrita por Salustio, la historia de aquellos acontecimientos; y hacer un extracto de Salustio, me parece una imprudencia temeraria. Añadiré, sólo, á lo que ya dije, al hablaros de Julio César, que Ciceron pronunció entónces cuatro arengas; la primera y la cuarta, ante el Senado, y las otras dos, ante el Pueblo. Son unas elocuentísimas invectivas, contra los conjurados, y especialmente contra su jefe, cuyo nombre dejó señalado, para siempre, en la primera de ellas, con la mancha de los parricidas. No se puede desconocer la grande elocuencia de las *Catilinarias*; pero creo que, para pronunciadas en medio de conflictos tan apremiantes y graves, trascienden demasiado á retórica. Hay allí figuras, que ni con un compás se hacen más exactas; hay ideas, que son verdaderos primores de ingenio. Es un hecho digno de meditar, que, la grandilocuencia de Ciceron, no consiguió, en los asuntos políticos, triunfos tan difíciles y señalados, como la tosca é impetuosa palabra de Caton de Utica.

Terminó aquello con la muerte de Léntulo,

Cetego y otros, ordenada por el Cónsul, á quien el Senado habia conferido poderes extraordinarios, y con la total destruccion de Catilina y sus tropas. Ciceron salvó de aquel peligro la ciudad, y se le honró con el glorioso sobrenombre de *Padre de la Patria*, que ningun romano habia tenido hasta aquella fecha. Él, por su parte, quedó tan enamorado de sí propio, y tan satisfecho de su valor y acierto, que «lo mismo en la asamblea de los patricios, que en las del Pueblo, y en los tribunales de justicia, mortificaba los oídos de todo el mundo, con su continuo hablar de Léntulo y Catilina; llegando, en la flaqueza de celebrarse, hasta el extremo de sembrar, á manos llenas, en los libros que escribia, sus propias alabanzas.»

Pero es sabido que la virtud y el mérito atraen la envidia, como las alturas el rayo, y Ciceron, que era poco circunspecto para evitarla, fué, al siguiente año, víctima de la que le profesaba el tribuno Clodio. Obligóle éste á estar diez y seis meses desterrado; mas á su vuelta se le hizo, por todas partes, un recibimiento no ménos entusiasta que el de los Atenieses á Alcibiades. Un poco despues fué á la provincia de Cilicia, cuyo gobierno le habia correspondido por suerte, y allí se condujo como hombre inteligente y honrado, habiendo sido, su administracion, un gran

beneficio, para los habitantes de aquel país y para la República.

Desde esta época, la vida de Ciceron fué más útil á las letras romanas, que á su propia fama de hombre de Estado. Por espacio de doce años sostuvo, en el Foro, una noble competencia con Hortensio, á quien aventajaba, sin duda alguna. Escribió tambien muchas obras, que, por su número y calidad, bastarian á inmortalizar á un hombre, aunque éste no fuese el primer orador de su patria. La filosofía, la moral, la teología gentilicia, las leyes, la política, la elocuencia, la historia, todo lo comprendió en su inmenso saber, y sobre casi todo escribió excelentes libros, que se conservan y admiran; cuya coleccion habria aumentado, si hubiese tenido tiempo para ello, con una historia general de Roma de que, á juicio suyo, se carecia, y con la que pensaba enriquecer la literatura de su patria. De las traducciones que, en diversas épocas de su vida, hizo de una obra de Xenofonte, y de los discursos *por la Corona* de Esquines y Demóstenes, sólo algunas frases de las que puso á estos discursos por introduccion, se conservan. De las 56 oraciones forenses y políticas suyas, que han llegado á nosotros, la en que defendió al actor Roscio, y la segunda por la ley agraria, están incompletas. Su tratado de *Repú-*

blica lo está también, y hasta hace poco hemos carecido de él por entero. Hay además, mucha parte de sus cartas, dirigidas á su familia y amigos. Toda esta correspondencia contiene un tesoro de noticias privadas, que nos permite conocer, á Ciceron y su época, mejor quizá que conocemos á muchos de nuestros célebres contemporáneos.

Entre sus cartas hay una de M. Bruto, en que severamente le afea su patrocinio á Octavio. Iguales cargos pudo dirigirle, aquel romano, desde que tuvo lugar el rompimiento entre César y Pompeyo; porque, muy lejos de tomar, en seguida, el partido de éste, sólo despues de muchas vacilaciones se incorporó á su campo, para venir, perdida la batalla de Farsalia, á cantar himnos al vencedor. Aprobó, más tarde, la conducta de los asesinos de César, y cuando apareció el jóven Octavio se consagró á robustecer su poder, sin prevision alguna del porvenir. En los 13 discursos que Ciceron pronunció contra Antonio (desde Setiembre del año 43, á Abril del 42 ántes de J. C.,) se entrevee que, su principal objeto, no era la libertad de su patria; y que lo que hacia era elegir, entre dos tiranos, el ménos peligroso para Roma y, sobre todo para, él mismo.

Por lo demás, señores, las *Filípicas*, que es el

nombre que dió á estos discursos, son obras maestras de elocuencia. Todas ellas, ménos la segunda, que la escribió su autor, fueron pronunciadas ante el Senado ó el Pueblo; y todas son un grito de guerra contra Antonio, como las de Demóstenes eran un grito de guerra contra Filipo. La tercera, la octava, y la duodécima me parecen superiores á las otras. Indudablemente, el orador latino procuró imitar, en todas estas arengas, al orador griego. En algunos pasajes reproduce los nobles pensamientos que Demóstenes, á su vez, habia tomado de Pericles. Algo se repite en ellas Ciceron, lo cual es disculpable, atendido que el tema que desarrolla, es el mismo siempre. También creo que por dar viveza á los conceptos y la frase, emplea demasiado la forma interrogativa.

Mas, tales esfuerzos de elocuencia y de ingenio, no lograron levantar á Roma contra Antonio. Pronto vino éste á un acomodamiento con Octavio y Lépido. Cada cual de los tres hizo, á los otros, inicuas concesiones; y una de las otorgadas por Octavio, despues de algunos dias de resistencia, fué la vida de Ciceron; el cual se dirigió fugitivo á la Macedonia, dónde se hallaba Marco Bruto, cuando, alcanzado por una tropa de asesinos enviada, en su busca, por Antonio, fué por

ellos muertos. Sucedió esto el 7 de Diciembre del año 43, ántes de J. C., cuando tenia Ciceron 63 de edad. Sus manos y su cabeza fueron separadas del trono, y expuestas en la tribuna de las arengas, no sin que Fulvia, muger de Antonio, se hubiese procurado ántes el placer de taladrar, con una de las agujas de oro de su peinado, aquella lengua elocuentísima.

Dejando á un lado estos actos de refinada crueldad femenina, os diré, para resumir, que Ciceron es el más grande orador forense (en el sentido moderno de la palabra) que el mundo ha conocido. Las oraciones por Milon y por Ligario, son obras maestras en su género, y superiores á cuanto quiera comparárseles. Todos los recursos del arte y del ingenio, todos los medios de persuasion están allí empleados, con una habilidad que asombra, y que sólo podria censurarse la excesiva, y, por decirlo así, de trasparente. Ciceron no tenía rival en las peroraciones ó epílogos. Su temperamento nervioso y su alma, naturalmente compasiva y sensible, se identificaba con la situacion de su defendido, inspirándole rasgos y acentos patéticos que le hacian dueño del auditorio. Comenzaba produciendo, con la abundancia y gracias de su estilo, impresiones agradables á los oyentes: servíase de la dialéctica para desauto-

rizar, ó destruir, los argumentos contrarios; y, cuando era esto imposible, recurría á las excepciones, á los ejemplos y analogías. Todo se encuentra en sus discursos. Así los tropos, y las figuras de pensamiento, como el empleo de la jovialidad, del sarcasmo, de la ironía, y de las pasiones nobles y dominadoras del ánimo. Nadie pintaba mejor que él, lo que ven los ojos, y el alma siente. Sus ademanes, su acento, sus miradas, sus actitudes, secundaban, de un modo admirable, el trabajo de su inteligencia y los impulsos de su corazón. Conjunto, en fin, de facultades y méritos de todo género, así grandes como pequeños, y de ordinario puestos al servicio de rectos fines y de una voluntad honrada, era Ciceron como hombre de palabra.

Sus obras forenses serán siempre, la mejor escuela teórica de elocuencia á que podrán recurrir, sin distincion de tiempos ni países, los jóvenes abogados. Sus discursos políticos, mucho menores en importancia y número, no obstante el considerable mérito que tienen, y que á través de las edades y las modernas lenguas vivas conservan, no merecen igual exclusiva recomendacion, ni á ellos puede reconocérseles una superioridad sin competencia. Los de Demóstenes les aventajan.

La oratoria forense no se emplea en asuntos de

tan grande y general interés, como la oratoria política. Cuando aquella se ejercita, habla el abogado; y, cuando se ejercita ésta, habla el ciudadano, el gobernante, el hombre de Estado. Son, pues, las condiciones de carácter, las altas miras, y las heroicas virtudes, más necesarias para la tribuna que para el foro; y sabido es que la gloria del más sábio y elocuente jurisconsulto, no podrá jamás compararse, con la gloria de los grandes oradores, jefes de un partido ó de un gobierno. ¿Qué habria perdido la universal fama de Ciceron, en el caso mismo de que no hubiese producido, ó desconociésemos, los discursos contra Catilina, contra la ley Agraria, contra Antonio, y el bellissimo en que apoyó la ley Manilia? Quizá ignorando su verdadera talla, como orador político, se la atribuiriamos más grande todavía, al juzgarle sólo por la inmensa que tiene como orador forense. Pero, ¿qué quedaria, señores, del estendido renombre de Demóstenes, si quitáseis del pedestal de su gloria, las *Filípicas* y las oraciones por la *Falsa Embajada* y la *Corona*? Pues sin desconocer que estas últimas participan algo del carácter judicial, os aseguro que el grande orador de Atenas no alcanzaria, por sus demás obras, mayor reputacion que su maestro Iseo, que Andócides ó Lisias. Sin que quepa, en ello, duda

alguna, Ciceron era un orador forense, y el más grande de que hay memoria en los fastos de la elocuencia judicial; miéntras que Demóstenes brilló y se ejercitó principalmente, sin rival hasta el dia, ni ántes ni despues de su época, en la oratoria política; con la notable circunstancia de que, siendo su auditorio una muchedumbre soberana, sus discursos, más parecen la obra de un hombre de Estado, que la de un tribuno.

¿Se desea establecer un parangon entre estas dos insignes figuras, que en un mismo orden de celebridad, llegaron á ser las primeras en sus respectivos paises? Pues hay entónces que comparar méritos de distinta índole, y el resultado del paralelo proclamará siempre la preeminencia del orador latino en el foro, y la del orador ateniense en la tribuna. No tenia éste la facilidad admirable de Ciceron, para mover los afectos tiernos del ánimo, ni sabia inclinar los jueces á la clemencia, quizá por lo mismo que las leyes prohibian, en algun tribunal de Atenas, estos medios de suavizar la justicia; no supo nunca definir, con la esquisita maestría de jurisconsulto romano, ni analizar los hechos concretos en sus relaciones con la ley, y con las causas y consecuencias á ellos referentes; no tuvo tanta facundia, tanta espontaneidad, tanta sabiduria como Ciceron, ni si-

quiera el don de satirizar que poseía éste, y en cuyo uso llegó algunas veces hasta el exceso.

Pero tampoco tuvo la pueril flaqueza, el vano amor de sí propio, que inducía, al orador romano, á aparecer más preocupado del interés de su gloria, que del interés de la cuestion; tampoco fué jamás monótono con frecuentes aglomeraciones graduales, ni dejó entrever la retórica en sus discursos, ni corrió nunca el riesgo de parecer afectado, y ménos todavía de serlo, estremando la pompa del estilo, como lo solía hacer Ciceron, acaso para encubrir, por este medio, la pequeñez de las ideas. Viril, luminoso, rápido en su marcha, olvidado de sí mismo, y de los destinos de su nombre, hasta el extremo de que ni en su defensa personal celebraba los éxitos de su política, sino porque eran éxitos de la patria, Demóstenes ha sido, y perpétuamente será, la personificación del patriotismo helénico y el modelo más perfecto del orador político.

Hemos visto, á Ciceron, vacilar entre el partido de César y el de Pompeyo; le hemos visto inclinarse despues sumisamente, ante el vencedor, y tributarle lisonjas de cortesano, y emplear su elocuencia en alabarle, en aquella misma asamblea donde acerbamente le vituperaba Caton de Utica, cuando la conjuracion de Catilina.

Aprueba despues el parricidio cometido por Marco Bruto, y poco más tarde merece severas reconvenciones de éste por sus egoistas complacencias con Octavio; y al cabo y al fin, lo vemos fugitivo y abandonado, no sólo de sus deudos y amigos, y de la fortuna, sino tambien de sus sentimientos de hombre, de filósofo, de romano. En balde buscareis, señores, estas flaquezas en Demóstenes. Enemigo de los enemigos de Atenas; enemigo de aquellos compatriotas suyos que le parecian vendidos al extranjero, siempre pensaba y sentia como la patria misma. Combatió á Filipo, y despues á Alejandro, sin renunciar, ante el genio y las prosperidades de éste, á la libertad de la Grecia. Ni la derrota de Queronea, ni el destierro, entibiaron su fé, ni amenazaron su actividad; y cuando se vió amenazado de muerte por una tropa de asesinos, él mismo se libró de ellos aplicando con segura mano á sus labios, un punzon envenenado; y sucumbió como hombre, sin haber sobrevivido á la ruina de la libertad griega, ni haber jamás prostituido su elocuencia en bajas adulaciones.

Ahora, señores, réstame sólo deciros, que aqui termina este breve estudio sobre *Los Oradores Romanos*; y que en el próximo curso os hablaré, si la Providencia lo permite, de la elocuencia británi-

ca, y aun de la francesa, si hay tiempo para ello; á fin de que podamos, más tarde, cerrar el círculo que nos hemos propuesto recorrer, con un resumen histórico de la tribuna española. (1)

Hé dicho.

(1) No ponemos, á este discurso, ilustraciones y notas, por considerarlo un trabajo ocioso, atendido lo mucho que en las lenguas modernas se ha escrito sobre Cicerón, y que, la parte histórica, puede fácilmente comprobarse.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO	v
I...—Introducción	1
Ilustraciones y notas al discurso primero...	28
II...—La elocuencia en Roma desde la fundación de la ciudad hasta Caton el Censor.....	37
Ilustraciones y notas al discurso segundo..	66
III...—Caton el Censor.....	77
Ilustraciones y notas al discurso tercero... 412	
IV...—Las letras en Roma en el segundo siglo an- tes de J. C.—Q. Metelo, P. Escipion, S. Galo, Paulo Emilio, Metelo Macedóni- co, y otros de menos nombradía. ...	119
Ilustraciones y notas al discurso cuarto....	143
V...—Servio Galba, Cayo Lelio, Escipion Emilia- no, y otros oradores de menos fama... 133	
Ilustraciones y notas al discurso quinto... 180	
VI...—Los Gracos	189
Ilustraciones y notas al discurso sexto.....	229
VII...—C. Carbon.—M. Emilio Eseauro.—Q. Me- telo Numidico.—Q. Lutalio Cátulo — M. Filippo.—C. Julio César.—M. Anto- nio.—L. Licinio Crasso.....	237
Ilustraciones y notas al discurso sétimo... 278	
VIII.—Sulpicio, Cotta, Hortensio, y otros oradores menos célebres.....	289
Ilustraciones y notas al discurso octavo....	319
IX...—Julio César, y Caton de Utica.....	323
Ilustraciones y notas al noveno discurso... 333	
X...—Ciceron	361

ca, y aun de la francesa, si hay tiempo para ello; á fin de que podamos, más tarde, cerrar el círculo que nos hemos propuesto recorrer, con un resumen histórico de la tribuna española. (1)

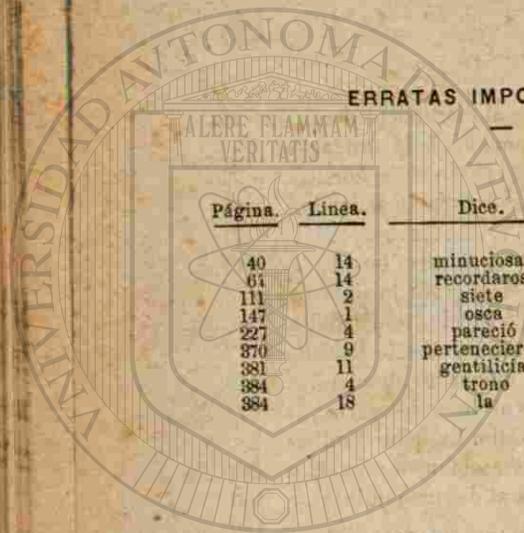
Hé dicho.

(1) No ponemos, á este discurso, ilustraciones y notas, por considerarlo un trabajo ocioso, atendido lo mucho que en las lenguas modernas se ha escrito sobre Cicerón, y que, la parte histórica, puede fácilmente comprobarse.

FIN.

ÍNDICE.

	Págs.
PRÓLOGO	v
I...—Introducción	1
Ilustraciones y notas al discurso primero...	28
II...—La elocuencia en Roma desde la fundación de la ciudad hasta Caton el Censor.....	37
Ilustraciones y notas al discurso segundo..	66
III...—Caton el Censor.....	77
Ilustraciones y notas al discurso tercero... 412	
IV...—Las letras en Roma en el segundo siglo an- tes de J. C.—Q. Metelo, P. Escipion, S. Galo, Paulo Emilio, Metelo Macedóni- co, y otros de menos nombradía. ...	119
Ilustraciones y notas al discurso cuarto....	143
V...—Servio Galba, Cayo Lelio, Escipion Emilia- no, y otros oradores de menos fama... 133	
Ilustraciones y notas al discurso quinto... 180	
VI...—Los Gracos	189
Ilustraciones y notas al discurso sexto.....	229
VII...—C. Carbon.—M. Emilio Eseauro.—Q. Me- telo Numidico.—Q. Lutalio Cátulo — M. Filippo.—C. Julio César.—M. Anto- nio.—L. Licinio Crasso.....	237
Ilustraciones y notas al discurso sétimo... 278	
VIII...—Sulpicio, Cotta, Hortensio, y otros oradores menos célebres.....	289
Ilustraciones y notas al discurso octavo....	319
IX...—Julio César, y Caton de Utica.....	323
Ilustraciones y notas al noveno discurso... 333	
X...—Ciceron	361



ERRATAS IMPORTANTES.

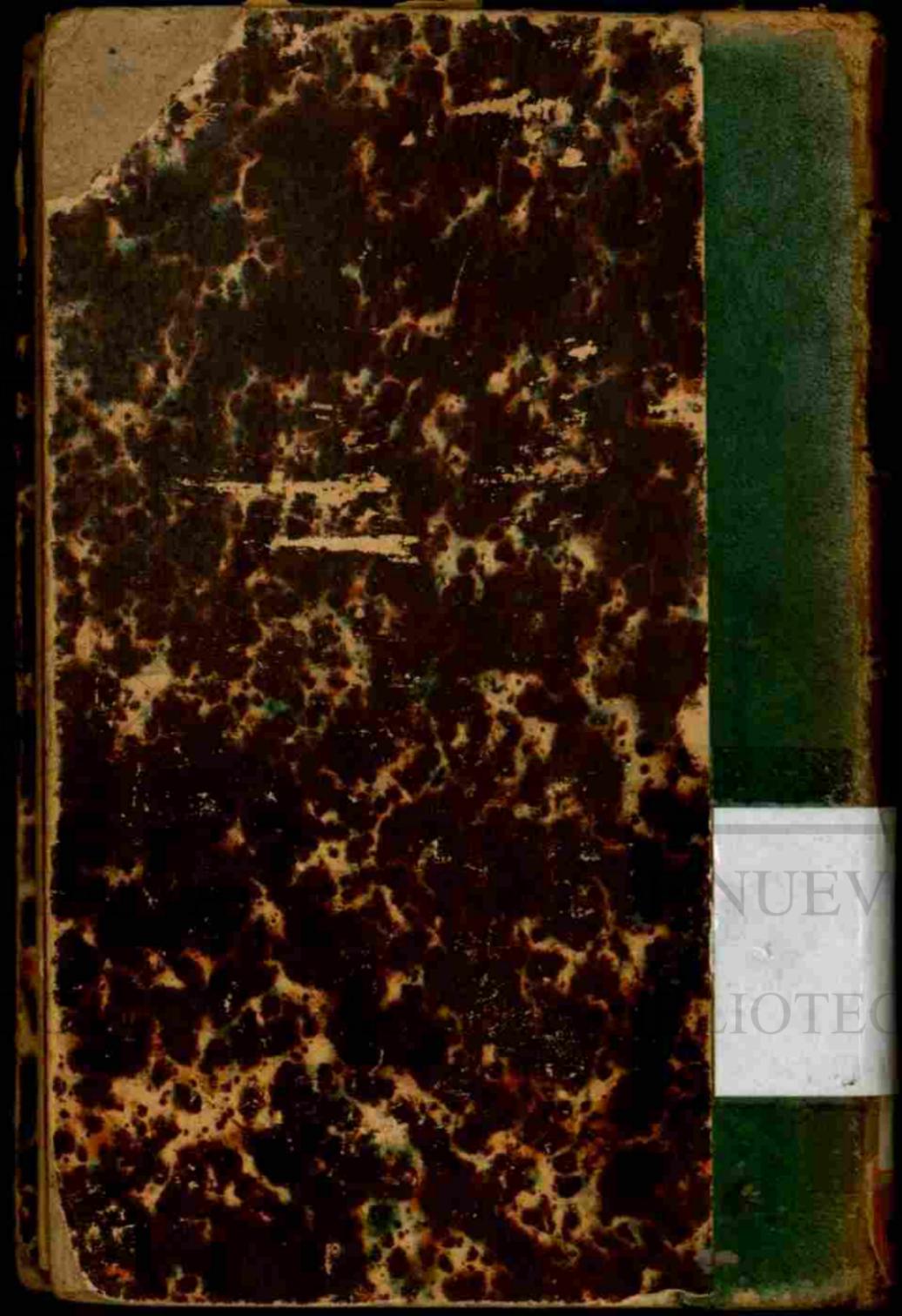
<u>Página.</u>	<u>Línea.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
40	14	minuciosas	minucias.
64	14	recordaros	debo recordaros
111	2	siete	veinte
147	1	osca	Toscana
227	4	pareció	pereció
370	9	pertenecieron	perteneciera
381	11	gentilicia	gentilica
384	4	trono	tronco
384	18	la	de

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



NUEV
LIOTEC